
KATRINA
NOELIA FRUTOS

Katrina

NOELIA FRUTOS

© Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Katrina*
© *Noelia Frutos*

Edición publicada en julio del 2024

Corrección: *Nía Rincón*
Diseño de portada y contraportada: *Lady Fuxia*
Maquetación: *Noelia Frutos*
Imágenes de portada e interior: *Freepik y Word.*

Para Anny;
por el entusiasmo que depositó,
y lo mucho que creyó, en esta historia,
incluso antes que naciese.
Estaré eternamente agradecida
a la vida por cruzarnos.

Índice

Prólogo

«El arte más poderoso de la vida, es hacer del dolor un talismán que cura»
Frida Kahlo

Katrina

Ciudad Juárez, trece años atrás.

Se suponía que sería un día para festejar, no que se convertiría en una condenada masacre donde apenas se podía diferenciar el color de las baldosas de la cantidad de sangre que cubría el suelo.

Tendida sobre mi estómago como estaba, a pesar de que no podía dejar de temblar, sentía el cuerpo paralizado.

Desde mi escondite, debajo de aquella mesa y con el mantel como si de un velo se tratase, conseguí resguardarme de la barbarie que se vivía al otro lado. Podía seguir escuchando la agonía, e incluso apreciaba el olor del miedo y la desesperación por lo que se estaba llevando a cabo. O puede que quizá todas esas sensaciones proviniesen de mi interior.

Jamás había estado tan aterrada como en ese momento.

Me había criado en un mundo peligroso, a mi edad no era ninguna ingenua y, aunque no se verbalizase, sabía a la perfección a qué se dedicaba mi padre, pero siempre me había sentido segura. Tenía claro que haría lo que fuese por protegernos; incluso en este momento, con el infierno desatándose a nuestro alrededor, encontró la manera de ocultarme.

La sucesión de balas y gritos incesantes consiguieron que mi vejiga se soltase y terminase envuelta en mi propio orín.

No era lo más sensato dadas las circunstancias, sin embargo, abrir los ojos era algo que les debía. Bastante cruel era que permaneciese escondida como una miserable cobarde para que encima me abstrajese de la realidad.

Casi no podía distinguir con claridad lo que ocurría a través de los faldones del mantel, no obstante, el hueco que había fue suficiente para divisar a mi madre entre todo aquel caos.

Iba cojeando, la sangre le salía a borbotones de una herida en la parte superior del muslo. Por la cantidad que manaba de ella, supuse que le habría alcanzado la vena femoral. Los codos me

escocían, seguro que a causa de los raspones que me hice cuando me arrastré por el suelo hasta llegar a la mesa de los aperitivos. Aun así, el dolor estaba descartado; ni siquiera me quejé cuando me llevé las manos a la boca y silencié el grito que me rasgó la garganta al ver como uno de los asaltantes disparaba a mi madre por la espalda, consiguiendo que cayese fulminada en el acto hacia delante.

No sabía si la humedad que percibía en mi rostro se debía a las lágrimas que no dejaba de derramar o era debido a las salpicaduras de sangre que se habían esparcido cuando alcanzaron a los invitados.

Al ver caer de aquella forma a mamá, no me pude contener e hice el amago de acudir a su lado. A pesar de que mi interior me decía que su corazón había dejado de latir nada más recibir el disparo, no quería creerlo; necesitaba ayudarla de alguna forma. Lo único que me disuadió de levantar la tela fue toparme con la mirada angustiada de mi padre a pocos metros de distancia y cómo negaba para que permaneciese oculta.

Estaba tendido en el suelo, malherido, y, aun así, no me quitaba la vista de encima, tratando de evitar que me ocurriese algo. Me encogí sobre mí misma al escuchar que unos pasos se acercaban en la dirección donde me encontraba. Tan concentrada estuve en lo que le ocurría a mi madre que hasta ese momento no me di cuenta del silencio y la quietud que reinaba en el patio. Ya no se escuchaban gritos ni el inconfundible tronar de las armas; a través del pitido amortiguado que sentía en los oídos solo se distinguían las pisadas.

Al pasar ante mis narices, deduje, por la pretina de los pantalones y los zapatos oscuros acerados que alcancé a ver, que se trataba de un hombre.

Reseguí con mis ojos sus pasos y me congelé en el sitio al observar que se quedaba frente a mi padre. Pude leer el pánico que se arraigaba en las pupilas de mi progenitor porque me descubriesen, pero lo que me partió el corazón fue distinguir el amor que me profesaba a través de esos ojos marrones tan parecidos a los míos. Los desvió de mí y los centró en el hombre que se cernía sobre él.

—Don Alejandro Vargas —escuché a ese malnacido dirigirse a papá, no sin cierto recochineo.

No podía ver su cara, sin embargo, su voz me resultaba familiar. El problema era que estaba tan asustada que no fui capaz de ubicarla; por esa razón, agucé el oído y me concentré para intentar descubrir de quién se trataba.

—*Pendejo* hijo de puta —masculló mi padre en una tos. La sangre le manchó la barbilla.

—Vaya, compadre, esa no es forma de dirigirse hacia un buen amigo y socio. —Pese a que su tono era relajado a la hora de hablar, destilaba odio y sarcasmo con cada una de sus palabras.

Volví a taparme la boca por miedo a que escuchasen mi exhalación al descubrir de quién se trataba.

Ante mi padre estaba Don Rafael Mendoza, jefe del cártel de los Guajes de Sinaloa.

Sabía qué hacía negocios con papá. Llevaban a cabo una serie de tratos que era mejor no preguntar. Sin embargo, en el país era raro que alguien no supiese de quién se trataba. Era un narcotraficante implacable, conocido por gobernar con mano de hierro y sembrar el terror en la zona de Sinaloa mientras que mi padre controlaba el noroeste del país, más concretamente Sonora y Chihuahua, habiendo creado un poderoso imperio en cuanto a plantaciones de opio se refería.

Entre los dos controlaban cada rincón del país y, sobre todo, a las demás pequeñas bandas del crimen organizado; por esa razón, no era de extrañar que tarde o temprano se asociasen.

Viendo las emociones que le cruzaban el rostro a mi padre, comprendí que había sido un grandísimo error.

Hasta ese día, nunca me había cruzado con el infame Rafael Mendoza. Mi padre, siendo quien era, siempre fue consciente del peligro que corríamos en su mundo e intentó por todos los medios mantenernos a mi madre y a mí al margen, pero no fue raro que, en una celebración como la que era, invitase a sus más allegados. Lo que nunca supuso es que, con ello, sería el fin del cártel de los Vargas y que su socio se apropiaría de todo cuanto poseía a base de violencia.

—Te pedí de buenas maneras que me abrieses la frontera americana, pero como el *pendejo* que eres quisiste quedarte para ti solito con esa parte del pastel —escuché que Mendoza le recriminaba.

—Ciudad Juárez nunca entró dentro del trato —escupió papá.

Además de ser la frontera con Estados Unidos, era nuestro hogar. Donde mis padres y yo habíamos nacido y residido durante toda la vida. Por eso, esa zona quedaba por completo descartada de cualquier negocio. Era más un tema emocional que empresarial. Nunca hubiese permitido que otra banda criminal se adueñase de este precioso lugar.

—¡No eres nadie para negarme algo a mí! —vociferó, aplastándole con la suela de sus zapatos el pecho—. Pero se acabó vivir subyugado a tu lado. México solo necesita que un patrón lo gobierne, y no serás tú.

—¡Te mataré! —graznó mi padre.

Me encontraba lo bastante cerca para escuchar como mi padre exhaló una bocanada de aire mientras aquel malnacido le trituraba los pulmones.

—Tú mejor que nadie sabes que no debes hacer promesas que no se pueden cumplir. —Supe que la risa que soltó a continuación me

perseguiría durante toda la vida—. Te recuerdo que me has invitado a tu casa, al lado de toda tu familia, y que me he encargado, junto a mis hombres, de acabar con todos ellos frente a ti. No debiste firmar aquellos documentos. Ahora, todo cuanto poseías me pertenece y tú no vivirás para impedirlo.

Cerré los ojos ante la impresión del estruendo del arma al ser disparada y arrebatarle la vida a mi padre.

Tras mis párpados rememoré los últimos momentos junto a ellos antes de que el infierno se desatase.

Me encontraba en la antesala de mi dormitorio, preguntándome si esa chica que estaba al otro lado del espejo era yo mientras acariciaba con reverencia el vestido que hacía un par de semanas elegí con mamá.

Se trataba de un dos piezas en color gris perla. De la falda de tul hasta los pies salía una capa en color negro, estampada con flores en el mismo tono gris plateado que el resto; la parte de arriba era una especie de corsé, todo bordado con pequeños detalles brillantes, con escote en forma de corazón.

Era lo más elegante que había llevado hasta la fecha. Le acompañaban unos zapatos con un tacón moderado, en el mismo tono plateado, que fue amor a primera vista. Mi pelo, castaño oscuro, lo llevaba suelto hasta mitad de la espalda. El único detalle era la discreta diadema de perlas que retenía mis ondas naturales y así evitar que me tapasen la cara.

Tan ensimismada estaba que pegué un respingo cuando llamaron a la puerta.

—¡Mírate, Cata! Estás preciosa —me alabó mamá, mostrando una espléndida sonrisa.

Ella era la elegancia personificada con su vestido ceñido blanco con escote de barco. Apenas podía ocultar ya que en unos meses la familia Vargas ampliarían la familia. Aún era pronto para saber el sexo del bebé, pero yo deseaba con todas mis fuerzas que fuese una hermanita.

—Mi pequeña Katrina ya es toda una mujer —añadió papá emocionado. Desde que tenía uso de razón mi padre me llamaba de esa manera, decía que arrasé su mundo con la misma forma que el huracán—. ¿Lista? —preguntó, ofreciéndome su brazo para que me agarrase.

En este tipo de ceremonias era tradición que la homenajeada entrase a la fiesta del brazo de su padre.

Él llevaba el típico traje de mariachi, en color blanco al igual que su sombrero.

Tras recibir un abrazo por parte de mi madre y que se le escapasen unas cuantas lágrimas, según ella producto de las hormonas, enderecé los hombros y sonreí a mi progenitor, enganchándome a él.

Sabía que se dedicaba a negocios de dudosa moralidad, que por su

trabajo sería despiadado, pero conmigo siempre fue un padre atento y cariñoso.

La fiesta se celebraba en el patio interior. Desde mi habitación pude ir viendo el gran despliegue que habían montado. Todo estaba lleno de globos en una escala de tonos plateados para que fuese a juego con mi vestido, desde el gris acero hasta el blanco perla, eran los colores de la decoración.

Los invitados se encontraban repartidos alrededor de la improvisada pista. Habría un total de cuarenta personas entre amigos más cercanos de la familia y algunos compañeros y compañeras del instituto con sus padres. Estas celebraciones suelen ser multitudinarias, pero cuando tus padres son considerados una de las familias más ricas y peligrosas del país, tu círculo de amistades es más reducido por seguridad.

Tiempo de Vals *de Chayanne empezó a sonar en el momento que mi padre y yo empezamos a bajar la escalinata. Sonreí a los invitados mientras me encaminaba hasta el centro y comenzamos a bailar juntos.*

Llevábamos semanas, obligados por mi madre, ensayándolo. Si no me quejé, alegando lo mucho que tenía que estudiar, fue porque nunca antes había podido pasar tanto tiempo con mi padre como en este último tiempo. Era un hombre demasiado ocupado, pendiente de las haciendas y las cosechas.

—Espero que no se nos vaya ningún paso. Seguro que tu madre sigue cada uno de ellos como un halcón —comentó papá, haciéndome reír. Desvié la mirada hacia ella y, como esperaba, ahí estaba canturreando la canción y, como bien decía mi padre, asintiendo con la cabeza a cada giro que dábamos.

—Creo que se le va a parar el corazón cuando descubra que hemos modificado un poco la canción —me carcajeé.

En ese instante, la melodía cambió por una de guitarras, arpas y violines y empezó a sonar El son de la negra.

—¡Vamos, mi pequeña Katrina! ¡Taconea como tú sabes! —me susurró papá, tocando las palmas.

La música me encantaba, y bailar era una de mis pasiones. A pesar de que me moría de vergüenza por hacerlo frente a tanta audiencia, me agarré la falda y comencé a moverla de un lado a otro jaleada por los invitados.

Cerré los ojos y me dejé llevar. En pocos segundos la pista de baile se convirtió en la fiesta que todos esperaban cuando la gente se fue uniendo. Pasé de unos brazos a otros, riendo y disfrutando de mi fiesta de cumpleaños. Tras varias vueltas, volví al lado de mi padre. Se le veía feliz, pletórico, y eso solo hacía que sintiese que era el mejor día de mi vida.

Me encantaría quedarme a vivir en ese recuerdo, pero las palabras que salen de la asquerosa boca del asesino de mi familia me

hacen regresar a la cruda realidad.

—Aseguraos de quemar todo hasta los cimientos, que no quede ni un resquicio intacto —ordenó Mendoza con autoridad a sus hombres.

—Patrón, ¿qué hacemos si vienen las autoridades?

—Por eso no os preocupéis, me he encargado de que la Policía haga la vista gorda en este asunto.

Las carcajadas que se escucharon a continuación me produjeron arcadas, y el miedo, que no me había abandonado, se hizo mayor al comprender que nadie haría justicia en nombre de mi familia, que ni siquiera investigarían lo sucedido. Entendí que puede que hubiese escapado de las balas, sin embargo, no lo haría de las llamas.

No sé el tiempo que pasó mientras permanecí allí oculta, con la única compañía del crepitar del fuego, podrían haber sido minutos u horas, sentía difusa la línea temporal, y solo sabía que cada vez me picaban más los pulmones de aguantar la tos. Cuando no pude resistirlo más, me arrastré gateando sin que me importase que esos desalmados me descubriesen. Necesitaba oxígeno, que me llegase aire puro antes de morir intoxicada por inhalación de humo.

Para mi suerte, no me encontré con ningún cañón apuntando a mi cara. No había un alma viva en el patio, en su lugar observé como las llamas calcinaban los cuerpos tiroteados.

Criándote en una familia como la mía, siempre me aleccionaron de qué hacer si la situación se complicaba. Con toda la sangre fría que fui capaz de reunir, dejé atrás los cadáveres de mis padres y el resto de invitados y, con una disculpa silenciosa, corrí hacia la casa.

El fuego aún no había azotado esa zona, pero por la dirección que llevaba no tardaría. Me dirigí a la biblioteca y agarré un ejemplar de la estantería. Se trataba de *La Ilíada*, resultaba paradójico que mi padre, que había confiado y metido en nuestras vidas al mismísimo caballo de Troya, escondiese en ese libro toda la documentación importante como nuevas identidades e incluso una cuenta bancaria destinada a un fondo fiduciario, a mi nuevo nombre, difícil de rastrear. Pero lo más valioso de todo eran los documentos que se ocultaban en la cubierta. En ellos se detallaba todo cuanto pertenecía a mi familia: fechas, firmas, contratos… Las únicas pruebas que demostraba que era la legítima heredera del clan Vargas y con lo que, en un futuro, recuperaría lo que por derecho me pertenecía y así vengar todas aquellas muertes.

Me escabullí por la puerta principal, pendiente de cada rincón por si tuviese que echar a correr en caso de ser descubierta, no obstante, como ocurrió con anterioridad, no había rastro de Mendoza ni sus hombres.

La hacienda era lo bastante extensa y no me paré en ningún

instante a mirar hacia atrás. A pesar de ser entrada la noche, el calor sofocante hizo que se resecasen las lágrimas de mis mejillas.

No tenía un plan ni sabía a dónde dirigirme, mi afán era mantenerme en movimiento. Me repetía que era una guerrera y estaba dispuesta a sobrevivir.

Tan concentrada y a la par desorientada estaba en mi huida, que no fui consciente de que se acercaba un coche hasta que no me cegaron los faros. Aferré contra mi pecho el libro. Estaba dispuesta a proteger, si hiciese falta con mi vida, lo que escondía sus páginas.

Cuando vi quién salió del vehículo, mis piernas cedieron bajo su peso. Ni siquiera noté la grava raspar la tela de tul de mi vestido, solo me odiaba por sentir alivio al encontrar frente a mí a Rodrigo, al que consideraba como un hermano, junto a sus padres. Sabía, por una anterior conversación, que no llegarían hasta tarde a la celebración por asuntos familiares, sin embargo, viéndolos ahí, en ese momento, supe que me protegerían, cuidarían y que a su lado no me faltaría cariño.

Lo que también supe es que Catalina Vargas acababa de morir aquella noche junto a su familia y a partir de ese instante pasaría a ser Katrina, la persona que cumpliría la promesa que hizo mi padre antes de ser asesinado: acabar con Rafael Mendoza.

Capítulo 1

«A veces tienes que olvidar lo que sientes y recordar lo que mereces»
Frida Kahlo

Katrina

—Dime que has pillado un virus estomacal y por eso tienes pinta de que te haya atropellado el camión de la basura porque, como la alternativa sea que vienes de empalme, la vamos a tener —comento nada más entrar a la sala de juntas y encontrarme a Rodrigo medio agonizando.

—B.

—¿Qué?

—Que, pese a que la tengamos, la opción correcta es la B —dice tan tranquilo, sin molestarse siquiera en quitarse las gafas de sol.

—¡La madre que te parió!

—Uy, qué mal hablada. Si te oyese mi santa madre… —Veo cómo se santigua.

—¿Qué haces, idiota? Que no está muerta.

—No, pero seguro que se moriría del disgusto al escucharte hablar así.

—Si no se ha muerto con todos los quebraderos de cabeza que tú le das, dudo que lo haga con lo que yo pueda…

Me quedo a mitad de la frase cuando nos interrumpe la auxiliar administrativa entrando a la sala.

—Aquí tienes, cariño. Verás como esto te arregla el cuerpo.

No salgo del asombro al observar cómo se dirige hasta él y le deja enfrente una taza humeante.

—Gracias, María, eres un sol.

La mujer, que rondará la edad de jubilarse, le acaricia el pelo en un gesto maternal al «viva la vida» de mi hermano.

Hago todo a la vez: bufo, me cruzo de brazos y pongo los ojos en blanco. Para que luego digan que no soy multitareas.

—Eres consciente de que no está enfermo y que solo tiene resaca, ¿verdad?

—Quizá deberías aprender un poco de él y disfrutar de la vida. Quién pillase tu juventud…

—Oye, que yo sí que disfruto —me quejo—. Lo único que no me hace falta convertirme en un despojo humano para pasármelo

bien. —Señalo a Rodrigo—. Se llama responsabilidad.

María me dedica una tierna mirada y, al pasar por mi lado, me da unos toquecitos en el hombro como diciendo «pobrecilla».

¡Será posible!

Me quedo con la boca abierta observando cómo se marcha. La indignación se abre paso al escuchar la risa de Rodri, que, por cierto, está a punto de atragantarse con la infusión.

Que se joda.

—¡Os tiene a todos engañados! —grito haciéndome oír cuando la mujer desaparece.

Me doy la vuelta y taladro con la mirada a Rodrigo.

—¿Qué? —Alza las manos con la inocencia que no siente—. Yo no tengo culpa de que me haya tocado esta parte del trabajo.

—Ay sí, qué lástima. Se me olvidaba lo mal que lo pasas mientras cenas en un restaurante de estrella Michelin y luego terminas en cualquier sala de fiestas —ironizo—. De lo que sí tienes culpa es de presentarte en estas condiciones en la empresa. No tenemos por qué lidiar los demás con tus resacas, estamos tra-ba-jan-do —vocalizo cada sílaba de la última palabra.

—Perdona, señorita *si soy más estirada me parto por la mitad del palo que tengo metido por el culo* —«Verás tú, me huelo que hoy no sale de aquí sin que le haya calzado una hostia»—, pero yo en este momento debería estar en mi cama, durmiendo a pierna suelta y con una sonrisa en los labios tras haber cerrado el trato con los rusos. Si honro con mi presencia es porque el jefe me ha llamado. No sé, quizá será para felicitarme. —Sonríe ladino.

—¿Has conseguido el contrato con Pavlov?

Es escucharlo y me olvido de su olor a destilería y de las pintas que lleva, como si hubiese escapado de un burdel. Cruzo el espacio que nos separa como una gacela y tomo asiento en la silla que está a su lado, demasiado ansiosa.

—Vaya, vaya. ¿Ahora ya no te resulta tan aberrante que nos hayamos presentado mi resaca y yo en la empresa? —Me dedica una mirada por encima de sus gafas de sol.

La sonrisa indolente que me muestra, me enerva. Le doy un manotazo en el hombro para que se centre en lo que importa y, ya de paso, le quito de golpe la montura. Me arrepiento en el acto al ver lo enrojecidos que tiene los ojos.

—Déjatelas puestas mejor —farfullo devolviéndoselas.

Como el *tocahuevos* profesional que es, amplía la sonrisa y se las engancha en la abertura del cuello de la camisa.

Mientras me observa por encima de la taza y bebe con total parsimonia, pienso en lo parecidos que son nuestros ojos, de un marrón oscuro, y en que nadie ha podido cuestionar nunca que no

seamos hermanos. Aunque en realidad no creo que haya sido difícil representar el papel. Para mí, Rodri es mi hermano y punto, a pesar de las desventajas que eso me acarree, como por ejemplo lo que le gusta sacarme de quicio.

—¿Entonces? —cuestiono cuando el silencio se prolonga más de la cuenta.

—Entonces, ¿qué? —Se hace el despistado.

De chulería va sobrado y a mí me tiene al borde.

—Venga ya, Rodri… —me exaspero—. ¿Firmó Pavlov?

Se le curvan los labios y esa es la única respuesta que necesito.

—Sí, ¡joder! —Me lanzo hacia delante y lo envuelvo en un abrazo—. Al final va a resultar que eres útil después de todo —comento cuando vuelvo a mi sitio.

—Tú, mujer de poca fe… —recrimina, entrecerrando sus ojos en mi dirección, aunque por las arruguitas que se le forman en las comisuras no puede ocultar lo orgulloso que está de sí mismo.

Y no es para menos.

Pavlov es uno de los empresarios más influyentes de Europa. Se dedica a la distribución de litio, cobalto y níquel, principales materiales en la automoción, más en concreto para fabricar automóviles eléctricos y que, por su alta demanda, hoy en día escasean y pone en riesgo la fabricación de baterías.

Llevamos meses detrás de este cliente para importar y exportar sus productos. Tenemos motivos, no solo empresariales, sino más bien personales, para que entre en nuestra cartera de clientes. Aún me cuesta creer que mi hermano, con su particular personalidad desenfadada y su peculiar don de gentes, haya conseguido lo que tanto nuestra empresa como la competencia estaba intentando.

—Aunque he de reconocer que estuve a un chupito y medio de vodka de echarlo todo a perder. —Hace un gesto uniendo el pulgar e índice—. No veas cómo beben los cabrones. Gracias a que mi hígado está reforzado con cemento, si no dudo que a Pavlov le hubiese hecho mucha gracia que le potase encima.

—No necesito que seas tan explícito. —Arrugo la nariz, asqueada con la visión.

No creo que la estampa hubiese sido del agrado de nadie, menos si estás intentando cerrar el negocio de tu vida.

De repente, el tono de Rodri se transforma y adquiere uno más serio cuando comenta:

—Sabes las implicaciones que tiene haber llegado a este acuerdo, ¿verdad?

Sé lo peligroso que es trabajar con alguien como Vladimir Pavlov. Además de ser un prestigioso empresario, es distribuidor de armas. Podría decirse que esa es su verdadera fuente de ingresos y que

el negocio legal, el de materiales de automoción, es la tapadera perfecta para el blanqueo de dinero y poder transportar armamento a través del mundo.

Asiento. Si algo he aprendido en este mundo es a no cuestionar la moral de nuestros clientes. Mi empresa solo se preocupa de transportar productos de un punto a otro, de sus dueños depende para qué fines se empleen.

—Era necesario —musito.

—Lo sé, Kat. —Suspira cansado. Apoya sus brazos en la mesa y se inclina para que quedemos más cerca—. No por ello me agrada que tú andes por medio. Hacer tratos con la Bratva no es ninguna tontería. Si descubren que estamos jugando con ellos, dispararán antes de siquiera preguntar.

Me estremezco a la par que me enternece su preocupación. Sin embargo, por mucho que le pese, no voy a echarme a un lado. Me especialicé en Relaciones Internacionales por una razón. Todos los transportes que no sean nacionales pasan por mí. Crear lazo con Pavlov es el puente perfecto que necesito para conseguir llevar a cabo mi cometido.

Estoy dispuesta a someter a Rodrigo a un tercer grado para que me cuente todo: por cuánto tiempo han acordado colaborar; cuántas toneladas transportaremos; el número de cargamentos… cuando la puerta de la sala de juntas se vuelve a abrir.

En esta ocasión quien aparece es Alfonso Díaz, el director de Costania, nuestra empresa de transportes portuarios, además de padre de Rodrigo y quien fue mi tutor legal hasta cumplir la mayoría de edad.

Entra con su habitual porte regio. Nos dedica a ambos una mirada seria a la par que serena mientras toma asiento en la cabecera de la mesa.

Sin darme cuenta, mis labios se curvan en una sonrisa; es el efecto que siempre despierta en mí. Todo lo que soy a día de hoy se lo debo a este hombre junto con su mujer, que me han criado desde hace trece años.

Cuando me encontraron aquel fatídico día, sus vidas cambiaron por completo. Dejaron todo cuanto conocían atrás por protegerme, ya que no era seguro permanecer en México. Si alguien descubría que seguía viva, no hubiesen parado hasta acabar conmigo y con todo aquel que me protegiese.

La familia Díaz no dudó en elegirme por encima de su tranquila y apacible vida. Viajamos hasta España, donde Rosario, la mujer de Alfonso, tenía un primo lejano. Así es como acabamos en Cádiz, donde pasamos una temporada en este país.

A pesar de mis quince años, era lo bastante madura para

entender el sacrificio que los Díaz hicieron por mí; por esa razón, no dudé en cederles mi caudaloso fondo fiduciario para que pudiesen emprender un negocio en un país extranjero.

No fue fácil que lo aceptasen, pasaron meses, pero tras una larga insistencia por mi parte, aceptaron, y así es como nació Costania.

Nos mudamos a Manilva, en la Costa del Sol lindando con la costa de Cádiz. Al principio solo era una empresa de transporte de mercancías de nivel nacional. Mientras yo seguía con mi educación y poco a poco me formaba, Alfonso se puso al frente del negocio y se hizo con varios camiones cisterna y tráileres para mover diferentes productos. Iba tan bien que, durante los cinco años que tardé en sacarme el doble grado de Administración de Empresas bilingüe y Relaciones Internacionales, la empresa creció un trescientos por ciento su productividad y se pudo invertir en una flota de cargueros, expandiéndonos por las costas andaluzas, siendo unas de las compañías con mayor rendimiento portuario.

No puedo estar más orgullosa del hombre que tengo ante mí, con su tesón y volcándose de lleno en el negocio que creó desde cero. En estos años se ha convertido en un reputado empresario.

Soy consciente de que nadie llega en tan poco tiempo a la cima en nuestro sector llevando a cabo transportes honestos, pero nunca le reprocharía sus decisiones. Hizo lo necesario para sacarnos adelante, para que el negocio fuese fructífero y así llamar la atención de los verdaderos peces gordos.

Alfonso se propuso devolverme cada céntimo de la ayuda económica que le facilité, y lo consiguió, aunque a mí ese dinero nunca me hubiese importado lo más mínimo, sin embargo, estoy agradecida de que haya allanado el camino hasta llegar a este punto.

—No tengo muy claro si quiero preguntar cómo lo conseguiste —comenta, observando a su hijo. Escucho a Rodri resoplar a mi lado y yo escondo la sonrisa—. Sea como fuere, felicidades. Vladimir me ha hecho llegar a primera hora un contrato que nos vincula por dos años con ellos. —Extiende en mi dirección una carpeta con nuestro logotipo impreso en la portada.

La abro, ávida por leer las bases del acuerdo. Rodrigo invade mi espacio personal para echarle una ojeada. El aire se me atora en el pecho al descubrir el destino de su envío.

«Lo conseguimos», pienso abrumada cuando mis ojos se quedan fijos en la palabra México.

—¡Sí, maldita sea! —escucho a mi lado.

Tras muchos meses investigando, descubrimos que Mendoza, el hombre que me arrebató todo cuanto quería, estaba haciendo tratos con Vladimir Pavlov para que le suministrase armas. De ahí nuestra

insistencia para conseguir a este último como cliente. Necesitábamos introducirnos en el cártel de los Guajes sin levantar sospechas para poder acabar con Rafael Mendoza desde dentro; lo despojaré de todo cuanto tiene sin que se dé apenas cuenta. Ojo por ojo.

Se me instala un nudo en la garganta por todas las emociones que siento en este momento.

El cebo se ha lanzado, solo será cuestión de tiempo que mi máximo enemigo muerda el anzuelo.

Capítulo 2

«Me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos»
Frida Kahlo

Katrina

—No entiendo cómo aún no han dado señales—comento nerviosa, pulsando el botón con insistencia. Me giro en dirección a Rodri, comprobando que permanece con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y los ojos fijos en el lector que muestra en qué planta se encuentra el ascensor, impasible.

«¿Por qué se le ve tan relajado cuando yo siento que podría salirme de mi propia piel?».

Han pasado diez días y aún no tenemos noticias de Mendoza. Se suponía que, una vez que los rusos tuviesen la empresa de transporte, no tardaría en ponerse en contacto con ellos.

Han sido unos días convulsos en los que hemos quedado a diario con Vladimir para perfilar flecos sueltos en el contrato. Todo está más que hablado y acordado. Se enviarán cincuenta y dos contenedores con sus materiales y en uno de ellos irán camufladas las armas. Es sabido en el gremio que solo el 2% de las mercancías pasa un control exhaustivo en cuanto a su revisión, por esa razón es importante que mantengamos el contacto con los compradores y evaluemos la recepción de la mercancía.

Después de salir de las instalaciones principales de Costania, en pleno centro financiero de Marbella, y tras otra agotadora reunión con Pavlov y su gente, en la cual siguen sin datos acerca del comprador, Rodrigo ha insistido en acompañarme a mi piso. No me he opuesto, ya que mientras encargamos algo para cenar podremos planear cómo proceder para que nada nos pille de improviso.

Me he preparado toda la vida para este momento. Cada paso que he dado en estos últimos trece años ha sido pensando en llegar a este punto, espero que mi impaciencia no me juegue una mala pasada.

Llevo trabajando en la empresa cinco años y he de decir que mi trabajo me apasiona. No hay nada comparable a la adrenalina que se siente al cerrar un contrato con alguna empresa multinacional extranjera y que confíe en nuestra compañía para transportar su producto.

Como dice Alfonso, «no podemos dejarnos llevar por nuestras emociones». Todos perdimos mucho aquella fatídica noche. Yo a mi familia y ellos todo cuanto conocían, aunque creo que Alfonso también perdió un hermano. Esa era la confianza que existía entre mi padre y él.

Sé lo doloroso que fue para él ver como mi padre se sumergía en el mundo del narcotráfico, y en más de una ocasión mis remordimientos no me dejan respirar por meterlo en ese tipo de vida de la que tanto le costó mantenerse alejado.

Tengo claro que no podemos cambiar el pasado, sin embargo, en nuestra mano está crear el futuro, y hasta que no acabemos con el asesino de mi familia y todo lo que lo rodea ninguno de nosotros podremos seguir adelante.

—Tenemos que coordinarnos para que nada falle. Nunca hemos estado más cerca de Mendo…

—Hoy no, Kat —me corta con la pasividad que parece que se ha apoderado de él.

—¿Qué pasa contigo? —increpo cuando entramos en el ascensor. Le doy un manotazo en el pecho para llamar su atención y que reaccione.

Cualquiera diría que no le importa lo que pueda suceder.

—Nada. Solo que no quiero que Mendoza me arruine estos últimos momentos de paz. —Se encoge de hombros, mostrándome una, para nada, inocente sonrisa.

«¿Paz? ¿De qué maldita paz habla?».

Está raro. Demasiado.

Rodrigo no se caracteriza por ser un hombre paciente. Él es más de pasar a la acción, sobre todo en este tema, que es el que ha girado a nuestro alrededor toda una eternidad. Esta actitud que ha adoptado es…

—¡Sorpresaaa!

—¡¡¡Arggg!!! —Si el grito que suelto cuando inserto la llave en la cerradura y abro la puerta de mi piso no alerta a los vecinos y llaman a la Policía, puedo darme por jodida ya que me demuestra que, si estuviese de verdad en peligro, nadie me ayudaría.

Por puro instinto, y como forma de defensa, lanzo las llaves a la persona que está dentro de mi casa.

—¡Serás hija de fruta! —se queja la receptora del golpe, el cual recibe de pleno en la frente.

La risa de Rodri a mi espalda hace que mi corazón vaya poco a poco latiendo a su ritmo normal y sea consciente de a quién tengo frente a mí.

—¡Áfri! —Asombrada, corro la escasa distancia que nos separa y la abrazo con fuerza—. ¿Qué haces aquí?

—Esperando a que me hicieses crecer un *gremlin* en la frente, desde luego que no. —Se señala la parte enrojecida, frunciendo los labios.

—No seas exagerada, si apenas te ha rozado. —Me río, sosteniéndole la cara y besando la zona dañada.

—¡Que no me ha rozado! Si por un momento he creído que me habías confundido con un llavero de pared y estabas intentando ver si eras capaz de colarlas.

La carcajada que suelto por su ocurrencia se siente bien tras estos últimos días. Nada como sentir el abrazo de una amiga para que las cargas que uno mismo arrastra se vuelvan menos pesadas. Me hace creer que, a pesar de todo, he intentado construir una vida.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —acuso a Rodrigo, que aún permanece en la puerta de entrada.

—¿Quién crees que la dejó entrar en tu casa?

Me muerdo el labio, emocionada. Solo él sabría que, en estos instantes, más que nunca, necesitaría la compañía de África.

Ella es a la única que en realidad puedo considerar una amiga, y eso, viniendo de mí, que suelo ser desconfiada e intento mantener a todo el mundo a cierta distancia, dice mucho.

África y yo nos conocimos al poco tiempo de instalarme en España. Ella es de Galicia, más concretamente de Beiro, pero tras fallecer su padre cuando era pequeña, se mudó a la Línea de la Concepción; de ahí que le haya desaparecido el acento, al igual que a mí.

Siempre he pensado que la vida une a almas afines. Ambas sabemos lo que es empezar de cero, las dos perdimos a nuestro progenitor; era el destino que, tarde o temprano, nos conociésemos. O puede que algo tuviese que ver Rodrigo, que iba con asiduidad a la zona del Estrecho para hacer contactos de dudosa moralidad. Allí conoció a Lucho, un chaval que llevaba a cabo el menudeo del tráfico de hachís en la zona.

Nunca me gustó, y sigue sin hacerlo, que conste, pero si de algo estoy agradecida es que gracias a los tratos que se traían mi hermano y Lucho pude conocer a África, ya que es su novia.

Siempre he opinado que se merece a alguien mucho mejor que él. Ella es audaz, con un espíritu aventurero que, por culpa de la persona que tiene a su lado, no puede abrazar. Sin embargo, lo que más admiro es su perseverancia. Es de las típicas personas que estarían dispuestas a hacer cualquier cosa por conseguir sus propósitos. Eso es algo en lo que ambas nos parecemos, de ahí que diga que la vida o el destino nos unió.

Dicen que las almas se reconocen por su vibración, no por su apariencia. Cualquiera que no esté en tu misma frecuencia evolutiva

se alejará de ti mientras que las personas que se encuentren en tu misma sintonía espiritual se acercarán, creando un vínculo irrompible.

—Aún no me creo que estés aquí, te creía por tierras del norte.

—Cualquiera que te oiga pensará que vivo en Escandinavia y no en Galicia. —Ríe.

—Para mí no hay mucha diferencia. Seguro que hace muchísimo frío. —Me encojo de hombros.

—Qué exagerada eres…

—Qué puedo decir, soy puro verano. Ya me lo dirás cuando te encojas sobre ti misma. ¡Por Dios, Áfri, que tú más del sur no puedes ser!

—El deber manda —descarta mi comentario con un ademan de mano—, pero no podía desoír una llamada de auxilio. —Guiña el ojo a mi espalda.

Sabe que no estoy feliz con su partida, de hecho, le ofrecí un trabajo en Costania para que lo reconsiderase. Sin embargo, lo rechazó alegando que era algo que tenía que hacer.

No insistí. Al igual que yo, África tiene sus propias razones para actuar como lo hace. Y ya que a mí no me gusta que cuestionen mis decisiones, no puedo comportarme como una hipócrita e inmiscuirme en las suyas.

—Bueno, os dejo para que os pongáis al día —comenta Rodri—. Nos vemos esta noche en el Town.

—¿Qué? No podemos salir esta noche.

—¿Cómo qué no? —interviene África—. Hoy es noche de chicas, así que no acepto un no por respuesta, ¿me oyes?

África sabe lo que sucedió, de hecho, es la única persona que lo hace, pero no puedo contarle que, por primera vez, estoy cerca de reencontrarme con el asesino de mi familia. No es que no confíe en ella, sino que sé que no lo dejará estar y no quiero que se involucre y ponerla en peligro.

Le dedico una mirada llena de intenciones a mi hermano. «¿Se ha vuelto loco?».

Tenemos que prepararnos para las noticias por parte de Pavlov, no podemos andar yéndonos de juerga, y menos al Town, uno de los locales ubicados en el hotel más exclusivo de Marbella.

Han sido pocas las veces que he ido allí, pero cada una de ellas no he regresado a casa hasta el amanecer. No me apetece portar una resaca descomunal y que se mermen mis sentidos.

Aunque, por otra parte… Quizá es lo que necesito, hasta María se ha dado cuenta de mi nula vida social.

Con eso en mente, despido de un empujón a mi hermano y cierro la puerta. Una vez que me giro de nuevo a África, lo hago con una espléndida sonrisa y comento:

—Más vale que esta noche sea épica.

—¡Esa es mi chica! —Aplaude ella, eufórica.

***

Nos acercamos al reservado que ocupa Rodrigo. Está con algunos empresarios marbellíes, o lo que viene a ser lo mismo, la flor y nata de la Costa del Sol. Tras saludar y mantener una pequeña conversación con el grupo, África y yo nos dirigimos a la pista. No estoy aquí para cerrar tratos, hoy el trabajo queda descartado.

Por suerte, una vez que mi hermano se marchó de mi piso, mi amiga no me sometió a preguntas ante mi negativa inicial a salir de fiesta.

Pasamos lo que restó de tarde entre risas y elegir modelito para esa misma noche. Yo me decanté por una minifalda de lentejuelas doradas con un top de seda blanco mientras que ella lleva un mono negro de satén. Ahora me alegro de haberme apuntado al plan, quizá esto es lo que necesito antes de volcarme de lleno en mi venganza.

No soy una ingenua, sé que acercarse a Mendoza es peligroso, y puede que incluso no viva demasiado para contarlo, no obstante, el miedo no puede paralizarme ni disuadirme de lo que tengo que hacer. Tengo claro que, si mirase para otro lado y lo dejase estar, no podría seguir con mi vida sabiendo que él sigue gobernando su mundo a sus anchas.

Muchos podrán juzgar mi decisión, lo más sensato hubiese sido denunciarlo y que la justicia se hiciese cargo, sin embargo, en un mundo como del que provengo, eso queda descartado ya que tiene compradas a las propias autoridades.

Lo único que conseguiría con ello es terminar bajo tierra sin haber siquiera luchado. Por esa razón, voy a seguir el consejo de mi hermano y aprovechar esta noche como si fuese la última. Puede que lo sea. Aun así, por mucho que me cueste, estoy decidida a alejar de mi mente a Mendoza y todo lo que lo envuelve y disfrutar como la joven de veintiocho años que soy, libre y sin preocupaciones, y que en muy pocas ocasiones me permito sacar a flote.

—Madre mía, Kat, este sitio es fantástico —grita a mi lado África, una vez en la pista.

Le sonrío de vuelta porque lleva razón. El local es lo bastante opulento y elegante como para pasar inadvertido.

—Voy a pedir. ¿Seagram con Sprite? —le pregunto, acercándome a ella para hacerme oír.

—Mejor con tónica, que si no luego me da gases y no quiero que, por aguantármelos, me salga una tripa de pecho-palomo. —Se

lleva la mano a su lisa barriga y a mí se me escapa una risilla.

Me encanta su desparpajo.

Una vez en la barra, siento como se me eriza el pelo a la altura de la nuca, miro todo cuanto me rodea desde mi posición y, de repente, al alzar la vista, mi corazón se acelera cuando mis ojos conectan con otros en la distancia. El dueño de esa intensa mirada se encuentra en otro de los reservados; me quedo por completo embriagada por la manera que tiene de observarme. Es como si, con cada pasada que le dedican sus ojos a mi cuerpo, me fuese acariciando con ellos.

Acto seguido, lo veo levantar su copa en forma de balón, la mueve en mi dirección en una especie de brindis silencioso, guiña un ojo a la par que se la lleva a los labios y da un trago sin dejar de observarme.

En otras circunstancias, y con la mala leche que suelo gastar frente a tipos que se creen el centro de atención, le hubiese dedicado una peineta muy alegremente, sin embargo, en esta ocasión, y no sé por qué razón, entro en su juego.

Me muerdo el labio inferior y asiento, agradeciéndole el brindis. Eso hace que al desconocido, que se encuentra unos metros más arriba de donde me encuentro, se le curven con sutileza los labios en una sonrisa.

«¡¿Por Dios, de dónde ha salido esta perfección en carne y hueso?!», pienso, imitando su gesto.

—¿Qué vas a querer? —El camarero es el causante de que nuestra conexión se corte de manera abrupta.

Me inclino un poco y grito las consumiciones. Mientras va preparándolas, vuelvo a levantar la vista y compruebo que el desconocido ha desaparecido. Hago un barrido con los ojos, buscándolo, pero no hay ni rastro del adonis.

«Una pena», suspiro. Me ha gustado la breve, a la par que excitante, interacción.

La noche avanza sin volver a verlo, por lo que, tras un buen rato en el que no paro de recorrer el local en su busca, consigo olvidarlo y centrarme en pasarlo bien con Áfri.

Ya nos hemos tomado un par de copas, por lo que siento mi cuerpo más liviano producto del alcohol. Bailamos canción tras canción, agradeciendo que en toda la noche no hayan puesto reguetón. No es que tenga nada en contra de ese estilo musical, de hecho, más de una vez lo escucho en mi lista de reproducción, el problema es que, cada vez que lo ponen en algún *pub*, no sé cómo bailarlo. Me siento un tanto ridícula sacudiendo el culo en pompa.

—Joderr… —exhala mi amiga frente a mí con el móvil en la mano.

Hago un gesto con los hombros, como preguntándole qué le ocurre, y ella me planta la pantalla de su teléfono delante. Resoplo cuando veo que tiene siete llamadas perdidas de Lucho, su novio. África frunce el ceño a la par que se mordisquea el interior de la mejilla. No hay que ser muy lista para saber que está cabreada.

Me encantaría decirle que lo mande a la mierda porque ambas sabemos que solo la ha llamado con tanta insistencia para cortarle el rollo; en lugar de eso, y para que a mi amiga no le fastidie la noche, digo:

—Anda, ve y llámalo. Si no, sabes que no va a dejar de hacerlo hasta que respondas.

—No. Que se joda. —Vuelve a guardar su móvil.

—Áfri… —Suspiro enternecida al ver la mirada de tristeza que me devuelve. No sé por qué le permite que le afecte de esta forma. Pero qué sabré yo de relaciones y del amor. Nunca he estado en una ni me he enamorado—. Estaré bien, llámalo. Mañana vuelves a Galicia y no quiero que, porque estés aquí conmigo, te cause problemas.

Mi amiga me dedica una diminuta sonrisa.

—Está bien, no tardo, ¿vale? —asegura, dándome un abrazo. La estrecho con fuerza y le susurro un «te quiero» porque, si Lucho anda cerca, dudo que regrese.

Es demasiado persuasivo.

Capítulo 3

«Escoge a una persona que te mire como si fueras magia»
Frida Kahlo

Katrina

Al poco de desaparecer África, me llega un mensaje de que Lucho viene hacia acá. Le respondo «vale», aunque lo que menos me apetece es encontrarme con él, la verdad. Y menos que nos amargue tanto a ella como a mí, por lo que no le encuentro sentido permanecer aquí sola bailando.

Me dispongo a abandonar la pista e ir a donde se encuentra mi hermano, pero justo al dar un paso siento unas manos fuertes posarse en mi cintura. No me retiro por el contacto, la ilusión se apodera de mí. Sin girarme, algo en mi interior me dice que se trata de él.

Miro por encima de mi hombro y, en efecto, es el tío cañón del reservado.

Arqueo mi espalda y la apoyo contra su pecho duro. Su aliento me cosquillea en el cuello cuando agacha su cabeza. Es alto, me sacará con facilidad veinte centímetros de mi metro sesenta y cinco. Me contoneo al ritmo de *Under influence* de Chris Brown, y mi trasero encuentra su entrepierna. Sonrío y me muerdo el labio inferior cuando compruebo que está empalmado. Me alegro de no ser la única que al otro no le resulta indiferente.

Las yemas de sus dedos ejercen un poco más de presión sobre mis caderas, intentando controlar mis movimientos.

—*Be careful, beauty. You don't want to finish before you're started.* —Se me pone la piel de gallina al escuchar esa voz ronca y sensual a través de la música. Y no, por nada del mundo querría que esto acabase ahora que por fin ha tomado la iniciativa.

Por norma general, no soy tan imprudente ni de las que saltan directa a los brazos de un desconocido a la primera de cambio. Puede ser que el par de copas que me he tomado me den una falsa confianza o me proporcione el valor que en otras circunstancias no tendría, pero esta noche no voy a cuestionarme siquiera mis actos.

Por mucho que digan que no sé disfrutar de la vida, se equivocan, y en este momento pienso darle una alegría a mi cuerpo.

De espaldas como me encuentro, estiro una mano por encima de mi cabeza y la engancho entre los mechones de su nuca. Él se

inclina y me besa la zona detrás de la oreja. Me recorre un latigazo por la columna al sentir cómo me raspa con su incipiente barba. La otra mano la apoyo en su muslo, en el cual, a pesar de la capa de tela de sus pantalones de vestir —que todo sea dicho, es muy suave— se aprecia un cuádriceps musculoso.

Cuanto más avanza la canción, más intrépidas se vuelven sus manos acariciando los costados de mi cuerpo. Llego a sentir como una de ella me roza la parte inferior de un pecho, y con la izquierda, que está apoyada en este momento en mi estómago, me empuja contra él para que sea testigo de lo excitado que está.

—No te haces una idea de lo cachondo que estoy en este momento.

«Joder…».

Creo que giro lo ojos sobre las cuencas y se me escapa un gemido al escucharlo murmurar, ahora, con esa voz ronca y sensual, en español. Tiene un ligero acento que me pone cardíaca. Me hace imaginar que me susurra todo tipo de obscenidades mientras embiste sin piedad entre mis piernas.

«Pero ¿qué me pasa? Estoy que no me reconozco. ¿Y si me han echado algo en la bebida y no me he dado cuenta? Porque no es normal lo excitada que estoy con un simple baile», cavilo. Sin embargo, todo pensamiento coherente desaparece justo cuando me gira y, sin tiempo que perder, enreda una de sus manos en mi pelo y estampa sus labios contra los míos.

Las piernas me flojean al sentir que su lengua conquista mi boca. Cuando noto como me acaricia el paladar, enloquezco. Agradezco que me tenga agarrada, si no ahora mismo estaría estampada contra el suelo como una masa gelatinosa.

Deslizo mis manos por su torso, comprobando a través de la tela de su camisa los surcos que forman sus abdominales y le rodeo el cuello para profundizar el beso más apasionado que jamás he recibido.

Me dejo llevar por la pasión del momento, hasta que baja sus manos y amasa mi trasero, acercándome tanto como puede a él. Ahora su erección presiona mi estómago y, por su dureza y longitud, me hago una idea de lo bien dotado que está.

Su boca dura y exigente hace que yo me ablande entre sus brazos.

—Dispongo de una habitación en este mismo hotel. Me muero por llevarte a ella y ver cómo te derrites entre mis brazos —me susurra al oído cuando se separa, y su exquisita boca me profesa caricias en el cuello.

Es toda una proposición en ciernes, y sería estúpida si la rechazase. Solo imaginar que folla la mitad de bien a como besa me hace apretar los muslos. En su lugar, en vez de aceptar de inmediato,

inclino la cabeza para poder observarlo a conciencia.

Si desde la distancia ha conseguido cautivarme su atractivo, desde tan cerca es muchísimo más agradable a la vista.

A pesar de la oscuridad del local, aprecio sus facciones. Sus rasgos son simplemente maravillosos: tiene la mandíbula cincelada, con una cuidada barba no muy poblada; sus pómulos prominentes y unos ojos hechizantes, envueltos en unas largas pestañas, que, a pesar de la dilatación de sus pupilas a causa del deseo, distingo son claros. Puede que esté atrapada bajo las garras de la lujuria, pero no soy tan estúpida como para acompañar a un desconocido a una habitación de hotel.

—Tengo una idea mejor. —Son las primeras palabras que salen de mi boca desde que ha aparecido, por eso, o podría ser por la pasión que despierta en mí, me salen un tanto enronquecidas.

Desengancho de mi cuerpo una de sus manos, más en concreto la que está apoyada en mi culo en un gesto de propiedad, que lejos de repelerme, me pone más todavía, y entrelazo nuestros dedos. No opone resistencia cuando me giro y tiro de él para que me siga mientras cruzamos la pista.

Estoy nerviosa y, sobre todo, expectante al alejarnos del bullicio e internarnos en un pasillo. Se está mucho más tranquilo que en el resto de la discoteca, apenas nos cruzamos unas cuantas personas. Al ver a una chica salir de uno de los aseos, acelero el paso y nos cuelo dentro, cerrando la puerta. Nunca me he alegrado tanto como ahora de que en este sitio los baños sean individuales y no una sucesión de cubículos. Lo que nos da toda la intimidad posible.

Tomo conciencia de que esto va en serio, que va a ocurrir y que he sido yo la que ha tomado la iniciativa.

La adrenalina hace su aparición y me recorre la sangre.

Me doy la vuelta antes de que las dudas me atrapen, y al verlo bajo la luz adecuada, su belleza me deja sin aliento. Ahora soy capaz de distinguir el color de sus ojos, no me equivocaba al percibir que eran claros, pero nunca esperé ese tono azul grisáceo.

Observo como sus labios se curvan hacia un lado en una sonrisa que solo hace que me humedezca más de lo que estoy. Da un paso en mi dirección, estira su mano y me acaricia la mejilla. El gesto suave y tierno contrasta con la intensidad de su mirada, que expresa que piensa devorarme aquí y ahora.

Tiemblo excitada cuando agacha la cabeza y me ofrece de nuevo esa boca pecaminosa. Me pongo de puntillas para tener mejor acceso y enredo mis manos en los mechones de su pelo. No lo tiene largo, aunque sí lo suficiente para agarrarme a ellos, tirar y profundizar el beso. Él gruñe y el sonido retumba en mi pecho.

—Eres tan *sexy* que no veo el momento de enterrar mi polla

dentro de ti.

¡Boom!

—Joder, sí…

Lo que más me impacta no es sentir cómo me estallan los ovarios dentro del útero, sino, que después de hacer siete años que perdí la virginidad, darme cuenta de lo mucho que me gusta que me digan guarradas durante el sexo.

Una oleada de electricidad me recorre el cuerpo cuando con una mano me prodiga caricias ascendentes por el muslo y termina desapareciendo debajo de mi falda. Sé de buena tinta qué se va a encontrar. Mi humedad recibe a las yemas de sus dedos en una especie de saludo anhelante al palpar mi entrada a través del tanga. Lo retira hacia un lado y un díscolo dedo se cuela en mi interior.

Muerta de gusto, jadeo de la impresión, echo la cabeza hacia atrás y ni siquiera me quejo del golpe que me llevo contra la puerta. Muevo mis manos y esta vez van directas a su cinturón, el cual desabrocho con destreza. Lo siguiente es el botón, y al bajar la cremallera de su bragueta me doy cuenta de que se resiste debido a la presión que ejerce su miembro duro y erecto contra ella.

Él sigue masturbándome con movimientos ágiles y certeros, y mi cuerpo hace un espasmo en el instante que su pulgar se une a la fiesta con pasadas sutiles alrededor del clítoris, para terminar, presionándolo. Quedaría fatal si me corriese justo en este momento, no obstante, hace tanto que no tengo ningún tipo de atención en esa zona, aparte de la que me autorregalo yo misma, que mi cuerpo es tan sabio que reconoce unas manos expertas y explota como si se tratase de la Mascletá de Valencia.

El orgasmo me pilla sin aviso justo cuando introduzco la mano en sus calzoncillos, por lo que no me queda más remedio que rodear con fuerza su miembro mientras cabalgo y empapo su mano sin ningún tipo pudor.

—Me cago en la puta…

Con una pasada le da una última caricia a mi clítoris, lo que hace que se me contraiga de nuevo el útero. Abandona mi interior y juro que me quedo embobada al ver cómo se lleva ese prodigioso dedo a su boca y lo chupa, disfrutando de mi sabor.

—*Delicious. You're the most exquisite thing I have ever tasted in my life* —comenta en la que supongo es su lengua materna, ya que las palabras las suelta con tal rapidez que me cuesta casi entenderlas.

No sé por qué, pero que cambie del inglés al español con tal fluidez me vuelve loca. Siempre me han interesado los idiomas, de hecho, hablo tres: castellano, inglés e italiano. Que un hombre tan sexi como él tenga esa facilidad a la hora de comunicarse, solo hace aumentar mi atracción.

Aún sigo agarrada a su erección, no vaya ser que se me escape, porque después de comprobar lo que es capaz de hacer con solo una mano, necesito descubrir el *pack* completo. Él parece que tiene sintonizada la misma frecuencia que yo, pues del bolsillo trasero de sus pantalones de pinza saca la cartera, y de esta un condón.

—¿Quieres hacer los honores? —Me ofrece el preservativo con una sonrisa que podría considerarse petulante si no le diese un aire tan canalla.

Suelto su… Podría decir pene, pero esa palabra desmerece por completo lo que porta entre las piernas, le arrebato de inmediato el profiláctico mientras él vuelve a guardarse la cartera en su sitio y comienza a tocarse a sí mismo. Aunque parezca increíble, después de haberme regalado un fantástico orgasmo, me sonrojo al verlo. Me encantaría que el momento resultase de lo más erótico, solo que la impaciencia sumada a los temblores que tengo en las manos, sé que no pasará a los anales de la historia como una de mis mejores puestas en escena.

Mi acompañante no me quita los ojos de encima mientras con movimientos lentos se da placer, lo que hace que me ponga más nerviosa aún.

Rasgo el envoltorio, sin embargo, el muy maldito se resiste.

—Vaya… —murmuro, comenzando a sudar.

No quiero ni mirarlo.

Tras varios intentos fallidos, por fin lo consigo, saco la goma, soplo el capuchón, presiono la punta con los dedos y nuestras manos se rozan cuando se lo coloco, estirando el látex por toda su longitud.

Debe de notar la vergüenza que siento en este instante porque posa una de sus manos en mi barbilla, me atrae hacia él y me besa con una delicadeza abrumadora. Le agradezco el gesto y, sobre todo, que no comente mi obvia falta de experiencia. He querido dar la impresión de que sé moverme en estas situaciones como pez en el agua y no me cabe duda, con mi desastrosa intervención para ponerle el condón, le ha quedado claro que mi maestría es más bien escasa.

Por suerte, su boca sabe qué hacer para que desaparezca cualquier pensamiento saboteador y me pueda centrar solo en cómo enciende mi cuerpo.

Cuando nota que estoy de nuevo dentro de lo que nos atañe, se desliza hasta quedar en el suelo de rodillas ante mí, se coloca mi pierna izquierda sobre un hombro, gira la cara y deposita suaves besos en mi rodilla, ascendiendo por el interior del muslo. Creo que ni parpadeo, no quiero perderme ningún movimiento, grabar esta imagen en la mente porque será en el futuro la fantasía a la que recurrirán mis recuerdos mientras me encuentre sola en mi habitación.

Cuela sus manos debajo de la falda y me desliza el tanga por las

piernas.

—Creo que esto nos estorba. —Siento su aliento contra mis pliegues, alza los ojos para mirarme y la única pierna que me sostiene me comienza a flaquear.

No tengo ni idea a dónde han ido a parar mis bragas, tampoco es que me preocupe por eso en este momento, la verdad, solo puedo pensar en que quizá siento una punzada de decepción cuando se levanta sin haber conquistado con esa deliciosa boca la joya de la corona.

Al estar de nuevo a mi altura, se humedece los labios con la lengua; el muy cabrón lo está haciendo aposta para que sea consciente de lo que me ha privado, ya que me muestra una sonrisa que solo me apetece borrar a base de lametazos.

—¿Preparada? —pregunta, alineando la punta en el sitio indicado.

—Por supuesto —respondo.

Enderezo los hombros y levanto la barbilla, orgullosa, para que no vea las ganas con las que me he quedado de que me haga una espectacular comida de coño, porque sí, no me cabe duda que eso es lo que hubiese sido si hubiera querido, claro.

Apenas me da tiempo a sostenerme en sus brazos cuando, de un golpe, se abre la puerta y caigo despatarrada encima de mi desconocido. Uno de los miembros de seguridad nos dedica una mirada hostigadora desde el pasillo.

«Mierda, no he echado el pestillo».

—Fuera. Ahora.

No hace falta que lo repita dos veces.

Con la poca dignidad que me queda al verme pillada en una situación tan embarazosa, y arrastrando demasiada vergüenza, me recoloco la falda y salgo disparada del baño sin mirar atrás.

No me preocupo de que acabo de huir de la escena del delito y que mi acompañante será el que lidie con el segurata. Voy tan preocupada en alejarme cuanto antes que no me percato de la presencia de África hasta que me para.

—Ey, ¿dónde te habías metido?

—Y-yo, eh… ¡Vámonos! —Sujeto su mano y tiro, arrastrándola conmigo.

Una mirada de reojo me confirma que Lucho nos sigue.

—Katrina, ¿quieres hacer el favor de ir más despacio y decirme qué ocurre? —cuestiona mi amiga cuando salimos a la calle.

—Nada, solo que me apetece cambiar de sitio. —Arquea una ceja sin creerse mis palabras.

Me da igual, por nada del mundo le contaré el bochorno que acabo de vivir ahí dentro.

—No queda lejos el local de unos conocidos, si queréis que vayamos…

Fíjate que Lucho no es santo de mi devoción, pero en este momento sería capaz de entregarle en aval a mi futuro primogénito.

Respiro aliviada cuando nos alejamos del Town; a partir de ese momento la noche está un tanto difusa, ya que me he propuesto beberme hasta la inconsciencia.

Y quizá eso justo es lo que consigo porque no recuerdo cómo horas más tarde regreso a mi piso.

Capítulo 4

«Nunca pinto sueños, ni pesadillas, pinto mi propia realidad»
Frida Kahlo

Katrina

Tengo la cabeza como si un grupo de personas estuviese ejecutando saltos y practicando *capoeira* dentro de ella, incluso me parece escuchar una sucesión de tambores. Me presiono los ojos con fuerza, para ver si de esa forma el dolor de cabeza mitiga y dejo de oírlos; aun con esas, el sonido continúa.

Pum, pum, pum…

«Ah, pues no son tambores», lloriqueo al entender que el insoportable sonido de percusión proviene de los golpes de mi propia puerta.

Permanezco catatónica sobre la cama, el cuerpo me pesa una barbaridad y no soy capaz de mover un dedo para comprobar quién es la persona insensata que está perturbando mi descanso.

—¿Katrina? Sé que estás ahí, he escuchado la melodía de tú teléfono móvil —oigo la voz amortiguada de Rodri.

Con cierto esfuerzo, giro la cabeza y miro hacia la mesita de noche. «Chivato», murmuro, sintiéndome traicionada por mi propio iPhone. En ese instante, la pantalla se ilumina con su nombre en ella y la voz de Ariana Grande con el estribillo de *Into You* inunda mi dormitorio.

Así que, cariño, ven a encenderme
Y dejaré que te encargues de ello.
Un poco peligroso
Pero, nene, así es como lo quiero.
Un poco menos de conversación
Y un poco más de tocar mi cuerpo.

Mierda, es procesar la letra de la canción y todo lo que tanto me costó borrar anoche con litros de alcohol respecto a lo que sucedió con mi desconocido me vuelve a la mente.

Con una energía que no sabía que me quedase en el cuerpo, me lanzo a por el dispositivo.

—¡Ya voy, pesado! —digo nada más descolgar, para que Ariana

no siga hurgando con el dedo en la llaga. Sin darle opción a réplica, corto la llamada.

«Ha llegado la hora de cambiar de politono; con lo que me gustaba esa canción», pienso, intentando incorporarme.

Frunzo el ceño al mirar hacia abajo y darme cuenta de que llevo puesto un pijama de verano, de pantalón y blusa, desparejado.

Al dejar de nuevo el teléfono en la mesita, compruebo que hay una nota sobre ella.

Menuda esponja estás hecha, amiga.
Escríbeme cuando te despiertes para
saber que sigues viva.
P.D.: Ya me explicarás por qué ibas
sin bragas. ¡Cacho guarra!
Tqm, África.

Vale, ahora sé que la que me cambió de ropa y me acostó fue Áfri. Y lo más importante: que anduve por toda Marbella ventilando mis partes bajas.

Cuando consigo ponerme en pie, mi cuerpo se tambalea y por poco caigo de bruces contra el suelo. «Pero ¿qué bebí anoche? ¡¿Matarratas?!». Lo que siento recorrer mi torrente sanguíneo debe ser veneno.

Una vez que abro la puerta, encuentro al otro lado a Rodrigo apoyado en el marco.

—Me encanta tu nuevo peinado de nido de pájaros. —Sonríe como un crápula.

Ahora mismo mis neuronas están en reposo y no soy capaz de seguirle el rollo, por lo que, sin responder siquiera, me doy la vuelta y ni me lo pienso cuando me lanzo en plancha contra el sofá.

Me encuentro tan mal que llego a la conclusión de que no pienso volver a salir en la vida. No me compensa.

—Te iba a preguntar qué tal anoche, pero por tu estado deduzco que fue cojonuda —se cachondea.

Escucho como entra al comedor y toma asiento sobre la mesita baja frente a mí.

—*Stck ek cjlpa tcha*. —Mis palabras salen ininteligibles al tener la cara enterrada en el cojín.

—¿Cómo dices?

Giro la cabeza a un lado para poder respirar, sobre todo, y repito:

—Todo es culpa tuya.

—Vaya por Dios…

—Pues sí. La culpa es tuya, y de María por insinuar que soy una aburrida.

Al escuchar cómo se le escapa la risa, entrecierro los ojos en su dirección.

—Perdón, perdón. —Alza las manos. Por la sonrisa que reflejan sus labios, sé que no lo siente en absoluto.

Me incorporo para quedar sentada y me masajeo la sien.

—No sé cómo puedes soportar esta sensación día sí y día también.

—Fácil, yo estoy entrenado. —Se encoge de hombros.

—Oh, muchas gracias por restregarme que no sirvo ni para pasarlo bien…

—De nada.

Tras la sonrisa de sabelotodo que me dedica, se lleva un puntapié de mi parte en la espinilla.

—¡Qué sádica!

—Y haz el favor de levantarte de ahí. Esa mesa me la mandaron desde Turquía.

—Joder, Katrina, ni resacosa dejas de ser una sibarita —se queja. Se levanta y se dirige a la cocina.

Lo escucho trastear, pero me encuentro tan mal que no me importa qué estará haciendo. Me acomodo en el respaldo y cierro los ojos, intentando poner mi mente en blanco y que la cabeza deje de martillearme, solo que me es imposible. Un rostro desconocido se apodera de mis pensamientos y rememoro cómo sus expertas manos y su pecaminosa boca me hicieron sentir más viva que nunca.

«¿De verdad hubiese sido capaz de llegar al final si no nos hubiesen interrumpido?». Un SÍ rotundo resuena alto y claro.

—Tómate esto, lo vas a necesitar para lo que tengo que comunicarte. —Aparece Rodri, sacándome de mis pensamientos y entregándome un vaso con un líquido blanquecino.

—¿Qué es? —cuestiono con cara de asco, huele fatal.

—Trágatelo y calla.

Si estuviese en mis plenas facultades, le tiraría el contenido a la cara, ya que no ha sonado nada bien su orden, pero como necesito que este dolor de cabeza cese, y él es el experto en esto de borracheras, obedezco sin rechistar.

—¡Dios, que asco! —Retengo una arcada—. ¿Me quieres matar?

—No seas quejica. —Aparta mis piernas—. Es un simple ibuprofeno en sobre.

Se dispone a tomar asiento de nuevo sobre la mesa, sin embargo, se lo piensa mejor al ver la mirada que le dedico y se deja caer a mi lado. Reboto con la sacudida que hace el sillón al sentir su peso.

—Katrina, me encantaría regodearme de tu lamentable estado, pero ahora te necesito lúcida. —La seriedad que imprimen sus

palabras hace que mis sentidos se agudicen. Se pasa una mano por la boca, gesto que siempre hace cuando está tenso, y observándome directamente a los ojos, para no perderse mi reacción, añade—: El diablo ha pestañeado.

Es escuchar esas cuatro palabras y siento como me recorre un escalofrío, nada agradable, por la espalda.

Sé que llevamos toda la semana planeando este momento, sin embargo, justo hoy no me lo esperaba.

Trago con esfuerzo. La cabeza me sigue martilleando, aun así, intento recomponerme cuando pregunto:

—¿Qué más sabes?

Me froto las manos sobre los muslos. De repente me han comenzado a sudar.

—No mucho, la verdad. Solo que Pavlov ha organizado una fiesta esta noche en su casa. Nos ha invitado porque quiere que conozcamos a su comprador.

—¡¿Esta noche?! —Es lo único que pregunto cuando me levanto nerviosa y me paseo de un lado a otro.

Esto no puede estar pasando.

Sabía yo que no era buena idea salir anoche. ¿Por qué tuve que ceder? Me ha costado mucho llegar a este punto para, ahora que lo hemos conseguido, andar por ahí de fiesta cuando debería estar más centrada que nunca en mi objetivo.

—Kat, relájate, lo tenemos todo más que planeado.

—¿Cómo puedes decir que me relaje? —lo enfrento—. Tengo resaca, joder. Mis sentidos ahora mismo están mermados y nublados por el alcohol.

—Exacto, simplemente tienes resaca, no te han hecho una lobotomía —comenta Rodrigo, poniéndose en pie y acercándose a mí para tranquilizarme—. Descansa lo que resta de día, ¿sí? Estoy seguro de que para esta noche volverás a ser la Katrina tenaz y organizada de siempre.

Muevo la cabeza, asintiendo a sus palabras. «Puedes hacerlo, Kat», me animo. «Llevas años planificando al milímetro este encuentro». Sin embargo, eso no quita que la incertidumbre, y puede que el miedo, traspase mis defensas.

No es casualidad que nos acercásemos a Pavlov. Él es unos de los traficantes de armas más famosos en el mercado negro. Sus productos son los más competitivos y de mayor alcance a nivel mundial. Sabíamos que, una vez que nuestra empresa pudiese ofrecerle a los rusos servicio a Centroamérica, sería cuestión de tiempo que Mendoza contactase con ellos. Ambos se necesitan, uno es el rey del armamento y otro es el de la cocaína. Solo les faltaba el factor logístico, y ahí es donde entramos nosotros: importando ambos

productos de un país a otro.

Ya comenté que Alfonso Díaz tuvo que hacer muchos sacrificios para llegar a la cima. Y si los otros dos son los reyes en su campo, mi supuesto padre es el rey de los cargueros.

—¿Sabes si ha venido solo? —cuestiono, pasándome las manos por el pelo para intentar desenredarlo.

Debo tener una pinta espantosa, pero no es algo que me preocupe en este momento y mucho menos delante de Rodri, que me ha visto en peores circunstancias.

—Ni idea. —Se acerca al balcón y echa una ojeada al exterior a través de las cortinas—. Aunque dudo mucho que dé un paso en solitario. Es un bastardo cobarde que siempre va escoltado por sus hombres de confianza.

Aprieto los dientes.

Esos hombres de los que habla Rodrigo no son otros que los que trabajaban para mi padre y, tras lo que sucedió, no dudaron en acercarse a Mendoza como unos malditos vendidos. No me extraña que ya lo hiciesen incluso antes de la masacre. Por esa razón, todos correrán la misma suerte que su «patrón».

—¿Crees que alguno me reconocerá?

Me crie rodeada de cada uno de esos hombres, e incluso a alguno de ellos los estimaba al pasar demasiado tiempo alrededor de mi padre. Sin embargo, ahora que está más cerca que nunca llevar a cabo mi venganza, no es de extrañar que sienta que mi plan pueda tambalearse, solo han pasado trece años desde la última vez que los vi.

Rodri deja de observar la calle y centra su mirada en mí, arqueando una de sus cejas oscuras.

—¿Te has visto bien? No queda ni rastro de la adolescente que un día fuiste —asevera, acercándose. Apoya sus manos en mis hombros para que le preste atención.

Puede que lleve razón, dudo mordisqueándome el labio inferior. Fui tardía en sufrir el cambio de niña a mujer. Con quince, mi cuerpo aún estaba en pleno desarrollo y apenas habían aparecido las curvas que hoy en día me acompañan.

—Créeme cuando te digo que nadie podría relacionarte con aquella muchacha desgarbada y de cara aniñada. La genética, o puede que la propia vida, se ha encargado en convertirte en una hermosa mujer, Cata. —Por esta vez paso por alto que me haya llamado por mi verdadero nombre—. Una que será capaz de derribar a su enemigo con un simple aleteo de pestañas.

—No quiero que sea tan fácil. —Levanto la barbilla. Una energía misteriosa me recorre el cuerpo—. Quiero que sufra, Rodrigo. Quiero despojarlo poco a poco de todo lo que ha construido estos

últimos años. Ganarme su confianza y debilitarlo de tal forma que ni siquiera sepa cómo ha sido posible. Es lo que hizo con mi padre, y es lo único que se merece.

Rodri sonríe y, acto seguido, me abraza, apoyando su mentón en mi coronilla.

—Así me gusta, pequeña. Ya no eres Catalina Vargas.

No, ya no soy aquella temerosa chica que permaneció oculta mientras masacraban a su familia. Soy Katrina Díaz, y si algo caracteriza a la mujer en la que me he convertido es que consigue todo lo que se propone.

Tras sentir la confianza que mi hermano tiene en mí, y que vuelva a aparecer la seguridad que tanto me caracteriza, pedimos comida a domicilio. No tengo el cuerpo para ponerme a cocinar nada, y mientras llenamos nuestros estómagos discutimos las distintas opciones de cómo se desarrollará el encuentro de esta noche.

Si algo sé es que no queremos parecer ansiosos y desesperados frente a Rafael Mendoza.

Durante este tiempo lo hemos investigado lo suficiente para tener claro que, si nos mostramos demasiado pendientes de él, desconfiará, mientras que, si llamamos lo bastante su atención y es él quien se interesa en nuestra empresa, será más fácil que nos abra las puertas de su mundo y, por consiguiente, de su vida.

—Necesito a tu padre fuera de esto —comento, disfrutando del postre: una deliciosa tarta de queso.

—Suerte con eso —dice Rodri como si nada con la boca llena.

—Ya ha hecho demasiado por mí —expongo—. Y sabemos que acercarse a Mendoza solo puede causarle problemas. Si por mí fuese, tampoco te involucraría a ti, pero soy lo suficientemente consciente para saber que te necesito a mi lado.

Rodrigo curva los labios, orgulloso.

—No es ningún halago. —Ruedo los ojos—. Es puro egoísmo, en caso de que la situación se tuerza. Tu integridad no me importa tanto como la de tu padre. —Me encojo de hombros.

—Ya… —Amplía aún más la sonrisa, sin creerse lo que le digo —. Aun así, el viejo es demasiado tozudo. Suerte con sugerirle siquiera que no puede asistir a ese encuentro.

—Esperaba que lo convencieses tú —le propongo sin mirarlo.

Suelta una carcajada y niega, divertido. Me conoce demasiado para saber que mi mayor debilidad son sus padres y que siempre he evitado cualquier tipo de confrontación con ellos. Pedirle a Alfonso que se mantenga al margen sé que será motivo de disputa. Sin embargo, tiene que entender que quiera protegerlo.

Por el rabillo del ojo observo como deja la cucharilla en el plato una vez que termina su porción de tarta y se sacude los pantalones

antes de ponerse en pie.

—Veré qué puedo hacer, no te prometo nada. —Me levanto y lo acompaño hasta la puerta. Antes de marcharse, se gira—. Pronto acabará todo y podrás seguir adelante.

Siento sus palabras como si de una promesa se tratasen. Lo abrazo por la cintura y apoyo la cabeza en su pecho, deseando que así sea. No solo por mí, sino por ellos.

Necesito terminar con todo esto para que ellos tengan la vida que siempre desearon y merecieron. Una alejada del crimen organizado, porque mi mayor miedo es percibir que Rodrigo se mueve en ese ambiente con demasiada soltura. Él puede negarlo cuanto quiera, de hecho, ha sido motivo de discusión entre nosotros más de una vez, pero cuanto más tiempo pasa más veo reflejado en él actitudes de mi propio padre y me aterra que, por ayudarme, termine seducido por completo por ese mundo.

El resto del tiempo hasta que llega la hora de arreglarme me dedico a recoger el piso. Sé que debería intentar descansar, sin embargo, siento la adrenalina tan por las nubes que sería incapaz. Por fortuna, el dolor de cabeza ha desaparecido, así que me mantengo activa para no volver a caer y que las inseguridades y temores hagan eco en mi mente. Me repito que todo es producto del desconocimiento de lo que esta noche me espera.

A las ocho de la tarde, agotada, decido mimarme un poco antes de comenzar a prepararme. Nada como un baño relajante para conseguirlo. Abro el grifo para que la bañera se vaya llenando y echo al agua una bomba de sales aromáticas de rosa mosqueta. Gracias a sus propiedades regeneradoras, activará el colágeno y la elastina y mi piel se mantendrá suave y flexible. Una vez que me desnudo, selecciono una de mis tantas listas de reproducción.

Suelto un suspiro al introducirme en el agua caliente. Apoyo la cabeza en el borde y dejo el cuerpo laxo para que mis músculos se relajen. Mientras Bishop Briggs canta *River*, mi cabeza vuelve a la noche anterior, incluso hasta dentro del agua mi piel se estremece al recordar cómo me acariciaba. Cierro los ojos y me acomodo, abriendo más las piernas. Al primer roce de mis dedos contra mi intimidad tiemblo de necesidad; me muevo, acoplándome al ritmo de la canción e imaginando que es mi desconocido el que me hace gozar del momento.

He estado con distintos hombres a lo largo de mi vida, unos me han hecho disfrutar más que otros, pero jamás he sentido con ninguno la química que ese misterioso hombre despertó en mí. En mi mente imagino qué hubiese pasado a continuación si no nos hubieran interrumpido. Jadeo al insertarme un dedo en mí misma a la par que con el pulgar me masajeo el clítoris. Cuando proyecto su intensa

mirada gris azulada, estallo con un grito que retumba en las paredes del baño.

En este justo momento decido que, según como se dé esta noche, regresaré al Town con la esperanza de volver a encontrarlo y que la fantasía que acabo de recrear se haga realidad.

Lo que no tengo en cuenta es que hay que tener cuidado con lo que deseas porque la mayoría de las veces se nos puede volver en contra.

Capítulo 5

«Necesito tanto que me duele el corazón»
Frida Kahlo

Katrina

La casa de Vladimir Pavlov es una villa ubicada en La Zagaleta, una de las urbanizaciones más prestigiosas de Europa. Un paraíso terrenal de lujo donde la exclusividad y la belleza está solo al alcance de unos pocos privilegiados, como empresarios, famosos o incluso políticos. En la actualidad consta de doscientas treinta viviendas, que van desde los tres mil a los diez mil metros cuadrados, construidas para vivir en plena armonía con la naturaleza a las faldas de la Serranía de Ronda. Se calcula que una vivienda en esa zona cuesta desde los nueve millones de euros a los treinta y cuatro que se ha llegado a pagar.

La urbanización, además de las villas de lujo, tiene acceso a un campo de golf y un helipuerto privado, el cual hoy no para de recibir invitados para asistir a la fiesta que organiza nuestro anfitrión.

Nosotros hemos venido en coche, ya que está a tan solo veintidós kilómetros de Marbella. Nuestro chófer reduce la velocidad cuando llegamos a unas de las garitas de seguridad. Alfonso, que va en el asiento del copiloto, recita nuestros nombres, los cuales comprueban en un listado. La Zagaleta es una zona blindada: hay casetas de vigilancia en dos de sus entradas, además de coches de las empresas de seguridad que no paran de hacer rondas por toda la urbanización.

Sí, al final, y como vaticinó Rodrigo, Alfonso ha venido. No estoy contenta con la decisión, y así se lo he hecho saber, a lo que él ha respondido: «no es la sangre, es la confianza, el apoyo y el respeto lo que crea una familia. Y como tal no te voy a abandonar cuando más lo necesitas». Por supuesto, tras una frase como esa, además de emocionarme, me he tenido que poner un punto en la boca y no volver a insistir en que no asista, y aquí estamos: él, Rodri y yo. Y por una parte estoy feliz de que estén a mi lado porque, una vez que traspase esas puertas, me reencontraré cara a cara con el asesino de mi familia.

—Deberíamos haber pedido más por el contrato. —Silba Rodrigo a mi lado—. Seguro que podría pagarlo —añade, admirando

la edificación que tenemos ante nosotros.

—Pedimos nada más y nada menos que lo que tenemos estipulado según envíos y mercancías —comenta Alfonso a las palabras de su hijo.

—Ya habló el empresario del año… —murmura mi hermano a mi lado—. Creo que no fue buena idea que le otorgasen el premio, se le ha subido un poco a la cabeza —concluye, haciéndome reír.

—Para —le regaño cuando su padre nos dedica una severa mirada a través del retrovisor.

—¡¿Qué?! Es la verdad. Se ha vuelto un estirado.

Me llevo la mano a la boca y me la tapo para no mostrar la risa que me producen sus palabras. Por mucho que me pese, Rodri lleva razón. Desde que Alfonso fue galardonado por su impecable gestión, no ha dejado de soltar a la mínima oportunidad la buena labor de nuestra empresa. Si de verdad se supiese que, para estar en lo alto, antes tuvo que nadar en el fango y que se propone hacerlo de nuevo, le retirarían la distinción de inmediato.

—Seguid así y os mandaré de vuelta a Marbella —asevera como si fuésemos un par de críos.

Miro a mi hermano a mi lado y me guiña un ojo, risueño, y mi sonrisa se expande al entender que solo lo ha hecho para destensarme. Desde que me recogieron en mi piso, mi pierna va por libre y no ha parado de moverse a causa de los nervios.

Tras el baño, con final feliz incluido, me he arreglado a conciencia. Llevo un vestido de tirantes anchos, ceñido y por encima de las rodillas en color blanco; pero lo más llamativo del atuendo es la parte de arriba, que es una especie de sujetador que se une a la falda por unas tiras anchas, dejando la mayor parte de mi espalda y estómago al aire. Lo completo con unas sandalias doradas de tacón fino.

Mi larga melena castaña oscura, con algunos reflejos en color miel y peinada con unas sutiles ondas, la llevo suelta y echada sobre un hombro para no quitarle el protagonismo al corte de la parte trasera del vestido. Y como maquillaje me he decantado por tonos tierra para darle luminosidad a mi tez morena.

Hoy más que nunca necesito estar segura de mí misma, y nada mejor que intentar sacarme el mayor partido para ello. Al verme en el espejo de cuerpo entero creo que lo he conseguido, ya que me ha gustado el resultado final.

Llegamos a una zona de aparcamiento y el chófer abre la puerta de mi lado para que salga. Tanto Rodrigo como Alfonso se esperan hasta que las personas contratadas por Vladimir hagan lo propio con ellos para bajar. Por mucho que nos movamos entre la élite, no terminamos de acostumbrarnos ante tanto protocolo, pero hay

ocasiones, como en esta, que hay que jugar según sus reglas.

Me engancho del brazo de Alfonso y Rodri se pone a mi otro lado, por lo que quedo flanqueada por los hombres más importantes de mi vida. Mis protectores y, ante todo, mis salvadores.

A pesar de que han transcurrido demasiados años, aún hay noches que me despierto sobresaltada a causa de una pesadilla reviviendo lo sucedido en mi quince cumpleaños. Puede que todo sea producto de que ha llegado la hora de enfrentarme de nuevo a mi pasado, pero últimamente mi mente me juega malas pasadas y sueño con que no fueron los Díaz los que me encontraron vagando por la carretera, sino Mendoza.

—*Krasivaya* Katrina —me halaga Pavlov cuando nos recibe en la entrada de la propiedad, donde les da la bienvenida a los invitados.

Noto como su lasciva mirada me recorre el cuerpo; por cómo se humedece los labios, le agrada lo que ve. Por mi parte, me cuesta mucho esfuerzo devolverle el saludo al observar que no se corta ni un pelo, incluso delante de su esposa.

Si algo no tolero es la infidelidad. Con Vladimir, solo me he encontrado en una reunión, ya que fue Rodri quien se encargaba de este trato, pero al igual que ahora me agasajó en piropos. Dudo mucho que practique la monogamia.

—Señor Pavlov, señora Pavlova —los saludo, haciendo especial hincapié en esta última para recordarle al putero de su marido que está presente—. *Spasibo za pringlasheniye* —les agradezco la invitación.

Al decantarme por la carrera académica, me especialicé en varios idiomas, pero el ruso no es uno de ellos. Sé las frases justas y necesarias para quedar bien.

—Disfruten de la velada —nos dice esta última.

Asiento y me adelanto para sentir como nuestro nuevo cliente me desnuda con sus ojos. Alfonso se queda rezagado hablando con él, y ahora agradezco que haya venido, así tendré que interactuar con el ruso lo menos posible. Sé que lo necesito para un fin, pero eso no le da derecho a que soporte sus babas.

—¿Has visto cómo te desnudaba con la mirada? —susurra Rodri, alcanzándome.

—Yo y todo el que estuviese a dos metros de distancia, incluida su mujer —mascullo.

—A lo mejor son una pareja abierta.

—Bien por ellos, pero a mí ese rollo no me va.

—Tú y tu inquebrantable moral…

Me paro de repente y miro a Rodrigo.

—¿Es que a ti no te importaría liarte con ella sabiendo que está casada?

—¿Y a mí por qué debería importarme? Yo no soy quien

tendría que rendir cuentas. Quién lo hace es quien debe cuestionárselo.

—¡Pero estarías contribuyendo a una infidelidad!

—Kat, a lo que contribuiría yo es a hacerla gritar de placer —me dice muy serio.

Abro la boca para rebatirle, sin embargo, cuando veo que sonríe como un crápula y menea las cejas de forma rítmica, comento:

—Bah, déjalo —descarto—. Conociéndote, no sé ni para qué me molesto en debatirlo.

Sé lo degenerado y de alma libre que es. No me extraña para nada su contestación, seguro que se ha follado a decenas de mujeres emparejadas.

—Pues si lo sabes, ¿para qué preguntas? —Sonríe.

—Vladimir me ha comentado que su comprador ya se encuentra en el jardín. En cuanto termine de recibir a los invitados que quedan, se reunirá con nosotros. Está deseando hacer las presentaciones —nos interrumpe Alfonso.

Es escucharlo y un nudo de nervios se me instala en el estómago.

—¡Pues que empiece la juerga! —exclama, dando una palmada al aire, Rodrigo, lo que hace que, sin querer, pegue un respingo en el sitio.

Este se adelanta y con pasos decididos se dirige al jardín, de donde proviene el sonido de la música y el murmullo de los allí reunidos.

—¿Estás bien? —me pregunta Alfonso, comedido.

«No».

Esa es la primera palabra que me viene a la mente. Para nada estoy bien. Llevo tantos años deseando este momento que pensé que lo estaría disfrutando, sin embargo, el miedo me deja atenazada. Y no es que tema reencontrarme con Mendoza, lo que me genera verdadero pavor es mi propia reacción.

Hay ocasiones en la vida en las que las personas nos movemos por impulsos emocionales, en vez de racionales; esos impulsos nacen de manera rápida, inesperada y desmedida ante según qué situación. Somos incapaces de controlar nuestros deseos y nos vemos tentados a actuar por impulso sin tener en cuenta las consecuencias de nuestros actos.

Tomo una profunda respiración y, en lugar de ser sincera y decirle cómo me encuentro en realidad, asiento en un gesto afirmativo. No necesito preocuparlo más de lo que está, y si supiese la verdad me sacaría de esta casa sin importarle quedar mal con nuestro cliente.

—Adelántate, necesito ir al baño.

Alfonso me mira sin estar convencido, pero una vez más demuestra lo mucho que me conoce y entiende que necesito un momento para mentalizarme a solas. Con un último apretón en el hombro, sigue los pasos de su hijo.

Le pregunto a una camarera dónde se encuentra el baño más cercano. Lo poco que he apreciado de la villa del ruso es una auténtica maravilla. Me dirijo en dirección hacia donde la amable mujer me ha indicado, y cuando llego está ocupado. No me queda más remedio que esperarme a que salga quien esté dentro, no quiero aventurarme a buscar otro baño y acabar perdiéndome entre tantas estancias como debe tener este sitio.

Saco mi teléfono móvil e ingreso a las redes sociales; no es que yo sea muy activa que digamos. Mi día a día es siempre tan movido que no me queda mucho tiempo para nada. Las utilizo más bien por puro entretenimiento, para ver las publicaciones ajenas y desconectar de las obligaciones que arrastro.

—¿También estás esperando para utilizar el aseo? —me pregunta una mujer rubia con cierto acento americano.

—Sí. Aunque llevo un rato y sigue sin salir. He dudado en ir a buscar otro.

—Mejor no lo hagas—me aconseja—. Después de dar varias vueltas, este es el único baño que he encontrado.

—Por eso mismo no he querido aventurarme. He temido aparecer en Marruecos —bromeo, dando a entender lo grande que es este lugar.

La chica, a la que le echo más o menos mi edad, suelta una risa cantarina.

—Pues lo mejor será generar un poco de presión, ¿no crees? —Me guiña un ojo, cierra el puño y da varios toques con insistencia.

Esta vez es a mí a la que se le escapa la risa.

—Ya lo he intentado yo, y ni con esas. No sé si será mejor volver en otro momento. Por lo que tarda, no me extrañaría que le haya entrado un apretón.

—*Disgusting!* —Arruga la nariz y abre sus ojos azules de manera desmesurada cuando expresa «¡Qué asco!» en su idioma.

Es en ese instante que la puerta se abre y aparece una pareja recolocándose la ropa.

Las dos nos los quedamos mirando un tanto cortadas.

—Pues ibas a llevar razón y sí les había entrado un apretón —murmura mi compañera de espera cuando la pareja desaparece sin tan siquiera dedicarnos una mirada.

—Te sorprendería lo comunes que son este tipo de «apretones». —Enfatizo la palabra haciendo un gesto de entrecomillado con los dedos, recordando que justo anoche yo hice uso de un baño público

para el mismo menester—. No tardo, ¿de acuerdo? —le aseguro cuando me dispongo a entrar.

Este pequeño interludio ha hecho que me relaje bastante. Como he prometido, utilizo el baño y me lavo las manos en tiempo récord.

—Todo tuyo —le digo a la chica cuando salgo.

—¡Gracias! Un poco más y hubiese utilizado esa maceta de ahí. —Me señala una planta de interior.

La sonrisa me acompaña todo el camino al dirigirme hacia el jardín. Sin embargo, se me corta en el momento que diviso a mi familia acompañada de Pavlov y otro hombre más.

Cojo una copa de champán de una de las bandejas que lleva un camarero y me acerco hasta el grupo en cuestión tras darle un trago al vino espumoso.

Puede que hayan pasado trece largos años, pero reconocería esa complexión en cualquier lugar.

—¡Aquí está la verdadera jefa! —exclama feliz Vladimir al verme llegar.

Un simple cruce de miradas con Rodri me confirma que no me he equivocado y quien tiene enfrente no es otro que al infame Rafael Mendoza.

—Permítame que le presente a mi hija, señor Mendoza —interviene Alfonso para que quede a su lado, justo entre él y Rodrigo y lo más alejada posible del ruso—. Ella es Katrina Díaz, y como bien dice nuestro amigo Pavlov, sin ella, Costania no sería lo que es —me alaba—. Katrina, este es el señor Rafael Mendoza, compañero de negocios de aquí nuestro anfitrión.

Tengo que hacer uso de todo el control para al fin girarme y mirar al hombre que mató a sangre fría a mis padres y al bebé no nato que esperaban.

Cuando nuestros ojos conectan, es como si retrocediese en el tiempo. Puedo oler incluso el humo, una vez que prendieron fuego a la hacienda para ocultar los crímenes que cometieron.

—Encantada.

Me cuesta una barbaridad extender la mano para saludarlo. Compensa que, con la izquierda, aprieto la copa de champán con tanta fuerza que temo que se haga añicos. Por una parte, lo deseo, así podría clavarle el vidrio en la carótida.

—Un nombre singular a la altura de una bella mujer. —El simple sonido de su voz me repugna, ya que fue el último que escuchó mi padre antes de que el muy malnacido acabase con su vida.

Me aumentan las palpitaciones al sentir como posa sus labios en el dorso de mi mano, con galantería.

Diría que los años no le han hecho justicia, quitando la salpicadura de canas que tiene en el cabello, por lo demás, sigue

exactamente igual, como si hubiese realizado un pacto con el diablo. Y viniendo de él, es algo que no me extrañaría. Si fuese objetiva, me parecería incluso atractivo a pesar de su edad, pero como no lo soy, lo veo tal cual es: la persona más aberrante del mundo.

—Disculpad, había *overbooking* en el aseo —interrumpe una recién llegada.

Sonrío al ver de nuevo a la chica con la que esperé en el pasillo. Eso me da la excusa para liberarme de las garras de mi enemigo.

—Les presento a Emma Wilson, la futura señora Mendoza —nos informa Rafael.

Se me congela la sonrisa en la cara al comprender que con quien socialicé no es otra que la pareja de este cabrón. Por unos pocos minutos me cayó muy bien, pero alguien que esté al lado de un asesino no se merece el beneficio de la duda, y la sensación que sentí desaparece, siendo sustituida por la repulsión.

—Un placer. Los felicito —escucho decir a mi lado a Rodrigo.

No sé si alguno más ha captado la mentira que acaba de soltar. Quizá solo lo percibo yo, al conocerlo lo suficiente y apreciar el desagrado en sus palabras.

Y no es para menos. Ella rondará los veintiocho, como yo, a lo sumo treinta años, mientras que Rafael Mendoza le duplica con creces en edad, pues sé de buena tinta que tiene sesenta y siete años. Sé que el amor no entiende de números, pero repito, todo lo que provenga de él me hace no ser objetiva ni tolerante.

—Me halaga que crea que la señorita Emma Wilson y yo tenemos un compromiso, pero me temo que ha elegido a otro Mendoza para ese título. Y, como tal, es parte de la familia. —Frunzo el ceño porque, hasta donde abarca mi investigación, Rafael nunca tuvo descendencia y jamás llegó a casarse.

Siempre he pensado que es demasiado ególatra para compartir una parte de sí mismo, como es su corazón, con alguien.

—Es la recién prometida de mi sobrino quien, en un futuro, espero lejano aún, heredará mi imperio. —«Vomito, como siga vanagloriándose a él mismo le potaré encima»—. ¡Ah, ahí está! ¡Atlas!

Todos nos volvemos cuando sentimos la presencia del recién llegado.

La copa de champán de cristal de Bohemia que sostengo en las manos ha soportado el encuentro con Mendoza, incluso creer que alguien tan agradable y con tanta luz como es la tal Emma era su prometida, sin embargo, el tener a un palmo de distancia al sobrino de mi más fiel enemigo y reconocerlo como el hombre con el que me enrollé la noche anterior, termina cediendo a mi fuerza y se hace añicos en mi mano.

Se oye un grito colectivo al estallido de la copa, no obstante,

estoy tan concentrada en esa mirada azul grisácea que me observa con intensidad que todo cuanto pasa a mi alrededor lo escucho en la lejanía.

Me caracterizo por ser una persona responsable, que mide cada uno de los pasos que da en la vida, y para una vez que me dejo llevar, que no medito las consecuencias y me rijo por lo que me grita mi cuerpo, voy y caigo en los brazos de un Mendoza, y lo que es peor, con uno que además está prometido.

Jamás he sentido tanto rechazo y me he defraudado tanto a mí misma como en este maldito momento. Y puedo asegurar que es una de las peores sensaciones que se puede experimentar en la vida. Y ahí comprendo que el destino acaba de jugar conmigo.

Capítulo 6

«Pies para que quiero si tengo alas para volar»
Frida Kahlo

Atlas

Si es verdad que existen las casualidades, esta debe ser una de ellas.

Al llegar me he ausentado y buscado una zona tranquila para atender una llamada, jamás imaginé que, al regresar, me toparía con la causante de que anoche terminase con tal dolor de huevos que ni el alivio que me proporcioné a mí mismo, una vez que llegué a la habitación, consiguió menguar.

Lo único que disipa mis dudas de que se trate de una lunática que me está siguiendo es la expresión de sorpresa que refleja su cara. Tanta que hasta ha sido capaz de hacer estallar la copa de cristal de pura impresión.

Un revuelo se desata a nuestro alrededor. La señora Pavlova avisa a una de las personas del servicio para que recoja los cristales antes de que cualquiera de los invitados salga lastimado. Mientras, la morena y yo no despegamos nuestra mirada en ningún momento.

Percibo como, tras el asombro inicial, su mirada adquiere tal fuego que siento que me abraso en la profundidad de esos ojos marrones.

«Tranquila, preciosa, yo tampoco imaginé volverte a ver, y mucho menos en una fiesta a la que acudo por negocios». Curvo mis labios, lo que parece que la incomode más si cabe, ya que el ardor en su mirada se convierte en ira. Una ira que va dirigida en exclusividad hacia mi persona.

—¿Estás bien, querida? Oh, Dios, ¡estás sangrando! —la exclamación angustiada de nuestra anfitriona hace que el momento que ambos compartíamos se rompa.

—No es nada —descarta, abriendo la mano y sacudiendo los restos de cristales que se le han quedado pegados a la palma—. Si me disculpáis, iré al baño a limpiarme este desastre.

A ninguno de los presentes nos da tiempo a reaccionar cuando ella desaparece como alma que lleva el diablo.

Por un instante estoy tentado a seguirla para descubrir qué demonios hace aquí. Aun viéndose sorprendida, me cuesta creer que

todo sea producto de la casualidad.

La vida me ha enseñado que todo tiene una razón de ser, y en el mundo en el que me muevo es normal que sea precavido. He perdido a varias personas para convertirme en alguien desconfiado.

—Atlas, ellos son Alfonso Díaz y su hijo Rodrigo —anuncia mi tío para que me centre y deje de observar el lugar por donde ha salido huyendo mi rollo de anoche. Rafael es tan controlador que seguro que la sangre putrefacta que le corre por las venas se le estará convirtiendo en ácido al verme distraído—. Son los dueños de la empresa de transporte que ha contratado el señor Pavlov.

Eso consigue captar mi atención. Los saludo estirando la mano, cordial, y fijo mi interés en ellos. Son una pieza fundamental en todo el embrollo en el que estoy metido.

Lo más adecuado es que empiece por presentarme y así entenderéis por qué estos hombres son tan importantes en la situación en la que me encuentro.

Me llamo Atlas Campbell Mendoza, soy originario de Albuquerque, Nuevo México. De madre mexicana y padre estadounidense, pero a pesar de haberme criado con ambos progenitores, quien en realidad siempre ha gobernado mi familia ha sido mi tío, Rafael Mendoza.

Mi madre proviene de una familia demasiado humilde, y con tan solo doce años quedó huérfana, pasando al cargo de su hermano, ocho años mayor que ella. Cuando cumplió los quince, siendo tan solo una adolescente, la casó con un gringo con el que mi tío intentaba hacer negocios. Y de esa forma, la mandó a vivir con él al país de las oportunidades.

Sin embargo, para mi madre, aquello, más que una oportunidad, fue una condena. Se vio atrapada en un matrimonio sin amor en el que quien tenía voz y voto era su propio hermano. Alguien de su misma sangre la vendió por intentar crear lazos con el país limítrofe.

A los pocos meses de casarse ya tuvo a su primer hijo, y no habían pasado ni diez meses cuando nací yo. Ella, al ver el ritmo con el que se iba cargando de hijos, acudió a una clínica ilegal para que le realizasen la ligadura y así no volver a embarazarse. En su mente no concebía traer al mundo a más hijos para que se criasen en una familia dedicada al narcotráfico. Bastante le pesaba a ella que a mi hermano y a mí no nos quedase más remedio que tener que hacerlo.

¿Tuve una infancia feliz? Eso depende de lo que cada uno entienda por felicidad. Un niño no puede añorar algo que no ha conocido. Se acostumbra a vivir con las circunstancias de vida que le han tocado.

Mi padre no era un ciudadano ejemplar, era un maldito

toxicómano que, en sus primeros años de vida adulta, y tras casarse con mi madre, los pasó siendo la mula de mi tío.

Una mula es un recipiente humano para transportar la droga de un país a otro.

Desde que tengo uso de razón he sabido de la existencia de la cocaína, heroína o cualquier sustancia ilegal como si se tratase de un ingrediente más como el azúcar o la sal. Nos teníamos que ir familiarizando con el negocio en el que trabajaríamos en un futuro.

Aun con todo eso, mi madre, a escondidas, siempre intentó inculcarnos una clase de valores que en ese mundo quedaban descartados. Tanto Cruz, mi hermano, como yo nos hemos sentido amados por nuestra madre.

Para ella, durante toda su vida hemos sido su prioridad y no ha dejado de rezar por nosotros para que pudiésemos alcanzar un futuro distinto al que teníamos predestinado.

Una maldita utopía, desde mi punto de vista. Una vez que entras en el mundo del narcotráfico, solo hay una forma de salir, y es consiguiendo que tu corazón deje de latir. Nosotros ni siquiera elegimos entrar, como sí lo hicieron mi tío y mi padre, a nosotros nos lo impusieron de nacimiento. Pero ahora he encontrado un resquicio de esperanza para poder salir de esta vida y me aferraré a ese inestable salvavidas, no por mí, sino por Cruz, que él no tuvo la oportunidad siquiera de intentarlo.

Un fuerte dolor me aprisiona el pecho cada vez que pienso en él, por lo que intento camuflarlo lo mejor que puedo y centrarme en mis objetivos.

—Costania es la empresa naviera con más buques cargueros que opera en la actualidad en España —informa Pavlov con orgullo—. En lo que va de año, han fletado tres envíos con destino Panamá con un éxito rotundo.

—Eso es de admirar —alaba mi tío—. Cada vez están más agresivos los piratas que surcan aguas atlánticas.

—En nuestro primer envío tuvimos un ligero percance. Intentaron asaltar nuestro buque, por suerte, mis hombres consiguieron que no tomasen los mandos y los neutralizaron. Tras ese incidente, no hubo ningún otro contratiempo en los demás portes —relata el mayor de los Díaz.

Alzo una ceja, escéptico, ante sus palabras. Todos los presentes sabemos que los hombres que navegan esas aguas son mercenarios que no son fáciles de vencer.

—¿Cómo exactamente consiguieron esquivar el ataque? —cuestiono suspicaz. Por el rabillo del ojo distingo la media sonrisa orgullosa de mi tío a que haga la pregunta que todos tenemos en la punta de la lengua.

Aun así, no me dejo engañar. Que me haya concedido cierta libertad en este negocio en concreto no significa que en realidad la tenga. Se trata de una falsa confianza para descubrir si soy digno del puesto que espera que tome, que no es otro que ser su cabeza de turco por si algo llega a torcerse.

Rafael Mendoza siempre será el cerebro del cártel, pero a ojos de la ley, en caso de que lo atrapen, él nunca será el que cumpla por sus crímenes.

—Métodos que no son aconsejables comentar en mitad de una fiesta —menciona esta vez el hijo, serio.

Le mantengo durante unos largos segundos la mirada, sabiendo que esos métodos de los que habla no son nada ortodoxos. No es algo que me sorprenda, y mucho menos asuste, con ese tipo de insinuaciones. Por lo que parece, la mayoría de los que estamos aquí hablamos el mismo idioma y hemos acabado con alguna vida en algún momento; por suerte, las mujeres presentes son las únicas que son capaces de intervenir para romper la tensión que se ha generado.

—En eso estoy de acuerdo con usted —tercia la dueña de la casa—. Estamos en una fiesta y, como tal, hay que disfrutar. Ya habrá tiempo de hablar de negocios. —Todos mostramos una sonrisa en acuerdo—. Y dígame, señorita Wilson, ¿es su primera visita a España? —termina preguntando a Emma para desviar la conversación.

Eso me recuerda que mi prometida también se encuentra presente. Estiro un brazo y lo dejo apoyado en su cintura, aunque lo que más deseo es ir tras la morena que me dejó prendado nada más verla la noche anterior.

—En realidad, este país me es familiar. Pasé un año de intercambio mientras cursaba la secundaria.

—¿De qué zona de Estados Unidos es usted? —se interesa Díaz Junior. Instintivamente, acerco un poco más a Emma a mi costado, lo que conlleva que esté a punto de soltar una risa cuando ella, muy sutil, me clava el codo en las costillas.

—Del sur —responde Em de forma banal.

—¿Podría ser más concreta? Su país tiene miles de kilómetros de extensión —contraataca él.

A los demás parece que no les interesa demasiado la procedencia de mi prometida y se pierden en su propia conversación. Puesto que sé que Emma no dirá nada que nos pueda comprometer, me excuso.

—Si me perdonáis, tengo que hacer una llamada que dejé a medias. —Tanto el tal Rodrigo como Em asienten y me alejo del grupo en dirección a la casa.

Por el camino, me cruzo decenas de invitados a los que saludo con la cabeza. No conozco a nadie más, a excepción de los Pavlov y

ahora a los Díaz, pero sé moverme demasiado bien en este tipo de festejos para saber que, si estamos aquí, todos debemos ser alguien importante. Y no hay nada que les guste más a las personas influyentes que creer que se conocen entre sí.

Dentro de la vivienda no hay apenas movimiento, solo el típico ajetreo de algunos camareros sacando bebidas y aperitivos con los que deleitar a los invitados.

Me dirijo hacia uno de los pasillos, donde se encuentra el baño. No hay ni un alma en esta zona de la casa, pero al pasar al lado de uno de los salones, por mi mirada periférica distingo un borrón blanco.

La estancia está decorada con colores oscuros. Por sus estanterías llenas de libros, que rodean tres de sus cuatro paredes, deduzco que es la biblioteca. La zona que no está revestida de tomos ocupa un ventanal del que cuelgan unas cortinas en color granate. Con la decoración moderna del resto de la casa, me choca este contraste clásico. Es como si con un simple paso hubiese retrocedido del vanguardismo a la época renacentista.

Y entre tanta distinción y emblemas de antiguos zares se encuentra ella, como un ángel caído del mismísimo cielo.

Aún no se ha percatado de mi presencia, concentrada como está ojeando un ejemplar, que por su cubierta desgastada no me extrañaría que fuese una primera edición.

—¿Al final quién gana? —pregunto, haciéndome notar.

Levanta la cabeza de inmediato al sentirse pillada, pero al descubrir que soy yo, cierra el libro con fuerza, lo deja sobre una mesa auxiliar que tiene al lado y se pone en pie con suma elegancia.

—Ella, por supuesto —sigue el juego a mi bromista pregunta. Aunque el tono que emplea ella no contiene ni una pizca de humor.

No sé por qué me molesta que se disponga a pasar por mi lado sin dirigirme una mísera mirada para largarse, pero lo hace. De ahí que, en el último momento, estire el brazo y lo apoye en el marco de la puerta, cortándole la única vía de escape.

—¿Podrías apartarte? —exige, cruzándose de brazos frente a mí; el gesto hace que se le pronuncie mucho más su escote y que mis ojos se dirijan por instinto a ese punto concreto. Ella se percata y me perfora con su mirada.

—Cuánta hostilidad desprendes… —Le sonrío ladino—. ¿Me estás siguiendo?

—Te aseguro que eres la última persona que esperaba encontrar aquí.

«De acuerdo, no es una acosadora», pienso más tranquilo.

Meto las manos en los bolsillos del pantalón y doy un paso en su dirección con aire seductor. Ella, como esperaba, se aparta de

inmediato. Mis pasos son tranquilos y lentos hasta que consigo acorralarla entre un escritorio y yo.

—Entonces, ¿has venido como acompañante, o pareja quizá de uno de los Díaz? —No sé la razón, pero cualquiera de las dos opciones me cabrea sobremanera. Puede que le dedicase más de un pensamiento en la madrugada, sin embargo, una vez que me he despertado, la he borrado de mi memoria hasta que nos hemos vuelto a encontrar; esa química que sentí anoche ha aflorado con más fuerza.

Tan distraído estoy observando sus labios, deseando volver a saborearlos, que no veo venir la inesperada y más que merecida hostia que me suelta a raíz de mi insinuación.

—¡¿Crees que soy de las que hace apenas unas horas me lo estaba montando contigo y me presentaría hoy aquí con mi pareja?! —grita indignada—. A diferencia de ti, tengo principios.

Me pega un empujón para apartarme y, como acto reflejo, le sostengo las manos contra mi pecho.

—¡Suéltame!

—Lo siento —me apresuro a decir—. Solo que, al verte, me ha pillado de manera imprevista y supuse…

—¡Qué, ¿eh?! ¿En tu retrógrada mente pensaste que una mujer solo vale para acompañar a un hombre de éxito? ¿Que alguien como yo no puede estar invitada por méritos propios?

—Yo no he querido decir eso. —Le acaricio el dorso de las manos con los pulgares para que se relaje.

De poco sirven mis intentos cuando continúa:

—No sé de qué me extraña el concepto que tienes en cuanto a las mujeres, y más viniendo de alguien como tú.

Frunzo el ceño a la par que la suelto. No me conoce de nada para que me demuestre tanta inquina.

—Para mí, las mujeres son lo más sagrado que existe.

—Permíteme que lo dude.

—El que duda soy yo, que me juzgas sin conocerme —respondo molesto.

—Sé lo suficiente. —Alza la cabeza, altanera, mientras yo aprieto la mandíbula, molesto—. Un comentario tan sexista solo puede venir de un adúltero que duerme al lado de su prometida tras haberle metido, poco antes, los dedos en el coño a otra.

«Así que ha conocido a Emma», pienso tras el veneno que destila su acusación.

Sé que la situación no es la más adecuada, sin embargo, no puedo evitar empalmarme al escucharla soltar palabras soeces. Doy un paso hacia atrás, intentado ocultar la erección que me provoca el simple hecho de olerla. Si termina percatándose de ella, además de adúltero, pensará que soy un puto enfermo. Nunca antes una mujer

me había excitado y cabreado a partes iguales en tiempo récord.

—No creo que tuviese que informarte de mi situación sentimental.

Entrecierra la mirada y aprieta los labios.

«Joder, qué buena está y qué mala hostia se gasta».

—Por supuesto… —Me observa asqueada. «Así que es eso lo que le ocurre», cavilo. De ahí la animadversión que he visto reflejada en sus ojos cuando nos hemos reencontrado—. Es lógico que pienses así, ya que la palabra fidelidad ni siquiera forma parte de tu vocabulario.

Esta vez no la retengo cuando se marcha con largas zancadas. No estoy acostumbrado a que me pinten la cara, y ella lo ha hecho tanto verbal como físicamente. Me llevo la mano al mentón y froto la zona dolorida. Aún siento la picazón de su palma.

Lo más jodido, después de todo, es que no he averiguado qué hace en la fiesta de Pavlov; por lo menos, lo que sí he descubierto, según como ha actuado, es que está libre. Algo que no debería importarme, ya que me ha dejado claro que no tendría ninguna oportunidad si intentase meter ficha con ella.

«Nunca digas que nada es imposible, Atlas, nunca lo digas», me repito como el gato que se ha comido al canario cuando me dispongo a volver a la fiesta.

Capítulo 7

«Intente ahogar mis dolores, pero ellos aprendieron a nadar»
Frida Kahlo

Katrina

«Maldito. Maldito cabrón. Mendoza tenía que ser. ¡Joder!», blasfemo en mi mente mientras zapateo en dirección al jardín.

No sé qué odio más en este momento: si tener delante al puto asesino de mi familia, o haber dejado que su sobrino me hiciese llegar al orgasmo. Me siento sucia, como si hubiese dejado profanar mi cuerpo cayendo en la tentación del diablo.

Intento tomar unas cuantas respiraciones para controlar mi acelerado corazón y calmarme. Aunque de lo que en realidad tengo ganas es de volver a esa biblioteca y arrancarle a ese malnacido los ojos con mis propias uñas.

Sé que sueno totalmente irracional en estos momentos, pero ¿no hay hombres en el planeta que justo voy a toparme con uno de esa estirpe?

Las ganas que tengo de gritar en este instante son desquiciantes.

—Kat… —Me giro en redondo al escuchar mi nombre y me encuentro a Rodri a mi espalda con gesto de inquietud—. Te estaba buscando, ¿estás bien?

Me llevo el dedo índice a mis labios para que guarde silencio. Me preocupa que en cualquier momento aparezca el sobrino de Rafael y nos escuche decir algo que nos pueda comprometer. Engancho mi brazo en el hueco de su codo y le insto a que avancemos hacia donde se celebra la fiesta.

Mi hermano me conoce lo suficiente para saber que algo ha sucedido.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Luego te cuento —murmuro.

—Iba en tu busca porque Mendoza se marcha —me informa él en el mismo tono.

—¿Ya?

«Joder. He perdido demasiado tiempo centrada en gilipolleces».

—¿Qué mierda has estado haciendo, Katrina?

—Por favor… —le ruego a media voz para que deje de indagar.

Lo que menos necesito ahora es a él preocupado. Aprieta los ojos y asiente con la cabeza.

No estoy acostumbrada a que Rodrigo tenga que llamarme la atención, por norma general, suele ser al contrario. Pero lleva razón, ¿qué demonios estoy haciendo? No debería haberme afectado tanto descubrir que mi desconocido comparte parentesco con Mendoza. Es su sobrino, que, por cierto, ni siquiera sabíamos que existía. Aun así, he luchado mucho estos años para convertirme en alguien racional. Tendría que haber mantenido la mente fría y más tarde lidiar con el descubrimiento. Llevo preparándome casi media vida para que algo como esto me afecte. Sin embargo, por mucho que la teoría la tenga clara, puede que no sea tan dura como creo y aún sigo siendo aquella adolescente frágil y emocional que tanto he querido enterrar y continúo actuando de manera visceral.

Las emociones no son las que nos convierten en alguien débil, de hecho, suelen ser necesarias a la hora de tomar decisiones, ya que nos sirven como guía en algunas de las situaciones a las que nos toca enfrentarnos. Sin embargo, lo que sí nos puede jugar una mala pasada suele ser que seas una persona emocional. Y esta noche yo lo he sido. He dejado que me afectase algo que no estaba en mi mano controlar. Yo no tengo la culpa de que el hombre con el que compartí cierta intimidad ayer sea un maldito hipócrita y desleal con su pareja.

Con Rodri a mi lado, y sin hacer preguntas a las que todavía no les puedo dar respuesta, llegamos donde se encuentran los demás e imposto una sonrisa, que espero sea lo suficiente convincente. Nuestro grupo se ha reducido. Han desaparecido el matrimonio Pavlov y solo quedan Alfonso, junto a Rafael y la mujer de la cual he sido partícipe en su infidelidad. Si no estuviese en juego derrocar al bastardo de Mendoza, ahora mismo, por sororidad, le comunicaría con qué clase de hombre piensa unir su vida, no obstante, todo es mucho más importante que cualquier lío de faldas.

—¿Qué tal esa mano, señorita Díaz? —se interesa Rafael.

—Como nueva. Unos rasguños sin importancia. —Muestro mi palma para que vean que no ha sido nada.

—Me alegro. —Sonríe—. Entiendo que estarán ocupados, pero le comentaba a su padre que permaneceré en España toda la semana próxima y me gustaría reunirme con ustedes. Siempre es agradable pasar tiempo con compatriotas.

Supongo que, en algún momento, Vladimir le ha puesto en conocimiento que mi familia proviene de México.

—Estoy segura de que no habrá problema en sacar un hueco —ofrezco una falsa familiaridad. No hay nada comparable como hacer sentir importante a un narcisista como él.

—Estupendo, estamos a espera de su llamada. —Extiende el

brazo y vuelve a depositar un beso en el dorso—. ¡Hijo! —exclama, y me tenso porque, sin necesidad de girarme, siento su presencia—. Estás esta noche tan ocupado que no has llegado a conocer a la señorita Díaz.

No se me pasa por alto el sutil reproche que Mendoza le lanza a su sobrino.

—Perdonad, estaba intentando aclarar un tema urgente.

«Ya… Dijo que pretendía que rematásemos la faena. Pues conmigo lo lleva claro».

—Hay que saber cuándo relajarse. —Le palmea su tío la espalda. A pesar de sus palabras, muestra una sonrisa tensa—. Señorita Díaz…

—Tutéeme, por favor. No hay necesidad de tantas formalidades. —Muestro una sonrisa coqueta, centrando toda mi atención en el mayor de los Mendoza.

Eso parece agradarle, pues de inmediato se le nota más relajado.

—Espero lo mismo de tu parte —comenta embelesado—. Atlas, ella es Katrina Díaz, hija del señor Díaz y la responsable de las relaciones internacionales de Costania. Katrina, él es Atlas Campbell, mi sobrino.

Por pura estrategia, para ganar puntos y así poder meterme en el bolsillo la confianza de Rafael, tardo unos segundos de más en dirigir mi mirada al mencionado. Cuando lo hago, me topo con un rictus serio y una ceja arqueada.

—Encantado, señorita Díaz. —A él no le pido que me tutee, marcando así cierta distancia.

En el momento que nuestras manos entran en contacto, no estoy preparada para la electricidad que se extiende a través de mi cuerpo. Su mano está caliente y, aunque me joda reconocerlo, se siente agradable.

—Lo mismo digo —me cuesta responder mientras corto, lo más rápido posible, el saludo sin que se pueda considerar descortés.

Por mucho que, en este instante, haya escalado a los primeros puestos en mi lista negra, parece que mi cuerpo no opina lo mismo, ya que siento cómo perdura un ligero hormigueo allá donde me ha tocado.

—Señor Campbell. Le comentaba a su tío que valoramos el esfuerzo que han hecho en venir aquí esta noche para conocernos habiendo apenas aterrizado hace unas horas en nuestro país —interviene Alfonso.

—Créame cuando le digo que no ha sido ninguna molestia.

Intento mantenerme impasible, entendiendo que eso es incierto, pues sé de buena tinta que anoche él, por lo menos, ya estaba aquí.

—Los jóvenes están hechos de otra pasta —bromea Rafael—. Coincidirá conmigo que, a nuestra edad, el *jet lag* nos pasa factura.

Alfonso ríe, afirmando la aclaración, mientras él y Rodrigo se despiden de ellos.

—Gracias a ti, no veré los baños de la misma manera —escucho una melodiosa voz a mi lado y me guiña un ojo.

«Dios, si ella supiera…», me digo a mí misma al toparme de frente con la sonrisa dulce y confiada de la prometida del sobrino de Mendoza.

—Para mí has sido un soplo de aire fresco esta noche. —Y lo más doloroso de todo es que no miento.

Me guiña un ojo y me sorprende al darme un abrazo.

—Espero que en estos días nos volvamos a ver y pasar algún tiempo juntas.

«No, por favor, no seas simpática», ruego. Porque para acabar con Mendoza pienso llevarme por delante a todo aquel que le rodee, y aunque Emma Wilson me haya despertado afinidad, me temo que será un daño colateral.

—Katrina… —Me atraviesa un cosquilleo por la columna. Recuerdo que no le he dado el derecho a tutearme, pero parece que se lo pasa por el forro y negaré hasta la saciedad lo bien que suena mi nombre en sus labios—. Estoy deseoso de nuestro próximo encuentro.

¿Qué demonios hace? ¿Y por qué cada frase que suelta la entiendo como una promesa de índole sexual?

—Hasta pronto. —Me niego a responderle que espero lo mismo. Y mucho menos en presencia de su prometida.

Me sonrojo cuando ella observa de uno a otro sin borrar una tierna sonrisa.

Decidido, si antes ya tenía un pie en el infierno, ahora acabo de conseguir el paso directo por engañar a esta chica.

Una vez que los Mendoza se marchan, respiro aliviada. Creo que mañana me saldrán agujetas en los músculos de la tensión a la que los he sometido en este rato.

—Creo que deberíamos marcharnos nosotros también. ¿Nos despedimos de Pavlov?

¿Rodrigo animando a abandonar una fiesta? ¿En qué nueva dimensión hemos acabado? No seré yo la que le lleve la contraria, desde luego. Lo que más me apetece es llegar a casa sacarme este vestido y ponerme cómoda mientras medito todo lo que ha sucedido aquí y me preparo para el siguiente encuentro.

—Estoy de acuerdo, vuestra madre estará deseando que le contemos. —«Adiós a mi plan…», me lamento. Aunque, por otra parte, no me desagrada en absoluto ir a Manilva. No hay nada mejor que los mimos de Rosario.

Por el camino hacia la casa que tienen Alfonso y Rosario, una que a pesar de ser mucho más modesta que en la que acabamos de estar no tiene nada que envidiarle, siento la mirada de Rodri grabada en mi perfil.

—Como sigas mirándome así me vas a acabar desgastando —acuso sin volver la cabeza.

—Si hubieses empezado ya a largar por esa boquita de sabelotodo, no estaría intentando incomodarte.

—Vamos, que me observas por joder, ¿no?

—Efectivamente —afirma sin un ápice de vergüenza.

Ruedo lo ojos y giro mi cuerpo en el asiento para quedar de frente a él.

—No sé qué quieres que te cuente.

El trayecto ha hecho que me serene y llegue a la conclusión de que no es buena idea desvelar lo sucedido entre el sobrino de Mendoza y yo. Me niego a llamarlo, ni siquiera en mi mente, Atlas, ya que le queda demasiado bien.

—¿Podrías empezar contestando por qué has perdido los nervios y has terminado rompiendo una copa de cristal?

—Creo que es más que evidente. Era eso o matar delante de todo el mundo a Mendoza.

—No me lo trago. —Entrecierra los ojos, intentando ver más allá de mi confesión.

—Pues deberías hacértelo mirar, lo mismo es que tienes disfagia.

—Muy graciosa…

Por suerte, llegamos hasta el domicilio de los Díaz y, antes de que Rodrigo se ponga pesado, me bajo del coche.

La puerta se abre y aparece una de mis personas favoritas. Rosario, nada más verme, me espera con los brazos abiertos y yo no dudo ni un segundo en refugiarme en ellos.

—Mi niña… ¿Qué tal ha ido todo? —Mesa mi pelo con suaves caricias.

—Aún respira. Así que mejor de lo que esperaba.

Noto que a Rosario le retumba el pecho a causa de la risa que suelta. Me aparto y ella me acaricia la mejilla con afecto.

—Sabes que ellos estarían orgullosos de ti, aunque no llevases a cabo esta cruzada, ¿verdad?

Se me forma un nudo en la garganta. Esta noche ha sido difícil para mí, sin embargo, Rosario es una mis debilidades y valoro cada palabra que sale de su boca.

—Lo sé, pero soy yo la que no estaría orgullosa de mí misma si no hiciese nada al respecto.

—Catrina cabezota… —Sonrío cuando me compara con aquel

símbolo importante en la cultura mexicana.

Puede que yo haya tomado mi nombre con K en honor a que mi padre me llamaba así por el huracán, pero siempre me he identificado con las Catrinas, ya que recuerdan que la muerte, al final, independientemente de tu estatus social, tu género o belleza exterior, acabará encontrándote.

Entro en la casa y me dirijo a mi habitación. Por mucho que Rodrigo y yo llevemos años independizados, aún mantenemos nuestro dormitorio aquí. Tanto Rosario como Alfonso quisieron hacer de esta casa un hogar y que sintiésemos que teníamos un lugar al que regresar siempre que lo necesitásemos.

Me cambio y me pongo un pijama para estar cómoda, ya que no creo que regrese esta noche a Marbella.

Paso por el baño, me desmaquillo y me hago una coleta alta. Al salir, me encuentro a Rodrigo como un portero de discoteca chungo, esperándome apoyado en la pared de enfrente con los brazos cruzados. Él aún no se ha cambiado y lleva los pantalones de pinza azul marino y la camisa blanca entallada que ha lucido esta noche.

—Suéltalo —me exige.

—¿Todavía con eso? Mira que eres pesadito…

—Te conozco, Catalina, así que no me toques los cojones.

—No. El que no para de tocármelos eres tú a mí —mascullo, presionando su pecho con mi dedo índice—. Y deja de llamarme así, joder.

Por muchos años que hayan pasado, no se le va esa puta costumbre. Cuando yo ya no sé ni quién fue Catalina.

—A mí no me la das, Kat. —Al escuchar de nuevo el nombre por el cual me reconozco, me relajo—. No me creo que fuese coincidencia que el sobrino de Mendoza desapareciese justo cuando tú lo hiciste y volviese cuando tú regresaste.

A veces se me olvida que Rodrigo es demasiado perspicaz y que está pendiente de cada mínimo detalle. Por eso tiene tan buen ojo en los negocios y es el encargado del departamento de relaciones públicas; lee a los demás con extremada facilidad y eso le da la ventaja de poder llevárselos a su terreno. Siempre le he dicho que es un encantador de serpientes, y ahora soy yo la presa que tiene en su punto de mira.

—Solo me sorprendió porque lo conozco, ¿contento? —suelto al fin.

Sé que como no le dé algo no lo dejará estar.

—¿Cómo que lo conoces? —Me agarra del brazo y nos mete en mi habitación, cerrando la puerta tras él—. Explícate. ¿Os conocéis de tu antigua vida? ¿Te ha reconocido?

Lo veo llevarse las manos a la cabeza y se aparta varios

mechones que le caen por la frente, nervioso. Por unos segundos estoy tentada a jugar un poco con él, por ponerme entre las cuerdas y exigirme una respuesta. Sin embargo, reculo. No es un tema con el que bromear. Que nadie sepa de mi existencia es la única baza que tengo a mi favor. Y por nada del mundo haría algo que pusiera a los Díaz en peligro.

—Lo conocí anoche —me sincero.

—¿Anoche? Pero…

—Exacto. Según las palabras de tu padre, Mendoza le ha dicho que han llegado hoy desde México. Y te aseguro que, por lo menos el sobrino, ya estaba aquí antes.

—¿Por qué no me has contado que ayer conociste a Atlas? —me recrimina, sintiéndose traicionado.

—¡No te montes películas que te conozco! —me adelanto—. Yo tampoco sabía quién era hasta esta noche. De ahí mi sorpresa.

Se sienta a los pies de la cama, apoya los codos en las rodillas y se pasa una mano por la boca, pensativo.

—Vale, lo siento. Empieza desde el principio. ¿Dónde, cuándo y cómo lo conociste?

«Jesús, qué tropel de preguntas. En un interrogatorio no tendría precio». Resoplo, sentándome a su lado.

—Lo conocí en el Town. Bailamos juntos y acabé liándome con él en los servicios. Te aseguro que fue la experiencia más bochornosa que he vivido cuando nos pilló el de seguridad. —Ya está, ya lo he soltado.

—¿Perdona? —pregunta, arrancando a reír con ganas.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—A mí no me hace ni pizca de gracia. Terminé encima suya espatarrada. Me faltó tiempo para salir huyendo —rebato indignada.

Él continúa con su particular sinfonía de carcajadas.

—¿Tú enrollándote con un desconocido? ¿Quién eres tú y que has hecho con la santurrona de mi hermana?

—Oye, ¿por quién me tomas? Que una tiene su bagaje.

—Fíjate que me extraña.

La madre que lo parió, si hasta se le están saltando las lágrimas.

—Pues, para tu información, llevo una vida sexual plena y satisfactoria. —Me pongo recta—. Lo que pasa es que soy una persona selectiva.

—No me jodas que los pones a hacer *casting* para echar un polvo. —Se descojona.

—¡Tú eres idiota! Si te vas a cachondear de mí, ¿para qué preguntas entonces?

—Perdón, perdón… —pide, intentando calmarse. Frunzo los labios. ¿Por qué no me tocó convivir con un hermano normalito y me

tocó con uno tan gilipollas? —. Sabía que algo se me escapaba al ver la forma en la que os mirasteis nada más veros. Lo tienes en el bote, Katrina.

—Ni bote ni bata. No quiero tenerlo de ninguna forma. ¡Me ocultó que tenía pareja! Encima, con la novia coincidí en los baños antes de enterarme de todo y me cayó de puta madre… —Me tiro de espaldas en la cama, tapándome la cara—. Soy una persona horrible.

—Ya estamos…

—¡Qué coño! —Vuelvo a levantarme con ímpetu, desoyendo a Rodri—. ¡El cabrón es él, que es quien tendría que guardarse la polla en los pantalones!

—Di que sí —me anima él—. Aunque no negaré que la rubia está para hacerle más de un favor…

Miro a Rodrigo, espantada.

—Ni se te ocurra, ¿eh?

—Pues creo que es una idea cojonuda que ambos los sedujésemos.

—¡No pienso prostituirme, Rodrigo!

—No me seas dramática, Katrina. Nadie está hablando de prostitución, joder. Pero no me dirás que tener comiendo de nuestra mano a las personas en este momento más cercanas a Mendoza no nos facilitaría el trabajo para acabar con él. —Sigo negando su idea—. Te recuerdo que fuiste tú la que dijiste que estarías dispuesta a hacer lo que fuera para hundirlo.

—¡No a costa de vendernos!

—¡Maldita sea, Catalina! No tergiverses mis palabras. ¿Tan ruin me crees que accedería a acostarme con alguien de esa forma? Solo digo que los seduzcamos, que hagamos que confíen en nosotros para poder ir desmantelando, con su ayuda y sin que se percaten, a Rafael Mendoza.

—Visto de esa forma… —comienzo a dudar.

—Sé que suena mal, pequeña, pero los utilizaríamos para nuestro propio beneficio. Por lo que me cuentas, a Atlas le atraes, incluso yo me he percatado por cómo te ha mirado. Solo no estés de uñas con él, te conozco y sé lo arisca que puedes llegar a ser cuando te lo propones.

—¿Y si malinterpreta mi coqueteo y quiere dar un paso más?

—Bueno, en ese caso se encontrará con estos. —Me muestra sus puños apretados.

Asiento, no del todo convencida.

Puede que Rodrigo tenga razón y acercándonos a la pareja nos sea más fácil llegar a nuestro objetivo, solo que eso no quita que sea reticente, porque por mucho que me quiera engañar, Atlas Campbell no es el único que siente atracción, si no que le pregunten a mi

cuerpo, lo vivo que se ha sentido cada vez que ha notado su presencia.

Capítulo 8

«Árbol de la esperanza, mantente firme»
Frida Kahlo

Rodrigo

Tengo que reconocer que, de vez en cuando, tengo unas ideas de la hostia. Pues bien, creo que esta no ha sido una de ellas. Han pasado unos días cuando volvemos a encontrarnos con el clan Mendoza y que mi polla se ice feliz a la primera sonrisa que me dedica la rubia; no presagia nada bueno.

Sé que hice una promesa, pero ahora soy más consciente que nunca de que voy a fracasar en poder cumplirla.

—Familia Mendoza —saluda mi padre como el gerente que es —. Bienvenidos a Costania.

Si no estuviese tan concentrado comiéndome con la mirada a la señorita Wilson, me compadecería del viejo sabiendo lo mucho que le ha costado soltar esas palabras.

Estamos metidos en esta situación por decisión propia. Por mucho que se empeñe Cata en pensar lo contrario, nunca, en estos trece años, nos hemos arrepentido de nuestra decisión. Ella es nuestra familia, por mucho que a la tozuda de mi hermana le cueste creerlo, y como tal, estamos para apoyarnos en la buenas, en las malas y en las peores.

Desde la noche que la encontramos vagando ensangrentada por aquella desierta carretera, supimos que la vida, tal como la conocíamos, cambiaría. Mis padres, a pesar de mantener una estrecha relación con los Vargas, siempre se desvincularon de los temas referentes al crimen organizado que envolvían a Alejandro. Puede que los uniese una amistad desde la infancia, sin embargo, ambas familias vivíamos en mundos paralelos.

Hay días en los que me aplastan los remordimientos porque, antes de que sucediese aquella trágica desgracia, recurrí a Alejandro para que me diese un puesto de trabajo.

Siempre fuimos una familia humilde. Desde que tuve uso de razón vi como mis padres se mataban a trabajar de sol a sol, aun así, las carencias a las que hacíamos frente eran notables.

Creedme cuando os digo que, por desgracia, la pobreza y la desigualdad en México siguen estando a niveles alarmantes.

En la época de los noventa, a un recién casado Alejandro Vargas le despertó cierta curiosidad el mundo del narcotráfico. Hasta ese momento era un humilde campesino, como mi padre. Trabajaban en el campo de manera honrada, sin embargo, eso solo les alcanzaba para subsistir. Desde joven tuvo una personalidad ambiciosa y una visión de futuro que no correspondía a la vida que le tocó vivir. Por lo que, desoyendo los consejos de su fiel amigo, mi padre, quiso probar suerte convirtiéndose en el perfecto trampolín para los colombianos, los grandes productores de cocaína en aquella época, e ingresó en el mundo de la exportación de dicha droga a Estados Unidos.

Por lo que me han contado, ya que yo acababa de nacer, a mediados de la década, y en tan solo unos pocos años, se había consagrado como uno de los narcotraficantes más conocidos del Triángulo Dorado, el cual se agrupaba en los territorios de los estados de Chihuahua, Durango y Sinaloa.

Alejandro Vargas controlaba Chihuahua, su primo Darío Vargas, siempre fiel a él, Durango, mientras que Sinaloa era territorio de Rafael Mendoza. Es cierto que existían más cárteles, pero ninguno tenía tanta influencia como el de los Vargas y los Guajes.

Ambos cárteles supieron jugar muy bien sus cartas, y de ser simples transportes se convirtieron no solo en distribuidores, sino que también comenzaron a comprar la cocaína directa a los productores para venderla al país vecino, creando así un gran imperio.

Cuando en 2006 estalló de manera oficial la guerra contra el narcotráfico, y considerándose la cruzada un gran reto para las autoridades federales, comenzaron su particular cacería frente al narco. Los Vargas y Mendoza crearon una alianza para unir fuerzas en aquella época convulsa. Lo que no presagiaron ambos primos es que, pocos años después, su aliado se volviese contra ellos, arrebatándoles todo cuanto habían conseguido, incluso sus propias vidas y su linaje.

Yo, a escondidas de mi familia, llevaba trabajando poco tiempo a las órdenes de Alejandro. Con tan solo diecisiete años trabajaba duro y no veía el momento en el que en un futuro me ascendiese a capataz de una de sus plantaciones. Sin embargo, que Mendoza acabase con mi patrón rompió aquellos sueños utópicos que eran la única esperanza que tenía para proporcionarle a mi familia la vida holgada que sentía que merecían.

Puede que, después de todo, gracias a la generosidad de Cata lo hubiésemos conseguido, sin embargo, era incapaz de saborear las mieles del éxito porque para alcanzarlo se había derramado demasiada sangre. Sangre que era de los nuestros. Y eso, en mi mundo, no tiene perdón. Por esa razón, la venganza de Cata se había convertido en la mía propia. En algo personal que solo tenía un final, y era eliminar a Mendoza.

—Un placer verlos de nuevo —me uno al recibimiento, esforzándome por salir de los malos recuerdos.

Observo a Kat saludarlos cortes.

Tras la idea inesperada que me surgió de seducir a la pareja, ha estado demasiado nerviosa. Llegué a decirle que lo olvidase, pero alegó que era un buen plan. Aunque dudo que a la hora de la verdad sea capaz de hacerlo. Ella, por mucho que se empeñe en demostrar lo contrario, es demasiado sentimental. Hay ocasiones en las que pienso que fuimos a caer en la familia equivocada; mientras ella desprende bondad y tiene un gran corazón cargado de principios, como mi padre, yo tengo una mente analítica y supuro confianza por los cuatro costados, como le ocurría a Alejandro.

Creo que todas esas cualidades son buenas en su justa medida y sabiendo manejarlas. Temo que en cualquier momento se quiebre. Por suerte, me tiene a mí, que no me surge ningún tipo de remordimientos en hacer lo posible para que paguen por lo que hicieron.

Me quedo al lado de Emma e inhalo con disimulo el adictivo olor que desprende. Me percato de cómo mi cercanía le produce un ligero escalofrío. La miro de reojo y apenas curvo mis labios cuando nuestras miradas se encuentran. Ella la aparta de inmediato, nerviosa, y yo me tapo con disimulo la boca para ocultar una sonrisa victoriosa.

Me alegro de no serle indiferente, ya que ella y su pareja serán piezas fundamentales en el plan. Nada como debilitar el entorno de Mendoza para desestabilizarlo.

—Mientras vosotros os reunís, ¿qué os parece si yo le enseño a Emma las instalaciones?

Al escuchar mi sugerencia, la mencionada sonríe con genuinidad mientras le dedica una mirada a su novio que no soy capaz de descifrar.

La pareja en cuestión me tiene un tanto despistado; no sé qué pensar de ellos. No es que haya compartido demasiado tiempo a su lado como para hacerme una idea de qué tan fuerte es su relación, pero tras lo que me contó Kat que sucedió con Atlas, no parece que sea muy sólida, por lo menos por parte de él.

—¡Me parece una idea estupenda! —celebra Emma, agarrándose con familiaridad a mi brazo—. Nos vemos a la vuelta, cariño. —Le lanza a su pareja un beso al aire.

El receptor de ese gesto hace una mueca con sus labios y yo parpadeo, desubicado por esa reacción, aunque me repongo de inmediato despidiéndome de los demás.

Salimos por la puerta principal dirección al puerto. Soy consciente de que a pocos metros nos siguen dos hombres del séquito que ha traído Mendoza. No es algo que me pille por sorpresa, siendo quien es, no querrá dejar sin protección a la prometida de su sobrino.

Lo que él no sabe es que no pretendo hacerle ningún daño, sino ganarme su confianza gracias a mi encanto.

—Al final no me dijiste de qué parte de Estados Unidos eres —comienzo a entablar conversación.

Ella va observando con curiosidad todo lo que nos rodea. A pesar de la temperatura y la humedad, al ser las primeras horas de la mañana y estar pegados al mar hay una ligera brisa que le mueve los mechones, lo que hace que tenga que estar continuamente retirándoselos de la cara.

—Creo recordar que te respondí que del sur.

—Es una respuesta tan banal que sigue sin saciar mi curiosidad. —Le muestro una sonrisa seductora.

Alza la cabeza en mi dirección, ya que le saco un buen palmo a pesar de los altos tacones que lleva, y sus ojos se quedan fijos en mi boca. Lo aprovecho y, sin que parezca que lo hago de forma intencionada, me humedezco los labios con la punta de la lengua. Como esperaba, ella sigue el gesto y se muerde el suyo en el proceso. Si no nos siguiesen en este momento los perros guardianes de Mendoza, me encantaría sustituirlos por mis dientes.

—¿No sabes el dicho de que la curiosidad mató al gato?

—Por supuesto, lo que me extraña es que tú lo conozcas.

—Ya te dije que había pasado una temporada en España.

—Cierto. Al igual que soy consciente de que vuelves a intentar desviar la conversación —añado divertido—. ¿Tanto te cuesta decir de dónde eres? ¿Quizá naciste en una granja de gallinas y te criaste cacareando?

—¡No eran gallinas, sino vacas! Y en Texas nos gusta llamarlo ranchos. —Abre los ojos asombrada al ser consciente de que ha caído en mi trampa.

—¡Aja! Así que eres tejana.

—Y tú demasiado persistente, me parece a mí.

—Persistencia es mi segundo apellido. —Le lanzo un guiño.

Nunca me he dejado cautivar por una mujer, y esta vez no será la primera. Mucho menos por una mujer que parece ser un fantasma.

Estos días Kat y yo hemos buscado información a conciencia, tanto de Atlas como de Emma. De él, nuestro investigador ha encontrado demasiado que nos será bastante útil. Aún no entiendo cómo no supimos de él en todos estos años, mientras seguíamos los pasos de Mendoza. Sin embargo, no es de extrañar, ya que no se suele buscar a alguien que no quiere ser encontrado.

Por otra parte, por más información que he intentado buscar sobre ella, solo me he topado con cosas sin importancia. Es como si apenas existiese, y eso, en el mundo en el que me muevo, que de una mujer de casi treinta años apenas se sepa nada de su vida, solo

significa una cosa: no es quien dice ser.

—*Danger* diría más bien —pronuncia la palabra «peligro» en un acento sureño que me gusta demasiado.

Tiene un tono ronco, que cuando aflora su verdadero idioma hace delicias a mi sistema límbico.

Sonrío ladino.

Ahora que está relajada a mi lado, es el momento de cambiar el rumbo de la conversación y analizar su reacción. Nada como ver la verdadera cara de las personas cuando las pillas con la guardia baja.

Emma

Aunque suene como tal, no es ninguna broma lo que le digo. Este hombre debería de llevar impresa una advertencia, ya que demuestra ser extremadamente peligroso para mi cordura. Y no es algo que me pueda permitir en estos momentos, pues está en juego mi futuro.

Retiro mi brazo del suyo y camino, adelantándome varios pasos. De repente, siento como el vacío se apodera de mí al no sentir el calor que desprende su cuerpo. Sin embargo, sonrío al ver por el rabillo del ojo cómo trota para quedar de nuevo a mi altura.

Nunca he sido una Mata Hari, pero he de reconocer que con este hombre el coqueteo me sale innato.

—¿Y cómo una belleza sureña terminó involucrándose con el sobrino del mayor narcotraficante de México?

Me paro de inmediato y lo encaro.

—Una acusación demasiado grave la tuya para soltarla a la ligera, ¿no crees? —Echo un vistazo a nuestra espalda. Por suerte, los hombres de Rafael están lo bastante lejos como para escuchar lo que hablamos. No sé qué sería de este chico si hubiesen oído hablar así de su jefe, quizá tendría una bala en la cabeza.

En este mes que he pasado tiempo al lado de los Mendoza he descubierto que son de los que primero disparan y luego buscan respuestas.

—Lo siento —comenta, tapándose la boca con una mano—. No me trago que no supieses a qué se dedica realmente tu futuro tío.

—¿Te has propuesto morir joven? —mascullo entre dientes—. Porque es lo que ocurrirá si no cierras la boca.

—Me alegra saber que te preocupas por mi integridad. —Reanuda el paseo—. Pero no es un secreto lo que se está discutiendo en esa reunión en estos momentos.

—Los asuntos del tío de Atlas no son asunto mío. —Me hago la loca. Porque vaya que sí lo son. Sobre todo, siendo una agente de la DEA, la Administración del Control de Drogas de Estados Unidos, o por lo menos es a lo que me dedicaba antes de que me degradasen por liarla en mi última investigación.

Tienes que estar muy segura y tener todas las pruebas pertinentes antes de delatar a miembros de tu propio equipo y acusarlos de corrupción policial porque, si no, puede costarte tu propio puesto y que te releguen, convirtiéndote así en una especie de niñera del último informante que ha reclutado, de manera forzosa, la

DEA.

A estas alturas, entenderás que Atlas Campbell no es mi prometido, de hecho, creo con fervor que incluso le desagrada mi presencia. No lo culpo. Para nadie es plato de buen gusto que, el día que estás enterrando a tu padre y tu hermano, aparezcan unos totales desconocidos y te suelten que o colaboras con ellos y les ofreces la cabeza de tu tío en bandeja de plata al gobierno americano, o tu madre y tú seréis acusados de tráfico ilegal de drogas, cayéndoos de veinte a veinticinco años de prisión.

Evidentemente, Atlas, por lo poco que lo conozco, no es un tío tonto y, a pesar de sus reticencias, aceptó. Con lo que no contó es que en el paquete iría incluido cargar con una apestada del departamento antidrogas; o sea, yo.

—Entonces, ¿tú no tienes ni idea por qué habéis venido aquí?

—Por supuesto que lo sé —me indigno—. Otra cosa es que lo vaya a compartir contigo. —Me cruzo de brazos, sintiendo frío de repente.

—Buena respuesta. Eso demuestra que eres leal a los tuyos.

—¿Acaso me estabas poniendo a prueba?

Lo veo encogerse de hombros, como si la conversación que mantenemos no tuviese un cariz tan peligroso.

—Tenía que estar seguro de que eres alguien de fiar.

—¿Y así, sin más, ya confías en mí?

—En absoluto. Sin embargo, otra en tu lugar se hubiese hecho la tonta mientras que tú no has querido mojarte, pero tampoco negar la evidencia. Y eso hace que, aunque no me fíe, te respete.

—¿Qué clase de juego psicológico se trae, señor Díaz?

—Aquí no hay juegos que valgan. Mi familia tiene un contrato con Vladimir Pavlov y él si confía en los Mendoza, pero de ti, señorita Wilson, no tenemos ningún tipo de referencias. Es normal que me preocupe por el bienestar de los míos. Nosotros solo vivimos gracias al mundo del transporte. Transportamos aquello que nuestros clientes nos pidan.

—¿Aunque se trate de productos ilegales? —Sé por Atlas que la empresa Costania es la encargada de trasladar hasta México las armas que Rafael le ha comprado al ruso.

—Estarás de acuerdo conmigo en que, para sobrevivir, es mejor no cuestionar nunca a según qué tipo de personas.

«¿En qué momento hemos pasado de coquetear a hablar de un tema tan trascendental?».

—Creo que será mejor que volvamos —le pido cuando no me siento cómoda al darme cuenta de por dónde van los tiros.

Para mí, los Díaz no son importantes. Puede que sean los que les facilite la llegada de las armas a Mendoza, pero si por algo quiero

acusarlo es por la compra, distribución y venta de estupefacientes.

—Perfecto. Solo quería que entendieses que Costania trabaja amparado dentro de la legalidad y que, en caso de que algo se torciese, no seremos los que caigamos.

He tratado con varios hombres como él para entender que me acaba de lanzar una amenaza directa.

Y ahora comprendo que he sido una estúpida y que este paseo estaba premeditado.

Rodrigo Díaz no deja nada al azar, y si no me ando con ojo puede que se convierta en un problema si termina entrometiéndose en mi investigación.

Capítulo 9

«Soy libre para darme en la madre a mí misma»
Frida Kahlo

Katrina

La cosa no está saliendo según lo planeado.

Llevamos más de una hora reunidos y Mendoza aún no ha puesto sus cartas sobre la mesa. Esto parece más un encuentro entre viejos amigos que una reunión de negocios.

Miro a Atlas y él rueda los ojos, como si estuviera agotado de escuchar al par que tenemos al lado. Aprieto los labios porque, aunque me cueste reconocerlo, su gesto me hace gracia.

Justo antes de que nos sentásemos, se me ha acercado con mucho disimulo y me ha pedido no muy amablemente que rechacemos el acuerdo. Claro está que no he aceptado su petición y lo he mirado como si estuviese loco, «¿quién se cree para exigir algo así?»

—Por mucho que el Chivas tenga una gran reputación, no es nadie en comparación al América —comenta Mendoza.

Sí, Rafael y Alfonso llevan enfrascados hablando de equipos de fútbol mexicanos casi todo el tiempo, y mi paciencia tiene un límite.

—Ahí están los números, las Águilas tiene mejores puntos en todos los enfrentamientos disputados —añade esta vez Alfonso. Por suerte, ambos parecen apoyar al mismo equipo, si no, con la vehemencia que defienden al suyo, no me extrañaría que hubiese volado alguna bala—. ¿Tú qué opinas, Atlas?

El mencionado alza las manos:

—Lo siento, yo soy más de la NFL.

—Estos yanquis y su fútbol americano… —se queja su tío—. Y a ti, Katrina, ¿te gusta el fútbol?

—Gracias a Dios, no. —Suspiro, deseando que cambien de una santa vez de tema.

—Vaya… Disculpa por la tabarra que te hemos hecho aguantar.

«No lo sabes tú bien».

En lugar de soltar lo que pienso, digo:

—No te preocupes, Rafael, es algo a lo que estoy acostumbrada. El fútbol suele hacer que uno se olvide de las preocupaciones.

—Una gran verdad, hija. Llevas razón —interviene Alfonso—.

No estamos aquí para hablar de fútbol, sino de otros temas mucho más importantes.

Rafael se aclara la garganta, y con ese simple carraspeo ya sé que vamos al tema que nos atañe.

—Vladimir tiene plena confianza en tu empresa y está convencido de que no habrá ningún contratiempo con el envío —comenta, ignorándome, lo que me cabrea. Seguro que se piensa que, al ser mujer, no estaré cualificada para tratar estos asuntos.

—Como le comentó la otra noche mi padre —intervengo para que entienda que, al ser la responsable de las relaciones internacionales, es conmigo con quien tiene que tratar. Observo como Alfonso esconde una sonrisa y no me cabe duda de que en este momento se siente orgulloso de mí, lo que me da alas para continuar—: solo en nuestro primer envío tuvimos un ligero percance que se solventó sin mayor inconveniente. Puedes estar tranquilo de que la mercancía llegará en perfectas condiciones.

—Hasta que no tenga la mercancía en mi poder, no podré estar tranquilo —asevera.

—Nosotros estaremos presentes tanto en la salida del buque carguero como en la recepción, para comprobar que no haya sorpresas. La salida será desde nuestro puerto principal en la Bahía de Algeciras. El único inconveniente que vemos es a la hora de la entrega —le explico nuestro modo de trabajar. Cuando son cargamentos complicados, lo mejor es verificar por uno mismo que lo que se recibe es lo mismo que lo que salió del puerto—. Por la salida estamos respaldados. Sabemos qué hacer para controlar que el contenedor que nos interesa no sea el que pase la inspección. Sin embargo, necesitamos que nos faciliten en qué puerto se debe atracar para que no haya problemas con aduanas. También lo necesitamos saber para que podamos realizar las rutas de navegación.

—Por el atraque no tenéis que preocuparos —comenta Atlas, abriendo una carpeta que trae con él. Se le nota que no está demasiado contento con que esto siga adelante, pero como él no es el que toma esa decisión, no le queda más remedio que tragar—. Aquí está detallada la información del puerto que hemos seleccionado.

Nos pasa unas copias a Alfonso y a mí y compruebo que, como esperaba, han elegido el puerto de Veracruz, ya que es el primero que se equipó para el transporte de automóviles y es el más importante en la industria automotriz. Y no olvidemos que las armas que le han comprado a Vladimir, y que vienen de camino desde Rusia, van escondidas en material automovilístico.

—Necesitamos una estimación de cuándo tendremos las armas. Las cosas en nuestro país se están poniendo complicadas y debemos abastecer a nuestros hombres —vuelve a tomar la palabra Rafael, y lo

que comenta es música para mis oídos.

Todo lo que sean complicaciones para este bastardo es una pequeña victoria para mí.

—Como poco, no lo tendrá hasta dentro de mes y medio. —Noto como se le hincha una vena del cuello. Es de esos hombres que quieren las cosas de inmediato.

¡Que se joda!

—Lo necesitamos antes —impone Atlas.

—Imposible. Hace solo una semana que la mercancía salió desde San Petersburgo, pasará por los Países Bálticos hasta Rotterdam, y de allí directo a Barcelona. Una vez que esté en nuestro país, el resto del viaje se hará por vía terrestre —les informo de la hoja de ruta—. Calculamos que todo el recorrido tardará unos veintitrés días hasta que lo tengamos en el puerto de Algeciras.

—¡No *mames*! —se queja Mendoza, golpeando la mesa con su puño. Dos de sus hombres, que permanecen en la sala de juntas con nosotros, se enderezan al ver a su jefe alterarse—. ¡No podemos esperar tanto! ¿Cuánto tardará hasta Veracruz?

—Ajustando lo máximo posible, y teniendo ya al equipo que zarpe preparado, podemos recortar el trayecto en dieciocho días. Menos imposible. —Me muestro imperturbable—. Son buques que, añadiendo su carga, pesan alrededor de más de ciento cincuenta mil toneladas y hasta trescientos metros de eslora.

—*La chinga de su madre*… Está bien, si eres capaz de restar tiempo, podremos esperar.

—¡Dalo por hecho! —Extiendo la mano, comprometiéndome a realizarlo.

Dispongo de la mejor tripulación para este tipo de envíos, y el Sobrecargo, que es oficial responsable de la carga del barco, es un exmarine acostumbrado a trabajar en situaciones límites.

—Mientras el cargamento llega desde Rusia, sería oportuno que alguien de Costania viajase hasta Veracruz para preparar la llegada de nuestro buque —sugiere Alfonso.

—Por supuesto —muestra su acuerdo Mendoza—. ¿A quién enviará? Comprenderás que no me agrada que extraños ronden en mis asuntos.

—A mí tampoco, Rafael. —Le mantiene Alfonso la mirada—. Por eso serán mis hijos los que estén al cargo a partir de ahora de esta entrega.

Cruzo los dedos en mi mente para que la jugada nos salga bien. Si quiero acabar con él, necesito estar en su terreno. Respiro aliviada al verlo asentir, y no me pasa desapercibido como su sobrino me perfora con la mirada.

Siempre pensé que el mayor inconveniente vendría por parte

del asesino de mi familia, pero ahora no estoy tan segura, y quizá, quien me ponga las cosas realmente difíciles, no sea otro que Atlas Campbell.

***

—Dios, estoy sudando como una cerda —me quejo, quitándome la chaqueta del traje, en tonos ocre, a juego con el pantalón que me he puesto hoy.

—Qué fina ella —murmura Rodri, repanchingado en una de las sillas de la sala de juntas.

Hace tan solo unos minutos que se ha ido el clan Mendoza. Tras acordar todos los puntos importantes a tratar, no veía el momento de verlos desaparecer. Digo que no tenían ninguna prisa y se han demorado más de la cuenta.

—Parece que se han quedado contentos con lo acordado —comenta.

—No les queda otra si quieren la mercancía de Pavlov. Del que no me fío es del sobrino —le comento—. Es demasiado observador, y eso no es bueno.

—Ya, yo tampoco. Aunque quizá solo estaba admirándote y rememorando vuestro momento juntos. —Mueve las cejas de arriba abajo de manera rítmica.

—¡Joder, si lo sé no te lo cuento! ¿Me lo tienes que recordar a la mínima oportunidad?

—Por supuesto. No todos los días sacas los pies del tiesto.

Le muestro el dedo corazón. Tomo asiento a su lado y me abanico las axilas con movimientos enérgicos. Me alegro de llevar una blusa de tirantes blanca, si no a estas alturas se me hubiesen formado cercos.

—Di que sí. Tú ventílate para que me llegue el tufillo.

—Cállate, idiota. Ni te imaginas lo mal que lo he pasado.

Rodrigo cruza las manos, las apoya sobre el estómago y se balancea de un lado a otro en la silla.

—Nos vamos a México, Katrina —susurra con una leve sonrisa.

Dejo de airearme y lo observo. Un escalofrío me recorre los brazos al tomar conciencia del alcance que tienen esas palabras.

—Nos vamos a México… —repito en el mismo tono confidente—. Aunque no te negaré que estoy asustada. Ahora viene lo peor.

—¡Ey! ¿De dónde sale ese miedo, Huracán?

Sonrío un poco triste al escuchar el apodo que tanto me recuerda a mi padre.

—Más bien he pasado a ser una débil ventisca. Estoy aterrada.

Rodri debe notar mi cambio de humor, ya que se reclina en su sitio y apoya los codos en las rodillas para que quedemos más cerca.

—Me tienes a mí. Yo nunca permitiría que te ocurriese nada malo. —Se me forma un nudo en el pecho cargado de gratitud.

—Voy a ir sola, Rodrigo —le comunico—. Quiero que te quedes aquí, al lado de tus padres.

Al oír mi petición, comienza a reír.

—Suerte con eso… —Vuelve a echarse hacia atrás, dejándose caer contra el respaldo de la silla.

—¡Tú no lo entiendes! Si algo te pasase… —Se me constriñe la garganta.

—Claro que lo entiendo. —Se levanta de golpe—. Si algo me sucediese no te lo perdonarías, ¿verdad? —Asiento, y es cuando noto cierta humedad en la comisura del ojo—. Pues debes entender que a mí me ocurre lo mismo en cuanto a ti. Así que deja de comportarte como una mártir y asume que estamos juntos en esto.

Ni siquiera me lo pienso, me levanto y lo aprieto en un abrazo. Supongo que esto es lo que necesitaba desde que nos hemos quedado solos, porque sentir el calor que desprende su cuerpo cuando me rodea con sus brazos es de lo más reconfortante.

—Lo odio, Rodri —confieso con la voz tomada y la cabeza recostada en su pecho.

—Lo sé…

—Sabía que lo hacía, pero… —Niego—. Verle la cara y tener que fingir lo que siento ha sido todo un esfuerzo de contención. He deseado matarlo con mis propias manos —me sincero—. A lo largo de estos años se me ha pasado infinidad de veces por la cabeza, sin embargo, nunca han sido tan vividas como ahora.

—Es comprensible. No lo habías vuelto a tener enfrente.

—No tendría remordimientos, Rodri. Me he imaginado matándolo y he sentido regocijo. Eso es lo que más miedo me da —admito—. Porque no quiero convertirme en él, no quiero ser una asesina.

Me rompo.

No suelo llorar, de hecho, es algo que me avergüenza porque no quiero sentirme una persona débil, pero reconozco que en este momento necesito vaciarme para recomponerme.

Rodrigo se queda a mi lado. No dice nada y lo agradezco. Solo escucho el sonido de su respiración mezclado con mis sollozos.

No sé el tiempo que pasa, puede que hayan sido solo segundos o varios largos minutos. Cuando siento que he descargado toda la tensión que se me amontonaba dentro, me retiro, restregándome los resquicios del llanto.

—Ya. Ya se me ha pasado este momento de enajenación.

—Me alegro. Porque mira que estás fea. —Sonrío.

Solo él es capaz de sacarme una sonrisa en mis momentos más bajos.

Me acerco hasta la silla, descuelgo la chaqueta y me la pongo. Dejar salir las emociones me ha dejado helada.

—Mendoza ha comentado que la situación en México anda revuelta —le comento, reconduciendo la conversación.

—Sí, por lo que me he enterado, hay un nuevo cártel que le está tocando los huevos a Rafael. Nadie sabe quién está detrás de él, solo que se hace llamar el Santo.

«¿El Santo? Qué bíblico…».

—Tenemos que averiguar de quién se trata. Puede que nos sea de ayuda para acabar con los Guajes.

—Eh, eh, eh… Para el carro, guapa —me corta—. Eres bipolar, ¿o qué? No puedes pasar de sentirte mal por tener pensamientos homicidas a querer meterte en la boca del lobo. Que nadie haya dado con él, da a entender que quien esté detrás de ese nombre es alguien a tener en cuenta. Que ponga nervioso al mismísimo Rafael Mendoza significa que debe ser más hijo de puta que él. ¿Y tú, por tu cara bonita, quieres intentar destapar el pastel?

Muevo la cabeza en un gesto afirmativo.

—Yo lo veo un planazo.

—¡Unos huevos! Tú quieres morir, ¿verdad?

—Pues no, hijo, no entra dentro de mis planes. —Me cruzo de brazos.

—¡Pues es lo que pasará! Si no te mata ese, lo hará el propio Mendoza en cuanto descubra que le estás haciendo la cama.

—No lo verá como una traición si lo hago partícipe de ello.

—Madre mía… —Se lleva las manos a la cabeza—. Anda y recoge las lágrimas, que la deshidratación te ha dejado tonta. ¿Pero tú te estás oyendo?

Vale, lo reconozco. Dicho así parece una auténtica locura, no obstante, en mi cabeza lo que digo no suena tan descabellado como lo pinta él.

—Te lo voy a explicar para que lo entiendas porque es muy sencillo.

—A ver, Lara Croft, a ver qué idea de bombero jubilado se te ha ocurrido ahora.

—Mendoza odia que alguien le esté haciendo sombra, ¿verdad? De hecho, ambos sabemos que no consentirá que le arrebaten el imperio. —Hace un gesto para que continúe—. Vamos a pasar una temporada en México, Rodrigo, y eso quiere decir que nos llegará la información de lo que está sucediendo entre los cárteles. Podríamos utilizarlo a nuestro favor y que esta guerra que se traen entre ellos

pueda poner en riesgo la llegada de la mercancía.

—Se te olvida que ha comprado esas armas justo para combatir contra esos guerrilleros.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. A Mendoza le gusta estar bien armado para sembrar el terror —comento—, pero no me interrumpas, que me desvío.

—Lo estás ideando sobre la marcha, ¿no?

Me encojo de hombros, sin afirmar ni desmentir. Aunque en cierto modo así es, mientras el plan va tomando forma en mi cabeza creo que podría funcionar.

—Calla y escucha. Rafael ha pagado una millonada por ese cargamento, dudo que quiera que se lo roben. Llegado el momento, podría sugerirle que intente crear una alianza con el tal Santo.

—¿Como hizo en su día con tu padre?

—¡Exacto!

—¿Quién no te dice que lo haya intentado ya y ha fracasado?

—Lo dudo. En el pasado no le quedó más remedio que urdir aquella sociedad porque estaba en desventaja. Mi padre y mi tío eran los que mayor posesión tenían del Triángulo Dorado. Sin embargo, en la última década él ha sido amo y señor de la zona —le recuerdo—. ¿Crees que se rebajaría a ceder parte del control?

—No creo que pique —niega escéptico—. Además, que no debe ser fácil dar con ese hombre.

—Quizá, si es una mujer quien lo busca, se deje encontrar.

—¡¿Te has vuelto loca?!

—Vale, sé que mi idea tiene demasiadas fisuras.

—Más bien son grietas…

—Nadie va a sospechar de una mujer que no tiene vínculos con el narcotráfico. Solo solicitaría una reunión con el Santo para que no interfiera en nuestra entrega y, a cambio, con el beneplácito de Rafael, ofrecerle parte del territorio.

—No va a colar, Cata.

—Pero se puede intentar. Sabes tan bien como yo que Mendoza, por mucho que se asocie, no cumple su palabra —digo, recordando que eso es justo lo que hizo con mi familia.

—Lo que quieres es que se maten entre ellos, ¿no? —Parpadeo unos segundos más de la cuenta y al fin cabeceo, asintiendo—. ¿Y si sale mal? ¿Y si es Mendoza el que acaba con el Santo y se repite la historia? —expone.

—Si se da el caso, volveremos al plan inicial. Y haré todo cuanto esté en mi mano para demostrar que todo cuanto tiene me pertenece —sentencio.

—¿Y una vez que lo consigas?

—Lo quemaré.

Rodri resopla con fuerza y se tapa la cara, agobiado, y con eso ya me demuestra, una vez más, que por muy insensatos que suenen mis planes, él siempre me acompañará.

Y por esa lealtad, confío en que salga bien, por él y sus padres, que son lo único que me queda.

Capítulo 10

«Lo que no me mata, me alimenta»
Frida Kahlo

Atlas

Tres semanas en España es demasiado tiempo.

El vuelo de regreso a México no puede ser más incómodo, y eso que lo hacemos en avión privado.

—Como sigas moviéndote con ese ímpetu terminarás haciendo un surco, y no sé yo si es recomendable que suceda eso dentro de este maldito pájaro.

Giro la cabeza en dirección a Emma, sentada frente a mí, y le dedico una mirada seria. Ella arquea una de sus cejas al percatarse de que ni sus palabras consiguen que cese con el vaivén de la pierna.

—¿No tienes a nadie mejor a quién molestar?

Niega, enseñando sus dientes en una espléndida sonrisa.

—Prefiero pasar tiempo de calidad con mi adorable prometido —ironiza.

—Si no estás feliz con lo que te ha tocado, siempre puedes romper el compromiso.

—Ja, ja. No cuela. —Tira con fuerza de su cinturón de seguridad—. Ya sabes lo que dicen, cariño, «en las buenas y en las malas hasta que la muerte nos separe».

—Me temo que a mi lado te va a tocar vivir pocas de las primeras.

—El cuento de mi vida… —descarta con un ademán de mano.

—¿Tienes miedo a volar?

—No, ¿por qué? ¿Piensas deshacerte de mí tirándome por el retrete? Porque te informo que fallarías en el intento. Los residuos son absorbidos por un sistema de evacuación mediante aire y terminan en un depósito en la cabina trasera. Así que, como ves, sería imposible que desapareciese de tu lado.

«¿Pero que mierdas me está contando?», pienso, observándola pasmado.

—Lo digo porque, como sigas apretándote más el cinturón, te partirás en dos. —Señalo su cintura, que dudo que a estas alturas no se le haya cortado la circulación.

—Hay datos que demuestran que, en caso de accidente, si

tienes puesto el cinturón, tus probabilidades de sobrevivir son más altas.

—Me extraña que sobreviviésemos si el avión llegara a estrellarse.

—Pero no lo hará, ¿verdad? No nos estrellaremos. —Está más pálida de lo que ya es.

Me muerdo los labios, reteniendo una sonrisa.

—No, no lo hará —le comento a la señorita «que no le da miedo volar».

Parece que mi afirmación la relaja. Desvío mi cara hacia la ventanilla para observar el cielo y añado en un murmuro:

—O por lo menos eso espero, claro. No me apetece morir hasta dar el «sí, quiero».

La escucho retener el aliento.

Pierdo la batalla y se me escapa una risa.

—Al final conseguirás acabar conmigo, pero de un infarto. No tiene gracia. —Me da un puntapié que va a parar directo a mi espinilla.

Me masajeo la zona lastimada y ambos volvemos a admirar el cielo azul, terminando así con nuestra escueta conversación.

La verdad que estas últimas semanas, acompañado de Emma Wilson, las calificaría con cualquier adjetivo menos que han sido aburridas.

Hasta hace poco más de un par de meses mi vida era normal. Bueno, no, ese término no es exacto, ya que mi vida nunca ha sido muy ordinaria que digamos, pero era a la que estaba habituado.

Mis días los pasaba supervisando varios restaurantes que me pertenecen y las noches las dedicaba a estar en distintos locales nocturnos cerrando tratos. Daba igual qué día de la semana fuese, pues de lunes a domingo esa solía ser mi rutina.

Sesenta y tres días desde que me vi metido en un embrollo que, o me cuesta la vida o mi libertad.

Entré como cada noche al Red Flag, una discoteca en el Downtown, el centro de Albuquerque, y me dirigí hacia uno de los reservados de la primera planta. Conforme me acercaba, vi que allí ya estaban mi padre y mi hermano junto a algunos de nuestros hombres.

—¡Atlas! —exclamó Cruz, levantando el brazo para llamar mi atención.

Me hice un hueco en el asiento con forma de media luna y apreté la mandíbula al quedar frente a mi progenitor. Él aún no se había dado cuenta de mi presencia, se encontraba esnifando cocaína como el puto adicto que era.

—Joder, esta nueva mierda es demasiado buena. —Sorbió por la nariz mientras le acercaba la bandeja, donde había varios tiros

preparados, a Cruz. Mi hermano se agachó e hizo lo propio—. Ah, ya estás aquí —comentó desganado al verme.

Ese fue el único saludo que recibí por su parte.

—¿Quieres? —Me ofreció mi hermano la coca.

Negué.

A diferencia de ellos, yo no solía consumir. Puede que la probase en alguna ocasión para comprobar su pureza, pero nunca la esnifaba, y mucho menos como ellos hacían, para disfrutar del colocón. Para mí eran solo negocios. Desde muy joven aprendí lo que esa mierda era capaz de hacerte. Me había criado con un padre adicto.

—Un Macallan quince años con hielo —solicité a una de las camareras que se paseaba por nuestro reservado—. Baldini está cabreado. Lleva más de una semana de retraso esperando su producto —informé a Cruz.

Santiago Cruz apenas me sacaba diez meses de diferencia, pero al ser el primogénito era el que se encargaba de la distribución del producto. En cuanto a mí, era el que llevaba al día la gerencia de los restaurantes.

Habíamos nacido en el mismo año, él en enero y yo en noviembre, pero por mucho que fuésemos hermanos, y habiéndonos criado prácticamente a la vez, éramos diferentes tanto en físico como en personalidad.

Mientras que yo había heredado los rasgos estadounidenses de mi padre y poseía la piel más clara y los ojos azules, él se quedó con todos nuestros genes mexicanos por parte de nuestra madre. Sin embargo, en cuanto a nuestros caracteres se refería, era al contrario. Cruz era igual de impetuoso y peligroso que mi padre; yo tenía una actitud más apacible y tranquila, como mi madre.

—Putos italianos impacientes… —masculló, removiéndose en el sitio y volviéndose a meter otro tiro.

—No les puedes culpar. Te comprometiste a dárselo hace días y aún no tienen noticias —aseveré.

—Relájate, joder.

—Me relajaré cuando dejen de presentarse en mi negocio pidiendo cuentas.

—Tú y tus *chingones* restaurantes… —comentó con sorna.

Sabía lo mal que le sentaba que no me implicase de lleno en el negocio familiar y le dedicase todo mi tiempo a ampliar mi proyecto hostelero.

Tiró de la camarera que me trajo la consumición y la sentó a su lado. La chica soltó una risa y abrió sus piernas, en una clara invitación que mi hermano no dudó en aceptar y coló su mano debajo de la falda.

—Baldini puede quedarse tranquilo, hoy se hará la entrega.

—Me alegro. Odio que esté husmeando en mi territorio —adujе, dándole un sorbo al whisky.

—Tranquilo, hermanito, un poco de competencia nunca está de más. Hace que uno se mantenga alerta. —Me guiñó un ojo mientras comenzó a mover la mano debajo de la falda de la camarera, arrancándole un gemido.

Baldini, además de uno de nuestros compradores de cocaína, era un empresario que tenía varios restaurantes italianos en la ciudad y, como bien decía Cruz, mi máximo competidor en el mundo hostelero de Albuquerque. No es algo que me preocupase en exceso, ya que el tipo de comida que ofrecíamos era muy distinto. Eso no quitaba que me gustara que se pasease por mis dominios mezclando asuntos. A lo largo de los años me había esforzado mucho para garantizar una reputación y que las drogas no recalasen en los restaurantes; eso no quita que en alguna que otra ocasión sirviesen para blanquear dinero.

—¿Sabes a qué se ha debido el retraso? —cuestioné sin inmutarme mientras le ofrecía placer a la chica.

—Mendoza cree que alguien le está pisando *la chamba* —intervino mi padre, que hasta ese momento se había mantenido en segundo plano en nuestra conversación.

Alcé una ceja, había veces que, por sus expresiones, parecía él más mexicano que nosotros, que sí que nos corría por la sangre.

—Explícate —me incorporé, apoyando los codos sobre mis rodillas.

Me fijé en que tenía rodeadas a dos jóvenes que, por su apariencia, apenas habrían cumplido la mayoría de edad. No me sorprendió. Por lo que recuerdo desde que tengo memoria, mis padres nunca tuvieron una muestra de afecto entre ellos. Todo el amor que tenía mi madre lo depositaba en mi hermano y en mí, sin embargo, la relación entre ellos más bien era la de dos extraños que apenas se soportaban.

Nunca vi que mi padre le levantase la mano a mamá, ya se hubiese guardado de hacerlo. Más de una vez me he preguntado por qué mi madre no le daba la patada al parásito de mi progenitor, aunque nunca lo he verbalizado porque sabía la respuesta: Rafael Mendoza.

Mi tío controlaba cada uno de nuestros movimientos. Había ocasiones que odiaba a mi familia por eso, por permitirle esa clase de autoridad. Por percibir como mi madre entraba en pánico cada vez que se le nombraba. No entendía su reacción y que no se alejase, que no nos hubiese alejado a nosotros, sus hijos, de toda esta basura, pero quien conoce a Rafael Mendoza sabe que no es nada fácil apartarse de él.

—Han estado quemando varios de nuestros cultivos en Ciudad Juárez y se comenta que hay un nuevo cártel que está trabajando esa zona en nombre de un tal el Santo.

—¿Cómo es que no tenía constancia de ello? —me interesé.

Pensando de forma egoísta, que derrocasen a mi tío solo significaba buenas noticias para mí. Eso conllevaría que por fin sería libre de esta vida que no elegí.

—Son simples habladurías. Dudo que nuestro tío permita que otro cártel le haga sombra —comentó Cruz, levantando a su acompañante. La chica hizo un mohín con sus labios al verse privada de las caricias—. Largo —la despachó mi hermano sin miramientos.

—Hay que andarse con ojo, *mijo,* este otro narco no sabemos qué intenciones tiene —le advirtió mi padre—. Vuestro tío levanta envidias y no me extrañaría que los demás cárteles se uniesen al del Santo para acabar con él.

—Esos *huevones* no serían capaces —se carcajeó Cruz, encendiéndose un cigarro—. Mi tío los tiene bien controlados cediéndoles parte de los territorios.

—Puede ser, pero hay ciertos guerrilleros sembrando el caos.

—¿Guerrilleros?

—Varias de nuestras bandas han sido encontradas acribilladas a balas.

—¿Por qué tienes tú toda esa información? —pregunté suspicaz.

—Se la di yo —soltó Cruz, posando su mirada en mí y soltando el humo tras darle una profunda calada al cigarro.

Entorné los párpados. Yo no es que le tuviese demasiado aprecio a mi padre, la verdad es que la mayor parte del tiempo lo ignoraba, pero Cruz sentía incluso menos simpatía por él que yo.

—¿Qué esperabas, Atlas? Intentas no estar involucrado en asuntos de la familia —azuzó mi padre, disfrutando con toda la situación.

—Henry es un alarmista —descartó mi hermano. Siempre nos dirigíamos a él por su nombre, ya que nunca ejerció de padre—. No creo que ese Santo termine siendo un problema del que preocuparse. Rafael terminará por encargarse de él —tranquiliza los ánimos Cruz. A lo que mi padre se queja en desacuerdo—. Necesito que vengas esta noche a la entrega, Atlas.

—Claro.

Que no me agradase a lo que nos dedicábamos no significaba que, por mucho que opinase el viejo, me fuese a escaquear de los temas importantes.

—Pues *ándale,* no nos demoremos más. —Se puso en pie y se ajustó la ropa; pude apreciar que llevaba una pistola enfundada en el

costado.

De hecho, todos los que nos encontrábamos en este reservado íbamos armados.

Antes de marcharnos, Cruz me sostuvo por la nuca y me acercó a él en un gesto cómplice.

—Mira a tu alrededor, Atlas, tenemos el jodido mundo a nuestros pies. No quieras conformarte con menos.

Entendía lo que me quería decir. ¿Por qué conformarse con dirigir unos restaurantes cuando éramos los dueños de Albuquerque? Lo que él no entendía era que no merecía la pena arriesgar la vida por una causa que no nos pertenecía.

En aquel momento no imaginé que esa predicción estaba más cerca de cumplirse que nunca.

Al salir del Red Flag, me dirigí hacia mi coche, mi padre me acompañó mientras que Cruz iría en otro vehículo junto a un par de nuestros hombres.

—Tu tío está nervioso, Atlas, por mucho que le quite hierro al asunto tu hermano, eso no es bueno para ninguno.

—Cruz es quien está en contacto directo con Rafael, si él no está preocupado, no sé por qué deberíamos de estarlo nosotros. Confío en él —respondí, pendiente del retrovisor.

En cuanto vi aparecer el coche de mi hermano, arranqué el motor y abrí el camino.

Sabía hacia dónde nos teníamos que dirigir. Las entregas se llevaban a cabo en uno de nuestros almacenes entre South Valley y Barelas. Ese barrio lo conocía como la palma de mi mano, fue en el que me crie, al estar más fronterizo con México, y en el que aún residía mi madre.

—¿Has ido a visitarla últimamente? —me preguntó mi padre con la mirada perdida a través de la ventanilla.

No hacía falta que mencionase a quién se refería, de unos años para acá mi madre se instaló en una casita de campo a las afueras de Barelas. Era demasiado modesta y tranquila para mi padre, por lo que llevaban todo ese tiempo sin vivir juntos. Él era de gustos más bulliciosos. Creo que, cuando mamá vio que Cruz y yo hacíamos nuestra propia vida, se mudó aposta y se asentó en esa zona para no tener la compañía de su marido. No la culpo, es más, lo agradecí. Desde que tomó esa decisión, veía en sus ojos un brillo que jamás había tenido.

—Por supuesto —contesté, como si su pregunta fuese una auténtica estupidez. Cambié de marcha y aceleré, dirigiéndome al sur. No era ningún secreto que era el que más unido de los tres estaba a mi madre.

—Estoy pensando en asentarme allí con ella cuando se calmen

las aguas.

Apreté con tanta fuerza el volante que incluso mis nudillos adquirieron un tono blanquecino.

—Déjala tranquila, Henry —solté con voz ronca.

—¡Es mi mujer!

Le dediqué tal mirada de advertencia que lo vi tragar en su asiento del copiloto.

A pesar de que fuese nuestro padre, ni Cruz ni yo le teníamos ningún tipo de respeto porque nunca se lo ganó. Puede que nos engendrase, sin embargo, hasta ahí llegaba el asunto. Nunca se comportó como un padre, siempre fue el perro faldero de mi tío.

—Y es mi madre, así que no consentiré que perturbes su vida ahora que intenta tener una.

Mi madre apenas tenía cuarenta y siete años.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. —Golpeó la consola del coche.

—Soy un Mendoza, y con eso basta. Así que más te vale que no lo olvides.

No solía aprovecharme de mi apellido, pero con tipos como mi padre era lo único que parecía surtir efecto para que supiese qué lugar ocupaba y el que había elegido cada uno.

Intuía que tenía una réplica en la punta de la lengua, sin embargo, no le dio tiempo a escupirla cuando, llegando a nuestro destino, nos sorprendió una sucesión de balas.

—¡Me cago en la puta! —exclamé, enderezando el coche.

Por unos segundos me habían sorprendido, y a punto estuve de perder el control.

—¿Qué ha sido eso? —Empuñó mi padre su arma, echando un vistazo hacia atrás.

Aceleré y seguí al coche de mi hermano cuando entraba en el almacén. Nos bajamos con rapidez de los vehículos y corrimos a resguardarnos tras el camión que se encontraba allí, ya cargado de fardos de cocaína.

—¡Agáchate! —gritó Cruz al otro lado, disparando a nuestros asaltantes.

—¿Crees que son los hombres de Baldini? —pregunté, asomándome por un lateral y apretando el gatillo cuando dos coches nos cerraron la única entrada y descargaban sus pistolas contra nosotros.

Si se trataba de la mafia italiana, que se había sentido ofendida por el retraso y nos habían declarado la guerra, ya podíamos darnos por jodidos.

Apenas nos acompañaban unos pocos hombres y las balas no dejaban de volar en nuestra dirección. Estábamos atrapados, y algo

me decía que sería difícil salir de ahí ilesos.

—Podría ser. Intentad que no se acerquen al cargamento —vociferó, haciendo un gesto a uno de nuestros hombres y adelantarse hasta una de las columnas de la entrada.

—¡Cruz! —grité al verlo acercarse a zona peligrosa.

«¿Se ha vuelto loco?».

Desde su nueva posición no podría protegerlo.

Lo que menos me importaba en ese momento era el puto cargamento, por mí se lo podían meter por el culo si eso significaba que dejarían de disparar en nuestra contra. Como sabía que eso quedaba descartado, continué disparando.

Escuché un estallido y sentí que las ventanillas del camión se hacían añicos. Cerré los ojos al sentir como varios fragmentos de cristales me caía encima. Solo me faltaba que alguno de ellos me entrase en los ojos y dificultase mi visión.

—¡Ya has oído a Cruz! ¡Saca de aquí la mercancía, yo te cubro! —le dije a mi padre.

Seguí disparando sin apenas visibilidad. Con todo el jaleo que había montado a nuestro alrededor, no sé cómo me di cuenta, pero algo me hizo mirar a un lado y fijarme en un objeto que rodaba no muy lejos de donde nos encontrábamos.

Enganché a mi padre de la parte trasera de su chaqueta, cuando se disponía a subirse por el lado del copiloto al camión, y tiré de él.

—¡Granada! —exclamé cuando intentó deshacerse de mi agarre.

Sabía que apenas tendríamos cinco segundos para intentar resguardarnos.

Uno; corrí, empujándolo para que se adelantase.

Dos; lo sostuve del brazo y lo levanté cuando tropezó con sus propios pies.

Tres; sentí como una bala me rozaba el bíceps.

Cuatro; nos resguardé tras una gran chapa metálica.

Cinco; la inercia de la explosión hizo que nuestro escudo nos aplastase contra el hormigón.

Tenía un fuerte zumbido en los oídos a causa del estruendo, sin embargo, nada era comparable al calor que sentía en el costado. La explosión debió de recalentar la placa porque notaba cómo se desintegraba mi americana.

Durante un rato, no sé si segundos o minutos, no me pude mover. Incluso tomar una simple respiración me costaba a causa de la presión que sentía aplastándome el pecho. Me moví cuando me percaté de que, o lo hacía, o moriría asfixiado. Ahí fui consciente del silencio que reinaba en el almacén. Hasta unos instantes atrás era un campo de batalla, ahora parecía una zona fantasma.

Intenté retirar la placa que me había servido de protección contra la granada, pero, o pesaba bastante y antes, a causa de la adrenalina, no lo había percibido, o yo me encontraba demasiado débil. Puede que fuese una mezcla de ambas opciones.

—Hay que retirarla. Tenemos que salir de aquí —le dije a mi padre, que se mantenía resguardado a mi lado. Al no recibir respuesta, le di un codazo—. Vamos, Henry, ayúdame.

Ante su silencio, giré la cara en su dirección y descubrí que una bala le había atravesado la frente.

«Joder».

Quizá le alcanzó mientras corríamos para refugiarnos y por eso se tropezó sin yo ser consciente de ello. No sabía cómo me sentía. No es que estuviésemos unidos, aun así, tampoco le deseaba este final.

Al entender que dependía de mí mismo para salir de aquí, empujé con las pocas fuerzas que me quedaban para mover la plancha metálica. Me costó varios intentos, hasta que al fin pude desplazarme y escabullirme por un hueco. Arrastré el cuerpo de mi padre conmigo sin querer dejarlo ahí encerrado.

Cuando me giré, deseé no haberlo hecho.

Ante mí tenía una auténtica carnicería. No había cuerpo que hubiese quedado intacto a causa de la explosión.

El corazón comenzó a bombearme a gran velocidad y corrí al lugar donde vi por última vez a Cruz. Caí de rodillas y me apoyé contra la columna para ver solo fragmentos de carne chamuscada. No era capaz de identificar a qué o quién pertenecía cada pedazo, ya que todo se encontraba totalmente quemado.

Supongo que entré en estado de *shock* por lo que estaba viendo y lo que acababa de experimentar porque el siguiente recuerdo lúcido después de aquello es estar en una cama de hospital, a mi madre con lágrimas en los ojos y un par de hombres que no reconocía tras ella.

Y así, sin poder asimilar lo sucedido, me convertí en informante de la DEA y, a cambio de poder salvarnos mi madre y yo de los cargos que se nos imputaban, debería entregar a mi tío. Uno de los narcotraficantes más escurridizos jamás conocidos.

—Por favor, abróchense los cinturones, en unos minutos se iniciará el descenso y aterrizaremos en el Aeropuerto Internacional Ciudad de México —nos comunica una de las azafatas, sacándome de mis pensamientos. De lo que me alegro, ya que recordar aquella noche aún me produce pesadillas.

Escucho una carcajada al otro lado del avión y aprieto mis puños sobre el reposabrazos. Las más de ocho horas que ha durado el vuelo he permanecido nervioso, y la culpa, no solo se la puedo achacar a mi puñetera situación, sino a cierta morena que no para de

lanzarle sonrisitas a mi tío.

No sé por qué me molesta tanto, pero lo hace.

Y no porque crea que mi tío se pueda encaprichar de ella, sino porque, por más que lo intento, no puedo dejar de estar pendiente. Cada movimiento suyo hace que me mantenga alerta, y no hablemos de su aroma, que lo tengo grabado en mi pituitaria. Es como si hubiese algo en esa mujer que tirase de mí en su dirección, y eso… Eso es lo que más me cabrea de todo.

Capítulo 11

«Pinto flores para que así no mueran»
Frida Kahlo

Atlas

Cuando el avión toca tierra, tanto Emma como yo nos ponemos en pie y nos acercamos a mi tío y los hermanos Díaz a la zona delantera del *jet*.

Nos sentamos un poco más alejados, no porque lo deseásemos, sino porque así lo decidió mi tío, que necesita tener todo bajo control. No me gusta ni un pelo que me aparte en este trato, si no me he quejado ha sido porque así me he mantenido alejado de la atracción irrefrenable que siento hacia Katrina.

Por las ventanas compruebo que hay una limusina junto a otros dos vehículos esperando en la pista de aterrizaje.

—¿Qué tal, Emma? Espero que no se te hay hecho demasiado largo el vuelo.

—No he podido descansar mucho, la verdad. Nada que no remedie en cuanto llegue al hotel. —Le sonríe y le toca el brazo con familiaridad.

Otra cosa no, pero parece que mentir se le da especialmente bien a mi prometida. Intuyo que a mi tío su proximidad le gusta, ya que cuando se adelanta no se me escapa cómo se le queda mirando el trasero.

Mis ojos se cruzan con los de Rodrigo Díaz, que está igual de pendiente que yo, y observa cómo se come con la mirada los vaivenes de cadera que nos regala Emma al acercarse hasta Katrina. Enarca una ceja y a mí se me dilatan los orificios de la nariz.

No tengo que fingir el cabreo que me recorre en este momento. No es debido a los celos, sino porque el gesto de mi tío es uno que está fuera de lugar, sobre todo, estando yo presente. Por lo que a él respecta es mi pareja, y no me deja en buen lugar delante de extraños.

Cada vez veo más lagunas en esta pantomima.

Si de verdad Emma fuese mi futura mujer, ya estaría apuntando a mi tío con mi pistola y advirtiéndole que mantenga sus ojos fuera de ella. Como no lo es, y por precaución de no poner en riesgo las directrices por parte de la DEA, guardo la compostura y me limito a apretar la mandíbula.

Descienden primero parte de los hombres de seguridad de mi tío para cerciorarse de que nadie atente contra nosotros. Una vez que dan luz verde, los seguimos, sin embargo, justo cuando me dispongo a hacerlo yo, mi tío lo impide cortándome el paso. Solo quedamos él, yo y varios de sus hombres en el avión.

—No podré acompañaros mañana a Veracruz, ha surgido un altercado en Samalayuca que requiere mi presencia —me informa, adoptando una actitud menos amistosa que la que tenía hasta hace un breve instante.

Entiendo su preocupación, Samalayuca es una zona de ranchos y haciendas ganaderas, donde tiene gran parte de sus plantaciones de opio activas gracias a la infinidad de pozos y manantiales. Está a tan solo cuarenta minutos de Juárez, una ciudad clave para exportar la droga a Estados Unidos y la que, desde hace años, mi tío considera su niña bonita.

—¿Crees que el Santo quiere arrebatarte el control de la frontera? —me intereso.

—Según el rastro de destrucción que va dejando, eso me temo. —A pesar de que dentro del avión está prohibido, se enciende un puro —. He perdido mucho tiempo en España sin estar pendiente de este asunto. No puedo permitir que ese malnacido pise mis terrenos, por eso necesito que tú te encargues y acompañes a los españoles en este viaje. Ya se lo he comentado a ellos —me hace saber—. Intenta persuadirles para que agilicen el envío. No sabemos contra quién nos estamos enfrentando y necesitamos cuanto antes ese cargamento. No me *chingues* en este tema, Atlas. Solo quedas tú, demuéstrame que eres digno del trabajo que te encomiendo, ¿me oyes?

—Si querías que me hiciese cargo de ellos, ¿por qué mantenerme alejado en el vuelo?

—No cuestiones mis decisiones, *gringo*. Haz lo que se te dice. —Da un paso al frente, invadiendo el espacio que nos separa.

Sé que espera que yo retroceda para sentir su poder, sin embargo, me mantengo en mi sitio, con las manos metidas en los bolsillos y actitud relajada.

Siempre he pensado que no hay nada más despreciable que conseguir el respeto basado en el miedo. Para mi tío ese es su modo de proceder, aunque yo no le daré esa satisfacción. No pienso achantarme ante él. Sé que podría hacerme desaparecer con el chasqueo de sus dedos. Solo me libro porque, con todos los frentes abiertos que tiene en este momento, me necesita.

—Yo no soy mi padre, tío. Tampoco mi hermano —le recuerdo —. Si hago esto o estoy aquí siquiera, es en honor a nuestro apellido.

Al decir esto último, es como si tuviese ceniza en la garganta; a pesar de ello, lo conozco lo suficiente para saber qué es lo que quiere

oír. Si supiese que estoy colaborando con el servicio de control antidrogas y que pienso entregarlo para salvarnos el culo a mi madre y a mí, hace días que tendría una bala en la cabeza.

—Lo sé. Siempre demostraste tener más agallas que ninguno. —Sonríe de forma siniestra. Hay días que se me pasa por la cabeza que, para él, esas muertes no han sido ninguna pérdida—. Para pertenecer a un imperio como el nuestro hace falta saber dónde está puesta la lealtad. Por tu cuerpo corre sangre Mendoza, por eso quiero que te encargues de esto, sobrino. —Me palmea el hombro, complacido—. Hoy en día la confianza se vende cara, haz que no me sienta defraudado.

Asiento, sosteniéndole la mirada.

Por mucho que le haga creer a Emma y los suyos que me están jodiendo con todo este asunto, no es el caso. Lo medité. Que ayude a hacer desaparecer el cártel de los Guajes es el único billete que tengo para escapar de esta vida y conseguir la libertad.

No elegí pertenecer a este mundo, se me impuso desde nacimiento. Si en mi mano está acabar con la dictadura de mi tío, pienso intentarlo, aunque pierda la vida en el proceso. Así me aseguraré de que mi madre alcanza la tranquilidad que se merece.

Con todo aclarado, me bajo del avión. Mi tío se queda en él, ya que lo llevará directo hasta Ciudad Juárez.

Al entrar en la limusina, me encuentro con varios pares de ojos. Los míos, para no variar, se posan en unos oscuros en especial.

Aún tengo que solucionar el tema con Katrina, la escueta conversación que mantuvimos en casa de los Pavlov solo sirvió para descubrir la hostilidad que siente por mí.

Comprendo su indignación, pocas horas antes de enterarse que estoy prometido tuve mis manos en su coño y mi lengua dentro de su boca. Aún no lo he hecho, pero tengo que poner a Emma al tanto de la situación y llegar a un acuerdo con ella. No nos conviene que la señorita Díaz piense que soy un capullo infiel, se vaya de la lengua y nuestro plan explote.

—¿No viene tu tío? —me pregunta mi supuesta novia cuando tomo asiento a su lado.

—Tiene asuntos que atender en Ciudad Juárez.

—Oh…

Parece que no está contenta con el cambio de planes de última hora. Se supone que estaríamos pegados al culo de mi tío para acabar cuanto antes con esto, y ahora, a causa de este contratiempo, todo se retrasará.

Emma necesita encontrar las localizaciones de las plantaciones para que sus superiores puedan dar la orden de desmantelarlo y así poder arrestar a mi tío; sin ellas, todo son acusaciones infundadas. Por

mucho que yo tenga información de ellas, nunca he estado en ninguna, Rafael no es tonto y sabe cubrirse la espalda, por lo que no puedo proporcionarles la ubicación exacta.

El trayecto del aeropuerto Benito Juárez al centro de Ciudad de México, donde nos hospedaremos en unos de los mejores hoteles, no dura más de diez minutos, en los que intento entablar una amena conversación con nuestros invitados.

—¿Hace mucho que vivís en España?

Rafael me contó que los Díaz son mexicanos que emigraron a la madre Patria, de ahí que él se sintiese más cómodo con que Pavlov contratase a esta empresa para que fuese la encargada de realizar el envío.

—Más de una década —comenta Katrina. No negaré que me sorprende que sea ella la que tome la palabra, por el par de encuentros que hemos tenido ha dejado claro que mi presencia no le agrada. Aunque me he propuesto que cambie de opinión—. Mi padre primero pensó en abrirse un hueco en su país, pero tras hacer un estudio de mercado no lo vio fructífero y decidió probar suerte al otro lado del charco.

—Por lo que veo, fue una decisión acertada.

—Te aseguro que no fue fácil. Dicen que con trabajo y tesón todo se consigue, ¿no? Para nosotros, este acuerdo es muy importante, ya que es el primero que realizaremos en el país que amamos. Por eso pondremos todo de nuestra parte para que vaya sobre ruedas.

Me dedica una sonrisa confiada que me hace rememorar el encuentro que compartimos semanas atrás, cuando éramos un par de desconocidos. En esa ocasión, al igual que ahora, me mostró a una mujer segura de sí misma que no duda en ir a por lo que quiere.

Puede que sentir esa actitud de autoconfianza fuese lo que más me atrajese de ella.

Me quedo observándola con fijeza en silencio durante unos instantes, esperando que ella también esté recordando aquel momento íntimo que compartimos.

Sería un necio si no reconociese que la deseo.

Puede que sea por no haber terminado lo que empezamos, o esa rectitud que muestra en cuanto a los negocios se refiere, sin embargo, me pone cachondo. Aunque puedo asegurar que Katrina Díaz es una mujer que tuerce cuellos a su paso.

—Mañana iremos a Veracruz, ¿cierto? —interviene su hermano, rompiendo el momento. No me queda más remedio que prestarle atención—. Con todo lo que nos ha contado tu tío que está sucediendo en México, nos gustaría saber cuánto antes dónde atracará nuestro carguero.

Intento que no se me note el malestar. No me gusta no estar al

tanto de la información que mi tío les ha proporcionado. Rafael debería saber que eso me deja en clara desventaja con nuestros intermediarios.

Tengo la sensación de que ellos están acumulando más información de la que deberían, sin embargo, no es lo único que hace que me muestre reticente. Puede que se deba a pura intuición, pero me da que Rodrigo Díaz es igual de observador que yo y que debo andarme con ojo y guardarme frente a él cualquier emoción, sobre todo la de la atracción que siento por su hermana.

—Pues sí, hasta mañana no iremos, podríamos aprovechar esta noche y salir los cuatro a cenar y lo que surja… —propone Emma con voz cantarina.

Veo como Katrina retira la mirada y aprieta los labios. Me permito pensar que quizá para la señorita Díaz no le soy tan indiferente como intenta aparentar y por su mente sigue rondando cierto momento, igual que por la mía.

—Es una fantástica idea —me escucho decir—. Ya mañana tendremos tiempo de volver al trabajo. Tras el largo viaje, nos merecemos una noche para disfrutar.

Me aventuro y poso mi mano en una de las rodillas expuestas de Emma. Ella pega un pequeño respingo en el sitio al sentir mi toque, y a punto estoy de que se me escape una carcajada.

Al final, este acuerdo va a resultar más divertido de lo que pensaba.

Capítulo 12

«No quiero un amor a medias, rasgado y partido por la mitad. He luchado y sufrido tanto que me merezco algo entero, intenso, indestructible»
Frida Kahlo

Katrina

«¡¿Se puede ser tan hipócrita?!», grito en mi mente por no hacerlo a los cuatro vientos y quedarme bien a gusto.

«Ah, pues sí. Sí que se puede», pienso cuando observo a Atlas Campbell acariciarle la pierna a su prometida como un novio cariñoso y entregado.

No es que esté pendiente, como un halcón, de cada uno de sus movimientos, sino que me encuentro sentada frente a ellos en la limusina y no me queda más remedio que ser testigo de las muestras de afecto que se regalan.

Durante todo el vuelo, y no ha sido corto precisamente, he tenido en la punta de la lengua la verdad. Cada vez que desviaba la mirada y los he visto sonreír y conversar entre confidencias, he estado a punto de levantarme y retirar la venda que Emma tiene en los ojos. Ninguna mujer merece que la traicionen de esa forma tan vil. Si no lo he hecho es porque, por mucho que yo sea una parte implicada, no debo meterme donde no me llaman. Allá cada uno con su relación, no es mi misión empezar a dar lecciones de moralidad.

Eso no significa que me hierva la sangre al comprobar lo ciega que nos puede llegar a volver el amor.

Dibujo una sonrisa lo mejor que puedo, aceptando la invitación que nos ha lanzado. Cenar junto a la parejita es lo que menos me apetece hacer en el día de hoy, o en un futuro cercano ya puestos, y más con el cabreo que arrastro en estos momentos.

¿Cómo voy a llevar a cabo mi promesa de venganza, si el hombre del cual quiero hacerlo se escabulle entre mis manos?

Me ha costado lo mío no entrar en brote psicótico y convertirme en una asesina a casi quince mil metros de altura. Por suerte, me he contenido y he ido acumulando en mi interior la rabia de tener a Rafael Mendoza a un palmo. Puedo asegurar que él ha sido atento, en exceso, con nosotros. Como anfitrión no se le podría poner pegas si no supieses de lo que es capaz de hacer para conseguir lo que

quiere.

Siempre me acompañan en mi mente y corazón, pero hoy más que nunca he tenido muy presente a mi familia. Doce años es lo que hubiese cumplido mi hermano o hermana no nato. Mendoza no solo me privó de madurar junto a mis padres, también evitó que una vida llegase al mundo.

Y ahora que necesito acabar cuanto antes con todo esto para poder escribir un nuevo capítulo en mi vida, tengo que postergarlo porque él tiene que atender asuntos importantes. Cada vez coge más fuerza mi plan de intentar que le ceda parte del control a ese tal Santo. Nunca imaginé que llegase el momento de ver a Mendoza tan preocupado por otro cártel, por lo que no tengo ni idea de cómo lo haré, pero necesito que todo lo que haya planeado se vuelva contra él.

Por mucho que me cueste, siempre he pensado que la paciencia es un arte. Yo voy sobrada de ella, y pienso mantener la esperanza mientras espero.

La limusina ralentiza su marcha, señal de que estamos llegando a nuestro destino. Ojeo el exterior a través de la ventanilla y retengo el aliento al ver la majestuosidad que tengo ante mí.

—Señor Campbell, hemos llegado —informa el chófer por el interfono.

El primero en bajar, cómo no, es él; le sigue Rodrigo al estar más cerca de la puerta, y este no duda en ayudar a bajar a Emma. Está claro que no va a perder la mínima oportunidad para acercarse a ella. Por último, lo hago yo.

Desearía no tener que hacerlo, aun así, no me queda más remedio que aceptar la mano que me ofrece Atlas para salir.

Se me atora el aire en los pulmones en el instante en que nuestras manos se rozan y siento un chispazo en los dedos. Él también debe de haberlo sentido. Aleja la mano, unas milésimas de segundo, por instinto, pero enseguida vuelve a ofrecérmela.

—Perdón, los asientos de cuero han debido hacer que acumulemos electricidad estática —se disculpa.

—No pasa nada. —Le sonrío con los labios apretados. Es lo máximo que va a sacar de mí.

Voy tan concentrada en bajar del coche y tocarlo lo menos posible que, cuando alzo la mirada, me llevo una mano al pecho asombrada con las vistas que tengo ante mí.

—Dios mío, es… —estoy tan abrumada que apenas puedo musitar las palabras— una preciosidad.

El Gran Hotel Ciudad de México es tan impresionante como propiamente su nombre dice. Destaca por mezclar el lujo y elegancia, llevándolo a un nivel exponencial.

—Sí que lo es.

Parpadeo, tan obnubilada estoy que había olvidado que Atlas se encuentra a mi lado y nuestras manos siguen unidas. Giro la cabeza para mirarlo y descubro que, mientras yo admiraba la fachada, él me observaba a mí.

Retiro mi mano de la suya con rapidez y aparto la vista. Por mucho que no quiera, es inevitable no sentir cómo mis mejillas se sonrojan por la intensidad que desprende su mirada azul grisácea.

Un botones nos recibe en la entrada y nos comunica que llevará nuestras maletas a cada una de nuestras habitaciones.

Me ajusto el bolso y echo a andar detrás de Emma y Rodri, pero mi cuerpo va por libre y mientras nos acercamos a la entrada no dejo de observar todo a mi alrededor.

Siento una punzada en el pecho al divisar a pocos metros la plaza de la Constitución.

—¿Llegaste a conocer en alguna ocasión la capital? —me pregunta Atlas, acompasado a mis pasos.

—Solo de pasada en una excursión del colegio. Apenas lo recuerdo.

—Si tienes la oportunidad, te aconsejo que la visites. Yo es donde tengo los mejores recuerdos de mis viajes a México.

Puede que no esté Mendoza, pero no debo olvidar que, si alguien sabe más de él, ese es Atlas al ser su sobrino.

—Tú no eres mexicano, ¿verdad?

Niega, cediéndome el paso una vez que traspasamos la entrada y llegamos a la recepción.

—Soy americano. Nací y me crie en Albuquerque, aunque pasaba largas temporadas en este país.

—¿Con tu tío? —cuestiono como si tal cosa, parándome y aprovechando que está hablador.

—Y queriendo conocer parte de mis raíces. Nuestro turno.

Siento un hormigueo en la columna cuando Atlas posa su mano en mi espalda baja para que nos adelantemos al mostrador.

—¿Habéis visto este lugar? Es como si estuviésemos bajo un precioso invernadero —interrumpe Emma, lo que me hace dar un paso al frente para alejarme de la proximidad de su prometido.

He estado tan ensimismada por todo lo que me cuenta Atlas que, por unos instantes, me he olvidado de que es un hombre comprometido.

Recuerdo la propuesta de Rodri de que sacaríamos más información si sedujésemos a la pareja, y no sé si podré hacerlo. Me preocupa no saber diferenciar entre el juego y la realidad, caer yo misma en mi propia trampa y terminar saliendo escaldada. Por mucho que quiera eludirlo, la atracción que siento hacia Atlas está ahí, fuerte y clara.

—Es un lugar mágico —respondo a Emma, que tiene la vista puesta en la impresionante bóveda acristalada.

—Necesitaría sus pasaportes, por favor —nos solicita el chico de recepción.

Los cuatro se lo entregamos para que realice el *check-in.* Mendoza no ha escatimado en gastos. Por lo que nos comentó en el avión, por mucho que nos movamos por el país, tenemos reserva en este lugar de manera indefinida. No sé por cuánto le saldrá, tampoco me preocupa, pero no debe ser barato alojarse en este hotel de cinco estrellas.

El recepcionista se dispone a devolverle la documentación junto a las llaves electrónicas de las habitaciones a mis acompañantes; cuando llega mi turno, sonrío comedida a su coqueteo descarado.

—Bienvenida a México, señorita Díaz. Es un placer que se aloje en el Gran Hotel Ciudad de México, para cualquier cosa que necesite no dude en decirlo, yo mismo me encargaré y estaré encantado de solucionarlo.

Percibo una sombra cernirse a mi espalda y oigo una voz ronca que destila impaciencia a mi lado:

—Esperamos que no se dé el caso y no tenga que encargarse de nada —comenta Atlas, arrebatándole la llave electrónica al empleado del hotel.

—En cualquier caso, en el reverso le he anotado mi número… —murmura esto último para que solo lo escuche yo.

Mi sonrisa tiembla y le dirijo al chico una despedida silenciosa, la suya, sin embargo, es una espléndida, sin sentirse para nada ofendido por el arisco comportamiento de Atlas.

Una vez que entramos los cuatro al ascensor, cómo no, mi hermano tiene que poner la puntilla.

—Ya sabes, Kat. Si esta noche te desvelas, baja a recepción. Sé de uno que estará encantado de mantenerte entretenida.

¿Si mato a Rodrigo se me juzgará, o podré alegar que ha sido en defensa propia por aguantar sus gilipolleces?

A la carcajada que suelta Rodri, se le une la risa melódica de Emma.

—Pues yo que tú no me lo pensaría, el chico no está nada mal. —Me guiña uno de sus ojos, cómplice.

Se oye un gruñido a nuestra espalda, y por un momento pienso si no se ha colado un león a la vez que hemos entrado. Los tres nos giramos y vemos a Atlas con los rasgos tensos. Es ahí cuando caigo en la cuenta de que debe estar así por lo que ha soltado su novia.

«Hipócrita», vuelve a resonar en mi cabeza.

¿Él puede ir por ahí llevando vida de soltero, pero Emma ni siquiera puede comentar una simple apreciación? Porque, aunque no

me haya fijado a conciencia, lleva razón, el recepcionista tiene su encanto.

—Yo creo que, teniendo el trabajo que tiene, su actitud ha estado fuera de lugar.

—Oh, venga ya, Atlas. Tampoco es como que le haya propuesto follar.

Abro los ojos de manera desmesurada por la franqueza, a la hora de hablar, de Emma.

—Tampoco le ha hecho falta, ya que lo estaba haciendo con la mirada.

Esto de que hablen de mí como si no estuviese presente no me gusta ni un poco.

—Creo que estáis exagerando. Él solo ha sido agradable, al igual que con cualquier otro huésped.

—Por supuesto, hermanita. Aunque no recuerdo que a ninguno de los presentes les haya dicho que estará encantado de encargarse de todo cuanto necesitemos, ¿o a vosotros sí?

Emma niega divertida y Atlas vuelve a gruñir, parece que ese ruido le sale innato. Mientras tanto, yo comienzo a sudar por las idioteces de mi hermano, que por mucho que le dedique una mirada para que pare, me ignora.

—Si tú quieres hacer otros planes en vez de venir a cenar, por nosotros no te cortes, ¿eh?

—¡Quieres dejarlo ya! —mascullo entre dientes.

Por suerte, mi vergüenza llega a su fin al abrirse las puertas del ascensor; salgo con una despedida aireada seguida de Rodri, ya que la pareja se hospeda en una planta superior.

Cuando compruebo que mi hermano y yo estamos solos en el pasillo, lo sacudo del hombro.

—¡¿Tú eres tonto?!

—¿Has visto su cara? —Se ríe con ganas—. Exudaba celos por cada uno de sus poros.

—Pues claro, idiota. No debe ser agradable que su novia diga en su propia cara que otro no está nada mal.

—Créeme cuando te digo que no estaba así por ella, sino por ti.

—Sí, claro. —Resoplo con fuerza.

—¿No me crees? —pregunta a la que echa andar por el pasillo, pendiente del número de las habitaciones, y le sigo—. Soy un tío, Kat. Y estaba a su lado mientras el recepcionista te hacía ojitos.

—No me hacía ojitos —me quejo. Él arquea una ceja, escéptico.

Bueno, vale. Puede que sí estuviese ligando un poco conmigo. Eso sí, no pienso reconocerlo.

—Le ha faltado mearte encima —se descojona—. Tuviste que causarle muy buena impresión en el Town.

Al mencionar la discoteca marbellí, siento un escalofrío. Dudo que vuelva a ir de nuevo.

—Eso solo demuestra que es un desvergonzado. ¡Estaba su pareja delante!

—No sé qué rollo se traen esos dos —comenta, parándose frente a una puerta—, pero a ella no parecía que le importase su actitud.

—¿Qué te crees, que son como los Pavlov? A ver si va a resultar que ahora, según tú, todas las parejas están en una relación abierta.

—Fíjate que no me extrañaría. —Veo como inserta la llave en la cerradura, abre la puerta y se da la vuelta en mi dirección—. Estamos en una época en la que las parejas monógamas están pasadas de moda.

—Vaya por Dios. —Pongo los ojos en blanco—. Que tú seas un libertino no significa que todos actúen igual.

—A diferencia de lo que puedas pensar, no todos queremos convertirnos en príncipes. Ya sabes lo que dicen —mueve sus cejas a la vez en un gesto pícaro—: al final, al que realmente recuerdan es al villano.

—Conociéndote, me extraña que fueses capaz de compartir a tu pareja.

Desde pequeño, Rodri siempre fue muy egoísta, le costaba ceder sus cosas, es cierto que conforme ha ido creciendo esa avaricia ha ido desapareciendo, pero que hable tan a la liguera solo demuestra que nunca se ha enamorado.

No es que yo lo haya hecho, aun así, no me sentiría cómoda sabiendo que mi novio le regala las mismas caricias que a mí a otra persona. Reconozco que en ese sentido soy un poco territorial.

—Mientras que fuese consensuado y ambos estuviésemos de acuerdo, no veo inconveniente. Quién sabe, ¿si la parejita me propusiese un trío? Ya te digo yo que no lo rechazaría. La rubia tiene un pollaz…

—¡Eres un cerdo! —corto lo que fuese a decir.

Justo cuando me abalanzo hacia él para volverle a sacudir, me cierra la puerta en las narices. A pesar de ello, soy capaz de escuchar sus carcajadas.

Niego con una sonrisa pensando en que Rodrigo no tiene arreglo. No es de los que quieran sentar cabeza. Lo que me voy a reír el día que aparezca una mujer que consiga desestabilizarlo y poner su mundo del revés.

Dicen que torres más altas han caído, ¿no? Dudo que él se resista si llega la adecuada.

Suspiro y echo a andar por el pasillo. Cuando llevo unos cuantos pasos, me paro en seco sin saber a dónde me dirijo exactamente.

«Mierda», blasfemo al echar mano al bolso para sacar la llave y recordar que se la quedó Atlas.

Me coloco las manos en la cintura y miro hacia abajo. Mis ojos se quedan fijos en la moqueta que tengo bajo mis pies, y llego a la conclusión de que tengo tres opciones y que ninguna me satisface demasiado.

La primera es ir de nuevo a recepción y solicitar otra tarjeta, pero eso puede que se vea como una excusa y el recepcionista malinterprete la situación. Otra es coger el ascensor y subir una planta para que Atlas me la devuelva, sin embargo, no sé en qué habitación se alojarán y no me veo llamando a cada una de ellas; y, por último, es llamar a la habitación de Rodrigo y me deje quedarme con él hasta que nos reencontremos con la pareja y recupere mi llave. De todas las opciones, esta es la que menos me agrada. Conozco a mi hermano y sé que se mofará por no haber elegido una de las otras dos anteriores.

Suspirando me decido.

Dicen que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, ¿no? Así que no me queda mejor alternativa que soportar por unas horas al insufrible de Rodri.

Me doy la vuelta para dirigirme de nuevo a su habitación. En ese mismo momento oigo la campanilla del ascensor y veo a Atlas salir de él.

Puede que nos separen unos tres o cuatro metros de distancia, sin embargo, no me parecería raro que fuese capaz de escuchar el tronar de mi acelerado corazón.

Se acerca con paso relajado y a la vez decidido. Una combinación extraña que solo puede venir de una persona segura de sí misma. Envuelvo mis brazos alrededor de mi cuerpo porque, de repente, siento escalofríos y el vello de punta. Dudo que tenga que ver con el aire acondicionado y que la causa sea la forma en que su mirada está fija en mí. Siempre me observa con tanta intensidad que es como si estuviese hambriento y no fuese capaz de saciarse. O eso creo yo, y resulta que él mira así a todo el mundo y yo me las estoy dando de importante.

—Me la llevé por error —me informa, llegando a mi altura y alzando el cartoncillo donde va dentro la tarjeta.

—Sí, me acabo de dar cuenta. Me debatía entre bajar a recepción o que me acogiese mi hermano. No sabía en cuál os quedabais vosotros para ir a buscarla.

—¿Y cuál habías decidido?

—¿Qué…? —susurro, perdida en la profundidad de su mirada.

Debería estar prohibido tener unos ojos tan hechizantes, hace que una no pueda pensar con claridad.

—Me refiero a por qué te has decantado al final.

—Ah…, pues me has pillado yendo a la habitación de Rodrigo.

Parece que esa es la respuesta que esperaba oír porque suelta un pequeño suspiro.

—No será necesario. Aquí tienes.

Extiende el brazo y me ofrece la tarjeta. Justo cuando la atrapo entre mis dedos, él se resiste al entregármela.

—¿Vas a llamarlo?

—¿Cómo dices? —Frunzo el ceño.

No creo que tenga que avisar a Rodri, él ni siquiera ha sabido que estaba sin llaves.

—Al chico —dice Atlas, señalando con un gesto de cabeza la tarjeta que aún sostenemos los dos por distintos extremos.

«Oh…».

—No creo que sea algo que te incumba.

—Lo sé. Aun así, me gustaría saberlo. ¿Lo vas a llamar?

Es la conversación más rara y a la vez íntima que he tenido jamás. Y a pesar de que me mosquea su insistencia, siento un aleteo constante en el estómago al tenerlo tan cerca.

—¿Por qué te importa tanto?

Tira de la tarjeta, lo que hace que, al estar desprevenida, yo vaya detrás y me adelante un paso. Quedamos tan cerca que, si alguien sale ahora de su habitación y nos ve, dudo que se tragase si dijésemos que no es lo que parece.

—Porque desde que nos volvimos a ver en casa de Pavlov no puedo dejar de pensar en ti —susurra sin despegar sus ojos de los míos.

«Madre mía…».

Las rodillas me tiemblan tras su directa confesión. Sería tan fácil dejarse llevar… Solo tendría que ponerme de puntillas y, con eso, nuestros labios se unirían. Mi mirada se desvía justo a ese punto y él se los humedece.

No me gusta esta vulnerabilidad que siento a su alrededor. Por lo que, de repente, doy un paso atrás, arrebatándole al fin la llave, y estallo:

—¡No te entiendo! Por lo poco que la he tratado, tienes a tu lado a una mujer increíble. Es guapa, agradable y con un gran sentido del humor… ¿Tan poco la valoras que tienes que tontear con otras?

Escuchar verdades siempre es doloroso, y para Atlas Campbell no iba a ser distinto. Mete sus manos en los bolsillos del pantalón, parecería que está relajado si no fuese por la forma en la que aprieta la mandíbula.

—Lo de Emma y yo es complicado y te pediría que no sacases conclusiones precipitadas. De hecho, no le he ocultado lo que pasó entre nosotros.

Su declaración no debería pillarme por sorpresa, pero lo hace.

Me llevo una mano al pecho, conmocionada, y lo observo con cara de espanto.

«Dios mío, Rodri llevaba razón y en su relación incluyen a terceras personas».

No sé qué me indigna más, si enterarme o descubrir que el que se acercase a mí no fue especial.

Puede que Rodrigo esté en lo cierto y yo me he quedado anticuada, no obstante, solo imaginarme compartirlo con su pareja me revuelve el estómago.

—No sé bien qué especie de juegos perversos os excita a vosotros, pero ya te aviso que conmigo no van —le digo con la mirada encendida—. Puede que tuviésemos nuestro momento, sin embargo, si hubiese sabido que tenías pareja, nunca hubiera sucedido. Así que, si en algún momento teníais pensado proponérmelo, ahí tienes tu respuesta.

Me doy la vuelta y me alejo de su lado. Cuando doy unos cuantos pasos, recuerdo que no sé el número de habitación que me asignaron, echo un vistazo a la tarjeta que aprieto con la mano y maldigo al comprobar que está al otro lado del pasillo.

Me giro de nuevo y la cara me arde al ver que no se ha movido de sitio; no me queda más remedio que volverlo a encarar.

—Era para allá —señalo con toda la dignidad que soy capaz de reunir.

Lo escucho soltar una risilla y bufo.

Pero lo que más me sorprende es que, al pasar por su lado, me sostiene de la muñeca, acerca su boca a mi oreja y con voz ronca susurra:

—Ten por seguro que, si fueses mía, yo tampoco sería capaz de compartirte.

Por norma general, suelo tener una mente ágil y sé qué soltar en cada ocasión. Sin embargo, ¿qué responder a tan cruda afirmación? Exacto, nada.

Me quedo allí parada, solo puedo parpadear contrariada y ver como al final es él quien se marcha, desapareciendo en el interior del ascensor.

No sé el tiempo que paso allí con la mirada perdida y el corazón acelerado, pero solo me pongo en movimiento cuando escucho el ruido de una puerta y veo a un huésped salir de su habitación. Compartimos un saludo educado y al fin corro, escondiéndome en mi habitación.

«Apenas llevo en Ciudad de México una hora y ya estoy lista para marcharme», pienso, cerrando los ojos y apoyando mi cuerpo tembloroso sobre la puerta cerrada.

Capítulo 13

«Tantas cosas por decirte y tan pocas salen de mi boca. Deberías aprender a leer mis ojos cuando te miro»
Frida Kahlo

Atlas

Al entrar en mi habitación, Emma no pierde el tiempo y se abalanza sobre mí, agarrándome con fuerza.

—¿Qué te ha dicho?

—Vamos a tener que acordar ciertas bases en cuanto a invadir nuestro espacio vital —le digo mientras retiro, uno a uno, sus dedos de mi camisa.

—Déjate de tonterías. ¿Sabes lo nerviosa que estaba? Me he mordido dos uñas, y eso que las llevo acrílicas. ¡Mira! —Me muestra el dorso de su mano.

—Solo le he devuelto su llave. —La esquivo y paso al dormitorio.

Cuando he entrado antes, apenas me ha dado tiempo de echarle una ojeada, necesitaba atender asuntos más urgentes con Em que admirar el lugar donde vamos a dormir. Y he de decir que mi tío no ha escatimado en gastos. Nos ha reservado la habitación Senior Suite, supongo que será su regalo por nuestro compromiso.

—¿Cómo que solo le has devuelto la llave? —cuestiona, siguiéndome—. Con todo lo que has tardado, me esperaba que por lo menos hubieses metido lengua.

La miro de lado, arqueando una ceja al escuchar sus palabras.

—Dudo que Katrina permita que acerque cualquier parte de mi cuerpo a ella. Mucho menos la lengua.

Doy un par de pasos y me dejo caer en uno de los majestuosos sofás que hay en un rincón que hace de zona de estar.

—Pero no lo entiendo. Me has contado que tú y ella… —Hace un gesto, uniendo entre sí los dedos índices de sus manos, dando a entender que nos hemos liado—. A ver, explícame despacio todo desde el principio. Puede que no lo haya comprendido bien.

—Lo has entendido perfectamente. —Apoyo la cabeza en el respaldo y me masajeo las sienes, sintiendo el cansancio del viaje.

—Bueno, pues me lo cuentas otra vez. No puedes soltar la bomba por encima y salir corriendo. Ya estaba *shippeando*, imaginando

lo que habría pasado, y ahora, al ver que regresas con esa cara de mustio, una de dos: o le dejaste una mala impresión en vuestro único encuentro, o eres muy idiota y no has sabido aprovechar la oportunidad de encontraros a solas.

—Si no ha pasado nada es por culpa tuya —digo, ladeando la cabeza para mirarla.

—¿Mía? ¡Si yo no me he movido de aquí!

Sonrío al ver el asombro en su cara.

—No es que hayas hecho nada —me explico—. Solo que me ha dejado más que claro que no pasará nada entre nosotros debido a ti.

—Oh, vaya… Me he convertido en la prometida malvada.

Frunzo el ceño y la observo confundido.

—Ya sabes. —Hace un gesto con su mano, señalándose a sí misma—. Soy el personaje que el público odiaría porque por mi culpa los protagonistas no podrían vivir su idílico amor.

«¿Me toma el pelo? ¿Esta mujer de dónde se ha escapado?».

—Me sorprende que la DEA te haya puesto al mando.

—Calla, coño. —Me da un manotazo, haciéndose la ofendida—. Desde que estoy contigo no he sido capaz ni de ver un anuncio, pero en un rancho no había mucho que hacer una vez que se ponía el sol, así que veía Telemundo.

—¿No me digas que eres una adicta a las telenovelas? —Me río.

—El tiempo verbal que has empleado es erróneo. «Era» una adicta. Y solo porque ya no las hacen como aquellas que no paraban de arrancarnos suspiros.

Alzo las dos cejas, alucinado.

No me entra en la cabeza que esta chica, con una personalidad tan alborotadora y de apariencia dulce, haya entrado a formar parte del cuerpo de policía especializado contra el crimen organizado. No le pega nada. Otra razón más para comprobar que las apariencias engañan y que no podemos dejarnos guiar por las primeras impresiones.

—El caso es que no hay nada que hacer. —Me encojo de hombros, como si no me importase, aunque la verdad es que cada vez que estoy cerca de ella, sobre todo cuando nos hemos quedado solos, solo he deseado volver a probar sus labios.

—Me ofrecería a romper nuestro compromiso para que tuviese vía libre…

—Qué considerado por tu parte, gracias—ironizo.

—¿Verdad que sí? El caso es que esa opción, me temo, queda descartada.

—Vaya, y yo que me estaba haciendo ilusiones.

—¡Lo digo en serio!

La observo y me percato de que parece apenada de verdad.

—Bueno, tampoco es como que me importe, la verdad —le hago saber, incorporándome—. Tengo demasiados problemas encima —la señalo porque ella representa uno de ellos— como para despistarme por una simple mujer.

Emma hace una mueca con sus labios sin saber qué decir. Tampoco hay mucho más que añadir.

Si hubiese conocido a Katrina hace un par de meses, habría ido a saco a por ella hasta que ambos nos hubiéramos saciado, pero mi vida ahora es un torbellino. A día de hoy tengo un pie más dentro de la cárcel que fuera.

—Deberíamos descansar un rato, si no, no vamos a adaptarnos al *jet lag* y esta noche no seremos capaces de acudir a cenar, así que elige… Izquierdo o derecho. —Le señalo ambos lados de la cama.

Desde que me vi envuelto en este lío debo compartir cama con Emma y, aunque no os lo vayáis a creer, nunca ha pasado nada entre nosotros; dudo que vaya a suceder. Es cierto que es una chica preciosa, pero no existe ese tipo de química entre nosotros.

—Derecho —elige ella—. Así, cuando abra los ojos, podré admirar las vistas sin tener que moverme.

Asiento. Me quito la ropa, quedando en tan solo un bóxer oscuro, y me tumbo en el lado que me queda.

En cuanto mi cabeza toca la almohada, no tardo en caer preso de los brazos de Morfeo. Sueño con explosiones y con la cara borrosa de mi hermano.

«Joder, Cruz, ¿por qué cojones tuviste que exponerte?». Incluso dormido siento el dolor de la pérdida en mi pecho.

***

Horas más tarde, cuando ya ha anochecido y hemos descansado un rato, bajamos a uno de los restaurantes de los que dispone el hotel. Una sabia elección, ya que ofrecen comida mexicana.

—He estado dándole vueltas y creo que ya sé cómo te puedo ayudar —comenta Emma una vez que el metre nos dirige hasta nuestra mesa y nos acomodamos. Nuestros invitados aún no han llegado.

—La mejor ayuda que podrías ofrecerme es que me desvincularais de todo este asunto. Sabéis de sobra que es mi tío quien mueve los hilos, y a mí me habéis puesto en una situación bastante jodida —le digo como si estuviésemos hablando del tiempo y no como si tuviese la espada de Damocles pendiendo sobre mí.

—No me refería a ese tema precisamente, pero ya que lo has sacado, sabes que yo no puedo interceder por ti. Al fin y al cabo, solo

cumplo órdenes.

Frunzo los labios, disgustado.

Esta conversación la hemos tenido en más de una ocasión y siempre recibo la misma contestación.

Cuando desperté en el hospital, tras la emboscada donde fallecieron mi padre, mi hermano y varios de nuestros hombres, pensé que tendría tiempo para asimilar sus pérdidas. Con lo que no conté es que, al lado de mi madre, se encontrasen varios hombres de la DEA con el único fin de detenernos, acusándonos de los cargos federales por distribución de drogas, actos delictivos y pertenecer al crimen organizado.

A pesar que fuese cierto de todo lo que se me acusaba, no pensaba admitirlo. Sin embargo, lo que más me pesaba en toda aquella situación es que le salpicase a mi madre. Se había esforzado mucho para mantenerse al margen, para llevar una vida tranquila y solitaria. Bastantes remordimientos acarreaba al saber que sus hijos no tenían más opción que abrazar ese mundo por órdenes de su propio hermano.

Solo una única vez, cuando apenas era un adolescente, le pregunté por qué aceptaba que Rafael rigiese su vida y la de los demás. Su respuesta fue tan clara que no me hizo falta volverla a cuestionar. Me dijo «Atlas, por mucho que intentes negarte y trates de escapar, mientras el diablo siga presente siempre conseguirá lo que se propone».

Ahí fue cuando mi percepción respecto a mi tío cambió de manera radical. Hasta ese momento lo había visto como nuestro salvador, un tanto entrometido en cuanto a decisiones familiares se trataba, pero el único que nos proporcionaba la vida de lujo que llevábamos, ya que mi padre era un parásito. Sin embargo, esos beneficios de los que disponíamos conllevaban mantenernos en una jaula de cristal.

En aquel mismo hospital me pusieron al tanto de todas las acusaciones que se me imputaban, bajo la mirada llorosa de mi madre, siempre y cuando no accediese al trato que me ofrecían.

—Piénsalo, Atlas, si colaboras, al fin podremos ser libres. Solo te tengo a ti, no podría soportar perderte también —intervino mi madre.

Lo que proponían era una misión suicida, pero ¿qué otra opción tenía? Ya no solo estaba en juego mi inminente futuro, sino también el de mi madre.

Por supuesto que accedí. Era eso o pudrirme en la cárcel.

Los de la Administración del control de drogas llevaban años tras los pasos de mi tío, sin embargo, él era demasiado inteligente y no tenían ningún tipo de pruebas fehacientes para poder inculparlo.

Necesitaba internarme en el centro de su núcleo para poder aportar todos los datos y localizaciones para que los agentes especiales llevasen a cabo la detención.

El primer paso no sería complicado llevarlo a cabo.

Con las bajas de mi padre y mi hermano, a mi tío solo le quedaba yo de enlace para exportar la droga a Estados Unidos. El problema radicaba en que dudaba que confiase del todo en mí para descubrir cuál era la ruta a seguir; plantación, elaboración y distribución de la cocaína.

El cártel de los Guajes en suelo americano había sufrido un duro golpe, por eso no era de extrañar que mi tío requiriese de mi presencia para acordar cómo trabajaríamos a partir de ese momento. La DEA no terminaba de fiarse de mí, de ahí que pocos días antes de viajar hasta México me presentaran a la agente Wilson, quien me acompañaría a cada paso que diese y con la que tendría que trabajar en estrecha colaboración.

La única solución a la que llegamos, para que se entendiese su presencia a mi lado, fue hacerla pasar por mi prometida. A mi tío no le sorprendería. Era el que menos trato tenía con él y del que menos constancia tenía en cuanto a mi vida.

Emma representó tan bien su papel en aquel primer encuentro junto a Rafael que quedó prendado de ella. Lo que no esperé es que mi visita se alargase tanto. A estas alturas ya tendría que haber dado con toda la información necesaria, sin embargo, el cártel estaba en guerra y a mi tío la presencia del Santo lo tenía nervioso. Creía que la reyerta en la que me vi envuelto en Albuquerque estaba conectada con este nuevo cártel, y su máxima prioridad era acabar con ellos antes que seguir abasteciendo droga al otro lado de la frontera.

No me quedaba más remedio que ser paciente.

De ahí que ahora estuviese en este *impasse* y tuviese que estar pendiente de la recepción del cargamento de armas que mi tío esperaba. Tenía claro que, si este trato salía adelante, mi tío al fin confiaría en mí y compartiría conmigo todos los pormenores del cártel.

—No sé en qué otro tema me podrías ser de ayuda —le digo a Emma, retomando la conversación.

—¿Cómo qué no? ¡Con Katrina!

—¿Todavía estás con eso?

—¿Cuántas probabilidades hay de que os volvieseis a encontrar? Es el destino, Atlas. ¿Es que no lo ves?

Emma Wilson está resultando ser un dolor de muelas.

—Lo que yo veo es que estás demasiado aburrida. Si te conté lo que pasó entre ambos es porque no quería que ella te fuese con el cuento y eso hiciese tambalear nuestra tapadera a ojos de mi tío.

—Pero…

—No hay peros que valga. Cometí un error al liarme con ella cuando debí estar centrado en acabar cuanto antes con todo esto, fin de la cuestión.

Veo que se muerde los labios, deseosa por replicar. Tengo que dejarle claro que no somos amigos, que no estamos aquí de preluna de miel y que lo que le he dicho es cierto. Por mucho que me atrajese Katrina, no debí caer en la tentación y desviarme de mi cometido. Aunque, ¿quién iba a esperar que la mujer que me hechizó aquella noche formaría parte de la empresa de transportes que nos suministrará las armas?

Por suerte, justo en ese momento vemos aparecer a los hermanos Díaz. Emma me dedica una mirada de que este tema no acaba aquí y yo espero que deje de insistir. Por mucho que mi polla despierte a la mínima presencia de Katrina, debo tener claro que para mí está vetada.

Capítulo14

«Nada es más valioso que la risa. Se requiere de fuerza para reír y abandonarse a uno, para ser ligera. La tragedia es lo más ridículo»
Frida Kahlo

Emma

Durante nuestra vida nos dedicamos a admirar lo que tenemos a nuestro alrededor, pero siempre pasamos por alto el arte de observar. Si nos detuviésemos y observásemos nuestro entorno con atención, la vida nos resultaría mucho más sencilla, ya que casi todas las claves están a nuestro alcance.

A eso es a lo que me he dedicado durante la cena. Mientras mis acompañantes se enfrascaban en temas demasiado aburridos y banales, y a riesgo de que yo perdiese alguna neurona por el camino por culpa de intentar concentrarme, he puesto la cara del que ve pasear a las vacas y me he dedicado a observar el lenguaje gestual de cada uno.

Vayamos por partes porque con estos Freud se frotaría las manos.

Atlas o Attie, como yo lo llamo con cariño, —y tan mal le sienta a él—, para meterme en el papel de la perfecta prometida, por norma general es un témpano de hielo. Es un hombre que ni teniendo que traicionar a su tío, uno que no dudaría en coserlo a balazos si se llegase a enterar que lo está traicionando, por cierto, no muestra una mínima emoción. Sin embargo, cada vez que sus ojos se dirigen hacia Katrina, ahí sí, justo en esas ocasiones hay fuego, pero no chispazos o chisporroteos, sino un fuego ardiente que más de una vez me ha removido en el sitio porque me llegaba el calor, y eso que yo no era la receptora de esas miradas.

Qué decir de ella, Katrina, creo que ha permanecido durante toda la velada con el culo levitando en su asiento. No sé en qué ha estado más concentrada, si en no cruzarse con mi mirada o con la de Atlas. Creo que se ha aprendido de memoria la decoración del restaurante porque sus ojos lo han analizado en profundidad para evitar encontronazos.

Pobre mía… Debe estar pasando un apuro al saber que yo sé, valga la redundancia, que ha estado a punto de beneficiarse a mi pareja… Qué pena no poder sincerarme con ella para quitarle un peso

de encima. Como le dije a Atlas, y no quiso escucharme, tengo un plan para darles vía libre.

Y por último tenemos a Rodrigo Díaz. Nunca me he topado con una persona más franca que él, y eso no sé si llega a ser positivo. Mientras paseábamos y me enseñaba el puerto, me quedó claro que no es de los que dan puntada sin hilo. Hay algo en él que me tira en su dirección e intentar diseminar cada una de sus palabras y acciones. Debajo de esa fachada de hombre carismático y sociable, esconde un lado oscuro por el que, de forma irremediable, siento atracción.

—No sé vosotros, pero yo ahora me tomaba una copa después del atracón de comida que nos hemos pegado. Voy a explotar —comenta este último, recostándose en su silla y masajeándose una inexistente tripa.

De manera inconsciente, mis ojos se dirigen a su abdomen plano; una vez que levanto la vista me encuentro con sus ojos, que me sonríen divertidos al pillarme.

—¡Es una idea fantástica! —exclamo, imitando su gesto. Si esperaba que me quedase cortada, es que aún no sabe con quién se está midiendo.

—No sé si es aconsejable, puesto que mañana tenemos que madrugar y nos espera otro día largo —interviene Katrina.

—Estoy de acuerdo —la secunda Atlas.

Ay, qué monos… Si hasta opinan igual y todo.

—Sois unos aguafiestas —me quejo—. Pues a mí me apetece, así que si te apuntas… —Dejo en el aire la invitación, centrándome en Rodrigo.

—Yo encantado —afirma con voz sugerente.

¿Está coqueteando? «Sí, sí lo está», pienso cuando apoya los codos en la mesa y se inclina en mi dirección.

Sin esperar un segundo más, me pongo en pie y le ofrezco la mano, él no duda en aceptarla. Su tacto es cálido cuando me sostiene con delicadeza.

—Si cambiáis de opinión, estaremos en el *lounge* bar del hotel.

Espero que no lo hagan. Pasar un tiempo con Rodrigo a solas es parte de la idea que me ha surgido para que Atlas no se sienta atado a mí.

Puede que me esté extralimitando y metiendo donde no me llaman, pero lo siento, soy una romántica por naturaleza. Siempre he opinado que el amor aparece en las situaciones más adversas y más desfavorables; con las que tiene Atlas en este instante, imposible. Supongo que la aparición de Katrina es la mejor forma que tiene el destino de equilibrar las cosas.

—Adoro este hotel. No hace falta salir de él para poder disfrutar —le comento a Rodrigo al llegar a una zona más íntima y

tomar asiento.

No acabamos de sentarnos cuando un camarero hace acto de presencia.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Rodrigo.

—¿Hacen cócteles combinados? —El camarero asiente—. Pues desearía un Manhattan con wiski de centeno, gracias.

—¿Y para usted?

—Un Johnny Walker solo. Ah, y dos chupitos de tequila.

—¿Pretendes emborracharme? —le pregunto con una sonrisa cuando nos quedamos solos.

—¿Quién ha dicho que uno fuese para ti?

Se me queda la sonrisa congelada en la cara. Menudo corte me acaba de pegar.

—Mejor, no soy de las que tolero demasiado bien el alcohol.

—Eso es raro conociéndote la variedad de wiskis que existen.

Me humedezco los labios sin responder, en parte lleva razón. Sin embargo, cuando digo que no lo tolero bien es porque me da por hacer cosas que, en circunstancias menos ebrias, no sería capaz. Como, por ejemplo, arrebatarle ese sombrero que lleva estilo *cowboy* y desear cabalgarlo con solo él puesto.

Lo admito, Rodrigo me pone tontorrona, o debería decir que despierta una parte de mí que hace meses que tenía en proceso de hibernación.

Cuando en tu trabajo te tratan como a una apestada solo porque has sugerido que puede que haya una red de corrupción policial dentro de tu equipo, pocas ganas te quedan de darte una alegría al cuerpo. Las preocupaciones se acumulan porque no sé cuál será mi destino. Puede que sea una agente joven, pero no soy tonta ni inexperta.

Ser policía siempre fue mi sueño. Me crie en un rancho a las afueras de New Braunfels, una ciudad cercana a San Antonio, Texas. Nada más salir de la academia policial, donde me gradué con honores, el capitán de mi academia me mandó directamente a las oficinas de reclutamiento de la DEA. Una vez que pasé las pruebas requeridas, no fue difícil conseguir pasar la entrevista de contratación, ya que iba recomendada por un superior.

Siempre he sido muy perspicaz y decidida. Supongo que eso no sentaba bien a otros agentes con más antigüedad y experiencia. Sé que soy una persona intensa, de hecho, estoy diagnosticada de TDAH (Trastorno de déficit de atención e hiperactividad); aun con eso, nunca me he visto limitada para alcanzar mis objetivos.

Creen que las personas que sufrimos de ese trastorno no somos capaces de concentrarnos, pero están muy equivocados. Lo que ocurre es que nosotros buscamos otros métodos y solo somos demasiado

activos, ni más ni menos.

Cuando comencé a trabajar en el departamento de control antidrogas, comprobé que, de lo que se incautaba en las redadas, una cuarta parte no llegaba a declararse. Lo puse de manifiesto frente a mis superiores, pero como no tenía pruebas físicas para demostrarlo, me apartaron de las operaciones por haber puesto en entredicho la reputación de diversos agentes y ahora he sido relegada a custodiar a informantes; así es como terminé al lado de Atlas.

—¿A qué te dedicas? —se interesa Rodrigo una vez llegan nuestras consumiciones.

—Si te dijese que soy mujer florero, ¿te lo creerías?

Me dedica una sonrisa ladina mientras se lleva la copa de wiski a los labios.

—No sé por qué me da que no serías capaz de soportarlo.

—No me conoces para ponerlo en duda tampoco.

—Desde luego, por eso te pregunto, para intentar conocerte mejor.

Entrecierro los ojos. Parece que tiene preparadas todas las respuestas.

—Es cierto que en este momento estoy sin trabajo. —Sin él ser consciente, me lo ha puesto a huevo para poner en marcha mi brillante idea—. No sé si debo confiar en ti. Sin embargo, lo haré. Aunque espero discreción por tu parte.

—Por supuesto. Cuando quiero, puedo convertirme en una auténtica tumba.

«Fíjate que me extraña, si así fuese sería capaz de despertar a un muerto solo con su presencia», pienso, dedicándole un repaso disimulado.

—Como bien sabes, me crie en un rancho. Mi familia, por decirlo de alguna forma, es un tanto estricta. —Nada más cerca de la realidad. Mis padres son más modernos que yo si cabe, pero él no tiene por qué saberlo—. Querían que me involucrase en la industria ganadera, pero no es algo a lo que aspirase. Yo quería libertad. Atlas es un antiguo conocido y, siendo consciente de mi situación familiar, le pidió mi mano a mis padres para que pudiese «disfrutar» —entrecomillo con los dedos— de este tiempo prestado.

—O sea, ¿que no sois pareja?

Niego y doy un sorbo al Manhattan sin apartarle la vista.

—No, pero a efectos de cualquiera lo somos. Por eso me gustaría que fueses prudente con este tema y no salga de aquí.

—Podría desvelárselo a Rafael. ¿Por qué arriesgarte y contármelo a mí?

Me tomo mi tiempo para contestar y me bebo de un trago el cóctel.

—¿Por qué no? —Me encojo de hombro y cruzo mis piernas. Sus ojos se dirigen a ese punto en concreto—. No tienes pinta de ser un chismoso, señor Díaz.

—No, no lo soy —está de acuerdo él.

Bebo de mi cóctel aguantándole la mirada, y mis ojos se dirigen a su cuello. Lleva varios colgantes y cadenas que lo rodean. Nunca imaginé que ese tipo de accesorios resultasen sexis. Pero en él lo hace. Parece que están puesto con la intención de poder tirar de ellos, atraerlo hacia mí y…

«¡Y nada! ¿Pero qué coño estoy pensando?», corto de repente el rumbo que están tomando mis pensamientos.

Tengo que recordar que no estoy aquí de vacaciones, sino para hacerles ver a mis jefes que merezco mi puesto. Tras intentar destapar la trama de corrupción, perdí su respeto. Estoy segura de que no estaba equivocada, mi problema fue que no pude probarlo. Necesito demostrar que estoy capacitada para el puesto que ocupo. Una cosa es que quiera echar una mano a Atlas, y que nuestra coartada no interfiera en su vida personal, y otra muy distinta es que me deje seducir por el aspecto canalla del hombre que tengo ante mí.

Rodrigo Díaz es peligroso para mí porque, a cada rato que paso a su lado, más me apetece recorrer su cuerpo fornido con mi lengua.

***

Rodrigo

¡Lo sabía! No era normal que Atlas Campbell tuviese a esta mujer de pareja y no fuese soltando babas a cada paso que ella da. Algo que sí le ocurre con Katrina.

No negaré que me ha sorprendido que deposite su confianza en mí y me cuente que su compromiso es fingido, sin embargo, me alegro. Gracias a esta información podré acercarme a ella sin levantar sospechas. Necesitamos toda la ayuda suficiente para poder acabar con Mendoza, y me da que Emma va a ser una incalculable fuente de información.

¿Que soy un cabrón por utilizarla cuándo ella no ha sido más que sincera conmigo? Lo sé. No hace falta que me fustigues.

Como dicen: «tiempos difíciles requieren medidas desesperadas», y conociendo a Kat no sé si será capaz de poner en práctica sus artes de seducción con Atlas; viendo lo incómoda que ha estado en la cena, más bien apostaría a que intentará alejarse lo máximo que pueda de él.

Me río mentalmente.

Verás la cara de alivio que va a poner Katrina cuando se entere de que nadie va a proponerle participar en un *ménage à troi.* Algo que, por cierto, yo no hubiese tenido ningún reparo en aceptar.

Capítulo 15

«Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte la capacidad de verte a través de mis ojos. Sólo entonces te darás cuenta de lo especial que eres para mí»
Frida Kahlo

Katrina

Qué bonito es volver de donde tu corazón nunca se fue.

A pesar de que dije que estaba de acuerdo con que era mejor descansar, cuando he llegado a mi habitación me he encontrado demasiado nerviosa para poder hacerlo y he decidido bajar al *lounge* bar. Emma y Rodri llevaban razón, era demasiado tarde y una copa me vendría bien para relajarme.

He permanecido en tensión durante toda la cena. Ser consciente de que la novia de Atlas sabía de nuestro *affaire* no me ha dejado permanecer tranquila. ¿Con qué cara pude mirarla? Hay algo dentro de mí que no deja de atormentarme y sigo pensando que soy una adúltera.

Al traspasar las puertas los he localizado enseguida. Se les veía tan cómodos conversando que me he dado la vuelta sin querer interrumpirlos. No se merecen que contamine el buen ambiente con mi pésimo humor.

Como no tenía ganas de regresar a mi habitación para que las paredes no me comiesen viva, he decidido salir al exterior y empaparme del entorno.

Nuestro hotel está ubicado en el Zócalo, en pleno centro, así que me he dirigido hasta la Plaza de la Constitución.

Y aquí estoy ahora, con el vello de punta a causa de la emoción cada vez que mis ojos recaen en cualquier detalle que me rodea.

Un grupo de mariachis entona el conocido *México lindo y querido* a pocos metros de mí, inundando toda la plaza.

México lindo y querido,
si muero lejos de ti.
Que digan que estoy dormido
y que me traigan aquí.

Trago con insistencia, intentado deshacer el nudo que se me ha

formado en la garganta. Le estoy muy agradecida a España, es el país que me acogió cuando más lo necesitaba, cuando lo había perdido todo. Y una parte de mi corazón siempre le pertenecerá. Sin embargo, lo que siento por México… Había olvidado esta sensación de plenitud y de pertenecer a un lugar; al regresar, todas esas emociones se han desenterrado.

Amo este país, adoro su gente, la alegría y el color que encuentras en cada rincón.

No sabía que volver me pondría tan sensible y nostálgica, pero a la vez rebosante de un amor infinito por la tierra que me vio crecer.

Me giro y me retiro con disimulo la humedad de la comisura de mis ojos. No puedo consentir desmoronarme en plena calle y rodeada de cientos de personas.

Decido que lo mejor será regresar al hotel. Atravieso la plaza dando un paseo y, antes de llegar, veo a Atlas salir de él. Por un momento me quedo quieta, pensando que viene en mi busca. En el estado tan vulnerable en el que estoy, lo que menos necesito es otro encontronazo con él.

Con todo lo que sé, y siendo un Mendoza, no entiendo por qué permito que me afecte tanto su sola presencia. Aun así, no puedo negarme a mí misma lo que mi cuerpo siente cada vez que lo tengo cerca. Lo enciende y lo carga de una adrenalina difícil de contener.

Por suerte, no repara en mí y dirige sus pasos decididos en la dirección contraria a donde me encuentro.

Sé que no es buena idea, que debería entrar al hotel e intentar dormir, no obstante, aun sabiendo todo eso, me muevo por impulso y al cabo de unos segundos cruzo el paso de cebra y me encuentro siguiendo sus pasos a una distancia prudencial.

«¿A dónde irá?», me pregunto extrañada cuando llevamos varios minutos caminando y nos alejamos del centro. Mis zapatos de tacón no ayudan y tengo que aligerar el paso por riesgo a perderle el rastro.

Parece que él se conoce bastante bien la zona porque no titubea en ningún momento de la marcha. Lleva unos andares relajados a la par que decididos. Reconozco que Atlas Campbell es digno de observar incluso de espaldas. La seguridad que emana de su cuerpo me llega en oleadas. Me digo que lo persigo como una psicópata en aras de cumplir mi venganza, aunque la realidad es que me siento tan atraída por cada una de sus acciones que resulta vergonzoso.

Me echo a un lado para dejar pasar a un grupo de personas, por lo que, cuando la acera se despeja, maldigo al comprobar que he perdido su rastro. Troto unos pasos hasta llegar a la esquina y miro hacia todos los lados, intentando averiguar qué camino ha elegido.

Suelto un suspiro al entender que lo he perdido y que no me

queda más remedio que deshacer mis pasos y regresar al hotel. Aunque no sé si seré del todo capaz, ya que hemos tomado diferentes desvíos en alguna que otra calle.

Me dispongo a sacar mi móvil para orientarme con la ayuda de Google Maps, así que no soy consciente del peligro hasta que ya es tarde.

Un asaltante me tapa la boca con una mano y con la otra me agarra de la cintura, arrastrándome hacia un callejón intransitable. Todos mis sentidos entran en alerta y comienzo a forcejear, presa del pánico, contra mi agresor. El miedo que tengo en estos momentos duplica mi fuerza, pero no es suficiente para conseguir zafarme.

Debería haber sido más prudente. La violencia callejera está a la orden del día.

—¿Nadie te ha explicado que no es seguro andar de noche y, además, sola por las calles? ¡¿Quieres tentar a la suerte?!

Me quedo paralizada al escuchar esa voz con un ligero acento americano. Por unos segundos me siento tan aliviada de que se trate de Atlas que relajo mi cuerpo apoyándolo contra el suyo. Como digo; eso dura un santiamén porque al sentir que me flaquean las piernas debido al susto que me he llevado, vuelvo a rebelarme.

Esta vez, cuando vuelvo a retorcerme en sus brazos, me libera.

—¡¿Te has vuelto loco?! Casi me da un infarto por tu culpa —increpo, pegándole un empujón en el pecho.

Cabe decir que ni con esas soy capaz de moverlo del sitio.

—Te aseguro que esa hubiese sido una muerte mejor a la que podrías haberte enfrentado.

—¡Vete a la mierda! Estaba totalmente a salvo hasta que tú has salido de las sombras.

—¿Por qué me estabas siguiendo?

—¿Seguirte? —Suelto una risa hueca—. Más quisieras tú. Estaba paseando.

Da un paso en mi dirección, lo que conlleva a que yo dé otro hacia atrás. Mala decisión, quedo atrapada entre la pared y su cuerpo.

—No me tomes por tonto, Katrina. —«Maldito sea». Escuchar mi nombre con ese tono de voz bajo y contenido hace estragos en ciertas partes de mi anatomía—. Te vi parada al otro lado de hotel. —«Joder, ¿me vio? Creí que le había pasado inadvertida»—. Lo que no esperé es que fueses tan estúpida y me siguieses.

Es una tontería negar la evidencia, por lo que alzo la barbilla y no me avergüenza reconocerlo.

—Sí, ¿y qué? ¿Qué pasa, que mi presencia te ha estropeado los planes? Pensé que rechazaste la oferta de tomar algo por responsabilidad con el viaje de mañana…

—Podría decir lo mismo de ti —contraataca.

—Yo no podía dormir y solo quise que me diese un poco el aire en la plaza. En cuanto a ti, parece que sabías perfectamente hacia dónde te dirigías. ¿Quizá a visitar a una amante?

—No tienes ni la menor idea de lo que dices.

«Por Dios santo, ¿de dónde me viene esta actitud? Parezco una novia celosa». Intento que no se me note lo turbada que me siento. No debería importarme lo que hace o deje de hacer.

—¿Sabes qué? Déjalo, llevas razón. Me largo. —Me dispongo a darme la vuelta, pero él retiene mi huida sosteniéndome del brazo. Vuelvo a sentir la electricidad que siempre aparece cuando me toca.

—Muy bien, te vienes conmigo.

—¿Qué haces? Suéltame —le exijo.

—Estoy cansado de que me tomes por quien no soy. ¿No te interesaba tanto saber a dónde iba? Ahora lo sabrás de primera mano. Así aprenderás a no juzgar antes de tiempo.

—No me interesa… —Me dedica una mirada inquisitiva, arqueando una de sus cejas. Así que rectifico—. Ya no. Prefiero regresar al hotel.

—Estamos demasiado lejos, y ten por seguro que no dejaría que volvieses sola. Me sacas de mis casillas, pero no hay necesidad de que mañana aparezca tu cara en personas desaparecidas.

—Eres un poco alarmista, ¿no crees?

—Alarmista o no, no pienso arriesgarme. Vamos, no me gusta hacerme esperar, y por tu culpa ya me he retrasado bastante.

Bufo.

Lo sé, no es un gesto demasiado elegante, pero si dice que lo saco de sus casillas, él a mí me enerva por completo.

Accedo a regañadientes, aunque en el fondo no negaré que me muero de curiosidad por descubrir hacia dónde se dirigía, sobre todo ahora, que ha confirmado que ha quedado con alguien.

Caminamos en silencio. Aún me mantiene sujeta, supongo que pensará que si me suelta corre el riesgo de que me escape.

—¿Adónde vamos?

No da ninguna muestra de que me vaya a responder.

Cada vez estamos alejándonos más del casco antiguo. Han pasado bastantes años de la única vez que vine a la capital, aun así, recuerdo aquel viaje en el que me limité a recorrer el centro. Y esta zona no me suena en absoluto. Llevaremos caminando, entre unas cosas y otras, cerca de quince minutos.

El miedo se vuelve a apoderar de mí.

«¿Y si le supongo un estorbo y decide acabar conmigo?». No es un pensamiento descabellado. Al fin y al cabo, no lo conozco de nada y no hay que olvidar que por sus venas corre sangre Mendoza.

—Creo que no es buena idea, mejor será que me pille un taxi

que me lleve de vuelta al hotel —dejo caer cuando no soporto el silencio que se ha instalado entre nosotros.

—Ya casi hemos llegado —me informa sin dirigirme una mirada. Solo tira de mí para que no quede rezagada.

Aquí solo veo casas de planta baja. El barrio no está mal, pero no sería uno que eligiese para dar un paseo.

Puede que, después de todo, lleve razón en eso de que soy una inconsciente, antes ni me paré a pensar en las consecuencias de mis actos, solo decidí seguirlo sin calcular lo que me iba a encontrar.

¡Oh, Dios mío! Seguro que va a una reunión secreta entre narcotraficantes.

Sé que justo por eso estoy aquí, pero no eres consciente del peligro que corres hasta que no te encuentras metida de lleno.

Respiro hondo un par de veces, repitiéndome que puedo hacerlo. Llevo trece años preparándome para este momento, así que debo tranquilizarme para que el corazón deje de latirme a máxima velocidad.

Recuerdo que mi padre nunca compartió en casa nada que tuviese que ver con su vida delictiva, decía que era más seguro para nosotras. Cuanto menos supiésemos mucho mejor. Y ahora yo me dirijo directa a la boca del lobo. Seguro que allá donde esté, si me observa, debe sentirse muy disgustado conmigo.

Nos paramos frente a una puerta y Atlas da un par de golpes en ella con los nudillos. Mientras esperamos a que abran, al fin se digna a mirarme y, por como aprieta los dientes, no está contento con mi presencia.

Bueno, pues lo siento. He propuesto pillar un taxi, es él quien ha insistido en que esté aquí después de todo.

—Espero que lo que veas u oigas aquí te lo guardes para ti.

¡Lo sabía! ¡Me ha traído a una reunión de narcos!

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Estoy tan nerviosa que no me salen las palabras.

—Maldito *gringo*… Te has retrasado —reprocha un hombre de nuestra edad nada más abrir la puerta.

—Lo siento, he tenido un pequeño percance por el camino. —Me mira de reojo y la esquivo avergonzada—. He traído compañía, espero que no os importe.

El hombre al otro lado de la puerta entrecierra los ojos y me observa con atención. Tengo ganas de removerme nerviosa en el sitio debido a su escrutinio. Hago lo propio y lo analizo. Es moreno, de ojos oscuros; el pelo lo tiene un poco largo, a la altura de los hombros, y le da un aspecto salvaje que acentúa su atractivo.

No tendría que mencionarlo, pero debería estar prohibido que fuesen tan guapos, ya que son de los malos.

—Si viene contigo, sabes que por mí no es ningún problema. Pasad —dice, echándose a un lado y ofreciéndonos entrar.

—¡Atlas Campbell Mendoza! Dichosos los ojos que te ven.

Me quedo boquiabierta cuando aparece por un pasillo la mujer más hermosa que haya visto jamás.

Tiene los rasgos de una auténtica antigua nativa mexicana. Con su piel olivácea, sus ojos oscuros como la noche y una melena negra y suelta que le llega a la cintura.

Va vestida muy similar con la *china poblada*, la típica indumentaria para las mujeres mexicanas, que consiste en una blusa blanca con bordados en colores vivos y un escote recto y pronunciado para dejar al aire sus hombros, además de una falda larga con volumen con estampado geométrico.

—Lupe… —la nombra Atlas cuando se acerca hasta ella para saludarla.

Siento una punzada extraña en la boca del estómago al ver la confianza con la que se abrazan. El gesto dura más tiempo de lo políticamente cortes, lo que denota la confianza que existe entre ambos.

Al separarse, ella, sin cortarse, posa su mirada en mí.

—¿Y tú quién eres?

Es inevitable no sentirme intimidada frente a ella. Es la perfección encarnada.

—Soy Katrina, Katrina con K —me presento con un tono que espero suene seguro. Aunque ahora, debido al escrutinio al que estoy siendo sometida, me siento más bien diminuta.

—Katrina, ¿eh? —Entrecierra la mirada.

Tengo la impresión de que, con esos dos pozos negros, sería capaz de adivinar, si se lo propusiese, hasta mis secretos más ocultos.

—Katrina, ellos son Moncho y Lupe, unos buenos amigos.

«¿Amigos? ¿Nada de narcos?».

Por primera vez desde que Atlas me arrastró con él, siento que me relajo.

—Un placer. —Extiendo mi mano, primero al hombre, y cuando voy a hacer lo propio con la mujer, me sorprende abrazándome.

—Creo que eso de amigos queda un poco ambiguo. Atlas fue el padrino de nuestra boda.

Miro al mencionado y veo que tiene una sonrisa socarrona en los labios. Hasta este momento no me he dado cuenta, pero desde que hemos entrado por esa puerta tiene una postura mucho más relajada.

—Cómo te gusta recordarlo a la menor oportunidad, ¿eh?

—Por supuesto, pocas veces en mi vida pude ir agarrada del brazo de dos de los hombres más deseables.

—Suerte que tuviste buen criterio a la hora de decidirte —interviene su marido, agarrándola por la cintura y arrimándola a su cuerpo.

Ella le da un beso en los labios y yo me siento totalmente fuera de lugar en esta casa. Por ser tan obstinada he interrumpido un reencuentro entre amigos. Como ya no hay vuelta atrás, los acompaño cuando nos invitan a entrar al comedor. Sin embargo, no nos da tiempo a dar un paso cuando algo pasa con rapidez por mi lado, consiguiendo que del susto quede pegada a la pared.

—¡Tito *Alas*!

Una niña de unos tres o cuatro años se lanza a los brazos de Atlas, que tiene unos reflejos envidiables porque la sujeta al vuelo mientras la pequeña se aferra a su cuello.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclama él con una enorme sonrisa y los ojos chispeantes de alegría.

—¿Qué hace usted despierta, señorita? —le reprende Lupe, que supongo será su madre.

—*Quedía* ver al tito *Alas* —dice ella con su pronunciación infantil, escondiendo su carita en el cuello de este.

Atlas ríe al sentir cómo se aferra la niña a él, así que la acomoda mejor entre sus brazos y deposita un tierno beso en su coronilla.

Creo que me acaba de explotar el corazón. Y los ovarios, los ovarios también han sufrido un estallido al presenciar la dulce estampa.

—Lo siento, mamá, intenté retenerla, pero al final se me escapó.

Me llevo una mano al pecho, conmovida al descubrir al niño bajo el quicio de una puerta.

Debe ser mayor que su hermanita, pero no por mucho. Lleva un pijama azul con estampado de dinosaurios y no para de restregarse los ojos debido al sueño.

—¿Qué pasa, campeón? Cuánto has crecido. —Se acerca Atlas hasta él con la niña en brazos y chocan los cinco.

—Ya he cumplido seis años —informa orgulloso.

—Todo un hombrecito, sí señor. —Le revuelve su pelo oscuro.

—¿*Edes* la novia de mi tito *Alas*? —me sorprende una vocecilla. La niña, refugiada en el cuello de Atlas, me observa con curiosidad.

—Yo…

Por suerte, su madre se adelanta. ¿Quién iba a decir que soy?

—Ella viene acompañando a vuestro tío, por lo tanto, es nuestra invitada. Y vosotros, jovencitos, debéis regresar a la cama.

—¡No! No *quiedo* —lloriquea la pequeña.

—Déjalos un rato, Lupe, si no sabes que Pita no para de llorar

—intenta convencerla su marido.

—Está bien. —Suspira ella, resignada—. Pero solo unos minutos. Venga, pasad. —Abre el camino una vez más.

Esta vez llegamos sin interrupciones a la zona de estar. Está decorada con estilo rústico. La mesa y muebles son de madera en color haya y los sofás tienen unas bonitas fundas de rayas de diferentes colores, las cuales parecen hechas de forma artesana.

Siento un tirón en el bajo de mi vestido, y al agachar la mirada me encuentro con una mata de pelo ónix.

—Disculpa a mi hermana, es un poco caprichosa. Yo soy Atlas, como mi padrino, ¿tú cómo te llamas?

Acabo de caer rendida ante este niño de seis años.

Me agacho para que nuestros ojos queden a la misma altura y le sonrío.

—Yo me llamo Katrina, encantada —le ofrezco la mano.

Él me devuelve el gesto con su manita y ladea la cabeza.

—¿Catrina como la diosa de la muerte?

Sonrío.

—No, Katrina variante irlandesa de Katherine.

Se me queda mirando unos segundos.

—Tú no eres de Irlanda, no eres pelirroja.

Se me escapa una risa.

—No todos los irlandeses son pelirrojos. Aun así, no, no soy de Irlanda, soy mexicana, como tú. —Le rozo la naricilla con mi dedo—. Aunque llevo muchos años viviendo en España.

—¡Vives donde el Real Madrid! —exclama con un brillo en la mirada.

—Un poco más al sur, pero sí.

—Perdona a mi hijo, Katrina. Me han salido curiosos por naturaleza y estamos en esa época en que lo cuestionan todo —comenta Lupe, llegando hasta mí.

Me pongo en pie y le muestro una sonrisa.

—No me incomoda. A su edad yo era igual.

Me siento en la silla que Lupe me señala, miro a mi alrededor y encuentro a Atlas, con una cerveza en la mano, junto al dueño de la casa al otro lado de la sala, en lo que deduzco es la cocina integrada al comedor. Él debe sentirse observado porque gira la cabeza y nuestros ojos conectan. Siento como mi cuerpo se calienta por como me mira. Ya no tiene a la niña en brazos, de hecho, no sé dónde se habrá metido.

Mi pregunta se resuelve al sentir un cuerpecito trepar por mi silla y terminar acomodado en mi regazo.

Eso hace que se corte la conexión entre Atlas y yo y me centre en el pequeño bulto que tengo encima. Los niños me encantan, creo

que son las almas más puras que existen en el mundo, aunque no he tratado con demasiados a lo largo de mi vida. Un dolor se me instala en el pecho al recordar que así podría haber sido el bebé que esperaba mi madre.

Por fortuna, salgo de la espiral de tristeza que siempre me embarga al recordarlo al sentir unas manitas agarrándome el rostro.

—*Edes* muy guapa.

—Gracias. Tú también. —Y es cierto, la pequeña, al igual que su hermano, son unas calcomanías de sus padres.

—Cuando *zea* mayor, voy a *zer* Miss —me informa, retirándose de forma coqueta el pelo de los hombros.

—No me cabe duda de que te alzarás con la victoria.

—Sí vas a ser Miss, de misionera —rebate su madre—. Anda y vuelve a la cama.

—Ya los acostamos nosotros —se ofrece el tal Moncho, llegando él y Atlas hasta nosotras.

Este último recoge a la niña de mi regazo y me lanza una mirada tan ardiente que porque estoy sentada, si no ya estaría temblando.

¿Se puede quedar una preñada con un simple vistazo? Porque yo he sentido su mirada llegarme al útero.

—*Cuaro zea* mayor, voy a *zer* como tú y *tené* un novio tan guapo como el tito *Alas* —me suelta la niña, feliz de estar de nuevo en los brazos de Atlas.

Me sonrojo y me despido de los pequeños agitando la mano.

Al enfrentarme a Lupe, la encuentro observándome con los labios curvados en una picara sonrisa.

—Atlas y yo no… o sea, que… —titubeo avergonzada—, él tiene a Emma.

Levanta las cejas y acomoda la barbilla sobre sus puños.

—¿Quién es Emma?

¿Cómo que quién es Emma? ¿Qué pregunta es esa?

—Ya sabes, Emma. —Ella niega divertida—. Su prometida.

La carcajada que suelta a continuación inunda la sala.

—¿Atlas está prometido? —Ríe como si solo la idea le produjese gracia—. Para el caso, dudo mucho que esa boda se celebrase.

—¿Por qué lo dices? —le pregunto interesada.

—Porque si es verdad lo que dices y Atlas estuviese enamorado, la habría traído a nuestra casa —comenta categórica.

No sé cómo tomarme su afirmación, por suerte, me ofrece una limonada, que acepto gustosa, y cambiamos de tema de conversación.

Me entero de que ella y su marido son artesanos y realizan prendas y productos hechos a mano. Le pregunto por la decoración de

su casa y no me sorprende enterarme de que todo lo hicieron ellos.

Pasamos un rato agradable, sin embargo, de los hombres no hay ni rastro. Supongo que se estarán poniéndose al día en privado.

Lupe, además de preciosa, es muy simpática.

—¿De qué conocéis a Atlas? —cuestiono cuando pienso que mi pregunta no sonará entrometida.

—Antes de conocer a Moncho, Cruz fue mi primer novio.

—¿Cruz?

—El hermano de Atlas —me aclara.

—No sabía que tiene un hermano.

—Tenía —esclarece—. Hace poco más de un par de meses que falleció.

—Oh, lo siento. No tenía ni idea. —Me tapo la boca, compungida.

—Aunque mis raíces son mexicanas, yo también soy de Albuquerque. Me crie rodeada de los hermanos Campbell, y con catorce años terminé enamorándome del hermano equivocado. Cruz era… —Se calla y niega con la cabeza—. Digamos que siempre nos fijamos en quien no nos conviene. Por suerte, mis padres decidieron regresar a su país y lo nuestro pasó a ser historia. Nuestra relación terminó de malas maneras, sin embargo, Atlas y yo continuamos manteniendo el contacto, tanto que cuando le presenté a Ramón se hicieron íntimos amigos. De ahí que sea nuestro padrino y mi hijo lleve su nombre.

»Siempre ha estado a nuestro lado cuando más lo hemos necesitado. Mi familia no tenía muchos recursos, pero gracias a él y a su madre nunca nos ha faltado de nada. Todos cargamos una historia a nuestra espalda, y mi peso ha sido más llevadero gracias a su ayuda. Puede que no esté de acuerdo en muchas acciones que lleva a cabo, no obstante, a pesar de que pueda parecer lo contrario, es un buen hombre.

Bebo el resto de limonada sin saber qué contestar a lo que me ha contado. Por suerte, somos interrumpidas por los chicos cuando entran en el comedor. No sé de qué habrán estado hablando, sin embargo, me fijo en el semblante preocupado que lleva grabado el tal Moncho. A Lupe, que conoce más a su marido que yo, tampoco le pasa desapercibido, se levanta con urgencia de la mesa y se acerca a él. Aprecio como mantienen una conversación con la mirada y solo dejo de observarlos al escuchar la voz de Atlas.

—Es hora de marcharnos.

Asiento y me pongo en pie.

El ambiente se siente enrarecido. Ya no se respira la tranquilidad que reinaba cuando hemos llegado.

Atlas me dirige hacia la salida siguiendo a los dueños de la

casa.

—Ha sido un placer conoceros. —Me giro, una vez estamos en la puerta, para despedirnos.

—Lo mismo digo, aquí tienes tu casa siempre que vuelvas a la cuidad. —Me abraza Lupe—. Cuídate, Katrina con K.

Le muestro una débil sonrisa.

—Lo mismo digo —comento preocupada.

Extiendo mi mano para despedirme de su marido sin perder de vista a Atlas y Lupe, que hacen lo mismo, pero con un sentido abrazo. Algo se dicen al oído, sin embargo, hablan tan bajo que soy incapaz de enterarme de qué se trata.

En el camino de regreso al hotel tenemos la misma dinámica que a la ida. El silencio es nuestro compañero. Esta vez no lo soporto, ya que la visita ha sido muy esclarecedora, y me escucho decir:

—Llevabas razón.

Atlas ralentiza sus pasos y gira la cabeza, prestándome atención.

—¿En qué?

—Pues… —Me humedezco los labios, nerviosa, y me rodeo el cuerpo con mis propios brazos—. Saqué conclusiones precipitadas respecto a ti.

—Aja…

«¿Solo piensa responder con eso?».

—Quiero decir que… —Joder, qué difícil es reconocer que me he equivocado y sentir que no me va a echar un cable y ponérmelo fácil—. Unos niños no pueden admirar tanto a alguien si esa persona no se lo merece, ¿no?

—¿Adónde intentas llegar, Katrina?

—¿De verdad me vas a hacer decirlo?

—Por supuesto. —Se para, hago lo propio y al quedar frente a él me fijo en su sonrisa canalla.

Qué cabrón. Está disfrutando con todo esto.

—Me equivoqué, ¿contento? Pensé de ti lo peor y… —Señalo a lo largo de la calle, donde hemos dejado atrás la casa—. Pareces un buen hombre.

—¿Parezco?

—O lo eres, ¿yo qué sé? —suelto, nerviosa.

Me mira con detenimiento y se le borra la sonrisa. Tengo la impresión de que está a punto de decir algo importante, en el último momento, veo como retrocede dando un paso atrás y sacude la cabeza.

—Que esté rodeado de buenas personas no me convierte en un buen hombre, así que por tu bien espero que no lo olvides.

¿Ha sido una advertencia o más bien un consejo? Nunca lo

sabré, ya que siento como vuelve a convertirse en alguien distante cuando con un gesto de cabeza me pide emprender la marcha.

El resto del camino es frío, y no precisamente porque haya refrescado. Mantiene una distancia prudencial conmigo y solo volvemos a hablar cuando nos despedimos en el ascensor al llegar a mi planta.

—Nos vemos a primera hora en el desayuno. No os retraséis.

—Atlas, yo… —Mi frase se ve interrumpida al cerrarse las puertas del ascensor y él desaparecer de mi vista.

A pesar de lo agotada que me encuentro, apenas pego ojo. A mi mente solo acude la imagen de un hombre sosteniendo a una niña en brazos que hace estragos en mi corazón.

Capítulo 16

«Si me deja tomar este tequila le prometo no beber en mi funeral»
Frida Kahlo

Mendoza

Uno de mis hombres de confianza me pasa un pañuelo de tela, se lo arrebato y me limpio la sangre que me ha salpicado en la cara. El lino blanco termina manchado de rojo, al igual que las paredes de la fachada que tengo frente a mí.

Es noche cerrada, aun así, al estar el cielo despejado, las estrellas y la luna llena alumbran lo suficiente; se aprecia en el suelo un espeso charco de sangre de grandes dimensiones.

Camino hacia el interior de la casa, de donde provienen los únicos sonidos que rompen el silencio, y piso varios casquillos de cuerno de chivo, munición de las AK-47 que mis hombres portan.

Oswaldo Ríos se encuentra en el centro del salón, sosteniendo una de sus manos, ensangrentada a causa de que le hayamos amputado dos de sus dedos, contra su pecho. Las lágrimas y los mocos se entremezclan, manchándole el rostro. Se encuentra de rodillas y desnudo. Cuando llegamos, lo sorprendimos en pleno coito con su *morra*, su joven novia, la cual ahora yace acribillada a balazos fuera de la casa junto al resto de ocupantes que encontramos en la misma.

Oswaldo es el jefe del cártel de los Leones, un pequeño clan afincado en el norte de Sonora y con el que hemos hecho tratos en más de una ocasión, pero ha llegado a mis oídos que me ha traicionado, que les abrió paso desde sus tierras hasta las mías al cártel del Santo para que pudiesen incendiar parte de mis plantaciones de opio.

—Me has decepcionado, *güey*. —Me acuclillo para quedar a su altura—. Creí que usted y yo teníamos un acuerdo, que cuidábamos los unos de los otros.

El pobre bastardo solo se limita a temblar bajo sus propios fluidos y excrementos. Es tan *sacatón* que se ha meado y cagado encima en cuanto ha visto que sacábamos a su gente de la casa y los hemos fusilado. Ellos han recibido una muerte rápida, pero Oswaldo, como líder, no se merece ese final.

Antes de encontrarse con la Santa Muerte, necesito descubrir cómo el Santo se puso en contacto con él.

Ese *pendejo* lleva atormentándome más tiempo del que me puedo permitir. Es el único cártel que ha tenido huevos a desafiarme, y no puedo consentirlo si quiero seguir manteniendo el control del narcotráfico; si ocurren cosas como estas, los demás clanes, que siempre me han respetado, pueden sublevarse contra mí. Necesito hacerles ver que sigo fuerte, que los Guajes siguen siendo la ley en este país, y lo que está sucediendo aquí esta noche espero que recale en el resto.

—N-no he s-sido más que leal a usted, padrino… —tartamudea el *chavo*.

Oswaldo es demasiado joven para estar al mando del puesto que ocupa. Lo heredó cuando su padre fue asesinado por su última esposa. Su hijo lo vengó, ofreciéndole a la mujer el mismo final, y así se ganó el respeto de patrón con su gente. Sin embargo, que haya intentado jugar a dos bandas solo demuestra lo inexperto que es todavía.

—No me *chingues*, cabrón —vocifero, jalándolo del pelo y tirando con fuerza para que alce la cabeza—. Tanto Sinaloa como Durango están protegidos por mis hombres, así que para llegar hasta Samalayuca solo lo pudieron hacer entrando por Sonora, que casualmente es la zona que custodia tu cártel.

—Yo también perdí a parte de mis hombres en el proceso —lloriquea en un vil intento por que tenga clemencia—. No sé cómo lo habrá conseguido, pero ese pendejo tiene muchos fieles y están armados hasta los dientes. Esos hombres no son meros narcos, estaban adiestrados para matar, son sicarios, padrino.

Entrecierro los ojos, procesando la información que relata Oswaldo. Tiene sentido, para acceder al poder no puedes dejar ningún cabo suelto, debes acabar con todo lo que te obstaculice el camino. Yo lo sé bien, que tuve que deshacerme de mis rivales para que no se volvieran en un futuro contra mí.

—¿Quién es el Santo? —le pregunto, volviendo a tironear de los mechones.

—L-le digo que no lo sé…

—¡Mientes, maldita sea! Si hubieses estado tan preocupado como dices, me habrías avisado, y, ¿qué hacías en su lugar? —Su cuerpo se sacude y los ojos se le ponen vidriosos. Está perdiendo mucha sangre de los dedos, como no quiero que pierda el conocimiento, le pego una fuerte bofetada—. ¿Qué festejabas, *chingón*? Creías que te habías salido con la tuya. Puede que incendiasen una zona de mis cultivos, pero hace falta mucho más que eso para derrotar a Rafael Mendoza. ¡Yo controlo cada centímetro cuadrado de este país!

Recojo los dedos que le cortaron mis hombres y se los

introduzco en la boca para que quien lo encuentre entienda que no era más que un jodido soplón. A Oswaldo le sobreviene una arcada y yo los introduzco con más fuerza para que se atragante con ellos. Me pongo en pie, y sin tiempo que perder, echo mano al arma que llevo en la cinturilla de los pantalones a la espalda y aprieto el gatillo, pegándole un tiro en la cabeza.

El líquido denso vuelve a salpicarme, esta vez no me limpio cuando salgo de la casa.

—¿Nos encargamos, patrón? —me pregunta Armando, mi hombre de confianza, pisándome los talones.

—No. Esta vez déjenlo tal como está. Quiero que el mensaje llegue alto y claro. Si a cualquier otro le surgen dudas de en qué lado posicionarse, con esto hará que se lo piense.

Ni siquiera me inmuto al ver los cuerpos tendidos que se encuentran frente a la casa. La mayoría de los hombres están vestidos, sin embargo, las mujeres van en camisón, a excepción de la *morra* de Oswaldo, que está tan desnuda como él.

Espero que hayan disfrutado de la *cogida*, ya que ha sido la última de sus miserables vidas.

No siento ningún tipo de remordimiento a lo que ha sucedido aquí esta noche; en mi mundo, si me jodes lo pagas con sangre.

Cuando me monto en la parte trasera del coche me siento agotado. Hoy ha sido un día largo, primero con el viaje desde España y luego la visita que tuve que hacer a la hacienda en Samalayuca para comprobar los daños. Ha sido un gran golpe por parte del Santo, ha arrasado con la mitad de las hectáreas de plantación. Por suerte, no era de las mayores que tengo. Aun así, la sangre me hirvió de tal manera que necesitaba descargar mi frustración, por eso no dudé en volver a montarme en el avión y dirigirme hasta Nogales, a la hacienda de Oswaldo, y cargarla contra él.

—¿Al aeropuerto, patrón? —pregunta el chófer, esperando órdenes por mi parte para ponernos en marcha.

—No, llévame a un hotel. Pasaré la noche aquí, ya partiremos mañana hacia Juárez. —Me costó mucho conseguirlo y por nada del mundo pondré en peligro la joya de la corona. Es mi lugar de enlace para seguir transportando mi mercancía a Estados Unidos, y ahora, con el golpe que hemos sufrido en Albuquerque, tengo que organizar filas y proteger la zona.

No sé cómo lo conseguiré, pero pienso llegar hasta el Santo antes de que él llegue a mí. Si pude deshacerme en el pasado del cártel de los Vargas, siendo el mayor narcotraficante que hubo, esto será un mero juego de niños.

Capítulo 17

«Donde no puedas amar, no te demores»
Frida Kahlo

Atlas

—¡¿Que has hecho qué?!

Miro a Emma a través del espejo del baño, donde está terminando de secarse el pelo.

—No entiendo por qué te pones así —responde ella, buscando mis ojos en el reflejo.

—Puede que a ti esto te importe una mierda, pero está en juego mi puta vida, joder —grito, lanzando una toalla al otro lado del baño.

Salgo del aseo y me paseo cabreado por la habitación.

Cuando llegué anoche, Emma ya estaba durmiendo; lo que no esperaba cuando me he levantado esta mañana es que ha informado a Rodrigo Díaz de que nuestro compromiso es una farsa.

¿Se da cuenta en qué situación me pondría y lo peligroso que sería si llegase a oídos de mi tío? No entendería a cuento de qué me lo he inventado. Indagaría y al final daría con la verdad: que soy un jodido informante de la DEA.

—Escúchame bien. —Me sigue furiosa, con los brazos en jarras sobre su cintura—. Estoy involucrada en esto tanto como tú. Te recuerdo que no me pareció buena idea lo de hacerme pasar por tu prometida.

—Fue lo único que se me ocurrió para explicar tu presencia. Mi tío no es tonto, y de no ser por eso te aseguro que no dejaría que te acercases a su círculo íntimo.

—Lo sé, y solo por eso acepté, pero no significa que llevemos el engaño a otros extremos. ¡Lo he hecho por ti!

—¿Por mí? —Me señalo, incrédulo.

—Sí, por ti. —Clava su dedo índice en mi pecho—. Si hubieses sabido guardarte la polla en los pantalones, no estaríamos en esta situación.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Me ves riendo acaso?

En estas semanas, Emma no ha sido más que dulce y agradable, pero enfadada es alguien a tener en cuenta.

—No sé qué cojones tiene que ver que yo quisiese echar un

polvo a que vayas soltando la lengua.

—Tu calentón nos podría traer muchos quebraderos de cabeza. Es preferible que Katrina piense que tú, como el buen amigo que eres, me estás haciendo un favor, no que crea que eres un puto infiel y termine soltándolo delante de tu tío. Porque te aseguro que eso sí que sería un problemón. Así que, de nada por salvarte el culo —concluye.

—Ja —suelto una risa seca—. ¿Salvarme tú el culo? ¿La que casi les jode la vida a sus propios compañeros?

Conforme suelto la frase, me arrepiento. Sobre todo, al ver como los ojos de Emma están que echan chispas.

Ambos respiramos sulfurados, y eso me da tiempo a meditar sobre su postura en este tema. A pesar de que no me haga gracia y que las cosas se estén complicando más de lo que ya están, llego a la conclusión de que tiene su lógica.

Cada vez tengo más claro que acercarme a Katrina fue un error. Apoyo una de mis manos en la cintura y con la otra me masajeo la frente; no sirve de nada arrepentirse, ya que no puedo hacer retroceder el tiempo.

Bastantes problemas tengo en estos momentos como para añadir líos de faldas.

—Está bien, puede que, conociendo parte de la verdad, desviemos su atención en este asunto y así se olvide de ello —reconozco al fin, más calmado—. Eso sí, te pediría que, la próxima vez que pretendas desvelar cualquier secreto que me concierne, lo consulte antes conmigo.

—Bien. —Asiente, aunque continúa con cara de mala hostia.

La tensión que sentimos ambos está presente. Sin añadir nada más, se gira y entra al baño para continuar arreglándose.

Me guardo una de mis pistolas en la funda atada al tobillo y la otra la escondo en el arnés que llevo al costado. Me coloco la americana encima para que quede oculta a la vista y me peino con los dedos, dejando el pelo apartado de la cara. «Necesito un corte», pienso cuando algunos mechones me rozan la nuca.

—¿Estás listo? —me pregunta Emma, totalmente acicalada. No tiene un pelo fuera de lugar ni una arruga en el vestido.

Hay veces que me sorprende pensar que, debajo de esa capa de pura elegancia, se esconde una auténtica *killer*.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza y nos dirigimos a la puerta. Mientras esperamos al ascensor, sin mirarme, la oigo decir:

—Quiero que sepas que, por mi parte, estamos juntos en esto y no dejaré que te ocurra nada. Estoy aquí para custodiarte, pero también para protegerte, y no me ha gustado que insinúes que soy una inepta y no me tomo en serio mi trabajo.

Jodida Emma… Sabe qué decir para que seas devorado por los

remordimientos.

El ascensor se abre, la sigo a su interior y pulso el botón de la entreplanta, que es donde está dispuesto el restaurante bufé del desayuno.

—No quise que sonase así.

—Sí, es exactamente como quisiste que sonase —comenta ella, enfrentándome.

—¡Joder! Vale, sí, lo dije con esa intención, pero… —me froto la cara con las manos, agobiado— no lo pienso en realidad.

—Nos conocemos desde hace poco tiempo y, por tus antecedentes, sé que no has llevado una vida ejemplar, sin embargo, ha sido el suficiente para saber que no mereces la situación en la que estás. Te confié la razón porque me asignaron acompañarte. Mi propio equipo me ve como una paria que se han querido quitar de encima, y que tú pongas en entredicho mi profesión me ha dolido.

Aprieto los ojos, decepcionado conmigo mismo. Lleva razón, estaba cabreado y he ido a atacar donde sabía que más le dolería.

—Si solo estuviese en juego mi libertad, me daría todo un poco igual, pero no puedo arriesgarme a que esto no salga bien. La vida de mi madre también depende de ello.

—Lo sé. —Agacha la mirada—. Me temo que ambos somos puras marionetas en la lucha antidrogas, y te aviso para que no te lleves sorpresas: si la cosa sale mal, no moverán un dedo por nosotros. Yo ni siquiera tengo acreditación para ejercer aquí como agente. Para ingresar como agente de la DEA en este país se deben cumplir ciertos procedimientos legales, y esta vez ni hubo tiempo ni se hizo el intento. Creo que mi jefe tiene la misma intuición que yo y que hay agentes pasando información a la Policía Federal.

—O sea, que estamos bien jodidos, ¿no? —Río, carente de humor, siendo consciente de la situación.

Me paso una mano por el pelo ya seco para apartarme los mechones que me vienen la cara.

—Básicamente, sí.

No puede ocultar un deje de tristeza y resignación en sus palabras.

—Lo siento, hay veces que me comporto como…

—¿Un capullo? —termina ella por mí.

Tuerzo una sonrisa y la miro de reojo.

—Básicamente, sí —la parafraseo, lo que nos arranca una risa.

Así salimos del ascensor y entramos al bufé. En esta ocasión, ya están Rodrigo y Katrina esperándonos. Nos servimos nuestro desayuno y nos sentamos en su mesa.

Mis ojos se cruzan con los de Katrina, y siento que la mirada que me dedica es distinta a las que me tiene acostumbrado. No hay

esa hostilidad que era incapaz de reprimir. Quizá sea porque su hermano ya le ha ido con el cuento de que no estoy prometido de verdad con Emma, o por haberla llevado a casa de Lupe y Moncho y ver una parte de mí que guardo con recelo.

Ni siquiera sé por qué lo hice, por qué la llevé. Supongo que estaba cansado de que, con cada una de mis acciones, pensase de mí lo peor. El caso es que lo hice, y tengo que reconocer que me gustó verla rodeada de los míos.

—¿Preparados para el día de hoy? —pregunto a ninguno en especial, dando un sorbo al café.

—Dínoslo tú. Tu tío desapareció y eres a quien dejó al mando —reprocha Rodrigo, con cierta razón, todo sea dicho.

Este marrón de la recepción de las armas no fue idea mía. Algo muy gordo debe haber pasado en el norte para que los deje tirados nada más llegar.

Saco la *tablet*, donde está guardada toda la información en cuanto a exportaciones se refiere. Por suerte, durante el vuelo de ayer le eché una ojeada, lo que ahora agradezco, ya que hasta que mi tío vuelva estoy al mando en este tema.

—Hoy tenemos cita con el consignatario que recibirá el cargamento. Os hará rellenar cierta documentación, donde habrá que detallar cuántos contenedores llegan, volumen y contenido de estos. Es un hombre de confianza de Rafael, así que dudo que ponga ninguna traba.

—De acuerdo —responde Katrina—. Por si acaso, tenemos preparados los certificados de garantía del producto que nos facilitó Pavlov.

—Mejor. Cuantos más documentos entreguemos, menos preguntas harán —les hago saber.

Cuando acabamos de desayunar, subimos de nuevo a nuestras habitaciones para recoger el equipaje de mano.

No creo que la reunión en el puerto se demore mucho, no obstante, por si acaso tenemos que regresar mañana, pasaremos la noche allí.

El vuelo esta vez no dura más que hora y poco. Nos acompañan dos de nuestros hombres de seguridad, que nos hacen de chóferes para desplazarnos hasta el puerto. En esta ocasión nos dividimos en dos coches de alquiler, y me maravillo con lo que veo a través de las ventanillas del automóvil. Nunca antes he viajado a Veracruz, y ojalá no hubiese sido en estas circunstancias; me gustaría haber podido disfrutar de la ciudad.

La reunión con la empresa receptora en el puerto no puede salir mejor, mucho les tiene que pagar mi tío para que se hayan deshecho en elogios con nosotros y nos hayan asegurado que no surgirá ningún

problema dentro de sus instalaciones.

Por mucho que nos hagan creer que no, a la larga, el motor que mueve el mundo es el dinero; ni las leyes, ni los gobiernos, ni el amor es más poderoso que una buena suma de ceros. Creemos que los buenos valores prevalecen sobre los más miserables, sin embargo, la cruda realidad es que estamos inmersos en una rueda capitalista que, hasta el alma más pura, loable y hasta difícil de corromper, si te lo propones, tiene un precio.

Como no tendremos que regresar mañana al puerto, decidimos regresar a Ciudad de México en coche y disfrutar del paisaje. El trayecto dura unas cinco horas, por esa razón, a mitad de camino le pido a mi conductor que tome un desvío y le dicto la dirección de un pequeño restaurante de carretera.

—Avisa al otro coche, pararemos a comer —ordeno a mi chófer.

Nuestro coche es el primero en parar. Emma y yo nos bajamos, y me dirijo al que van Rodrigo y Katrina para abrir su puerta y que bajen. Reconozco que verla hoy con la profesionalidad y frialdad que ha mostrado trabajando, me la ha puesto dura. O puede que hayan sido las miradas que le he pillado dedicándome.

—Aún quedan un par de horas para llegar a la capital. He mirado por internet y pone que aquí se come bastante bien —le digo a ella, ofreciéndole mi mano.

—Me parece bien —susurra, aceptándola para que la ayude.

Al salir, nos quedamos tan cerca el uno del otro que soy capaz de respirar su aroma afrutado. No sabría distinguirlo, pero es una mezcla de cítricos y canela; me dan ganas de pegar mi nariz a su cuello y esnifarla como un puto adicto.

—¿Para mí no hay mano? —interrumpe Rodrigo.

Katrina da un paso, alejándose de mí, y no me queda más remedio que posar mi vista en el tocapelotas que baja del coche.

—Creo que te vales por ti mismo y no será necesario.

Él me dedica una sonrisa socarrona.

—No te creas. Llevo tanto tiempo sentado que tengo el culo cuadrado. —Se lleva las manos a las lumbares para estirarse—. Buena idea, Campbell. Necesitaba parar y estirar las piernas. —Me palmea la espalda antes de pasar entre Katrina y yo.

Entramos al restaurante escoltados por los conductores.

—¿Y dices que este sitio es bueno? No veo yo que tenga mucha clientela —apostilla Rodrigo, bajándose las gafas de sol hasta la punta de su nariz y oteando el lugar.

Lleva razón. De hecho, somos los únicos clientes, aunque no me extraña, ya que hace tiempo que se pasó la hora de comer.

—Tenía buenas reseñas —me justifico.

—Si tú lo dices… —murmura, repasando una mesa con uno de sus dedos y sacudiéndose el polvo imaginario.

—¡Rodri! —lo amonesta Katrina.

—¿Qué? No sería el primer restaurante que compra reseñas. Está a la orden del día.

—Si no quieres comer, allá tú, pero yo estoy famélico.

Para no variar, escucho como Emma le ríe la gracia. Lleva toda la mañana tonteando de manera descarada con ella. Vale que sepan que lo que hay entre ambos es una farsa, pero debería cortarse un poco. Su actitud nos puede meter en serios problemas.

Me acerco hasta la barra y doy unos toques sobre ella para llamar la atención de alguien. Lo cierto es que me parece extraño que esté abierto y ni siquiera haya un camarero. La respuesta no tarda en llegar, y no es una agradable.

Lo primero que se escucha es el estallido que producen los cristales de las ventanas al estallar y, tras eso, los atronadores disparos que vuelan en el interior.

—¡Agachaos! —grito a mis acompañantes, girando y desenfundando mi propia arma.

Me acerco hasta ellos para comprobar que estén bien, y me tiro al suelo al sentir como pasa rozándome una de las balas por el brazo. Me arrastro el resto de la distancia que nos separa.

Echo un vistazo y descubro a mi conductor tendido bocabajo sobre una mesa. La sangre le mana de un tiro que le perfora la nuca. Del otro conductor no hay ni rastro.

«¡Joder!».

—¿Estáis bien? —les pregunto cuando llego hasta los otros tres.

—¡¿Estás bromeando?! —me grita Rodrigo—. ¿Qué cojones está pasando? —pregunta. Veo reflejado el pánico grabado en sus pupilas.

—Llévatelas y escondeos en la cocina.

—¡Y una mierda! —vocifera Emma por encima del ruido—. Dame un arma.

—Ponte a resguardo, Emma

—¡QUE ME DES UNA PUTA PISTOLA!

Acepto a regañadientes y le paso la que llevo pegada al tobillo.

Ella, con una destreza envidiable, comprueba que esté cargada, le quita el seguro y, quitándose con un puntapié los zapatos de tacón, se desliza hasta una de las ventanas.

No me hace ni puta gracia que se exponga, pero reconozco que no me queda otra opción. No sé cuántas personas estarán fuera disparando y, contando que uno de mis hombres está muerto y el otro desaparecido, Emma es la única que me puede ayudar para intentar que salgamos con vida.

Me fijo en Katrina, que está arrodillada, en silencio y sin mover un músculo de su cuerpo.

—Poneos a cubierto —le vuelvo a pedir a Rodrigo, ya que ella, por la mirada perdida que tiene, debe estar en estado de *shock*.

Vuelvo el cuerpo del chófer, este cae al suelo como su fuese un fardo de paja y le palpo el pecho con una de mis manos hasta dar con su arma. Se la quito y me doy la vuelta para entregársela a Rodrigo.

—Solo tienes que deslizar esta pieza y presionar el gatillo. Cuidado con el retroceso, así que sostenla con fuerza.

—Sé cómo usarla —dice serio.

«Gracias a Dios», pienso. Me temo que no le va a quedar más remedio que utilizarla.

—Vamos, corred, yo os cubro.

Gateo hasta donde se encuentra Emma y quedo escondido al otro lado de la ventana.

—Solo he visto a tres —gesticula con sus dedos—. Dos tras el coche en el que hemos venido nosotros y uno en el otro. Llevan rifles de asalto, así que espero que tengas buena puntería. Voy a ir para la otra ventana para que podamos contraatacar desde dos flancos. En cuanto me mueva, dispara. Estarán concentrados en esta zona y me dará tiempo para encontrar un disparo directo.

Asiento.

La última vez que me vi envuelto en una situación similar salí con vida, sin embargo, ahora no las tengo todas conmigo.

Aparto los pensamientos negativos de mi mente y me concentro en el momento.

Ojeo a mi espalda y ya no están los hermanos en el punto donde los dejé, sino refugiados tras la barra.

—¡Meteos en la cocina, joder!

—La puerta está cerrada con llave —me informa Rodrigo de vuelta—. Esto es una jodida ratonera.

Mierda. Esto no es casualidad, pero ahora no puedo detenerme a analizar los pensamientos que me están pasando por la mente.

—¡Atlas! —me llama la atención Emma—. ¡Ahora!

Me asomo solo una rendija y aprieto el gatillo. Como avisó Emma, todas las balas por parte de ellos se centran en mi zona. Me escondo con rapidez y, al tenerlos ubicados, vuelvo a disparar.

—¡Le he dado a uno! Era el otro chófer —me informa Emma.

«Me cago en la puta». Mis sospechas se confirman con las palabras de Em.

Ahora estamos igualados. Somos dos contra dos, o eso espero, y ruego que no haya más escondidos.

Disparan con más furia, sin embargo, ahora se tiene que repartir en diferentes puntos. Aprovecho que uno está cargando el rifle

y disparo a su compañero, concentrado en el lado de Emma. Mi bala le atraviesa la sien y, tras una convulsión, cae al suelo.

—¡Eso es, Campbell! Formamos un buen equipo —me felicita Emma.

Me distraigo, y lo pago caro.

Una bala me roza el brazo. No llega a perforar mi piel, aun así, la rozadura quema como una cabrona. A causa del escozor me muevo sin pretenderlo, exponiendo parte de mi cuerpo. Solo son unas milésimas de segundo lo que tardo en comprender lo que he hecho. El tiempo se detiene a mi alrededor cuando escucho una última detonación, y sé que no seré tan rápido para volver a refugiarme. Cierro los ojos, esperando que la bala impacte contra mi cuerpo, pero ese final nunca llega.

—¡Hostia puta! —escucho a Emma maldecir con un deje ¿asombrado?

Abro los ojos, esperando ver qué ha pasado. Lo mismo me encuentro con una bala incrustada en el pecho y a causa de la adrenalina no siento el dolor.

Solo se escucha el silencio, o puede que simplemente esté muerto.

Pero no, estoy vivo, y no sé el motivo. Lo que sí escucho con claridad es una voz a mi izquierda que dice sin poder contener la furia.

—¿Quién coño eres?

Giro mi cabeza y encuentro a Rodrigo empuñando el arma, sin embargo, no es a mí a quien apunta, sino a Emma.

Capítulo 18

«La parte más importante del cuerpo es cerebro»
Frida Kahlo

Rodrigo

«Acabo de matar a un hombre».

Eso es lo que se repite una y otra vez en mi cabeza mientras apunto a Emma con mi arma. Me recorre un sudor frío por todo el cuerpo a la vez que no dejo de temblar.

Cuando le dije a Atlas que sabía cómo usar una pistola, no mentía. El padre de Cata me enseñó a utilizarlas en mi adolescencia, pero disparar contra unas latas es muy distinto a hacerlo contra una persona.

Me seco con el hombro las gotas de sudor que me caen por la frente antes de que se me termine metiendo en los ojos.

—Rodrigo, baja el arma —aconseja Atlas, interponiendo su cuerpo entre Emma y yo.

—Apártate, Campbell. No te lo repetiré dos veces. —Sin despegar mi vista de Emma, vuelvo a insistir—. ¿Quién coño eres? Y no se te ocurra mentirme. Dudo mucho que en el rancho te enseñasen el tipo de entrenamiento que acabas de demostrar.

Ella baja su pistola y, sin soltarla, la deja a la altura del muslo.

—No tengo tiempo de ponerme a jugar al quién es quién. —«Tiene cojones la cosa…», pienso cuando ni se inmuta al verse encañonada. Y dirigiéndose a Atlas, añade—: Tenemos que echar un vistazo y asegurarnos de que no haya más asaltantes.

—¡Tú no te mueves de aquí, joder! —estallo al ver que se pone en movimiento.

No se amilana ante mi actitud y se acerca con pasos gráciles.

—Emma… —susurra Atlas cuando lo aparta y se planta ante mí.

La mano me tiembla con fuerza cuando la sostiene entre las suyas y presiona el cañón de mi arma contra su pecho.

—Si quieres disparar, hazlo —comenta con voz pausada, mirándome directamente a los ojos—, pero no pienso perder un segundo más en este lugar. Aquí no estamos seguros.

—Rodrigo, por favor. Sabes que Emma lleva razón —insiste Atlas.

Ni siquiera reparo en él.

—No hasta que responda. —Aprieto los dientes y me pierdo en una mirada azul que esconde demasiados interrogantes.

—¿Dónde…?, ¿y Katrina? —pregunta de nuevo él, esta vez alarmado, echándola en falta.

Al ver que se dirige con pasos acelerados hasta la barra, donde dejé a Kat, vuelco mi ira en él.

—No te acerques a ella, maldito cabrón. —Antes de correr tras él, susurro cabreado a Emma—. Esto no acaba aquí.

—Me parece bien. —Se encoge ella de hombros—. Y ahora recoge a tu hermana, iré a comprobar que no hay más peligros acechando.

«¿Quién se cree que es para ordenarme nada? ¿Adónde demonios ha ido la chica dulce y dicharachera que ha estado mostrando con anterioridad?».

La veo salir del restaurante, parece que ni siquiera le importa hacerlo descalza como está.

Siento la cabeza como si me fuese a estallar de un momento a otro.

—Ni la toques —advierto a Atlas cuando lo encuentro de rodillas frente a Kat.

Le pego un empujón, apartándolo y ocupando su lugar.

—Lo he comprobado y no está herida, pero no reacciona. Puede que esté en *shock* —me informa, sin reprocharme mis malos modos.

Supongo que es lo que tiene que le haya salvado la vida, que me puedo permitir hablarle como me salga de la punta de la polla.

Paso olímpicamente de Atlas y me concentro en mi hermana, la cual permanece ausente a todo lo que ocurre a su alrededor.

—¡Kat! ¡Katrina! Vamos, pequeña… —murmuro con delicadeza a pesar del estado de nerviosismo que llevo encima.

En el instante que apoyo una de mis manos en su hombro, ella comienza a gritar y se abalanza contra mí, perdiendo el equilibrio y golpeando mi espalda contra el suelo. Me pilla tan desprevenido su reacción que solo me da tiempo a apartar la cara. Siento como se ceba con mi cuello y me araña, sin poder controlarla.

Está rabiosa y por completo fuera de sí.

—¡¿Qué…?! —Atlas, a mi lado, nos observa pasmado.

Por suerte, en esta ocasión actúa mucho más rápido que yo, y abrazándola por la espalda intenta contenerla.

—¡No, no, no, no…! —grita ella, sacudiéndose entre sus brazos.

Suelto la pistola que aún llevo agarrada, me reincorporo y vuelvo a quedar de rodillas frente a ella. Al tenerla Atlas sujeta por detrás, puedo sostenerle la cara con mis dos manos para que deje de dar bandazos; tal es el ímpetu de sus movimientos que al final solo

conseguirá partirse el cuello.

—¡Nooo… Nooo…! —se desgarra la garganta.

—¡Haz algo, joder! —me acucia Atlas tras ella, preocupado y dejando caer su frente en la coronilla de Kat.

—Soy yo, pequeña, soy Rodrigo —me mantengo hablando en tono tranquilizador para intentar atravesar y llegar hasta su psique, pero mis nervios no bajan de intensidad. Aún siento el zumbido de las balas en mis oídos.

Solo dura unos segundos, su mirada parece lúcida al encontrarse con la mía, así que continúo hablándole, intentando sacar su mente del lugar oscuro al que ha ido a parar.

—Estás a salvo, Kat. Estás aquí, conmigo… Nunca dejaré que nada malo te ocurra —susurro, notando cómo se me rompe la voz.

—¿R-Ro-Rodri…?

—Eso es, preciosa. Soy yo. Estás aquí conmigo.

Atlas, al ver que ya no se revuelve entre sus brazos, afloja su agarre. Ella, al notarse liberada, me echa los brazos por encima de los hombros y se derrumba contra mí en un apretado abrazo.

No sé cuál de los dos tiembla más, si ella o yo, cuando la aferro a mi cuerpo.

Me fijo en Atlas frente a mí, continúa, al igual que nosotros, de rodillas, sin embargo, él ahora tiene las manos apoyadas en los muslos y la cabeza agachada mientras toma respiraciones rápidas y poco profundas. Quien lo viese, vería la viva imagen de un hombre derrotado.

—Él me los arrebató. Me los quitó frente a mis ojos —susurra Kat, llorando entre mis brazos.

—Shhh… —la silencio, y le acaricio el pelo para tranquilizarla.

—Todo está despejado, pero no creo que tarde en llegar la Policía Federal. —Aparece Emma informando—. Sea quien sea el dueño de este lugar, seguro que los ha avisado y… ¿Qué pasa? ¿Está herida? —pregunta al encontrarse con la estampa de los tres arrodillados.

—Está bien. Solo ha sido un ataque de pánico —le hago saber, serio, poniéndome en pie y ayudando a Katrina.

Mis ojos se cruzan con los de Atlas, que ya se ha levantado y me aguanta la mirada, siendo consciente de que esto ha sido mucho más que un ataque de pánico.

¡Que se joda! ¡Que se jodan los dos! Me importa una mierda lo que piense, ya que parece que no somos los únicos que guardamos secretos.

—Debemos marcharnos —nos insta Emma de nuevo.

—¿Puedes andar? —le pregunta Atlas con delicadeza a Kat.

—Creo que sí. —Justo cuando va a dar un paso, las piernas le

fallan.

—Te tengo… —se me adelanta él, cuando estoy a punto de agarrarla.

Le pasa un brazo por detrás de las rodillas y otro por la espalda para recogerla en brazos.

—Ya me encargo yo. —Extiendo mis manos para que me la pase.

—He dicho que la tengo.

Y se adelanta, caminando hacia la salida y dejándome cara a cara con la réplica de Uma Thurman en *Kill Bill*. Me agacho, recojo la pistola con la que he matado a un hombre y me la guardo en la cinturilla del pantalón, en la espalda.

—No eres una granjera que necesitaba vivir un poco su vida, ¿verdad? —le pregunto directo una vez que me enderezo.

—No.

—¿Me vas a decir entonces quién eres en realidad?

—No —repite. Me relamo los labios resecos y ensancho los orificios de la nariz, cabreado—. Y, por tu seguridad, espero que dejes de indagar.

—¿Me estás amenazando?

Niega con la cabeza sin desviar la mirada.

—Te estoy previniendo, que es distinto.

Con esta última frase se gira, siguiendo a los otros dos.

Me quedo un minuto observando el entorno. El local está totalmente agujereado, me agacho y recojo uno de los tantos casquillos que están esparcidos por el suelo. Lo analizo con detenimiento, tiene una forma puntiaguda muy particular. No sé por qué razón, pero me lo guardo en el bolsillo. Puede que sea porque aún no me creo que hayamos salido vivos.

«No es del todo cierto. No todos corrimos la misma suerte», pienso cuando miro unos metros más allá al cuerpo sin vida de uno de los conductores.

Ese podría haber sido yo, o Cata. El miedo se apodera de nuevo de mí al ser consciente de lo cerca que hemos estado de morir.

Sé que Cata y yo llevamos demasiados años preparándonos para esto, para enfrentarnos a Mendoza, pero tras experimentar un suceso como el que acabamos de vivir, no sé si ni siquiera nuestro propósito merece la pena.

Catalina se ha roto por completo. Estar envuelta en un tiroteo le ha hecho revivir pesadillas del pasado. Y tengo la sensación de que esto no será nada comparado con lo que pasará si Rafael Mendoza descubre quién es en realidad.

Ella está obcecada en llevar a cabo su venganza, sin embargo, en mi cabeza está cogiendo fuerza que quizá es hora de dejar

descansar a los muertos.

—¿Vienes o piensas quedarte aquí y tener que dar explicaciones? La Policía no tardará en llegar —me apremia Emma, sosteniendo la puerta de salida.

Camino hasta llegar a su altura y, al pasar por su lado, murmuro:

—Quizá es lo que debería hacer y delataros.

Tiene la desfachatez de mostrarme una sonrisa desvergonzada.

—No te equivoques, guapo. Si permaneces a nuestro lado estarás en el bando correcto.

Se aleja, dejándome de nuevo con la palabra en la boca. La observo. Al verla caminar relajada, descalza y con los zapatos de tacón en la mano, parece como si todo lo que ha pasado hace unos minutos lo hubiese soñado.

Pero no, es muy real, y lo sé porque no dejo de sentir el peso de la pistola en mi espalda.

Capítulo 19

«Si usted me quiere en su vida usted me pondrá en ella. Yo no debería estar peleando por un puesto»
Frida Kahlo

Katrina

—¡¿Es que nadie va a comentar nada de lo que acaba de suceder?! —Golpea Rodri, alterado, el respaldo de mi asiento.

Está muy cabreado, y no lo puedo culpar. Cada uno gestiona las situaciones extremas como mejor puede. A unos les da por cagarse en todo y a otras, como a mí, por tener un brote psicótico.

—Estabas ahí igual que yo. No hace falta que comentemos nada —contesta Atlas, conteniéndose, a mi lado.

Sin embargo, su voz no se ajusta a como se siente en realidad. Tiene el volante apretado con fuerza, hasta el punto de que sus nudillos adquieren un tono blanquecino. Por unos segundos, aparta la vista de la carretera y me echa una ojeada.

Cuando Atlas me sacó del restaurante, porque en realidad es lo que hizo ya que yo no fui capaz de salir por mi propio pie, me sentó en el lado del copiloto de uno de los coches.

—¿Estás bien? —murmura preocupado, sin prestar la más mínima atención a Rodri, que no deja de despotricar en los asientos traseros.

Asiento con un gesto y aparto la mirada para centrarla en el parabrisas. Aunque, en realidad, no, no me encuentro bien.

Mi corazón continúa acelerado, siento un hormigueo tanto en mis brazos como en mis piernas y estoy tiritando de frío, a pesar de que estemos a una temperatura tropical.

Lo que hemos vivido me ha recordado lo que sucedió en la fiesta de mi decimoquinto cumpleaños. En cuanto escuché el silbido de las balas, el comedor del restaurante se desdibujó y me vi transportada a otro lugar, en concreto a un patio decorado con guirnaldas, música mariachi e invitados luciendo sus mejores galas.

Volví a ver cómo la gente era alcanzada por los disparos y caía al suelo, muriendo en el acto. Vi a mi madre cubierta de sangre y a mi padre esperando su final.

—¿Quieres calmarte de una santa vez? —La interrupción por parte de Emma hace que no caiga de nuevo en un lugar oscuro. Me

giro en mi asiento para observarlos—. Y dame el arma, al final vamos a tener un disgusto.

—¡Y una mierda! La pistola se queda conmigo. Es lo único que me ampara para que no os volváis contra nosotros.

—¡Tú eres idiota! Si os quisiésemos muertos, ¿no crees que hemos tenido suficientes oportunidades para mataros? —grita ella de vuelta.

De repente, el coche da un bandazo y mi cuerpo se desliza, chocando contra la puerta. Tengo los nervios a flor de piel y ni siquiera me relajo al ver que solo se trata de Atlas parando en el arcén. Lo miro pasmada cuando lo veo bajar del coche, pegar un portazo y pasearse delante nuestra agarrándose la cabeza con las manos, sobrepasado.

Ni siquiera me muevo, pero al ver que Emma y Rodrigo le siguen, no me queda más remedio que unirme. En este momento soy incapaz de estar sola, y aunque los vea a través de la ventanilla, me resulta demasiado lejos.

—Entrad al coche —ordena Atlas cuando ve que hemos bajado.

—No obedezco órdenes por tu parte ¿Qué cojones estás haciendo? —increpa Rodri.

—¡¿Tú qué crees que hago?!

Sostengo a Rodri del brazo al intuir que va a abalanzarse contra Atlas; por la mirada furiosa que este le dedica, no es buena idea. Lo que menos necesitamos en estos momentos es que se líen a golpes entre ellos. Cuando creo que tengo más o menos controlado a mi hermano, Atlas saca su teléfono móvil, busca entre sus contactos y se lo lleva a la oreja.

—Sí, soy yo… No, no. La reunión ha ido bien, te llamaba por otro asunto… Tenemos un sapo… ¡No me jodas, Rafael! ¿Crees que si no estuviese seguro te llamaría? ¡Acabamos de ser acribillados a balazos y hemos salido vivos de milagro! —Se masajea la sien mientras respira agitado. Se mantiene en silencio, escuchando a su interlocutor. Al parecer es Mendoza quien está al otro lado de la línea —. Te digo que uno de tus hombres era un soplón… Sí, está muerto. —No sé por qué, pero al decir esto último mira directo a Rodrigo—. ¡No tengo ni puta idea de si trabajaba para el Santo o para otro cártel! No me paré a preguntárselo mientras intentaba volarnos la tapa de los sesos… Sí, todos estamos bien. Están aquí conmigo. —Silencio. No sé qué le estará diciendo, sea lo que sea no tiene que ser lo que Atlas quiere oír. Aprieta la mandíbula y blasfema—. ¡Joder! Sí, sí, de acuerdo… Te mantendré al tanto. —Cuelga.

—Tenemos que cambiar de coche lo antes posible. Con ese llamamos demasiado la atención —comenta Emma, señalando el vehículo, el cual parece un colador de todos los agujeros de bala que

tiene.

—De aquí no se mueve ni Dios hasta que no me digáis qué demonios está pasando. —Se planta Rodri frente a ellos, cortándoles el paso cuando hacen el amago de dirigirse al vehículo.

—¿Qué quieres que te cuente, que mi tío tiene tantos enemigos que no estamos seguros en ningún sitio? —contesta Atlas, encarándose —. No tenéis ni puta idea de con quién estáis haciendo tratos. ¿Pensáis que cuando la entrega del ruso se haga efectiva podréis desaparecer sin mirar atrás y olvidaros de todo esto? —vocifera en su cara—. Os avisé. —Me mira en esta ocasión a mí—. Te advertí que dieses un paso atrás y te alejases de este negocio. No me hiciste caso, y esta es la jodida vida que os espera —me asegura sin despegar sus ojos de los míos.

»¿Pensáis que a Rafael le importa lo más mínimo lo que os suceda? Solo le interesáis hasta que cumpláis vuestra parte del trato, ¿después…? Seréis un simple estorbo del que habrá que encargarse. Él es así, vive por y para que su negocio prospere y no siente ningún remordimiento por aquellos que caigan en el camino… Sé muy bien de lo que hablo. Mi hermano y mi padre fueron asesinados de una manera muy similar a lo que ha ocurrido hoy y…

—Atlas… —lo nombra Emma para que deje de hablar.

—Atlas, ¿qué? —Se le encara a ella en esta ocasión—. ¿Acaso importa que lo sigamos ocultando? ¡Ya estamos muertos, maldita sea! Si no es por cualquier otro cártel, será mi tío quien se encargue personalmente de ello.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rodrigo, poniendo voz a mis pensamientos, con un tono más conciliador.

—Nada. No quiere decir nada —se apresura Emma, y con una mirada suplicante añade—: Atlas, por favor…

—Tienen que entender dónde se han metido —le dice—. Por desgracia, ahora estamos juntos en esto, Em. Si queremos tener una mínima oportunidad y sobrevivir… —Suspira, pinzándose el puente de la nariz entre sus dedos—. Hará un par de meses, sufrimos una emboscada cuando íbamos a recoger mercancía. Mi padre, mi hermano y yo, junto a algunos de nuestros hombres, fuimos atacados. Entre el caos y el fuego cruzado que se originó, fui el único que consiguió salir ileso.

»Eran su familia, personas que dieron su vida por su causa, pero el *show* debe continuar, ¿verdad? Para mi tío, esas pérdidas no supusieron nada. No puedo permitir que se salga siempre con la suya.

—Te estás equivocando, Atlas, los vas a poner en una situación comprometida —vuelve a insistir Emma.

—¿A q-qué se refiere Emma? ¿En qué nos puede afectar todo esto?

Esta vez soy yo la que lo animo a continuar porque algo me dice que lo que vaya a decir a continuación será crucial.

—Revelándoos todo esto estoy cargando el arma que acabe con mi vida, pero ya me he manchado las manos de sangre demasiadas veces por él y no quiero que vuestras muertes pesen en mi conciencia. Habéis aparecido en el momento menos oportuno. Rafael me ha pedido que, cuando tenga las armas en mi poder, acabe con vosotros.

—¡¿Será hijo de puta?! —estalla Rodrigo.

Atlas lo mira sin negar la mayor.

Y a mí no me cabe la menor duda de que, por supuesto, se lo ha pedido. Es un hombre despiadado, sin corazón, que hace desaparecer todo lo que supongo que para él es un estorbo.

—Ese envío no puede hacerse efectivo —declara Atlas.

—Quién nos dice que todo esto no lo hayas orquestado con tu tío y sea una trampa —comento suspicaz, entrecerrando los ojos.

—Te doy mi palabra de que no lo es. Yo soy el primero que tengo mis propias razones para acabar con él —jura, mirándome directo a los ojos. Y no entiendo la razón, pero le creo.

Me alegro que nos encontremos en una carretera comarcal en la que no hay ni vida ni tiene tránsito. Si no, no podríamos estar manteniendo esta conversación.

—*Shit, shit, shit… Fuck you,* Campbell! —blasfema Emma mientras comienza a pasearse de un lado a otro negando con la cabeza —. ¿De verdad confías en ellos? —le pregunta como si no estuviésemos delante.

—No, pero no nos queda más remedio que hacerlo. Si permitimos que el ejército de Rafael se abastezca de armas, estaremos jodidos. Y solo ellos son los que pueden impedirlo.

—¿Sabes lo que nos estás pidiendo? ¡No depende de nosotros! Nos echaríamos encima a la puta Bratva, y no sé quién me da más miedo, si Mendoza o Pavlov —asegura Rodri.

—Solo os pido que retraséis el envío todo lo que podáis, hasta que consigamos acabar con Rafael. Una vez que eso suceda, ya no será necesaria la mercancía y quien no cumplirá con el trato con los rusos será mi tío, no vosotros.

—¿Cómo puedo confiar en ti si estás dando a entender que serías capaz de matar a tu propio tío…? —deja caer Rodrigo.

—¡Él no va a matar a Rafael, joder! —exclama Emma, resoplando con fuerza.

—No prometo nada… —murmura Atlas.

El corazón me late acelerado. A este paso terminaré sufriendo un infarto.

—De eso se trata, ¿verdad? —Frunce Rodrigo las cejas observando a Emma—. Por eso tienes esa destreza utilizando la

pistola. Tú serás la que acabes con Mendoza. Eres una asesina a sueldo.

La carcajada llena de cinismo que suelta la rubia resuena en la silenciosa carretera.

—Emma no es ningún sicario, ella es agente de la DEA.

«Hostias, eso sí que no lo vi venir».

Tanto Rodrigo como yo miramos boquiabiertos a la mujer menuda que nos ha acompañado estos días.

—¡A tomar por culo la tapadera! —reniega ella con un aspaviento—. Tú te has propuesto hundir mi carrera, ¿verdad, Campbell? —le recrimina, destilando rabia.

—¿E-eres policía? —susurra mi hermano, igual de pasmado que yo.

Emma le dedica una mirada incendiaria, sin confirmarlo, y vuelve a centrarse en quien acaba de soltar la bomba. A pesar de la mirada de arrepentimiento que él muestra en sus ojos, no los aparta de ella en ningún momento.

—No sé qué tendréis pensado contra Rafael Mendoza, sin embargo, contad con nosotros para llevarlo a cabo —me oigo decir de pronto.

—Katrina… —me susurra Rodri, lo ignoro y doy un paso en dirección a Atlas.

A pesar de la preocupación que exuda, percibo la gratitud reflejada en sus rasgos al escuchar mis palabras.

No podía estar equivocada. Era imposible que Atlas fuese tan malo como su tío; sé que no hubiese existido esa fuerte conexión, desde el principio, entre nosotros.

Lo que nos ha relatado se ajusta demasiado a lo que ayer me comentó Lupe respecto al hermano de Atlas. No entró en detalles, pero recuerdo que dijo que hace poco murió. Él no tuvo oportunidad de enterarse de que yo estoy al tanto de ese dato, por eso sé que puedo confiar en él, en ellos para el caso.

Aunque no tienen por qué saberlo, cada uno tenemos nuestros propios motivos. Ahora estamos en el mismo equipo. Nos une el mismo objetivo: acabar con Mendoza.

—Esto no va a acabar bien para ninguno, os aviso —niega Emma.

—Entonces… Que yo me entere, lo de que él te estaba haciendo un favor y se hizo pasar por tu prometido, ¿también es mentira?

—Pregúntaselo al lumbreras. —Señala Emma a Atlas con un gesto de cabeza—. Ha pasado de poner el grito en el cielo esta mañana al enterarse de lo que te conté, a vomitar toda la verdad. —Se gira y, cabreada como está, se dirige al coche—. ¿Venís o qué? Os recuerdo que aquí no estamos seguros.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Atlas.

Él se desabrocha un par de botones de la camisa; el sol pega con fuerza.

—Seguiremos hasta la capital, allí pasaremos la noche y en la mañana viajaremos hasta Juárez, donde nos espera mi tío.

—¿En serio ha sido capaz de pedirte que nos elimines cuando cumplamos con el trato? —Aprieto los dientes, rabiosa.

Él asiente.

—Así es como se mueve Rafael Mendoza. Si algo le molesta, lo hace desaparecer, y vosotros, una vez le deis lo que necesita, seréis un estorbo.

—No quedaría impune. Mi padre sabría que él ha tenido algo que ver si muriésemos —le refuta Rodri.

—¿Crees que a mi tío le importa eso? Ten una cosa clara, Díaz, él es la ley en este país. La Policía Federal recibe una gran cantidad de dinero para que a él no le salpique nada. A ojos de todos, vuestra pérdida pasaría a ser un acto delictivo más contra unos simples turistas. Rafael nunca pierde, por eso necesito recabar las suficientes pruebas contra él para que la DEA pueda arrestarlo, si no, quien acabará en la cárcel en su lugar seré yo —declara. Me llevo una mano al pecho, consternada. El maldito Mendoza es un cáncer que se extiende sin remisión allá por donde pasa—. Vamos, Emma lleva razón, aquí no estamos seguros.

Rodri y yo lo seguimos. Sin decir nada, volvemos a montarnos cada uno donde estábamos antes.

—¿Piensas que ha podido ser el nuevo cártel del que nos habló tu tío, por el que ha comprado las armas? —cuestiono, girando la cabeza en su dirección una vez que estoy acomodada en el lado del copiloto.

—No lo descarto. Aunque podría haber sido cualquier otro. Con la aparición del Santo, los demás cárteles están viendo su oportunidad para ver quién se alza al fin con el poder del crimen organizado. Hasta hace unos meses Rafael gobernaba sobre los demás, eso no significa que le sean leales —me informa, arrancando el coche—. Así que no sabría qué contestarte.

—¿Por qué no se han rebelado antes? ¿Por qué esperar a que apareciese ese tal el Santo?

—Mi tío es tan mezquino que nadie ha tenido las agallas de unirse entre sí y enfrentarse a él, corrían el riesgo de perder lo poco que tienen. Sin embargo, por lo que sé, el cártel del Santo es nuevo, no controla ninguna zona, por lo que tiene que hacerse con una a la fuerza. Es lo que está intentando hacer y lo que tiene nervioso a mi tío. En esta lucha poco importan las vidas que se pierdan en el camino. Solo puede quedar un líder.

No vuelvo a preguntar nada más y medito la información que me ha facilitado. Parece que Mendoza ha ido cosechando demasiados enemigos desde que le arrebató el poder a mi padre, y eso, a pesar de lo complicado de la situación, me hace llegar a la conclusión de que me beneficia. Yo no quiero recuperar lo que un día fue de mi familia, lo que quiero, al igual que todos por lo que se ve, es arrebatárselo a él.

Capítulo 20

«Todo puede tener belleza, aún lo más horrible»
Frida Kahlo

Emma

—¿No piensas dirigirme la palabra? —pregunta Atlas, cansado de mi mutismo.

Cuando llegamos al hotel, nos hemos ido cada uno directos a nuestras habitaciones. Hemos permanecido demasiado tiempo encerrados en un coche con el ambiente cargado como para no necesitar un respiro. ¿El problema? Que yo sigo atrapada con la persona que peor me cae en estos momentos.

«¿Cómo se le ocurre irse de la lengua? Encima, después de la que me montó esta mañana».

Joder…, ¿solo han pasado unas cuantas horas desde aquello? Con todo lo que ha sucedido es como si hubiese sido una vida entera.

—Tienes que entender por qué lo he hecho —sigue él erre que erre—. Cuando mi tío me ha pedido que tendré que acabar con ellos…

—¡Eres la hostia! —le grito, dejando de empaquetar las pocas pertenencias que tengo fuera de la maleta

—Shhh… No chilles —me chista molesto.

—¿Por qué?, ¿por si alguien nos escucha? Ah, no, que eso da igual, si no ya te encargarás tú en irte de la lengua —ironizo.

Tengo un cabreo encima que no hay quien me pare.

—Estás siendo injusta.

—¡Una mierda! ¿Me oyes? U-na. Mier-da —enfatizo separando cada sílaba—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Si lo que te preocupa es tu puesto, tranquila. Tras lo sucedido hoy, dudo que tengan ganas de contar nada.

—Maldita sea, Atlas, eso no me preocupa. Les acabas de poner una diana en la espalda.

—Ah, que ya no la tenían, ¿no? ¿Quieres que te diga las palabras textuales de Rafael?

—Me las imagino.

—No, te las voy decir: «¿los españoles estaban contigo?». Al decirles que sí, que estaban bien, ha soltado: «Cuando tengamos lo que necesitamos de su parte, encárgate de ellos. Han visto demasiado».

—¡Grandísimo cabrón! —exclamo furiosa. «Mendoza no merece

respirar aire», pienso, ardiendo del disgusto.

—¿Entiendes por qué los he tenido que involucrar ahora?

—Lo entiendo, joder. Claro que lo entiendo, pero pensé que quedamos en que nos consultaríamos cualquier decisión que nos involucrase.

—Tras haber salido ilesos de un tiroteo, creo que esa promesa queda obsoleta.

—Ilesos, precisamente, no hemos salido. —Señalo la manga de su camisa, manchada de sangre, antes de darle la espalda para continuar empacando.

Que lleve razón no significa que se me vaya a disipar el cabreo.

Mañana me toca contactar con mi jefe, y aún no he decidido si contarle lo que ha ocurrido.

—Es un simple rasguño.

Suelto el neceser de malas ganas en la maleta y camino rumbo a la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas?

—Tranquilo, que solo iré a la terraza de la azotea. Necesito tomar un poco de aire —le informo seria, sin girarme.

Al salir y cerrar la puerta, me apoyo en ella. Me alegro de que el pasillo esté desierto, en estos momentos no soy capaz de poner buena cara si me encuentro con alguien. Cuando me siento más recompuesta, tomo el ascensor hasta la última planta. La terraza no está iluminada, solo la utilizan los huéspedes para fumar, ya que el resto del hotel es una zona libre de humos. Incluso en la oscuridad, reconozco la silueta que se encuentra en uno de los rincones.

«Parece que no soy la única que ha tenido la misma idea», pienso al observar a Rodrigo inhalar una profunda calada del cigarrillo. Apenas soy capaz de distinguirle la cara, pero eso no es impedimento para saber que tiene sus ojos fijos en mí.

—¿Me das uno? —pido, acercándome hasta él.

—No sabía que fumaras.

—Y no lo hago.

Una vez que estoy a su lado, arquea una ceja. No vuelve a cuestionarme y me ofrece el paquete de tabaco. Me llevo un cigarrillo a los labios y me acerco hasta él cuando me ofrece fuego.

La tos que me produce sentir el humo perforando mis pulmones por primera vez, hace que Rodrigo me muestre una sonrisa de medio lado.

—Dios… Esto es asqueroso —me quejo. Aun así, vuelvo a pegarle otra calada.

Los pulmones me arden, sin embargo, eso me demuestra que sigo viva. Tras lo que hemos vivido en la tarde de hoy, es todo un logro.

—Así que agente de la DEA, ¿eh?

—Se supone que es algo que no deberías saber —toso—, pero ya que no hay vuelta atrás, te pediría que fueses discreto con esa información. Si llegase a oídos de Mendoza, ninguno de nosotros tendría la más mínima oportunidad de seguir con vida.

—Lo sé. Te aseguro que sé cómo es Mendoza.

—Lo dudo…

—Te sorprenderías… Anda, trae para acá, lo estás odiando a cada segundo. —Me arrebata el cigarro y lo tira al suelo, aplastándolo con su bota.

Estoy a punto de protestar, aunque de qué serviría quejarme cuando estoy totalmente de acuerdo con él.

—¿Cómo te encuentras? —me intereso.

—Un poco sorprendido por todo lo que me he enterado. El día ha dado mucho de sí.

A su espalda se ve iluminada la plaza de la Constitución; desde esta altura, las vistas son impresionantes. A él parece que no le interesan demasiado, cruza tanto sus brazos como sus pies y se recuesta contra el muro en una postura relajada.

—No me refería a eso. —Él me observa sin hacer un solo gesto —. ¿Alguna vez habías matado a alguien?

Me acerco hasta la cornisa y apoyo mis brazos. Giro la cabeza y me fijo en su perfil cincelado.

Rodrigo es un hombre muy atractivo, y ese aire canalla que tiene lo hace mucho más seductor.

—No, aunque la muerte me ha tocado de cerca para que no me asuste.

—No es lo mismo que fallezca algún familiar por causas naturales a sentir la culpa de un asesinato. Incluso yo, que me he entrenado para ello por si se diese el caso, no termino de acostumbrarme —declaro—. Buena puntería, por cierto. Si no llega a ser por ti, Atlas no lo habría contado.

—Fue pura suerte.

—El azar no tiene cabida en todo esto. Le has salvado la vida, gracias.

Siento un escalofrío recorrerme el cuerpo al ser consciente de lo cerca que hemos estado de morir.

Todos los casos en los que he participado fueron al otro lado de la frontera, en Estados Unidos. Sobre todo, nos encargábamos de incautar la mercancía que se dirigía a mi país. Nunca había trabajado en suelo mexicano, y mucho menos había estado involucrada en un tiroteo directo.

En la academia nos adiestran para que estemos preparados para cualquier situación violenta, pero una cosa es practicar con armas de

fogueo y otra hacerlo con balas de verdad y el blanco contra el que disparas una persona a la que le late el corazón.

—Para mí también ha sido la primera vez que he matado a alguien, ¿sabes? —le confieso, recordando al hombre que he reducido—. Y lo que más me asusta de todo es que no siento remordimientos. Eran ellos o nosotros. Así que gracias por habernos echado una mano cuando no tenías por qué hacerlo. Desde donde yo me encontraba no era capaz de tener un disparo limpio.

—No tienes que agradecérmelo, me he movido por impulso. Cualquiera en mi situación hubiese hecho lo mismo con tal de sobrevivir.

Gira la cabeza y al fin me encuentro con sus ojos oscuros.

—No apuestes por ello. Te asombrarías, no todo el mundo tiene las mismas agallas.

Me observa durante unos segundos en silencio, lo que me da oportunidad de analizarlo a mi vez.

Desde la primera vez que lo vi en casa de los rusos, Rodrigo llamó mi atención. Es mi prototipo de chico: alto, moreno, musculoso… Si lo hubiese conocido en otras circunstancias, estoy segura de que le hubiese entrado. No soy de las que esperan a que el hombre tome la iniciativa. Si algo me atrae, voy a por ello.

Por la forma en que él me ha mirado siempre, sé que no le soy indiferente. Una imagen demasiado vivida de Rodrigo y yo retozando me cruza por la mente.

Mis ojos se desvían a sus labios, imaginando cómo se sentiría su tacto mientras recorre mi cuerpo con ellos. Noto que mis pechos se vuelven más pesados; me aparece un hormigueo en el bajo vientre.

—Emma… —escuchar el susurro de mi nombre hace que acorte la poca distancia que nos separa.

Apoyo mis dedos en su boca para silenciarlo, y me encuentro a mí misma acariciándola.

—Anoche, mientras tomábamos algo en el bar, por un instante deseé que me llevases a tu habitación. —Va a decir algo, pero no dejo que lo haga presionando con delicadeza sus labios—. Lo descarté de inmediato porque sería una locura. No me puedo permitir distracciones, y te aseguro que tú serías una muy grande. Sin embargo, no sabemos lo que nos deparará mañana, quizá Mendoza o alguno de sus tantos enemigos acaben con nosotros, y no quiero quedarme con las ganas de experimentar lo que pudo ser.

El deseo se instala en sus pupilas al procesar mis palabras. Una mano se aferra a mi cintura y cierne toda su altura sobre mí.

—Nada más conocerte quise seducirte —me declara, hablando a través de mis dedos, que aún siguen acariciando sus labios—. Os veía a Atlas y a ti interactuar y no podía creer que, teniendo una

mujer como tú a su lado, consiguiese mantener sus manos alejadas de ti. Si fueses mía no seríamos capaces de ver la luz del sol, ya que no encontraría una buena razón para salir de la habitación.

—Hazlo. Hazme tuya, aunque solo sea esta noche —se me escapa decir con un jadeo ahogado.

La excitación que siento en estos instantes llega a ser una tortura. Necesito que me toque, sentir el roce de su piel para que calme este deseo que me nace. Que me arrebate y haga suyos cada uno de mis suspiros de placer.

Tiemblo tanto a causa de la anticipación que, al primer contacto de nuestras bocas, creo que caería redonda si no es porque él me sostiene por la cintura.

Rodrigo besa tal cual imaginaba. Tiene los labios un poco húmedos, lo que facilita que la sensación se intensifique. Empieza de forma suave, depositando pequeños besos con la boca cerrada, pero cuando entreabro mis labios, no desaprovecha la ocasión de explorar cada rincón con su lengua. Consigue que roce el delirio cuando va intercalando besos profundos con discretos picos, y suelto un gemido que se traga; me dedica pequeños mordiscos en los labios.

Besar no es solo una cuestión de juntar los labios, hay saber hacerlo bien y tener una buena técnica para que un beso se convierta en algo más.

Y mientras me deshago entre sus brazos, pienso que, si antes tenía claro que Rodrigo es sinónimo de problemas, con la forma en que me besa lo corroboro porque sé que no podré conformarme con solo una noche.

***

Rodrigo

Cuando hoy me desperté, lo que menos esperaba era que me vería envuelto en un tiroteo en el que acabaría matando a un hombre y enterarme de que nuestros acompañantes no eran lo que decían ser. Pero tras todo eso, lo que no imaginé es que la noche me alcanzase con mi lengua colándose en una dulce boca.

No estoy seguro de cómo hemos sido capaces de salir de la azotea, o si incluso hemos esperado a que se cierren las puertas del ascensor para seguir abalanzándonos el uno contra el otro, hambrientos de deseo. Lo que sí sé es que ha habido una batalla de voluntades hasta llegar al interior de mi habitación.

Emma está resultando ser toda una fiera. Es de las que no piden

permiso para obtener lo que quiere, y no puedo estar más duro al saber que es a mí al que desea esta noche.

La aprisiono entre la pared y mi cuerpo, y a duras penas me separo de su boca. No es lo que más me apetece, pero necesito tomar aire. Siento como si hubiese corrido una maratón sin tan siquiera haber calentado.

Le mordisqueo el cuello y desciendo hacia el escote con besos húmedos.

Lleva un vestido palabra de honor de plumas, lo que hace que me estorbe al sentir un cosquilleo en la nariz. Se lo bajo de un tirón y suelto una plegaria silenciosa al descubrir que no lleva sujetador.

El gemido que me regala cuando me llevo uno de sus perfectos pechos a mi boca es música celestial, y espero que esa sinfonía me acompañe durante la eternidad. Succiono con glotonería, endureciendo el pezón bajo mi lengua. Lo rodeo un par de veces, lo atrapo con los dientes y estiro.

—Joder… —jadea—. Repítelo —exige presa del placer.

No soy de los que les gusta acatar órdenes, y al retirarme siento cómo jala mi pelo de un fuerte tirón.

Ahí es cuando me percato de que no llevo el sombrero y no tengo ni puta idea de cuándo lo he perdido. Tampoco es que me preocupe en exceso, si tengo que comprarme dos docenas con tal de volverlos a perder por la misma causa, que así sea.

—Parece que estamos un poco ansiosa. —Me enderezo, dejándole al aire esos montículos que piden atención.

—No estamos para perder el tiempo precisamente —rebate, aun sosteniendo mis mechones.

Curvo mis labios. Es directa, lo que agradezco, ya que a mí no me gustan las medias tintas.

Deslizo mis manos por su cintura hasta llegar a la cima de sus tetas. Atrapo con mis dedos los picos enhiestos y los retuerzo con delicadeza.

Ella me observa con los labios entreabiertos y la respiración acelerada, pero con cierto desafío en su mirada. Por esa razón, imprimo un poco más de fuerza para saber hasta dónde está dispuesta a llegar. Mi polla palpita complacida, dentro de los vaqueros, al entender que no es de las que se rompe con facilidad.

Adoro follar y, a poder ser, cuanto más sucio y visceral mejor. No es normal encontrar una compañera que se adapte a ese tipo de sexo. Por norma general, muchas mujeres prefieren que sea suave y delicado, que conste, no me quejo, pero creo que el sexo está para desinhibirse, para dejar aflorar tu mayor instinto. Sin embargo, por lo que parece, la rubia no es de las que aflojan.

—¿Ha ocurrido algo entre Atlas y tú? —pregunto de repente,

apartándome.

Antes de que la situación suba de intensidad, prefiero saberlo. No me gustaría agenciarme más problemas de los que ya tengo. No sé por qué, pero la idea de ella con él me enrabieta.

—¿Crees que me voy follando a cada hombre al que conozco? —Me aparta, ofendida, de un empujón.

Me maldigo por haberlo insinuado, no obstante, como digo, no quiero tener a Atlas de enemigo por meterla donde no debo.

—Supongo que entonces sobran las palabras —comento, volviendo a lanzarme a sus labios.

Esta vez es su mejilla la que recibe a mi boca debido a que me ha hecho la cobra.

—No te enfades, rubia, solo quería asegurarme de que no piso terreno de otro.

—¿De qué clase de caverna te has escapado? Soy dueña de mí misma y, para el caso, puedo hacer con mi cuerpo lo que me venga en gana.

Sonrío complacido ante su afirmación.

Alzo una de mis manos y agarro su rostro para que quedemos cara a cara. Nos batimos en una especie de duelo de miradas. Me ha quedado claro que ambos somos dominantes, y eso lo hace mucho más interesante; ver quién es el primero en doblegarse.

Puede que haya encontrado a una digna rival, o quizá es que la deseo más de lo que imaginaba porque, tras un largo rato en el que ninguno hace ningún tipo de movimiento, con un gruñido que me nace en el pecho, la atraigo hacia mí y le devoro los labios en un beso castigador.

A partir de ese instante las cosas se descontrolan. Nos arrancamos la ropa entre tirones el uno al otro, sin preocuparnos en saber dónde va a caer. Solo me centro en sentir la sedosidad de su piel cuando mis manos abarcan cada palmo de su exquisito cuerpo.

—¿Condones? —pregunta.

Suelto un jadeo en su boca cuando me agarra la polla y la presiona con su puño.

Si antes tenía la mitad de la sangre acumulada en esa zona, ahora puedo asegurar que toda se concentra en ese punto de mi anatomía.

De un fluido movimiento, la levanto en alto sosteniéndola por el trasero y la encajo en mis caderas. El roce de la cabeza de mi miembro en su parte más tierna y húmeda hace que esté a punto de que me flaqueen las rodillas.

Por suerte, consigo estabilizarme, y con unas cuantas zancadas me dirijo a la cama, donde apoyo una pierna y la recuesto sobre el colchón.

—Yo siempre estoy preparado —me jacto, cerniéndome sobre ella.

Nunca en mi vida había visto unos ojos tan azules como los suyos, y por un segundo me quedo maravillado admirándola. Quiero grabarme en las retinas esta visión; ella debajo de mí, desnuda y en mi cama. Con su melena rubia esparcida sobre las sábanas y esa expresión lujuriosa pintada en la cara.

—Eres un sobrado, ¿lo sabías? —susurra, y parpadeo al notar el contacto de su mano acariciando mi cara.

Me resulta un gesto tan íntimo y desconocido que siento cómo mi corazón se salta un latido en mi pecho.

Antes de ponerme a analizar qué ha sido eso, me estiro por encima de ella, abro una de las mesitas y saco un preservativo.

En menos de lo que tardaría en decir «Mississippi», ya estoy enfundado y preparado para traspasar las puertas del paraíso.

No me sorprende que, a pesar de estar debajo de mí, sea ella la que tome la iniciativa y, con sus manos apoyadas en mi trasero, me impulse para que acabe enterrado en lo más profundo de su ser.

Mi gruñido se escucha amortiguado al mezclarse con su grito de placer.

Está tan estrecha que tengo que apretar los dientes y contenerme para no eyacular al sentir la presión.

Cuando creo que se ha acostumbrado a mi tamaño, comienzo a moverme. Al principio son movimiento pausados, lentos, de puro reconocimiento. Sin embargo, cuando ella se retuerce bajo mi cuerpo exigiendo más, me dejo de gilipolleces y embisto como en realidad deseo: con bravura y decisión.

Golpeo sin piedad entre sus muslos. Ella se agarra a mi cuerpo y siento cierto regocijo cuando me clava las uñas en la espalda. Acelero las acometidas y la cama se bambolea, adaptándose a nuestro ritmo.

—Joder, qué bueno… —digo, admirando cómo el sudor perla su piel.

—Más, por favor. Estoy… —Arquea su cuerpo y suelta un fuerte alarido al alcanzar el clímax.

Me encantaría alargarlo más, que esta sensación se volviese eterna, pero al ser testigo de ese extraordinario espectáculo que me ofrece, la sigo sin poder remediarlo.

Estoy tan cargado que el orgasmo es de los largos.

«Me cago en la hostia…», pienso agotado.

Solo me quedan fuerzas para salir de su interior, caer desplomado al lado de su cuerpo para no aplastarla y enterrar la cara en la almohada.

No soy capaz ni de quitarme el condón. Lo único a lo que atino,

cuando siento que el sueño está a punto de alcanzarme, es a estirar mi brazo y arrimarla, tanto como puedo, para encajarla con mi cuerpo.

Capítulo 21

«Nunca pinto sueños o pesadillas. Pinto mi propia realidad»
Frida Kahlo

Katrina

Las personas, en general, intentamos reflexionar o buscar algún tipo de explicación a determinadas situaciones para dar coherencia a las cosas. De esa forma nos creemos que mantenemos cierta seguridad y control sobre lo que pensamos. Sin embargo, la realidad es que las preocupaciones y el darle vueltas a todo nos convierte en esclavos de nuestros pensamientos.

Llevo con el libro abierto de *La Ilíada* encima de la cama desde que entré a la habitación.

He repasado cada documento, que a tan buen recaudo guardó mi padre durante todos estos años, que sería capaz de recitarlos de memoria. Reviso por enésima vez el contrato que redacta la sociedad que se esperaba crear y que está firmado por los Vargas, mi padre y su primo Darío, y por Rafael, debatiéndome si enseñárselo a Atlas y a Emma.

En él se detallan las coordenadas exactas de siete plantaciones, distribuidas en diferentes parcelas y pertenecientes a mi familia, donde se cultivaba hoja de coca. Allí también se encontraban los laboratorios de procesamiento para convertirlo en cocaína.

Los Vargas eran los reyes de la coca por la gran extensión de sus plantaciones. Si Mendoza se quiso aliar con ellos comprándoles una mínima parte de sus terrenos es porque esa era una de las tierras más fértiles donde plantar. No me cabe duda que, tras eliminar a mi familia, a día de hoy, toda la cocaína que distribuye proviene de allí.

Sería muy sencillo y todo acabaría si le entregase estos documentos a Atlas y a Emma, pero hay algo en mi interior que me lo impide.

Unos toques en la puerta hacen que lo guarde todo en el doble fondo del interior de la portada y cierre el libro. Una vez que estoy en la puerta, me quedo a un lado. Tras lo que he vivido hoy, aún tengo el susto en el cuerpo y temo que las balas puedan atravesar la puerta.

—¿Quién es? —pregunto, siendo cautelosa.

—Soy yo, Atlas.

«¿Atlas? ¿Qué hace aquí?».

Me echo un vistazo rápido. Al llegar, y tras darme una ducha, me puse cómoda. Llevo un pijama de raso granate de pantalón corto y blusa de tirantes con escote de pico y puntilla de encaje. No tenía pensado volver a salir, de hecho, he pedido la cena al servicio de habitaciones, y mucho menos esperaba visita.

—Hola, ¿sucede algo? —pregunto, asomando tan solo la cabeza por el estrecho hueco que dejo abierto.

—Solo quería saber qué tal te encontrabas.

—¿Te refieres tras mi episodio de locura transitoria? —Sonrío, intentando quitarle hierro al asunto.

—Nadie podría reprochártelo, ya que estaba totalmente justificado. —Se humedece los labios y añade—: Eso no quita que me dejases muy preocupado. Te costó volver a conectar con la realidad.

—Siento el numerito, yo…

Me muevo y apoyo el hombro en el quicio de la puerta. Solo recuerdo que no estoy presentable cuando Atlas repasa mi atuendo con su intensa mirada. Me llevo la mano al cuello, nerviosa, intentando taparme un poco.

—Lo siento, lo mismo te he pillado durmiendo.

—No, tranquilo. Dudo que esta noche sea capaz de conciliar el sueño. ¿Quieres pasar? —le pregunto, abriendo la puerta de par en par.

Puede que después me arrepienta de mi ofrecimiento, pero ahora que está aquí y que se ha molestado en venir a interesarse por cómo estoy, me doy cuenta de que no me apetece estar sola.

Acepta, y mientras él cierra la puerta, cojo y me pongo una bata a juego con el pijama y me cubro, anudándola a mi cintura. Me llega a mitad del muslo, aun así, no me siento tan expuesta.

—¿Te gustan los clásicos épicos? —cuestiona, señalando al centro de la cama.

Resigo el gesto y el corazón me comienza a latir con fuerza al ver el ejemplar de *La Ilíada*.

—¿Y a quién no? —le digo, intentando parecer relajada. Tomo el libro y lo dejo en una de las mesitas de noche, más en concreto, la que queda más alejada de donde se encuentra Atlas. Aún no he decidido si entregárselo. Eso conllevaría que tuviese que responder a demasiadas preguntas y, a pesar que de él no dudó en confiar en nosotros, yo no sé si puedo hacerlo al cien por cien.

—Espero que se haya solucionado todo entre Emma y tú. Parecía realmente molesta. —Cambio de tema para así desviar la atención del libro y, sobre todo, de lo que sé que contiene en realidad.

—Antes de salir a tomar un poco el aire, seguía bastante enfadada, pero algo me dice que ha encontrado el método perfecto para cambiar de humor —comenta, curvando sus labios en una

sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Antes de venir aquí, subí a la azotea para intentar arreglar las cosas con Emma, pero me he venido igual que fui, ya que tu hermano y ella se encontraban en una situación un tanto comprometedora.

—¡¿Se estaban liando?!

A ver, no es que me sorprenda del todo, era lo que Rodri iba buscando, seducirla. Sin embargo, tras enterarnos de quién es en realidad, pensé que se habría olvidado de ese asunto. Por lo poco que he entendido, Emma necesita acercarse a Mendoza tanto como nosotros, así que queda descartado que tenga información que nos beneficie.

Mis ojos se desvían a la mesita, al libro donde está toda la documentación necesaria para incautar la droga y así poder arrestar a Mendoza. «Entrégaselo», me dice mi conciencia. La silencio, apartando la vista, sin animarme a confesar aún. Siento tanta rabia y rencor por dentro que no me conformaría con su detención. Antes de que eso suceda, quiero verlo hundido.

—Solo los he pillado besándose, pero ni siquiera han sido conscientes de mi presencia. Supongo que tendría todos sus sentidos concentrados en lo que se traían entre manos. O, mejor dicho, entre bocas. —Me dedica una mirada pícara.

Me acerco hasta el otro lado de la habitación, donde se encuentra el escritorio, apoyo el trasero y cruzo los pies a la altura de los tobillos, salvaguardando las distancias. Por mucho que la ignore, entre Atlas y yo hay tal conexión que no creo que sea bueno estar tan cerca de él.

Me desarma que me sonría de esa forma, me recuerda a la noche que fuimos unos totales desconocidos y nos dejamos guiar por el puro deseo.

—¿Por qué quieres traicionar a tu tío? ¿Tiene que ver con lo que le sucedió a tu padre y tu hermano? ¿Crees que fue culpa suya? —pregunto a bocajarro, a ver si enfrío mis emociones respecto a él.

No puede ser que unos cuantos besos y toqueteos me hayan calado tanto. Me agarro a los cantos del escritorio al no saber dónde colocar mis manos.

—Indirectamente, Rafael es el culpable de todo cuanto me pase. Aunque puedas creer lo contrario, yo no disfruto de la vida de narcotraficante, es más, desearía estar desvinculado en todo ese tema. ¿Puedo? —Señala los pies de la cama para sentarse.

Asiento.

—¿Por qué simplemente no te niegas?

Levanta una ceja en mi dirección.

—¿Crees que si pudiese no lo hubiese hecho hace tiempo?

Tengo un negocio de éxito en Albuquerque, gracias a ello podría llevar una vida holgada. Esos restaurantes los monté yo al margen de las acciones delictivas de Rafael y, aun así, al ver que prosperaban, movió sus tentáculos para así blanquear parte del dinero que recibe de la droga. Como suele decirse: «todo queda en familia».

»Él tiene la creencia de que se lo debemos. Fue el que hizo que mi madre tuviese una vida mejor al mandarla a Estados Unidos, que nos criásemos en el país de las oportunidades para tener un buen futuro, pero hemos vivido en una falsa libertad. Mi tío es un hombre ambicioso, se crio sin nada y poco a poco fue escalando puestos hasta convertirse en el emperador tirano que es hoy.

—Parece que no le tienes mucha estima.

—Si durante toda tu vida hubieses visto a tu madre subyugada a él, entenderías mi reacción.

—¿Por qué no rebelarte antes?

—El miedo nos hace aferrarnos a la vida, Katrina. Mi tío no es un buen hombre, pero yo tampoco lo soy. He hecho cosas de las que no debería estar orgulloso, sin embargo, no siento remordimientos. Tú no lo entenderías. En el mundo en el que yo me he criado, la moralidad queda descartada, mi único objetivo es sobrevivir e intentar mantener con vida a los que quiero, en este caso, a mi madre.

Ladeo la cabeza y lo observo. Él no lo sabe, sin embargo, puede que Atlas y yo nos parezcamos más de lo que me gustaría pensar. Permanecí oculta como una cobarde y no pude impedir que asesinaran a mi familia frente a mis ojos. Eso fue por culpa del miedo. El miedo me salvó la vida, me dio una oportunidad para poder vengar sus muertes.

—¿Qué ha cambiado ahora? ¿Fue a raíz de perder a tu padre y tu hermano que hayas decidido acabar con tu tío?

—En parte, aunque realmente la muerte de mi padre no ha supuesto una gran pérdida. Él nunca se comportó como tal. Estaba más preocupado en acatar cada orden que le diese Rafael que preocuparse y proteger a su familia.

—Vaya… Lo siento.

No me quiero imaginar lo que sería criarse de esa forma. Mendoza me arrebató a mi padre, pero la vida me dio a Alfonso. En ese sentido he sido afortunada, nunca me ha faltado el amor paternal.

—El caso es que, si ayudo a la DEA a atrapar a mi tío, mi madre y yo nos libraremos de la cárcel. Como entenderás, no tengo demasiadas alternativas.

—¿Así es como conociste a Emma? ¿Ella está al mando?

Niega. Apoya los codos en las rodillas y entrelaza sus manos.

—Ella es más bien un dolor de cabeza. —Se le escapa una risa —. Controla para que no vaya a mear fuera de tiesto.

—Me cae bien —le digo, encogiéndome de hombros.
—Sí, la muy bruja consigue ese efecto.
Muevo las piernas, incómoda, cuando vuelvo a hablar:
—Por esa razón me sentó aún peor enterarme de que era tu prometida. No entendía que fueses tan cabrón teniendo a una chica estupenda a tu lado.
Me mira con fijeza mientras se pone en pie.
—Como ves, no os engañé a ninguna de las dos —su voz baja una octava—. Aunque te aseguro que, en caso de haber tenido pareja, habría ocurrido lo mismo. Hubiese sido incapaz de resistirme a ti.
—Atlas… —susurro ahogada al ver que se queda plantado frente a mí.
—Ojalá no te hubiera involucrado en todo esto.
—No es tu culpa —murmuro.
—Entonces, ¿por qué me siento responsable? —Me abrazo la cintura para contenerme, de lo contrario, mis brazos terminarán rodeándolo a él. Y no creo que nos convenga.
—No lo hagas. Me temo que, fuese de una forma u otra, hubiésemos acabado en la misma situación.
—En eso estamos de acuerdo. Era inevitable que no llamases mi atención.
Me sonrojo ante la intensidad que deposita en sus palabras. Aunque me cueste reconocerlo, y por mucho que por sus venas corra la misma sangre que Mendoza, a mí me hubiera ocurrido lo mismo. Entre Atlas y yo hay una cuerda invisible que, a pesar de que me resista, tira para unirme a él.
—Bueno… —Vuelve a hablar mientras da un paso hacia atrás, en dirección a la puerta—. Será mejor que descanses. No sabemos qué encontraremos cuando lleguemos mañana a la hacienda, así que hay que estar preparados para cualquier situación.
—No le tengo miedo.
—No debes tenerlo. No dejaré que os haga nada —me asegura, con la mano en el picaporte.
Echo un último vistazo a *La Ilíada*.
—Atlas. —Se gira, ya con un pie en el pasillo—. Te prometo que acabaremos con él.
Asiente con la cabeza y cierra la puerta, desapareciendo.
Una vez sola, me acerco a la mesita, recojo el libro y lo abrazo contra mi pecho.
Nunca imaginé que su contenido sería lo único que ponga fin, no solo a mis pesadillas, sino las de más personas.

Capítulo 22

«Donde no puedas amar, no te demores»
Frida Kahlo

Mendoza

—¿Te encargaste de lo que te pedí? —pregunto a mi mano derecha sin girarme.

—Sí, patrón. En nada llegará.

—Muy bien. No quiero más fallos.

—Con todos mis respetos, patrón, nadie esperó que su sobrino fuese capaz de deshacerse él solo de tres hombres.

—¿Qué quieres decir? ¿Que tendría que haber enviado a todo un ejército? A lo mejor es que estoy rodeado de ineptos que no son capaces de eliminar a un hombre armado y tres civiles.

Me doy la vuelta. El muy *pendejo* ya está sudando, sabe que no ha estado acertado al cuestionarme.

—No, patrón. Solo digo que quizá no debieron esperarse a que entrasen al restaurante, he pensado que…

—¡No te pago para pensar, carajo! —Retuerce entre sus manos, nervioso, el sombrero—. Lo hago para que las cosas salgan bien. Avísame cuando llegue, ahora retírate —le ordeno—. ¡Ándale! —grito al ver que se queda parado como un pasmarote.

Saco un puro de una caja encima del escritorio y le corto la punta antes de encenderlo.

Maldito *chingón*… Cuando me llegó la noticia del asalto en Albuquerque, desee con todas mis fuerzas que el sobrino al que hubiesen matado fuera Atlas.

Sabía por su padre que siempre ponía pegas en cuanto a nuestro negocio se refiere. Mi hermana se volcó en su crianza para convertirlo en un hombre blando. Nunca incomodó demasiado, ya estaban Cruz y el desgraciado de mi cuñado para que se encargasen de mis asuntos al otro lado del país. Esos dos sí eran unos perfectos perros fieles.

Pero tras la pérdida de esos dos, todo el poder en Estados Unidos recaerá en Atlas. Este último tiempo a mi lado he comprobado que es más inteligente y tiene más madera de líder de lo que jamás había pensado. Es joven, y no me cabe duda de que a la larga eso podría volverse en mi contra. No estoy dispuesto a permitir que nadie

quiera apropiarse de lo que tanto me ha costado conseguir.

«Ya podría el maldito Santo haber acabado con él en aquella emboscada también y no tener que recurrir yo a hacerlo», golpeo la mesa cabreado.

Le pedí a Beto que, en cuanto tuviese una oportunidad, se encargarse de él, poco me importaba que también se deshiciese de sus acompañantes, son simples daños colaterales. Para Alfonso Díaz, perder a sus hijos sería un mazazo, pero él, como hombre de negocios que me demostró que es, sabe que al mandarlos a que se ocupen de este asunto es el riesgo que pueden correr. Le avisé de que estamos inmersos en una guerra criminal, nadie podría culparme de lo sucedido.

Al fin y al cabo, cuando ya no los necesite es lo que sucederá, y será Atlas quien se encargue de ello. Así demostrará su lealtad hacia mí. Quizá, después de todo, haya sido bueno que siga vivo, con su hazaña ha manifestado que es mucho más válido que la mayoría de mis hombres.

Escucho unos golpes en las puertas dobles de mi despacho. Me siento tras el escritorio antes de dar paso:

—Adelante. —Chupo una calada del puro y me envuelve una cortina de humo al expulsarlo.

—Patrón, su invitada está aquí.

—Hazla pasar.

No alcanza al minuto cuando la puerta se vuelve a abrir. La simple presencia de mi invitada me golpea de tal forma que me pongo en pie incapaz de permanecer sentado.

—Gabriela —saludo a mi hermana. Hacía años que no la veía, pero sigue igual de bella que siempre—. Qué placer tenerte por aquí.

—No es que esté aquí por decisión propia. ¿Para qué me has hecho llamar?

Tan fiera como siempre. Va a ser una gozada recordarle quién manda, parece que todos estos años alejada le han hecho olvidarlo.

—¿No puede tu adorado hermano darte las condolencias en persona?

Me acerco hasta ella y percibo su miedo. Eso me agrada. Poso mis manos en sus hombros y la atraigo hacia mí para depositar un beso en cada una de sus mejillas. Por mucho que evite contenerlo, siento su cuerpo temblar bajo mi contacto.

—Siento tu pérdida. Me hubiese gustado haber estado en los funerales, pero me fue imposible. Las cosas están convulsas en esta zona de la frontera.

—Mejor que no aparecieses, ya que mi hijo está incinerado por tu culp…

No ha acabado la frase cuando le cruzo la cara de un bofetón.

—Maldita ingrata… ¡A mí me respetas! También era mi hijo.

—¡Jamás! —Se me encara con los ojos cargados de furia —. Era mío, solo mío.

La agarro de la melena y le pego un fuerte tirón, atrayéndola hacia mí.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero ambos sabemos que Cruz fue creado con mi semilla.

Disfruto al ver como aprieta los dientes a la vez que los ojos se le llenan de lágrimas.

Observo con fijeza un hilillo de sangre que le resbala por el mentón a causa de la herida que tiene en el labio por culpa del golpe, me acerco y lo recorro con mi lengua, disfrutando del sabor de su sangre.

—Tan exquisita como siempre, hermana. —La suelto de golpe, lo que hace que trastabille un par de pasos—. Espero que te acomodes, en un día será Día de Muertos y celebraré una fiesta. Como mujer Mendoza que eres, quiero que te encargues de todos los detalles. Este año más que nunca tenemos que honrar a nuestros difuntos —le comunico, dándole la espalda. Al no recibir respuesta, vuelvo la cabeza—. ¿Me has entendido?

—Sí… —susurra con la cabeza inclinada en una actitud sumisa.

—Sí, ¿qué?

—Sí, p-patrón, c-como m-mandes —titubea—. Me encargaré de organizarla.

Vuelvo sobre mis pasos y le acaricio su melena oscura y larga.

—Muy bien, Gabriela, recuerda que ese es tu deber. De momento, eres la única señora de la casa. —Apoyo mis dedos en su barbilla y le alzo la cara—. Ve a limpiarte esa herida, no vaya ser que se infecte —le digo en un murmuro con la vista fija en sus carnosos labios.

Cuando escucha mi permiso de que puede retirarse, no duda en hacerlo.

Han pasado treinta años desde que mandé a mi hermana a vivir a Estados Unidos. Y en este tiempo la he visto en contadas ocasiones. No me mantuve alejado por ella, sino por mí.

Ella es mi debilidad, mi mayor tentación, y para alcanzar la gloria uno no puede tener puntos débiles, por eso la aparté de mí, pero sin dejar de tenerla controlada.

A Gabriela le saco ocho años. Yo era el mayor de cinco hermanos mientras que ella era la pequeña. A día de hoy quedamos vivos solo los dos, yo me encargué de que así fuese.

A pesar de todas las propiedades que poseo ahora y toda la plata que tengo, no siempre fue así. Me crie en uno de los pueblos más pobres de Sinaloa. Mi padre era un vulgar campesino que siempre

andaba borracho y que para lo único que servía era para preñar a mi madre y descargar su frustración a base de palizas en su mujer y sus hijos.

Cuando nació Gabriela todo cambió, hasta entonces todos los hijos fuimos varones, y en cuanto la tuve en mis brazos sentí que me pertenecía.

Yo por aquella época llevaba un tiempo buscándome la vida y terminé ingresando en uno de los cárteles que controlaban la zona. Mi audacia hizo que poco a poco fuese escalando puestos hasta conseguir matar al narco que lo controlaba y ocupar su lugar.

Sin embargo, cuando te conviertes en alguien importante aparecen los enemigos, y esos no fueron otros que mis propios hermanos. Se creían que tenían el derecho a opinar en asuntos de la organización, por lo que, antes de que la situación se volviese peligrosa, acabé con todos, desde mis padres a mis hermanos. Nunca los sentí nada mío, a ninguno, excepto a ella, que fue la única a la que no pude matar.

Era mía, y así lo sentí cuando, a pesar de su negativa, la convertí en mujer y tomé lo que por derecho me pertenecía.

Lo que no esperé es que su presencia, después de haber estado dentro de su cuerpo, me perturbase tanto. Me obsesioné de tal forma con ella que sentía que tenerla cerca me debilitaba. Por eso la mandé a Albuquerque con uno de mis mulas.

Henry Campbell era un jodido drogadicto al que tenía controlado gracias a su dependencia. Supe que, cediéndole a mi hermana, se sentiría importante y me facilitaría acceso a Estados Unidos. Por aquel entonces esa zona era controlada por el cártel de los Vargas y resultaba imposible exportar grandes cantidades de cocaína, pero gracias a Campbell fui poco a poco y comencé a transportar pequeñas cantidades.

Al enterarme de que mi hermana había dado a luz, no me cupo la menor duda de que aquel *chamaco* era mío. Cabe decir que, cuando al poco tiempo Gabriela se embarazó de nuevo del maldito Henry Campbell, le propiné a él tal paliza que se le quitaron las ganas de volver a tocar lo que era mío.

Por eso, Cruz y Atlas eran tan distintos; en el mayor se notaba que por sus venas corría pura sangre Mendoza mientras que Atlas siempre ha sido la nota disconforme en la familia. Eso es lo que pensaba hasta descubrir que él solo ha abatido a sicarios entrenados.

La presencia de Gabriela no es casual. Al igual que para mí, ella es el punto débil de mi sobrino y tenerla aquí para cuando llegue le recordará a quién obedece.

Necesito dar con el Santo para acabar con él, y Atlas, le guste la orden o no, me ayudará a conseguirlo.

Capítulo 23

«Si actúas como si supieras lo que estás haciendo, puedes hacer lo que quieras»
Frida Kahlo

Katrina

—Deja de mirarme así.

—No te estoy mirando de ninguna manera —comento pasiva mientras unto la mantequilla en el *croissant*.

—Sí, me estás juzgando —me echa en cara Rodri.

—Esa no soy yo, sino tu conciencia.

—Mi conciencia estaba a las mil maravillas hasta que has aparecido en mi habitación mostrando esa mirada ácida.

Tomo un bocado de mi desayuno y observo a Rodrigo, que lo hace a su vez con cara de cordero degollado. Me cuesta lo mío mantener el gesto impasible, ya que por dentro estoy disfrutando de lo lindo al ver cómo se retuerce en su asiento.

—Para que lo sepas, fue ella la que se lanzó —intenta justificarse—. ¿Qué querías que hiciese, apartarla? ¡Joder, Kat, que uno no es de piedra…! Ahí vienen —murmura, enderezándose.

Me tengo que tapar la boca mientras mastico porque se me escapa la risa. Ahora es él quien me taladra con la mirada mientras murmura:

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

La verdad es que sí. No había visto a Rodri tan nervioso en… Vamos, nunca. No me da tiempo a decírselo, ya que en ese momento llegan nuestros acompañantes.

—Buenos días —nos dice Atlas mientras Emma hace un sonido indescifrable.

Le devuelvo el saludo a él con una tímida sonrisa.

Después de pasar estos días juntos, algo ha cambiado en cuanto a mi percepción hacia él. No se parece en nada a su tío. Sí, puede que haya hecho cosas malas, él mismo reconoció que no era un buen hombre, pero supongo que hay que entender las circunstancias de cada persona. Para el caso, yo no soy ninguna santa, mis últimos años han girado en torno a elaborar una venganza, y con ello he arrastrado y condicionado la vida de los que más quiero. Quizá no soy tan distinta a Mendoza en ese aspecto, ambos hemos utilizado todos los

medios que teníamos al alcance para nuestro propio beneficio.

—Todavía sigue enfadada —nos informa Atlas, refiriéndose a Emma.

—¡Pues claro que sigo molesta! —masculla ella—. A mí las cosas no se me pasan de la noche a la mañana.

—Pensé que, tras pasar la noche con él, amanecerías más relajada. Quizá no resultó ser tan memorable.

Se me escapa tal carcajada al ver como Rodri escupe el contenido de su zumo y empapa a Emma sentada enfrente suyo, que varios comensales fijan sus ojos en nuestra mesa por el escándalo.

—¡Eres un cerdo!

—Anoche no tuviste ninguna queja de que te hiciese un traje de babas —comenta como si nada, ofreciéndole una servilleta que ella acepta de un tirón.

«Ja, ja, ja…». Menos mal que dejamos el hotel, si no al final nos echan.

—Perdón —me disculpo con la diversión bailando en mis ojos.

—¿Y tú cómo lo sabes siquiera? Cuando llegué a la habitación estabas roncando —se dirige Emma a Atlas, ignorando el comentario que le acaba de soltar Rodri.

—Subí a la azotea a disculparme de nuevo —enfatiza esto último— y os vi acaramelados. Y, por cierto, yo no ronco —se defiende.

«¿Por qué me mira a mí al aclararlo? ¿Será una especie de invitación para que lo compruebe cuando quiera?».

—Sí, sí que roncas —le rebate Emma —. Si quieres un consejo para el futuro —me dice a mí—, hazte con unos tapones para los oídos si quieres pegar ojo.

Me sonrojo con la insinuación directa que acaba de lanzar, y por desviar la atención del comentario que ha hecho, me escucho decir:

—Para el caso, las mujeres no somos tan básicas como para que con un polvo nos olvidemos de todo.

—Amén, hermana. —Alza Emma la mano para que la choque.

Altas nos observa divertido. Apoya los antebrazos en la mesa y, bajando la voz, comenta:

—Te aseguro que el día que tú y yo culminemos lo que tenemos pendiente, quedarás tan agotada que en lo único que no podrás dejar de pensar es en mí dentro de tu cuerpo.

Siento que me arden las puntas de las orejas. Me lo tengo merecido, esto me pasa por meterme donde no me llaman.

Como se suele decir: «la feria va por pueblos», y ahora el que ríe de manera abierta es Rodrigo mientras palmea la espalda de Atlas en una especie de felicitación.

—¿Podemos dejar de hablar de sexo? Estamos desayunando y no es apropiado.

—¿Por qué? Yo opino que es uno de los temas de conversación más entretenidos.

Tanto Emma como yo abrasamos con la mirada a mi hermano.

—De acuerdo, me callo. —Alza las manos en son de paz.

El resto del desayuno se desarrolla dentro de la normalidad hasta que Rodrigo saca otro tema de conversación, que por otro lado preferiría seguir hablando de sexo si esta era la alternativa.

—¿Qué nos esperará al llegar a casa de tu tío? ¿Crees que es seguro siquiera comer lo que nos ofrezca? ¿Y si nos envenena?

—En cuanto a lo primero, no estoy seguro. Hasta que lleguemos, no lo descubriremos. Respecto a lo otro, el estilo de Rafael es mucho más escandaloso y sangriento. La sutileza no forma parte de su vocabulario.

—No me tranquilizas para nada —devuelve Rodri, tomando el último sorbo de su café.

—Haremos todo lo posible para acabar con esto cuanto antes —manifiesta Emma—. Ahora que estaremos en su territorio será más fácil dar con pruebas que lo incriminen. A estas alturas ya deberíamos haberlo conseguido. No contamos con el viaje a España, ahí perdimos unas cuantas semanas. —cabecea mosqueada—. Os pediría que siguieseis actuando como hasta ahora para no levantar ningún tipo de sospecha.

—No podemos actuar igual —le hago saber—. Han atentado contra nosotros, será raro si no le damos importancia.

—Katrina lleva razón, mi tío no es tonto y esperará algún tipo de reacción por parte de ellos.

—Sí, es cierto —concuerda ella, masajeándose las sienes—. Pero, por favor, os pido que no le apretéis demasiado. Según los informes que me pasaron los del departamento contra el crimen organizado, Mendoza es despiadado.

—¿Podemos ver esos informes? —le pide Rodrigo.

—Lo siento, es documentación clasificada y ya sabéis más de lo que deberíais. Solo quiero protegeros. —La mirada impotente que le lanza a mi hermano me enternece.

Esta situación no debe ser fácil para ella, ya que siente que, debido a su puesto de agente, es la única que está cualificada para defendernos.

Si supiera que nosotros llevamos casi media vida preparándonos para este momento, lo fliparía. Aunque viendo cómo reaccioné en el tiroteo, puede que sea una bendición tenerlos a nuestro lado.

Soy consciente de que, si queremos que esta asociación

funcione, deberíamos ser igual de sinceros con ellos, sin embargo, aún no he llegado a ese grado de confianza.

***

Esta vez, cuando hemos bajado del avión en el Aeropuerto Internacional Abraham González, en Ciudad Juárez, y hemos recogido el coche de alquiler, Rodrigo y yo nos hemos sentado en la parte de atrás.

Rodri me sostiene de la mano y me la aprieta, insuflándome valor, cuando traspasamos el gran portón que nos lleva a la hacienda. Sabía que regresaría, lo tenía interiorizado y había preparado a mi mente para ello, pero no es lo mismo imaginarlo que vivirlo.

Se me acelera el corazón y siento un nudo en la garganta mientras el coche recorre el camino que lleva a la casa principal. La casa donde me crie la mayor parte de mi vida, donde decenas de invitados fueron masacrados para después reducirlo todo a cenizas. Por inexplicable que parezca, a pesar de que ha sido totalmente reconstruido, sigo sintiéndolo como mi hogar.

—Todo va a salir bien —vocaliza Rodri cuando nuestros ojos se encuentran.

Asiento, deseando que lleve razón. Por mi salud mental, necesito pasar página de una buena vez. Llevo trece años cargando con esta losa y cada vez se está volviendo más pesada.

—¡¿Qué puta broma macabra es esta?!

No es solo lo que dice, sino la furia que encierra su tono, lo que hace que me aparte de los recuerdos de mi pensamiento y resiga la mirada de Atlas a través de la luna delantera del coche y me fije en las escaleras de la casa.

Allí está Mendoza, en los escalones superiores, junto a varios de sus hombres y una única mujer. Por las palabras que suelta a continuación, eso es lo que lo habrá perturbado.

—¿Por qué está ella aquí?

Aprieta tanto la mandíbula que temo le salte una muela de un momento a otro.

—N-no… no lo sé. Ella no debería… No lo sé. —Hasta ahora he conocido distintas versiones de Emma, pero nunca la había visto tan contrariada y nerviosa. Ni siquiera cuando nos asaltaron se quedó sin palabras.

—La quiero lejos de aquí, ¿me oyes? La quiero lo más alejada posible de él —ordena a Emma, dirigiéndole una mirada de absoluto odio antes de sacar las llaves del contacto y bajarse del coche.

Los demás nos hemos quedado tan impactados tras su reacción

que nos cuesta seguir sus pasos.

—¿Qué pasa? —le pregunto a ella antes de que salga.

—Más problemas. —Suspira—. Eso es lo que sucede.

Miro a Rodri, sentado a mi lado sin entender nada.

—Venga, sal —me pide.

—Pero…

—Kat, estoy igual de confuso que tú. Hasta que no salgamos no nos enteraremos de lo que ocurre.

Cuando al final bajo del coche, Atlas ya está subiendo los escalones de dos en dos.

—Mamá…, ¿qué haces aquí?

Es lo único que alcanzo a escuchar antes de ver cómo se abrazan.

«¿Esa es su madre? Imposible», me digo a mí misma.

La mujer que tengo ante mí no es mucho más mayor que el que dice ser su hijo. O ha hecho un pacto con el diablo y ha conseguido la pócima rejuvenecedora, o tiene unos genes qué más quisiera yo para mí.

—¡¿Qué le ha pasado, maldito cabrón?! —se encara a su tío—. ¿Quién ha sido?

Se me atasca un grito en la garganta. Rodrigo me sostiene del brazo, ya que mi intención es ir hacia las escaleras cuando los hombres de Mendoza le apuntan con sus armas.

—Cuida tus palabras, sobrino. Me parece deleznable por tu parte que, en mi propia casa, me acuses de dejar que dañen a mi propia hermana. Por menores cosas he matado a hombres.

»Dile, Gabriela, dile a tu hijo como, si no llegas a huir, los guerrilleros del Santo te hubiesen hecho más que ese rasguño en el labio.

Me fijo en la mujer que permanece al lado de Mendoza y algo me dice, por su mirada, que la suposición de Atlas es la más acertada. Sin embargo, cuando habla corrobora las palabras de su hermano.

—Tu tío lleva razón. Un par de hombres del Santo dieron con mi dirección. Por suerte, pude escapar sin que me viesen y, mientras lo hacía, me caí, dañándome el labio. No me sentía segura regresar a la casa, así que vine aquí.

No se me pasa por alto como ella se tensa cuando Mendoza le rodea los hombros con su brazo.

—¿Eso es cierto?

Me asusto cuando, a pesar de que está siendo apuntado con varias armas, Atlas da un paso y se acerca a su madre.

—Claro, cariño. —Le acaricia ella la cara—. Le debes una disculpa a tu tío.

—No es necesario, Gabriela. Atlas ha hecho lo que cualquier

hombre, proteger a los suyos. ¡Bajad las armas! —ordena a sus hombres.

—Disculpa, tío, al verla aquí así pensé que cualquiera de tus hombres…

—Mis hombres saben que perderían su vida si tocasen a uno de los míos —responde. Por mucho que lleve el sombrero, puedo ver cómo se le oscurece la mirada al decir esto último—. Y ahora deja que os reciba como os merecéis. Bienvenidos a Villa Mendoza —dice dirigiéndose a nosotros tres, que esperamos quietos al inicio de la escalera—. Estáis en vuestra casa. Espero que os hayáis repuesto del susto que vivisteis ayer.

—Yo lo definiría como mucho más que un susto. Si no llega a ser por la rápida reacción de su sobrino, no lo habríamos contado —digo para que le quede claro lo molestos que estamos.

—Les entiendo. Ya os avisé de que estamos inmersos en una guerra de poderes, por eso es de vital importancia que se agilice el envío de la mercancía. Pero este no es lugar para tratar este asunto. —Muestra una sonrisa que solo me dan ganas de borrarla—. Os presento a mi hermana, la madre de Atlas. Gabriela, ellos son los hermanos Díaz, Rodrigo y Katrina.

Subimos las escaleras y extendemos la mano cuando ella nos la ofrece. Cuando toca mi turno, me la sostiene unos segundos de más.

—Encantada…, Katrina.

—Lo mismo digo, señora. Siento su pérdida.

Una emoción, puede que sea tristeza, le cruza la mirada.

—Gracias.

Tiene una voz serena, nada que ver con la desagradable que se escucha a continuación.

—Parece que en un par de días les ha dado tiempo de ponerse al día.

—Bueno, cuando estás a punto de convertirte en un colador, intentas entender la razón —ironiza mi hermano.

—He echado de menos su particular humor, señor Díaz.

—Hace falta más que eso para que lo pierda, Rafael.

Me parece increíble la facilidad que tiene Rodrigo de encontrar una forma de rebajar la tensión del momento.

—Me alegro, muchacho.

—Hola, Gabriela. —Emma se acerca hasta la madre de Atlas y la abraza con confianza. No es algo que me extrañe, a ojos de los demás es su futura suegra.

—Estás preciosa, cielo. Espero que mi hijo esté portándose bien contigo.

—Atlas es todo lo que he deseado en la vida. Aunque no negaré que estando a su lado se viven emociones demasiado fuertes. —Ríe.

Dios…, ¿cómo no me he dado cuenta antes de lo falsa que suena? Es posible que sea porque Emma representa a la perfección el cliché de pija ingenua.

—¿Qué os parece si los demás pasamos a mi despacho mientras ellas se reencuentran? Deberías pedirle a tu nuera que te ayude con los preparativos de la fiesta, Gabriela.

—¿Una fiesta? Me encantan las fiestas. —Aplaude la rubia—. ¿Qué celebramos? Oh, Attie, no será por nuestro compromiso, ¿verdad?

¿Quedaría muy mal si me riese en este momento? Porque ganas no me faltan.

—Celebraremos el Día de Muertos —le aclara la madre de Atlas.

—Oh, claro, qué tonta. Estaré encantada de ayudarte, Gaby, aunque me tendrás que decir qué hacer. En mi país celebramos Halloween.

Dejamos a las mujeres atrás y entramos en la casa.

Todo está tan cambiado, pero a la vez tan igual que es como si recibiese un bofetón.

—No creo que sea lo más adecuado ofrecer una fiesta tal como están las cosas —comenta Atlas a Mendoza.

—Precisamente por eso hay que hacerlo. La vida son instantes, hijo, vive cada uno como si se tratase del último. Por aquí… —nos guía.

Al entrar al despacho, siento un ligero mareo presa de las emociones que me embargan. Yo estuve aquí, vi cómo ardía todo, ¿por qué está prácticamente igual, aparte de la decoración y la pintura?

—¿Estás bien? Estás pálida —me susurra Atlas, preocupado, sosteniéndome del codo.

—Sí, habrá sido una bajada de tensión a causa del viaje. —Me retiro al darme cuenta de que Mendoza no nos quita ojo —. Solo necesito un poco de agua y se me pasará.

Atlas se acerca hasta un mueble bar bajo la atenta mirada de su tío, agarra una botellita y me la ofrece cuando tomamos asiento en los sillones de una especie de zona de relax.

—Me siento responsable de lo que habréis tenido que pasar —comenta Mendoza—. No me quiero imaginar lo que estará pensando vuestro padre en estos momentos. Estáis bajo mi cargo y os pongo en peligro.

—No le hemos comentado nada a nuestro padre. Por suerte, estamos bien, que es lo importante, así que para qué preocuparlo innecesariamente —le informa Rodri.

—Me agrada oírte. No me gustaría que por este inconveniente

se viese afectado nuestro trato.

—Eso no significa que no necesitemos respuestas —le digo, más repuesta tras beber un trago de agua.

—Por supuesto, hacedme vuestras preguntas e intentaré contestar a todo lo que esté en mi mano.

—Antes de nada, prefiero hacerle una propuesta. Tengo una idea para poder dar con el Santo —declaro.

—Soy todo oídos. —Se reclina en su sillón, interesado.

Capítulo 24

«Al final del día, podemos soportar mucho más de lo que creemos que podemos»
Frida Kahlo

Atlas

«¡¿Es que se ha vuelto loca?! Esto no formaba parte del plan ¿Qué es lo que pretende hacer?», sigo diciéndome una vez que salimos del despacho.

Si no me ha estallado una arteria de la presión que he sentido ahí dentro poco me ha faltado.

—Atlas, espera un segundo. —Me retiene mi tío en el pasillo mientras los hermanos Díaz nos adelantan—. ¿Tú qué opinas de todo?

—Ya sabes mi postura, pienso que es una auténtica locura, pero tú ya has decidido.

—Podría salir bien.

—O no.

—De todas formas, no tenemos una forma mejor de hacerlo salir —zanja. Ni siquiera sé para qué me ha preguntado si lo ve tan claro—. Tengo que acercarme a la ciudad a solucionar unos asuntos, ocúpate de nuestros invitados, que estén lo más cómodos posible. Puede que sus destinos terminen bien después de todo…

Cuando Rafael desaparece, me froto la cara y me tomo unos minutos para intentar serenarme, de lo contrario, iré directo a por esa morena kamikaze.

Tengo que reconocer que debajo de esa fachada despampanante tiene un buen par de huevos.

He pensado que era imposible escucharla decir que tenía una idea para atrapar al Santo.

—Corrígeme si me equivoco, por lo que yo sé en cuestiones de cárteles, sé que ha habido ocasiones en que se han unificado repartiéndose territorios antes de que la situación se volviese más violenta y tuviese que involucrarse la Policía Federal para intentar restaurar el orden o la paz, según se mire.

Me he fijado, expectante, en la expresión de mi tío, que la ha observado atento.

—Parece que estás bastante familiarizada en ciertos aspectos —ha dicho él.

A ella ni le ha temblado un músculo de la cara cuando ha respondido:

—No es tan sorprendente. Te recuerdo que mi familia y yo vivimos aquí durante años. Son asuntos que conciernen al país y, aunque no nos dediquemos a ello, son de dominio público. Por mucho que nos hagan creer lo contrario, no me negará que la Policía hace la vista gorda siempre y cuando la situación se mantenga tranquila.

»El narcotráfico y las actividades criminales mueven la economía global, a día de hoy se sabe que representa entre el 8 y el 15% de PIB mundial. Tengo un Master en Economía Internacional, sé de lo que hablo. Sin ir más lejos, ¿cree que Pavlov, por ejemplo, hizo su fortuna solo gracias a la venta de los materiales de automoción? Ambos sabemos de dónde proviene su fortuna y que muchos de nuestros gobiernos son sus principales compradores.

Ahí he descubierto que Katrina es una gran negociadora. No he tenido muy claro qué se le ha pasado por la mente, pero fuera lo que fuese, por lo embelesado que ha parecido mi tío con cada una de sus palabras, he sabido que aceptaría lo que le propusiese.

»El mundo de la droga no es muy distinto al de las armas, Rafael. Solo hay que ser una persona cauta, a la vez que tener ciertas aspiraciones, para saber confiar a quién vender el producto. Por lo que veo —ha señalado con su mano a su alrededor—, eres un hombre listo que ha sabido aprovechar las oportunidades, dudo que por no querer llegar a un acuerdo esté dispuesto a perderlo todo.

—Me estás insinuando que comparta parte de mi imperio con un don nadie.

—Lo que te estoy diciendo es que crea que lo va a compartir. Solo tú sabrás lo que haces llegado el momento.

Por el brillo en la mirada de mi tío, he estado seguro de que le ha gustado como pensaba Katrina Díaz. Joder…, hasta a mí me ha dejado impresionado.

¿Cuándo ha ideado todo esto? ¿En el avión, de camino a la hacienda?, ¿o quizá fue una vez que me marché anoche de su habitación? Ha dado la impresión de estar tan segura de sí misma que, si no supiera la verdad, diría que lo tenía planeado desde hace tiempo.

—¿Qué te lleva a pensar que aceptaré lo que propones?

—Nada. Tampoco tienes por qué hacerlo, puedes seguir permitiendo que se derrame la sangre de tus hombres o puedes intentar cortar el problema de raíz —ha intervenido Rodrigo, que hasta ese momento se ha mantenido en segundo plano, al igual que yo.

Ha sido como si la cosa solo fuese entre Rafael y Katrina. Me ha parecido una auténtica patrona, como si toda su vida se hubiese movido en el mundo del narcotráfico.

—Una vez leí que «anticiparte es el poder más importante». Los perdedores reaccionan, los líderes se anticipan. ¿Qué vas a elegir, Mendoza? —le ha lanzado ella el órdago.

—Se os olvida lo más importante —he dicho antes de que mi tío aceptase, porque no me ha cabido duda de que lo haría—. Hasta ahora, el Santo no se ha mostrado, ¿cómo conseguir que acepte un acuerdo de tregua con el cártel de los Guajes?

—No creo que sea complicado. Hasta ahora han sabido descubrir vuestras ubicaciones en distintas ocasiones, solo hay que extender el rumor de que Rafael está interesado en negociar con ellos y tocará esperar recibir respuesta.

—¿Y si no llega? —le he preguntado.

—Llegará —ha asegurado mi tío—. Ningún cártel en su sano juicio desaprovecharía una oferta como esa de unir fuerzas. Como dice Katrina, no es la primera vez que se lleva a cabo algo por el estilo. Es algo muy común en nuestro círculo.

Y así es como he sumado una preocupación más al puñado que ya tengo.

—Atlas, ¿estás bien?

¿Que si estoy bien? Encima tiene la desfachatez de preguntar, la causante de mi calvario, asomándose al otro lado del pasillo. «¡Pues claro que no lo estoy, joder!», me dan ganas de gritarle. En su lugar, endurezco el semblante y en unas pocas zancadas llego a ella.

En el recibidor también se encuentra su hermano, otro al que parece que tampoco le importa mucho que su hermana haya incitado a la bestia.

—Acompañadme, os llevaré hasta los que serán vuestros dormitorios —mascullo entre dientes, subiendo rumbo a las habitaciones de invitados.

No he pasado demasiado tiempo en esta hacienda. Fue la última que adquirió mi tío, hará unos años. Lo que sí sé es que hay varias estancias libres en la zona oeste.

—Tú estarás bien aquí. —Señalo a Rodrigo a mi izquierda, la primera habitación que encuentro libre.

—Perfecto —dice al echarle un vistazo—. Iré a por nuestras maletas al coche.

Asiento.

Cuando nos quedamos Katrina y yo solos, la agarro de la muñeca y tiro de ella detrás de mí.

—Y tú, ven conmigo.

—¿Dónde está Emma? —pregunta Katrina.

«¿Y yo qué coño sé dónde estará? Como si me interesase».

—Estará con mi madre —respondo malhumorado antes de soltar lo que se me pasa en realidad por la cabeza.

—¿De verdad te has creído lo que ha contado tu madre? ¿De cómo se hizo esa herida?

Me giro con tanto ímpetu que ella choca contra mi pecho.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? En esta casa puede haber oídos puestos en cualquier parte —le recrimino susurrando.

—A mí no me hables de esos modos. —Se suelta de mi agarre con un tirón.

Resoplo.

Abro la puerta que queda a mi derecha, justo la habitación colindante a la mía, es una que da al patio interior, y le hago un gesto con la mano para que pase.

Me dedica una mirada desafiante, y cuando creo que se va a oponer, me sorprende entrando al lugar con la barbilla en alto.

—¿Qué ha sido todo eso? —le cuestiono mosqueado una vez cierro la puerta y creo que tenemos cierta intimidad.

—¿A qué te refieres?

Se gira en el sitio con la elegancia de una reina.

—A la pantomima que te has sacado de la manga. ¡Joder, Katrina! Solo teníais que retrasar la mercancía, no que te ofrecieses en bandeja de plata para ayudar a mi tío a atrapar a uno de los narcos más escurridizos.

—Solo quería tenerlo entretenido. —Se encoge de hombros como si no fuese la gran cosa.

—¿Entretenido para qué? ¿Para que tenga más tiempo de idear las mil formas diferentes de matarnos cuando se entere de que todo ha sido una distracción?

Me quito la americana, la tiro encima de la cama, me desabrocho los botones de los puños de la camisa y comienzo a enrollarme las mangas hasta los antebrazos. Siento tal agobio en este momento que me sobra cada una de las prendas que llevo encima.

—Piénsalo, Atlas, mientras Mendoza esté entretenido corriendo la voz para que llegue a oídos del Santo, nosotros podremos dedicarnos a encontrar las pruebas para incriminarlo.

—¿Cómo que nosotros?

—Estamos todos juntos en esto, te guste o no.

—Y tú parece que tienes claro que quieres morir, ¿no? —Me meso el pelo, nervioso.

—Oye… Mírame —pide, sosteniendo mi cara entre sus manos. Cómo no, lo hago—. Estamos junto en esto —repite—. Todos queremos lo mismo.

Veo tanta verdad en sus ojos que es difícil no creerlo.

—Me vas a volver loco —reconozco, dejando caer mi frente contra la suya—. No sé si besarte hasta que pierdas la consciencia y dejes de meterte en follones, o atarte en la cama y azotarte por ser tan

inconsciente.

—Ambas opciones suenan interesantes —jadea, y siento su aliento calentar mis labios.

La sostengo de la nuca y tiro de su pelo para inclinarle el cuello hacia atrás y poder mirarla a los ojos.

—No me tientes, Huracán. Aún no se me han pasado las ganas que te tengo. Eres como una jodida droga que sigue rondando por mi sistema.

La mirada se le vuelve vidriosa y entreabre los labios en una firme invitación para que asalte su boca.

Han pasado varias semanas desde la noche en la que nos besamos en aquella discoteca, pero su sabor es mucho más exquisito de lo que recordaba.

—Atlas… —gime mi nombre, y jamás había escuchado un sonido más perfecto.

Sus manos se resbalan de mi rostro y terminan aferradas a mi camisa con los puños apretados. Da la sensación de que teme que, de un momento a otro, desaparezca, pero joder… No me pienso mover a ningún lado.

—Maldita sea, sabes a gloria —murmuro contra sus labios, lamiendo todo lo que mi lengua encuentra a su paso.

Con mi mano libre le bajo la cremallera que el vestido tiene a la espalda. Las yemas de mis dedos terminan en el inicio de su trasero, donde recorro con ella la tela de encaje de su tanga.

Sin dejar de besarla, presiono su cuerpo contra el mío para que note lo duro que estoy por ella. Ambos gemimos, separándonos. Sus ojos son tan marrones que distingo ciertas motitas cobrizas.

Bajo mi cabeza y lamo las gotas de sudor que se le forman en el cuello mientras le deslizo por sus hombros los tirantes del vestido. No opone ninguna resistencia, es más, colabora sacándoselo por los brazos y dejándolo arrugado en su cintura.

Mis besos resiguen una dirección descendente y mordisqueo las dos montañas que forman sus pechos encerrados en el sujetador.

Sin poder controlarme, suelto su nuca y envuelvo mis manos en sus perfectas tetas, agarrándolas con avidez. Con mis dientes bajo la tela y sus pezones responden endureciéndose de inmediato al sentirse liberados. Consigo desabrocharlo, lo lanzo lejos y vuelvo a zambullirme en ellos. En esta ocasión, me llevo uno a la boca y lo pellizco entre mis dientes.

—Joder, sí… —resuella.

Nunca había tenido tanta necesidad de algo como tengo de ella.

Sin tiempo que perder, nos muevo y la coloco de espaldas en la cama. Me apoyo en un codo, sosteniendo mi cuerpo por encima del suyo, y la miro con intensidad.

—Si tienes dudas es mejor que lo dejemos ahora, de lo contrario, no seré capaz de parar.

—Si vuelvo a quedarme con las ganas, ve olvidándote de tu hombría —me aclara, agarrando el largo de mi polla con su mano a través de los pantalones.

Me duele el cuerpo de inmediato a causa de su toque. La tengo tan dura que se me podría partir de un momento a otro.

Sonrío complacido por que se encuentre con las mismas ansias que yo y volvemos a besarnos con desesperación.

Con sus pequeños dedos va desabrochando los botones de mi camisa. Al tenerla totalmente abierta me la quita, acariciando mis hombros en el proceso.

—Eres tan perfecto… —me halaga, acariciando mi cuerpo, lo que consigue que la piel se me erice.

—Tú sí que eres jodidamente perfecta.

Le saco el vestido, deslizándoselo por sus largas piernas y besando cada porción de piel que alcanzo.

Me abro el cinturón, me bajo la bragueta y cuando echo mano al bolsillo trasero del pantalón de pinza que llevo, me quedo paralizado.

—¡Mierda!

Ella abre los ojos, alarmada, al notar mi tono molesto.

—¿Qué pasa? —se interesa.

—Me he dejado la cartera en la guantera. —Frunce el entrecejo sin entender lo que eso supone—. Ahí es donde llevo los condones.

Parece mentira que, estando en la situación en la que estamos a medio vestir, al escucharme se sonroje.

—Bueno, y-yo… tengo un par de ellos en el bolso.

Alzo una ceja divertido al percibir el apuro que siente al confesarlo.

—A ver, no sé ni por qué los llevo. Puede que incluso estén caducados —suelta de carrerilla, nerviosa—. El caso es que…

—Eres mi heroína, joder. —Le planto un beso, silenciándola, y salto de la cama para recoger el bolso, que está tirado sobre la alfombra.

Se lo tiendo. No considero apropiado rebuscar entre sus pertenencias.

—Bolsillo lateral interior —me informa, tocándose las mejillas.

Con su permiso, lo abro y palpo hasta dar con él. «Sí que le debe gustar», pienso cuando me fijo en que lleva el mismo libro que encontré anoche encima de su cama. Sus páginas están amarillentas a causa del tiempo. Lo ignoro y corro la cremallera del bolsillo que me ha dicho.

¡Ahí están! Respiro aliviado al distinguir los cuadrados de color

metálico reluciente. Los saco y me olvido del bolso, lanzándolo de nuevo al suelo.

Vuelvo a ocupar mi lugar entre sus muslos y le retiro las manos de la cara.

—Ey… ¿Todo bien? —pregunto cuando se resiste.

—Bésame de nuevo y haz que desaparezca este momento incómodo —me pide.

Por supuesto que obedezco, sin embargo, esta vez me lo tomo con más calma.

Mis besos son más largos, suaves y profundos, y enseguida noto como se va relajando.

Sin separar nuestras bocas, me quito con un puntapié los zapatos y bajo los pantalones a la vez que los calzoncillos. No quiero separarme de sus labios para tener que hacerlo y vuelva a enfriarse.

Katrina es toda una contradicción. En muchas ocasiones muestra que es una mujer fría y serena a la que no le afecta nada, pero hay otras veces, como ahora, que deja ver una timidez que me enternece. Y reconozco que ambas caras de ella me tienen muy intrigado.

Con mi pulgar hago círculos en uno de sus muslos, en el interior, y a ella debe agradarle, ya que abre más las piernas para que continúe avanzando.

Llego hasta el pliegue de su ingle, estiro más el dedo, llegando al centro de su sexo, y me complace encontrar la tela húmeda. Me cuelo a través de su tanga, cierro los ojos y gruño al sentir su tierna zona sin barreras.

Ella se arquea bajo mi toque y no dudo en insertar el pulgar en su interior y comenzar a hacer círculos, ensanchándola.

Me retiro de su boca, estoy tan excitado que siento que me falta la respiración.

—Te necesito dentro. —Se remueve bajo mi cuerpo, desesperada—. A ti, no a tu dedo —termina demandando, levantando su pelvis.

«Joder… y yo».

Rasgo el envoltorio y deslizo el preservativo por toda mi polla. Está caliente al tacto de lo cachondo que me encuentro.

Me coloco en su entrada y me fijo en sus ojos. Ahí está de nuevo esa timidez de la que hablaba. Aun así, no desvía su mirada y las pupilas se le dilatan cuando poco a poco voy abriéndome camino hasta su interior.

Los dedos de los pies se me doblan cuando comienzo a empujar dentro y fuera de ella. Le agarro la pierna izquierda y la coloco para que envuelva mi cintura. Ella aprovecha la postura y, con su talón en mi trasero, me espolea para que embista con más fuerza.

Aumento mis acometidas y la beso, silenciando así nuestros jadeos.

Llamas ardientes se disparan por mis piernas y mi espalda baja al sentir los temblores de su coño. La clavo contra el colchón, sintiendo su orgasmo. Notar sus convulsiones contra mi miembro es mi perdición.

Con un gruñido de placer que retumba en su boca, estallo. Me corro con tanta fuerza que, al terminar, caigo extasiado encima de ella. Me abraza y sus manos resiguen toda mi espalda con suaves caricias.

Me encantaría continuar por horas en esta postura, pero el sol despunta en lo alto a través del balcón, señal de que nos hemos arriesgado demasiado.

Le doy un último beso en el cuello y me muevo, saliendo de su interior. Ella suelta un ruidito de protesta cuando lo hago. Debe estar dolorida, ya que no he sido muy delicado que digamos y he empujado entre sus muslos como si no hubiera un mañana. Y pensando en las circunstancias que nos encontramos, puede que no lo haya.

—Debería marcharme antes de que alguien nos busque —le digo.

No quiero que piense que, una vez que hemos follado, quiero salir huyendo. Si por mí fuese repetiría lo sucedido hasta que cayese la noche, y si me quedasen fuerzas continuaría hasta el alba.

—Sí, creo que será lo mejor.

Es la primera en saltar de la cama y ponerse en marcha.

Cuando ambos estamos de nuevo vestidos, me guardo el condón usado en el bolsillo del pantalón, recojo mi chaqueta arrugada, ya que cuando la tumbé sobre la cama quedó debajo de su cuerpo, y la doblo, colocándomela sobre el brazo.

—Bueno… —dice atusándose el pelo, el cual tiene un poco despeinado.

Katrina es preciosa, pero con aspecto de recién follada, y que encima sea por mí, parece una auténtica belleza.

—Katrina… —La sostengo de la muñeca para que no me rehúya.

—Estoy bien. —La observo con fijeza—. De verdad —añade, regalándome una cálida sonrisa.

No me controlo y tiro de ella para besarla. En esta ocasión es un beso corto, demasiado, pero sé que si lo profundizásemos no seríamos capaces de parar.

—Sigue sin hacerme gracia que te hayas expuesto con mi tío. Era innecesario —le susurro—. Luego nos vemos. —Le guiño un ojo cuando me aparto.

Se muerde el labio y asiente.

Me doy la vuelta porque, si continúo un segundo más a su lado, volveré a tirarla a la cama y me darán igual las consecuencias.

Voy tan desconcentrado cuando abro la puerta y la cierro a mi espalda que no soy consciente de que hay alguien más en el pasillo hasta que escucho hablar.

—Deberías ser más cuidadoso.

—Joder, mamá… Me has dado un susto de muerte —le recrimino, llevándome una mano al pecho al sentir el corazón desbocado.

—Muerto es como hubieses acabado si, en vez de ser yo, te hubiese pillado alguien distinto saliendo de esa habitación de esa guisa. —Me señala.

—Por suerte, has sido tú, viejita. —Sonrío, pasando un brazo por sus hombros.

—No me llames así, ni siquiera he cumplido los cincuenta años —comenta iracunda mientras avanzamos a la habitación de al lado.

—Incluso cuando llegues a los noventa, seguirás siendo igual de bella. —Beso su coronilla.

—¿Qué te traes con esa muchacha, Atlas? ¿Crees que es de confianza?

—Sí, mamá. Ella no pertenece a este mundo, simplemente, por circunstancias se ha visto arrastrada.

Me mira con semblante preocupado.

—Si eso es cierto, solo te pido que seáis discretos. Si tu tío descubre que le has mentido…

—¿Qué te ha pasado realmente ahí, mamá? —Le señalo el labio.

—Ya te lo he dicho. Me caí intentando huir.

Conozco a mi madre, y sé que me está mintiendo. Aprieto los labios, molesto.

—Te prometo que le haré pagar por esto.

Tanto ella como yo sabemos a lo que me refiero.

—Ese no debería ser tu cometido, Atlas. —Me acaricia la mejilla—. Si no, el mío como madre.

La tristeza que veo en sus ojos resulta contagiosa.

Tras decir eso, me deja ahí parado y se marcha, encerrándose en su habitación.

No tengo la certeza, pero tampoco la duda de que el culpable de que mi madre tenga esa herida, de alguna forma, es Rafael. Y, como he prometido, pagará por ello.

Capítulo 25

«Cada tic-tac es un segundo de la vida que pasa, huye, y no se repite»
Frida Kahlo

Rodrigo

—Te digo que no sé cómo pasó.

—Claro, claro… Te enseñó la habitación, tropezó y… ¡Ups! Por casualidad acabó con su polla enterrada dentro ti.

—¡No me refiero a eso, idiota! Y no seas ordinario —susurra Kat.

—Respecto a este tema, nunca se es demasiado soez. Seguro que le has hecho la tenaza con tus muslos para que no se escapase, como si te viese.

Suelto una risa y, gracias a mis exquisitos reflejos, esquivo un manotazo.

Cuando he venido a dejar las maletas a Katrina, reconozco que me he asustado al encontrarla con la cara descompuesta, pero al contarme que ha tenido tema con el mapa…, quiero decir, con Atlas no he podido evitar molestarla un poco por como ella me hizo sudar esta mañana al enterarse de lo mío con Emma.

Supongo que es cosa del karma.

—¿Y si nos llega a pillar alguien? —Se lleva una mano al cuello, azorada.

—¿Lo ha hecho?

—No, no. Quiero decir… hemos sido silenciosos, o eso creo.

—¿Crees? —Arqueo una ceja divertido.

—Sí, sí. No ha habido gritos, ni…

—Pues menudo coñazo, vaya par de reprimidos que estáis hechos.

—Te aseguro que no ha sido ningún coñazo. Ha sido… —Me fijo en cómo le brilla la mirada y que no es capaz de acabar la frase—. He decidido que voy a darles los documentos con las localizaciones de las plantaciones de mi padre. Puede que ni siquiera existan, pero…

—¡No me jodas, Cata!

—¡Que no me llames así! —Me tapa la boca con sus manos.

Se las retiro porque necesito que oiga lo que le tengo que decir.

—¿Te da un orgasmo y ya le quieres confesar tu mayor secreto? ¿Es que acaso te has enamorado?

—¿Cómo me voy a enamorar? ¡Apenas lo conozco! —Se sienta nerviosa a los pies de la cama—. El amor a primera vista no existe. Es imposible, ¿verdad?

Me mira con sus ojos asustados.

Entrelazo mis dedos y me llevo a las manos a la nuca, resoplando. Si me lo tiene que preguntar es que está más encoñada de lo que pensaba.

Conozco a Catalina, a la mujer que es en realidad. Por mucho que la vida la haya golpeado y la hiciese convertirse en Katrina, una mujer en apariencia dura e inflexible, en su interior sigue siendo aquella niña dulce y enamoradiza.

—Kat, sabes tan bien como yo que no es buen momento para que tus sentimientos vayan a más.

—No van a ir. —Sin embargo, sus palabras salen sin contundencia.

—Mira… —Me siento a su lado y la sujeto de las manos, las cuales no deja de frotar contra sus muslos—. Tíratelo todo lo que quieras; haz el helicóptero, la postura 42, sentadillas en su cara, me da igual…, lo que quieras, pero no me jodas, Cata, no te enamores.

Suelta una de sus manos y se la lleva a la frente, como si se fuese a tomar la temperatura, y lo mismo es justo lo que le ocurre y tiene fiebre porque esto solo podría tratarse de un delirio.

—No sé qué me pasa Rodri, cada vez que me mira con esos ojos grises me pierdo en ellos. ¿Y si el destino me lo tenía reservado? ¿Y si he tenido que regresar a este lugar —señala a su alrededor— para darme cuenta de que entre Atlas y yo existe algo a lo que no puedo encontrar explicación?

—Claro que existe, se llama calentón, joder, y ya lo habéis enfriado.

—No, no —niega, dándole mayor énfasis moviendo la cabeza —. Tú no estabas aquí…

—¡Gracias a Dios!

Ignora mi apreciación.

—Ha sido fogoso —«Joder, que no necesito detalles»—, no lo niego, sin embargo, el beso que me ha dado antes de marcharse… No sé, no he sentido que haya sido solo sexo.

«Ya está… Por mucho que le diga, está más que claro que el mapa la ha enamorado hasta las trancas».

—¿Estás segura de que les vas a dar esos documentos? Eso conllevará a que hagan preguntas, Kat. Tendrás que desvelar quién eres.

—Llevo meditándolo desde que nos contaron por qué están aquí en realidad. Creo que son buenas personas, que se han visto envueltas en todo esto por ciertas circunstancias, pero no sé, aún hay

algo que me retiene hacerlo.

Tiene dudas, y hace bien. Si Mendoza descubre que la heredera de Los Vargas sigue viva, y encima está bajo su techo, ni pestañearía a la hora de liquidarnos. Joder, ¡es sin saberlo y quiere hacerlo de todas formas!

—No te apresures, ¿sí? ¿Qué te parece si cuando esta noche todos estén dormidos doy yo una vuelta por la zona y así compruebo si de verdad sigue utilizando las plantaciones?

—No, no puedo dejar que te expongas de esa forma. Bastante peligro estás corriendo ya con estar a mi lado.

—¿Otra vez con eso? Ya te dije que estoy aquí porque quiero. Nunca me has obligado a nada, Kat. —La sigo, levantándome—. Escúchame. —La sujeto por los hombros para que quede frente a mí—. Me conozco estas tierras como la palma de mi mano. Sé cada camino secreto. Me convertiré en una sombra, nadie me descubrirá, te lo prometo.

—Iré contigo.

Pongo los ojos en blanco y asiento para que se quede tranquila, aunque en realidad no vaya a permitirlo. Su compañía, más que ayuda, en caso de que nos descubran supondría un lastre.

El resto del día, la hacienda está tranquila, apenas hay trasiego. Recuerdo que cuando venía aquí de visita, que sucedía a menudo, era una casa llena de vida. No quiero imaginar qué estará sintiendo Katrina en estos momentos al estar en el que fue su hogar, y que ahora parece un sitio fantasmal.

Siempre he pensado que, según sea una vivienda, así definirá las personalidades de quienes habitan en ella. Y esta se siente tan fría y sin sentimientos como su actual dueño.

Mi teléfono móvil vibra contra la mesita de noche, donde está cargando la batería. Al leer el nombre que aparece en la pantalla y comprobar que es mi padre, lo desenchufo del cable y descuelgo:

—¿Qué pasa, padre? —saludo jovial.

—Eso mismo digo yo, ¿por qué acaba de llegar un correo por parte de tu hermana aplazando el envío?

Joder con Kat, no pierde el tiempo. Con razón no ha bajado ni a comer. Seguro que, desde que la dejé en su habitación, no ha parado de trabajar en su portátil.

—Solo serán unos días.

—Rodrigo, hoy llega la mercancía desde San Petersburgo. Deberá salir mañana mismo, sabes tan bien como yo que no puedo tener atracado en el puerto un buque de 400 metros con su carga sin ninguna razón; obstaculiza el transporte marítimo.

«Mierda… Pues claro que lo sé», pienso, sin querer contarle la

verdadera razón. No quiero preocuparlo.

—Invéntate algo, ¿quieres? No sé, un fallo en las hélices o en las maquinarias. Confía en nosotros, solo unos días.

—¡¿Cómo que unos días?! ¡¿Qué demonios está pasando, Rodrigo?!

—Nada, tranquilo. —Arrugo la cara, sintiendo cómo me queda en la lengua la mentira—. Simplemente queremos comprobar que sea segura la recepción de la mercancía.

—Dijisteis que no hubo ningún inconveniente cuando fuisteis a Veracruz.

—Y no lo hay, pero ya sabes cómo son estas cosas, viejo.

—Si me estáis escondiendo algo…

—¡¿Qué vamos a estar ocultando?! Todo está bien, en serio.

Se mantiene unos segundos en silencio al otro lado de la línea. Lo conozco lo suficiente como para saber que no se traga del todo mi exceso de tranquilidad. Sobre todo, tras la petición para que se retrase el envío.

—Respecto a lo otro, ¿cómo va la cosa?

«Pues de puta pena, papá. Katrina, esa a la que consideras tu hija, le ha hecho una propuesta al hombre que mató a su familia para ayudarlo a atrapar a un narco que más bien parece un fantasma. Y eso no es todo, ¿recuerdas a la parejita? Da la casualidad de que no lo son, ella es una agente de la DEA que folla como una amazona, así, como puntualización, y a Atlas, el queridísimo sobrino, lo tienen agarrado por los huevos, metafóricamente hablando, claro, —porque la que se los agarra es tu hija adoptiva—, para traicionar a su tío y que lo entregue a los Federales. Y por si no fuera suficiente, he matado a un hombre tras vernos envueltos en una emboscada».

No, no creo que sea adecuado darle exceso de información. Si lo hiciese, una de dos, o me lo cargo de un maldito infarto, o mañana mismo se presenta aquí. Y las dos opciones son igual de jodidas.

—Bien, papá, bien. No tardaremos en desenmascararlo y todo habrá acabado. —«O eso es lo que espero realmente antes de que la bola siga aumentando». Cruzo los dedos.

—Está bien… —lo oigo suspirar—. Veré qué me invento para retrasar el envío. Aunque Pavlov no va a estar contento. Tiene muy buenas expectativas respecto al trato con el mexicano.

—A él llévatelo de putas y verás cómo se le pasará el mosqueo.

—¡Rodrigo!

—¿Qué? Es la verdad. Vladimir se vuelve más dócil cuando la mete en caliente. ¿O cómo crees que conseguí el acuerdo? Tengo labia, padre, pero ni siquiera yo soy tan buen negociador.

—Entre tu hermana y tú me vais a matar de un disgusto.

«No lo digas muy alto no vaya ser que se cumpla», me dan

ganas de decir.

—Pronto todo habrá acabado. Venderemos Costania, te podrás jubilar y dejaremos atrás todas las preocupaciones.

—Cuando uno es padre eso nunca desaparece por mucho que lleves una vida apacible, hijo. Mantenedme informado, ¿sí? Tengo a vuestra madre todo el día rezando por ustedes. Y dile a tu hermana que me devuelva la llamada, intenté hablar con ella, pero fue imposible localizarla.

—O sea, que yo he sido la segunda opción. Muy bonito, viejo, me siento rechazado —digo sarcástico.

—No seas tonto, que no estoy para bromas.

Río.

«Ni yo, padre, pero si pierdo el humor, sé que me cagaría vivo por la situación».

Nos despedimos y me dirijo a la habitación de Katrina.

Golpeo su puerta, y cuando abre me la quedo mirando con una ceja arqueada.

—He hablado con tu padre… —Levanto la mano donde llevo el móvil.

Hace un mohín y, con un gesto de cabeza, me da permiso para entrar.

—Pasa.

—Sabes que el viejo está con la mosca detrás de la oreja, ¿verdad?

—¿Por qué te crees que no he respondido a sus llamadas? Me conoces, lo paso fatal al tener que engañarlos.

—Ah, claro. Que se encargue el tonto de turno ya de eso.

—Tú eres más avispado para esas cosas. —Me dedica una mirada suplicante y se encoge de hombros.

—Menos mal que he capeado el tema lo mejor posible.

—Torero tendrías que haber sido —comenta, acercándose hasta la cama y apagando el portátil.

—Sí, guapa. Tú encima cachondéate. —Como intuía, ha estado trabajando—. ¿No has comido? —le pregunto, sabiendo la respuesta.

—Tengo el estómago cerrado —se excusa—. De todas formas, no sé si soy capaz de salir de la habitación, temo hacerlo y ser engullida por los recuerdos. ¿Te puedes creer que haya hecho de este lugar su residencia fija?

Viniendo de alguien como Mendoza no me sorprende, la verdad. Es quien es a día de hoy a causa de apropiarse todo lo de los Vargas, y qué mejor manera de regocijarse en lo que hizo que viviendo en casa de los socios a los que eliminó. También es una clara demostración de hasta dónde puede llegar si se lo propone para cualquiera que tenga la osadía de retarlo. Aunque parece que al Santo

poco le importa.

—No queda nada del lugar que una vez fue, Cata —le digo para que deje de torturarse ella misma.

Solo sirve para hacerse más daño.

—Desearía matarlo con mis propias manos —reconoce, mordiéndose el labio para reprimir la desesperación que siente.

—Lo sé.

—Que su vida penda de un hilo y ahí confesarle quién soy.

—Lo sé —vuelvo a susurrar, siendo partícipe de su dolor.

—Aunque sea lo que más deseo hacer… No puedo, Rodri, no… —La atraigo hacia mí y la envuelvo en mis brazos—. No quiero convertirme en él.

—No lo harás, peque. No será necesario —le digo—. Ahora contamos con Emma, e incluso Atlas, ellos se encargarán de que pague por todo.

—¿Iremos esta noche a recorrer la zona?

No le respondo porque, como me temía, estar en esta casa la ha vuelto demasiado vulnerable, por lo que cambio de tema a algo a lo que le he estado dando vueltas durante estas horas.

—Creo que llevas razón en contarles la verdad. Tienes toda la documentación que avala quién eres, quizá tu testimonio sea clave para la DEA y le caigan tantos años encima que pase el resto de su vida en la cárcel. No solo lo arrestarían como uno de los máximos líderes del crimen organizado, también podrían acusarlo de múltiples asesinatos.

—Sí, yo también llegué a esa conclusión —afirma, restregándose la cara y así borrar cualquier rastro de lágrimas que tenga en ella—. Ellos se están jugando mucho al haberse sincerado con nosotros e involucrarnos. Creo que es lo mínimo que podemos hacer por nuestra parte.

—Necesitamos tener el estómago lleno antes de crearnos más alianzas peligrosas. —Justo en ese instante sus tripas protestan—. No tendrás por ahí escondido un león para devorar a Mendoza, ¿no? Mira que con las opciones que se presentan de morir, la que menos me seduce es siendo devorado por una fiera.

—Anda, no digas tonterías. —Sonríe por primera vez desde que entré—. Que a la fiera la tienes en la habitación de al lado.

—¡No me hables de la rubia!

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —se interesa.

—¿Lo dices desde que has estado recluida en este dormitorio intentado evitar a cierto mapa?

—¿A quién? —Arruga la naricilla.

—Ya sabes, ¿dónde se reúnen los mapas?

Abre los ojos desmesuradamente cuando cae en la cuenta.

—Mira que eres tonto, ¿eh?

No puede evitar sonreír.

—Me dirás que no es ingenioso.

—Pues pienso que Atlas es un nombre muy original. En la mitología griega era el dios que sostenía el mundo a su espalda.

—Tú qué vas a decir si te hace el *chichi* cabriolas cada vez que lo ves…

Me suelta un manotazo y se le sonrojan las mejillas de inmediato.

—¡Oye! —me quejo—. Me parece que tienes la mano muy suelta últimamente.

—Igual que tú la lengua. Venga, vamos a cenar algo, la falta de alimentos te está afectando al cerebro.

Le paso un brazo por los hombros y nos dirigimos a la puerta.

—Vamos a ir esta noche a eso, ¿verdad?

—Sí, sí —le digo para que deje de insistir.

Una vez que llegamos a la planta inferior, escuchamos murmullos que proceden de uno de los salones. Al entrar están Atlas, su madre y cierta rubia que no he visto en todo el día.

Nuestras miradas se encuentran y ella la aparta de inmediato. ¿Lo entiendo como para no levantar sospechas? Sí. ¿No por ello me jode menos? Pues también.

—Buenas tardes —decimos Kat y yo al unísono.

—Espero que hayáis podido descansar —nos dice Atlas a modo de saludo.

—Sí, gracias —murmura mi hermana a mi lado.

—Ven, Katrina, mira todo lo que hemos elegido Gabriela y yo para el Día de Muertos —la anima a acercarse Emma con voz alegre.

Me fijo y tiene una *tablet* sobre las piernas, piernas que lleva al aire en ese vestido a mitad de muslo y que me recuerda lo tonificadas y suaves que las tiene.

Cuando Kat se acerca y toma asiento junto a ellas en el sofá, me muevo en dirección a Atlas. No creo que sea apropiado que las mujeres se percaten de que se me está poniendo la polla tiesa solo por ver un poco de piel expuesta.

Este permanece de pie, apartado del resto, observando el exterior a través de la ventana.

—No he visto a tu tío desde que salimos de su despacho esta mañana —comento en voz baja, como si fuese una frase casual.

—Se marchó al pueblo, supongo que a intentar hacer correr la voz —dice, echando un vistazo de reojo a Kat.

—Te doy mi bendición.

—¿Qué? —pregunta, volviendo la cabeza hacia mí.

—Nada, nada. —Me muerdo la sonrisa—. ¿Crees que tu tío

confía en la propuesta que le ha hecho Kat?

—No sé qué pensar, Rafael es un hombre demasiado astuto y no suele aceptar consejos, pero parece que respecto al Santo no le quedan muchas más alternativas. Si piensa que es una buena forma de atraerlo, hará lo que sea necesario para seguir manteniéndose en la cima. Tú hermana opina que, mientras él esté entretenido con este tema, puede que tengamos alguna ventaja sobre él.

—Katrina suele tener unas ideas cojonudas, por eso es la lista de la familia. —Le guiño un ojo.

—No había tenido oportunidad de hablar contigo, así que gracias. Me salvaste la vida.

—Se supone que ahora remamos en la misma dirección. —Hago un gesto con la mano sin darle importancia.

—Sin embargo, eso no lo sabías cuando apretaste el gatillo.

—Solo intentaba protegernos a Kat y a mí. Sentí que era lo adecuado para poder conseguirlo. Erais tres contra dos, había que equilibrar las fuerzas.

Asiente con la cabeza y ahí acaba el tema.

Los hombres no necesitamos profundizar en según qué temas. Decimos lo que creemos oportuno. Una vez soltado y aclarado, cambiamos de conversación.

—¿Os apetece que cenemos? —escuchamos a la madre de Atlas preguntar—. Preparé un pozole rojo de cerdo, pero si queréis os puedo hacer cualquier otra cosa.

—Por mí, con eso será suficiente. Hace años que no pruebo un pozole casero —le hago saber. La sola mención del caldo tradicional ya me tiene salivando.

En la cena solo estamos los cinco y supongo que, gracias a la ausencia de Mendoza, distiende de forma amena, sin embargo, una vez que terminamos y cada uno va a su dormitorio, estoy dándole vueltas a cómo darle largas a Kat.

La conozco, y sé que no tardará en venir a buscarme. Por suerte, Gabriela le ofrece tomarse un café con ella en el patio interior. Estoy por besar a la mujer, ya que de esta forma me escabulliré sin que mi hermana se entere.

El tiempo pasa con lentitud cuando me cambio de ropa. Elijo unos pantalones de deporte negros y una camiseta de manga corta del mismo color, así iré cómodo a la vez que podré esconderme entre las sombras. Silencio el móvil y estoy listo para reconocer los terrenos.

No se escucha ni un ruido cuando bajo. Voy hasta la cocina y salgo por una puerta lateral que sé que antiguamente usaban los empleados. Me pego a la fachada y la bordeo. No debo olvidar que seguro que hay hombres de Mendoza controlando el perímetro, pero lo que ellos no saben es que yo me conozco cada recoveco de esta

hacienda mejor que ellos. Pasé muchas horas jugando con Cata a las escondidas para no hacerlo.

Silencioso como el que más, cruzo hasta la extensa arboleda situada en la parte trasera. Llevo un par de kilómetros caminado en la oscuridad cuando escucho un crujido a mi izquierda. Me escondo detrás de un árbol. Quien quiera que sea no es tan cauteloso como lo he sido yo. Espero paciente, y al ver algo que brilla a la luz de la luna, salgo de entre las sombras.

—A ti no te dieron el don del sigilo. Te falta llevar cascabeles en los pies para anunciar tu presencia —le susurro a Emma al oído, quedando pegado a su espalda.

Siento como retiene la respiración, pero al descubrir que se trata de mí, se recuesta contra mi cuerpo soltando un largo suspiro.

Capítulo 26

«¿Quién le dio la verdad más absoluta? Nada hay absoluto, todo cambia, todo se mueve, todo evoluciona, todo vuela y va»
Frida Kahlo

Emma

—A ti no te dieron el don del sigilo. Te falta llevar cascabeles en los pies para anunciar tu presencia.

Intento que los latidos de mi corazón vuelvan a su ritmo normal al escuchar el sonido de su voz.

Las piernas me flojean y me permito solo unos segundos para que su cuerpo fornido soporte el peso del mío. Cuando siento que la circulación vuelve a hacer su ciclo con normalidad, me separo y me doy la vuelta.

—Sabía que eras tú —increpo.

—Ya, claro… Por eso te has quedado catatónica.

—Yo no me he quedado… Bah, déjalo —descarto, sin querer entrar en un debate absurdo—. ¿Adónde ibas?

—A correr un rato. —Señala su ropa—. El deporte es bueno para liberar tensiones.

—Si solo vas a correr, ¿por qué te escabulles como si fueses un ninja? Y ni se te ocurra negarlo —continúo cuando presiento que va a abrir la boca—. Te he visto.

—¿Acechando en la distancia, rubia? No te tenía por una acosadora.

—No te hagas el gracioso conmigo, ¿adónde ibas? —repito.

—Ya te lo he dicho.

—Entonces, no te importará que me una, ¿no? —Me cruzo de brazos.

—Yo nunca me niego a una buena corrida acompañado de una bella mujer. —Sonríe de medio lado.

Dios…, ¿cómo puede ser tan creído? «Porque está bueno y es consciente de ello», me contesta mi propia mente.

Me hace un gesto con la mano para que abra el camino. A pesar de ser yo la que voy delante, es él quien va apartando, por encima de mi cabeza, las ramas que nos vamos encontrando.

—¿Por qué me estabas espiando? —susurra, rompiendo el silencio de la noche.

—No te espiaba, estaba tomando el fresco en el balcón cuando te he visto salir de la casa en plan el hombre ventosa. Por un momento he pensado que estabas sonámbulo y he temido que te pusieses a trepar las paredes, pero al verte salir corriendo en dirección al bosque, me ha picado la curiosidad. Parecía que tenías muy claro a dónde te dirigías.

—Así que eres una gatita curiosa —murmura en mi oreja, y consigue erizarme todo el vello.

Le suelto un codazo, que va a recaer a sus abdominales duros, y protesta con un gruñido.

—Qué agresiva. Me gusta.

«¿Me acaba de morder la oreja?». ¡Vaya que lo ha hecho! Y yo siento la punzada de los dientes en otras partes de mi cuerpo, mucho más al sur.

—Estate quieto.

—Reconoce que te ha gustado, rubia.

Ni lo niego, ni lo confirmo.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, desviando el tema a uno más seguro.

—Tú sigue andando. Por aquí —añade. Me sostiene por la cintura y dirige mi cuerpo en la dirección que él desea.

Con todo lo que hemos andado, debemos estar un par de kilómetros alejados de la casa. Si ahora mismo tuviese que regresar yo sola, no sé si sería capaz de ubicarme.

Por suerte, la luna ilumina lo suficiente a través de las copas de los árboles.

—Espera. —Me sujeta—. ¡Ahí está!

—¿Qué? ¿Qué está ahí? —Me pongo de puntillas para ver mejor. Por mucho que ya no nos rodee una gran arboleda, sigue habiendo hierbajos que sobrepasan mi altura.

—Mira. —Lo veo arrancar una hoja de la planta más cercana y me la ofrece—. Es hoja de coca.

Abro tanto los ojos como la boca de manera desmesurada. No alcanzo a ver la extensión, pero me apuesto lo que sea a que ante nosotros se extienden varias hectáreas plantadas con esta misma hoja. Hay senderos formando distintos caminitos.

—¿Cómo sabías que estaban aquí? —le cuestiono, reteniéndolo al verlo echar a andar.

Apenas puedo distinguir sus facciones cuando me mira por encima del hombro.

—Pura intuición.

—¡Pura mierda! Eso es lo que es. ¿Por qué sabías dónde tenías que venir? —insisto, apretando su bíceps.

—Ya sabes que me crie por esta zona, Emma. Aun así, confía en

mí. Estamos en el mismo barco.

—¿Te das cuenta de lo que me estoy jugando por que sepáis quién soy?

—Te dijimos que podías confiar en nosotros. —Se suelta y comienza a caminar entre la maleza.

«Mierda».

Maldigo cuando dejo de ver su cuerpo, absorbido por plantas de coca.

—Eres consciente de que, si estás ocultando cualquier tipo de información relevante, podría detenerte por obstrucción a la justicia, ¿verdad?

—Pero ambos sabemos que no lo vas a hacer, en tu fuero interno confías en mí.

—No me tientes…

—Aunque no me negaría a que utilizases las esposas conmigo. —Levanta las cejas de manera rítmica, volviendo a mirarme por encima del hombro.

—¡Agáchate! —susurro, y tiro de él para escondernos al ver el reflejo de una linterna.

Me llevo un dedo a los labios para que permanezca en silencio.

—Parece que Mendoza está entrando en razón…

En el silencio de la noche se escucha con cierta claridad las palabras de la persona que ha llegado.

Vuelvo a tirar del brazo de Rodrigo cuando se asoma por encima de las plantas.

—Es la mano derecha de Rafael —me informa entre susurros al oído al volver a acuclillarse.

—Vale, pero no vuelvas a levantarte si quieres seguir conservando la cabeza —le murmuro, con el ceño fruncido, de la misma forma.

Si nos descubre estaremos jodidos, ni siquiera llevo mi arma.

—Tantos ataques están haciendo que se replantee la situación… —Aguzo el oído, parece que está manteniendo una conversación telefónica, ya que no oigo a su interlocutor—. Quiere negociar con vosotros… —¡Hostia! No estará hablando…—. Piensa que, si llegáis a un acuerdo, ambos saldréis ganando.

«Pues sí, está hablando con el mismísimo Santo».

Rodrigo y yo nos miramos, y sé que él ha llegado a la misma conclusión. Me hace un gesto, llevándose un dedo a la oreja para que prestemos atención.

«¿Cómo se llamaba la mano derecha de Mendoza?». Cierro los ojos unos segundos para hacer memoria. Tengo que acordarme, ese tipo de datos está detallado en los informes que me pasó la DEA cuando me encargaron este caso.

¿Alfredo, Alonso…? Sé que empezaba por A. «Piensa, Emma, piensa…», me animo a mí misma. «¡Armando, joder! Estoy segura de que se llama Armando», me viene de repente. Armando Martínez.

—Puede ser que se trate de una trampa, patrón. Ya lo conoces. Él no es de los que reparte parte del pastel… —Silencio—. Sí, podría ser beneficioso… Aja…

Maldita sea, pagaría todo lo que tengo por escuchar lo que se dice al otro lado de la línea. Esto es oro puro.

—Seguro que funcionaría. Van a venir varios invitados para la festividad del Día de los Muertos, por mucho que esté preparado, podrás colarte entre tanta gente. Es la oportunidad perfecta…

«¡Genial! Ya sabemos el día en el que el Santo aparecerá», celebro en mi mente.

—Hay algo más que debería saber… Mendoza pidió a varios de sus hombres que matasen a su hermano.

¡¿QUÉ?!

Tan impactada me quedo tras lo que acabo de oír que pierdo el equilibrio y se escucha el sonido de las ramas al aplastarlas con mi trasero.

—Mierda… —susurra Rodrigo, ayudándome a incorporarme—. ¡Vamos!

Me coge de la mano y, agachados como estamos, echamos a correr sin rumbo fijo.

—¿Quién anda ahí? —escucho a mi espalda.

El corazón me bombea con gran rapidez, no sabría decir si es a causa de la huida y por miedo a lo que nos pudiese ocurrir si Armando nos encuentra, o por la información que acabo de escuchar.

Me agacho tanto como puedo cuando la luz de la linterna alumbra de un lado a otro la zona en la que nos encontramos.

—Quieta —pide Rodrigo para que no se vea los movimientos de las plantas a nuestro paso.

Me lanzo al suelo y él se echa encima de mí, protegiéndome con su cuerpo.

«Nos va a pillar, nos va a pillar», repito en mi mente, escuchando cada vez más cerca las pisadas.

Miau…

—Maldito gato de los cojones…

Suelto un suspiro aliviado al oír la maldición de Armando. Y, tras eso, siento que se aleja.

No sé el tiempo que Rodrigo y yo permanecemos en la misma postura, pero no nos movemos hasta que pensamos que es seguro hacerlo.

—¿Crees que se ha ido ya? —le pregunto, quedando sentados en la tierra uno al lado del otro.

—Sí, creo que sí. Aun así, no está de más que esperemos un rato —aconseja, mesándose el pelo.

—No me puedo creer quién es el Santo.

—¿Piensas que Atlas está al tanto?

—Yo ya no sé ni qué pensar. Todo esto cada vez se está enredando más —comento, abrazando mis rodillas para atraerlas contra mi pecho.

—Déjame ver —pide Rodrigo, cogiéndome el brazo derecho—. Estás sangrando.

Flexiono el codo y es cierto, tengo una herida profunda en el antebrazo. Recuerdo que, cuando caí de culo, apoyé los brazos para amortiguar la caída; he debido hacérmela ahí. El caso es que, hasta que no la he visto, no he sentido el escozor en la zona.

—No es nada.

—Sí, sí que lo es. Vamos, tienes que limpiarla antes de que se infecte.

Presiono su pierna cuando hace el amago de levantarse para que se quede dónde está. Si me pusiese ahora en pie, las piernas no me responderían.

—Espera unos instantes. —Debe oír la súplica en mi voz porque se queda en su sitio.

Se levanta la camiseta y, a pesar de la oscuridad, aprecio su tableta de abdominales. Mordisquea con sus dientes la tela y termina rasgando una porción con sus manos.

—Esto por lo menos cortará la hemorragia —dice, envolviendo la improvisada venda en mi antebrazo.

Me quedo maravillada observando con qué delicadeza y concentración me toca. Alza la vista y nuestros ojos se encuentran.

—¿Por qué sabías dónde estaba este lugar? —le pregunto otra vez.

—Creo que ahora eso es lo de menos.

—Me da la sensación que todos guardáis secretos —confieso, sintiendo una punzada extraña en la boca del estómago.

Si es cierto y Atlas sabe que su hermano está vivo y es el Santo, me sentiré muy decepcionada. Sé que es culpa mía por haber depositado mi confianza en él, pero para mí, este último tiempo a su lado, más que trabajo se ha convertido en un amigo; en mi vida no es que tenga demasiados. Podría decir que ninguno.

Me crie en un rancho. Cuando llegó la hora de escolarizarme, los demás niños fueron muy crueles dado mi diagnóstico de TDAH. No fue hasta llegar a la academia de Policía que tuve compañeros de verdad, pero eso es solo lo que eran, a ningún cadete lo consideré amigo. Y qué decir cuando ingresé a la DEA. Allí todos me trataban con indiferencia. Sin embargo, haber compartido estas semanas con

Atlas es lo más cercano a la amistad que he vivido.

—Todos guardamos secretos por alguna razón, Emma. Incluso tú lo haces —dice Rodrigo—. Aun así, eso no significa que seamos malas personas. Hay veces que no nos queda más remedio que tenerlos para proteger a los demás.

Asiento.

Puede que tenga razón, pero no por ello deja de doler.

—¿Por qué crees que Mendoza ordenaría a sus hombres matar a su sobrino?

—Ni idea. Yo hasta ahora estaba convencido de que el tiroteo lo propició el Santo —dice él.

—Yo también, pero ya has oído a la mano derecha de Mendoza.

—Muy mano derecha no tiene que ser cuando lo está traicionando.

—En el mundo del crimen organizado las lealtades están sobrevaloradas. He visto a familias enteras volverse los unos contra los otros por conseguir el control.

—No me extraña, la codicia es una enfermedad, y cuando hay temas de dinero de por medio cualquiera es bueno para volverse tu enemigo. —Echa un vistazo a mi brazo y chasquea la lengua—. Venga, vamos. Tienes la tela empapada.

Esta vez no me opongo. Nos levantamos con cautela, observando a nuestro alrededor.

No soy consciente de lo lejos que estamos de la casa principal hasta que no emprendemos el camino de vuelta.

Por mucho que diga Rodrigo que ha sido por pura intuición, eso no hay quien se lo crea. Este lugar está demasiado apartado de la hacienda. Si no sabes que existe, es muy complicado acceder a él. Estoy deshaciendo el camino y muy segura de que me perdería en el bosque que hay entremedias antes de volver a la plantación.

Debería estar feliz por saber lo que hay allí. Gracias a eso se podrá preparar un operativo para arrestar a Rafael Mendoza, sin embargo, no estoy contenta en absoluto.

—¿Enfrentarás a Atlas con lo que has descubierto sobre su hermano?

—Aún no he decidido qué hacer —digo, y acepto la mano que me ofrece para saltar un tronco—. Si está al tanto, habrá roto el compromiso que tiene con la DEA y nadie podrá librarlo de los años de cárcel que le esperan, pero si ni siquiera sabe la verdad, el que se romperá será él. ¿Sabes que se salvó de milagro en Albuquerque?

—O no fue tan milagroso y estuviese orquestado —insinúa él.

—Sé que es mucho pedirte, pero… ¿podrías no decir nada, ni siquiera a tu hermana, hasta que decida qué hacer?

Rodrigo se para y me observa dubitativo.

Soy consciente de que lo que le estoy pidiendo podría ponerlo en peligro, sin embargo, en estos momentos me siento totalmente perdida. Quizá mi equipo lleve razón y no sirvo para este tipo de trabajos.

Lo miro expectante, aguardando su respuesta.

—Claro —suspiro aliviada—, pero prométeme que me permitirás estar contigo cuando lo enfrentes, ¿de acuerdo?

—Vale.

Sí, eso puedo hacerlo. Quizá incluso sea buena idea porque no sé qué podría salir de esa conversación.

—Adelántate tú e intenta que no te vean. Hay una puerta tras unos rosales que lleva directa a lavandería y a la cocina. La dejé atrancada para que no se cerrase —me informa al llegar al inicio del bosque.

Arqueo una ceja, sin embargo, no vuelvo a insistir en por qué sabe ese tipo de cosas, por ahora.

En estos momentos estoy masticando más de lo que puedo tragar.

—Ten cuidado —digo de vuelta.

Corro hasta la casa y, como dijo Rodrigo, ahí está la puerta, la abro y la dejo entornada para cuando tenga que entrar él. Subo hasta mi habitación y compruebo que está vacía. Por una parte, me alegro, no sé qué hubiese pasado si Atlas se encontrase en ella. Por más que le doy vueltas, no puedo creer que me haya estado engañando de esta forma. Aunque no sé de qué me extraño, está claro que cada uno mira por sí mismo e intenta salvarse el culo.

Capítulo 27

«El hombre es dueño de su destino, y su destino es la Tierra. Y él mismo la está destruyendo hasta quedarse sin aliento»
Frida Kahlo

Mendoza

Empujo con fuerza. La muy *chingona* intenta detenerme, ablandarme con movimientos lentos y entrenados, pero no lo acepto. No es lo que quiero. Si hubiese querido algo más suave me hubiera bastado con mi mano.

La *jalo* del pelo y tiro. El quejido que se escapa de sus labios es lo que necesito oír. Quiero que sufra, que pague mi frustración, aunque no sea ella la causante.

—Sientes eso, ¿cierto?

Claro que lo siente, y sé que le duele.

No estoy siendo suave, la estoy follando con toda la furia que acumulo dentro. Además, tengo un tamaño considerable y ella ni siquiera está húmeda.

Le retuerzo los pechos y sus quejidos pasan a ser lloriqueos, por lo que arremeto con más violencia. Ella comienza a apretar sus paredes vaginales para que me *venga* lo antes posible.

Saco la polla de su interior y le suelto una bofetada.

—Déjate de truquitos, puta.

Le doy la vuelta, la pongo a cuatro patas y se la clavo por detrás. Desde esta postura llego mucho más profundo. Golpeo sin control, me aferro a su larga melena negra, tan parecida a otra, y aprieto los dientes.

Tuve que escapar de mi propia casa antes de cometer una locura, ese poder tiene Gabriela sobre mí, y en estos momentos no me puedo permitir ningún tipo de distracción. No debí hacerla venir, su belleza y ese porte de reina me hacen perder el juicio. Si está aquí es para que entienda que tengo la vida de su hijo en mis manos.

Atlas y yo compartimos la misma debilidad, y esa no es otra que Gabriela. Lo que nos diferencia es que él estaría dispuesto a dar su propia vida por su madre y yo no dudaría en arrebatársela por mi hermana.

Ella me pertenece, la he compartido con esos malcriados demasiados años, pero tras la muerte del bastardo de Cruz, solo me

queda deshacerme de Atlas para que ella entienda que solo me tiene a mí, que soy lo único real que posee en la vida.

Al evocar su imagen en mi mente, me dejo ir con fuerza. Cuando noto que el miembro se ablanda entre sus tiernos pliegues, lo saco y despacho a la puta sin miramientos.

—¡Largo!

Ella corre por la habitación igual de desnuda como cuando llegó.

Ni siquiera la follada ha calmado mi mal humor. Me levanto, agarro los calzoncillos junto a los pantalones y me visto de cintura para abajo. Cojo un puro y lo enciendo mientras disfruto desde la ventana de las vistas de la ciudad.

Mi móvil suena, cortando el silencio del dormitorio, me acerco hasta la mesa donde reposa, descuelgo y me lo llevo a la oreja al ver que se trata de Armando.

—Dime que tienes buenas noticias —exijo, le doy una calada al puro y suelto el humo, formado círculos que atravieso con mi dedo en el aire.

—Ya hemos avisado a los cárteles más importantes de México pidiendo una tregua, patrón. Para tenerlos de su parte, los hemos invitado a su fiesta del Día de los Muertos. Si alguno de ellos colabora con el Santo, estoy seguro de que le hará llegar la información.

Me congratula que hayan hecho las cosas tal y como se las ordené. No soy de los que se repite, si tengo que hacerlo me demuestran que no son dignos del puesto que ocupan.

—Dobla el número de hombres para la fiesta. Quiero a los mejores, que tengan los ojos abiertos y oídos bien atentos. A la mínima sospecha que piensen que puede tratarse del Santo, que me informen.

—Como usted mande, patrón. ¿Va a venir esta noche a la hacienda?

No me gusta tener que dar explicaciones, pero no me olvido de que tengo visita.

—No, pasaré la noche en la ciudad. Si mis invitados necesitan cualquier cosa, encárgate tú de ello.

—Por aquí las cosas están tranquilas, por lo que parece, todos duermen.

«Mejor», pienso. No los quiero hurgando por mi propiedad.

Cuelgo sin despedirme y lanzo el móvil sobre la cama. La llamada de Armando me deja un poco más tranquilo.

La propuesta que verbalizó Katrina no era mala. ¿Hacer creer a tu enemigo que estás dispuesto a llegar a un acuerdo? No sería la primera vez que llevo algo similar a cabo.

Así es como me apropié de todo cuanto tengo. Los Vargas

pecaron de ingenuos al firmar aquella alianza que tanto me costó urdir, sin embargo, para el Santo tengo otro tipo de planes. No permitiré que piense que podemos llegar a un trato, antes de que eso suceda acabaré con él con mis propias manos.

El Día de Muertos será el último que vea la luz del sol. Nadie desafía a Rafael Mendoza y vive para contarlo.

Capítulo 28

«Una cosa puedo jurar: yo, que me enamore de tus alas, nunca te las voy a querer cortar»
Frida Kahlo

Katrina

La falta de paciencia te convierte en una persona ansiosa y angustiada que tiende a ver siempre el lado negativo de las cosas. Nunca me he considerado alguien impaciente, ya que eso afecta a tu estado emocional, pero el desasosiego que siento en estos momentos está sobrepasando mis límites.

He recorrido cada centímetro cuadrado de la habitación infinidad de veces, no debería haber aceptado tomar el café con Gabriela y haber dejado que Rodrigo se fuese solo. No dejo de sentirme culpable. Por mantenerse a mi lado está corriendo un riesgo demasiado alto, cuando yo estoy resultando ser un fraude.

Cada día que pasa soy más consciente de que estos trece años no me han cambiado en absoluto, sigo siendo aquella adolescente asustadiza que no pudo hacer nada por salvar a los que quería. Puedo planificar cada paso al dedillo, pero la inteligencia no es sinónimo de valentía.

Al final, cansada de esperar el regreso de Rodri entre estas cuatro paredes, decido ser útil y salir en busca de alguna prueba que pueda incriminar a Mendoza.

Soy consciente de que Rafael no es estúpido y no dejaría algo que lo señalase a la vista, pero si continúo en esta habitación más tiempo, terminaré por volverme loca.

—¿De escapada nocturna?

—¡Joder, que susto! —exclamo cuando encuentro a Atlas detrás de mí—. Iba a beber agua —me excuso, mintiendo.

—Yo iba a lo mismo —me hace saber él—. ¿Sabes que Emma no está en el cuarto? —me cuenta mientras atravesamos el pasillo.

Lo miro y él sonríe de medio lado, siendo consciente de dónde y con quién puede estar.

—¿Crees que estará…? —murmuro, señalando la puerta de Rodrigo. Yo ya sé que no está ahí.

—Aunque salió sin decirme a dónde se dirigía, no me cabe la menor duda.

—Parece que sigue enfadada contigo.

—No imaginé que un cuerpo tan pequeño fuese capaz de acumular tanto rencor —comenta entre resignado y divertido.

—Seguro que mañana ya se le ha pasado.

Bajamos las escaleras y llegamos a la cocina. Miro a través de las cristaleras, intentado ver más allá de la espesura de la noche, aunque sé que es prácticamente imposible. La ubicación de la plantación está a un par de kilómetros de aquí.

«¿Habrá dado Rodrigo con ella? ¿Y si Atlas lleva razón y es cierto que Emma está con él?». Por un instante siento alivio ante esa idea. Tras verla en acción tengo claro que sabrá qué hacer para protegerlo.

—No he visto a tu tío en todo el día, ¿estará corriendo la voz para que su intento de atraer al Santo se lleve a cabo?

—No sabría decirte… —comenta. Saca una botella de agua de la nevera, coge dos vasos de la alacena y los coloca sobre la encimera para servirnos—. Rafael no es de los que les gusta rendirse.

—No es que vaya a rendirse en realidad.

—Él no lo verá así.

—¿Cómo es tu relación con él? —me intereso, bebiendo un sorbo de agua.

—Hasta ahora diría que cordial. Por suerte, eran Cruz y mi padre los que tenían más contacto con él. Yo intentaba mantenerme al margen, tanto como pudiese, en cuanto a temas del narcotráfico. Durante años, en mi adolescencia trabajé en distintos lugares hasta acumular el suficiente dinero y montar mi primer restaurante. No fue fácil, pero quería conseguir algo que no proviniese de él —me cuenta, apoyando su cadera en la encimera—. En cuanto Rafael comprobó que era un negocio rentable, no dudó en meter sus narices para beneficiarse de ello.

—No tuvo que ser agradable para ti.

—Fue como sentir una patada en los huevos. —Me dedica una sonrisa pesarosa—. Sé que es difícil entender que le permita todo, pero hay momentos en la vida en los que tienes que elegir un bando u otro, y yo me quedé en el del ganador.

»Cuando te crías rodeado del mundo criminal, lo terminas aceptando. Lo que para muchos es aberrante y delictivo, para ti se vuelve tu realidad. Es otra forma más de ganarse la vida, ni más ni menos. Todo adquiere otra perspectiva. Aun así, ¿qué podía hacer yo al respecto cuando ves que ni las propias autoridades intervienen? Vivimos en un mundo completamente corrupto, donde nuestros gobiernos trabajan para personas como mi tío y les conviene mirar para otro lado.

—Si piensas eso, ¿por qué los estás ayudando ahora?

Aunque estemos solos, bajo el tono de mi voz por la delicadeza de la conversación.

—Porque no tengo alternativa. Es él o mi madre y yo, y no estoy dispuesto a que nosotros paguemos por ello —declara—. De todas formas, ¿crees que, si consiguen encerrarlo, esto desaparecerá? —Niega—. Otro ocupará su lugar y así ocurrirá sucesivamente. Si quisiesen, hace años que habrían acabado con el narcotráfico, pero no interesa. Puede que ahora quieran quitarse de en medio a Rafael. En estos últimos años ha adquirido más poder del que esperaban, controla parte de México y eso los pone nerviosos, sin embargo, nunca eliminarán el problema de raíz. Nos guste o no, así es como son en realidad las cosas, Katrina. Sin ir más lejos, tu empresa contribuye a que eso siga ocurriendo.

Aparto la mirada un tanto avergonzada, pues lleva razón.

—Hay que entender las razones de cada uno para tomar ciertas decisiones.

—Exacto. No pretendía juzgaros, sino que entendieses por qué tolero esta vida.

—Te entiendo más de lo que crees —le digo, llevando mi vaso al fregadero.

«¿Cómo no hacerlo cuando mi vida ha estado marcada exactamente igual que la suya?».

Yo sabía a lo que se dedicaba mi familia. Aunque en casa mi padre fuese cariñoso y entregado con los suyos, de puertas para afuera era un narcotraficante temido. Nadie alcanza tanto poder ni levanta tantas envidias siendo un hombre respetable. Yo lo sabía y, como Atlas, miraba para otro lado. Por esa razón no puedo reprocharle nada en absoluto. Somos más parecidos de lo que se imagina.

Cuando regresamos a las habitaciones, hacemos el camino en silencio. Voy frotándome las manos, nerviosa; Rodri aún no ha vuelto, y no sé si eso significa buenas noticias.

Cuando estamos a la altura de mi dormitorio, me sorprende sosteniéndome del brazo y pegándome a su cuerpo.

Siento los latidos de su corazón, fuertes y constantes, contra mi pecho.

—Odio que te hayas visto envuelta en esta situación.

—A mí tampoco me gusta, pero no soy débil, Atlas, puedo sobrellevarla.

—No permitiré que te pase nada.

—Ni siquiera me conoces para que hagas promesas —susurro, observando sus labios.

Aún recuerdo lo que se siente al presionarlos con los míos.

—Por esa precisa razón lo hago, porque quiero conocerte. —Cierro los ojos cuando la yema de su pulgar acaricia mi mejilla—.

Nunca imaginé que algo podía afectarme de tal forma como lo haces tú. —Su respiración me baña la cara cuando acerca la suya a la mía—. Cada vez que estás cerca tengo que hacer todo un esfuerzo de contención para que mis manos se mantengan lejos de ti y no recorran cada centímetro de tu cuerpo como realmente deseo.

—N-no podemos… Es demasiado a-arriesgado —le digo, faltándome el aliento.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que simplemente estar en esta posición no nos pone en peligro? Pero no puedo evitarlo. Agonizo por volver a besarte, por sentir cómo tu piel se estremece con el roce de mis dedos. —Apoya su frente contra la mía y coloca sus manos en mi cintura.

Muevo las mías hasta su pecho; tiene un cuerpo tonificado y perfecto.

Siento que ardo, ni el vestido de lino en color blanco que llevo puesto para contrarrestar el calor seco del campo es suficiente para paliar lo que noto al presionar su longitud contra mi estómago.

Estiro una mano a mi espalda. A tientas, bajo la manija para abrir la puerta y tiro de él, arrastrándolo conmigo al interior.

Si me parase a pensar en las consecuencias, esto no estaría sucediendo, y esa es justo la cuestión, que no pienso cuando le saco la americana por sus brazos y mis labios acarician su nuez; ni cuando mi lengua lame la base de su cuello mientras lo desvisto prenda por prenda.

Tampoco dejo que mis reflexiones racionales se manifiesten una vez que lo tengo desnudo, me quito el vestido por encima de la cabeza, lo sostengo de la mano y hago que me acompañe hasta la cama para que se siente y me suba a su regazo.

No hay pensamientos, solo sensaciones. La de su miembro duro presionando contra mi entrada. La de su piel suave y tersa cuando le coloco el condón. En lo bien que se siente abriéndose camino en mi interior una vez que ha retirado a un lado, con sus dedos, la tela de mi tanga; y a como en esta postura llega tan profundo que incluso lo siento colarse en mi alma.

—Si la vida no te hubiese puesto en mi camino, me habría encargado de buscar hasta encontrarte —murmura, observándome con fijeza.

Me tiemblan las piernas, el estómago y juraría que el corazón tras escuchar sus palabras.

Captura mis labios entre los suyos y me deleito con su boca.

—Atlas… —susurro entre nuestro beso hambriento.

Apoyo mis manos en sus hombros y comienzo a moverme, sintiendo toda su longitud.

Su boca juega con mis pechos mientras sus manos amasan mi trasero y controla mis movimientos. Es tan grande y está tan duro que

llega a lugares dentro de mí que nunca supe que existían. Llevaba razón, el día que me hiciese suya llegaría tan profundo que no habría espacio para pensar, ya que no puedo plantearme la infinidad de razones por las que no deberíamos estar haciendo esto.

—Eso es, preciosa. Tómalo todo, quiero ver cómo disfrutas —jadea.

Lo observo, embriagada del momento, y él me estudia con esos ojos grises, que ahora se parecen a un día de tormenta, oscurecidos a causa del deseo. Es como si estuviese hipnotizado con mis movimientos, con mis curvas al no poder parar de recorrerlas con sus manos. Su mirada es tan expresiva que me transmite la voracidad que siente en estos movimientos.

—Es tan bueno, eres tan jodidamente perfecta… —gruñe, alzando sus caderas.

Se apodera de mí un instinto animal que no sabía que tuviese y comienzo a cabalgarlo con mayor intensidad. Sus dedos se me clavan en los muslos y mi espalda se arquea cuando soy incapaz de retener el calambrazo que me atraviesa, desembocando en un orgasmo.

—No creo que pueda cansarme de esto, no creo que pueda cansarme de ti —gruñe, agarrándome del pelo y estampando su boca contra la mía.

Pega unos cuantos empujones certeros y termina corriéndose.

Me dejo caer rendida sobre él. Siento el cuerpo laxo y las neuronas trituradas; aun con esas, sé lo que tengo que hacer.

—Me gustaría enseñarte algo —digo, levantándome de encima de él.

El corazón me late tan fuerte que no me extrañaría que se escapase de mi pecho, pero si quiero que Mendoza pague por todo el mal que ha hecho, no tengo más remedio que confiar en Atlas, ya que ambos queremos lo mismo.

Sé que me prometí a mí misma que haría pagar con sangre a los causantes de la muerte de mi familia, sin embargo, al final he comprendido que no me parezco a él. Ni tampoco soy como mi padre.

No estoy hecha para esta vida, es más, la detesto. Como dice la tercera ley de Newton: «para avanzar hay que dejar algo atrás», y siento que ha llegado el momento de enterrar todo lo que me produce dolor.

Me agacho a los pies de la cama y saco de debajo del colchón el libro de *La Ilíada*. Acaricio su tapa y vuelvo a donde Atlas me espera con mirada interrogante.

Resulta metafórico que permanezca totalmente desnudo cuando yo voy a abrirme en canal ante él.

—Este libro perteneció a mi padre —comienzo a decir—. Reconozco que es una historia increíble, pero no es por eso por lo que

lo conservo precisamente, sino porque es lo único que me queda de él.

—No te entiendo. Hablas en pasado, y hasta donde yo sé tu padre sigue vivo. —Frunce el ceño.

—Alfonso no es mi verdadero padre, eso no quita que ahora lo sienta como tal. —Trago saliva, intentando hacer desaparecer el nudo que se me ha formado en la garganta—. No me llamo Katrina Díaz, mi verdadero nombre es Catalina Vargas —confieso, mirándolo a los ojos—. No sé hasta dónde puede sonarte ese apellido, o incluso si lo hace, pero hace años esta fue mi casa.

Durante unos segundos que se me hacen eternos solo me mira. Lo hace con tanta intensidad que me siento ridícula aquí parada, frente a él, en ropa interior.

Busco el vestido en el suelo y me lo pongo.

A él parece que no le molesta su desnudez cuando me quita con lentitud el libro de las manos y habla:

—Hace tanto que no se escucha ese apellido…

—¿Trece años?

Alza la cabeza y compruebo que se le oscurece la mirada; el tono de voz le cambia a uno asombrado

—¿Eres hija de Alejandro Vargas?

A pesar del escalofrío que me produce escuchar el nombre de mi padre salir de sus labios, asiento.

—Sí.

—No puede ser… Hasta donde recuerdo, todo el clan Vargas falleció en un trágico incendio.

Se me escapa una risa amarga y esta vez él sí se mueve para recoger su ropa y vestirse.

—En realidad, no fue así como sucedió —le aclaro, decidida a contarle toda la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre y mi tío Darío llegaron a un acuerdo con Rafael Mendoza, creyeron que unir ambos cárteles sería beneficioso para ambas partes, y lo que deberían haber previsto es que tu tío aprovecharía un día que era para festejar para acabar con ellos y arrebatarles todo. El día de mi decimoquinto cumpleaños se convirtió en eso mismo —señalo la ventana—, en una masacre…

Le relato cada cosa que recuerdo, el pánico que sentí al escuchar los disparos, cómo terminé oculta bajo la mesa y vi a Mendoza acabar con la vida de mis padres. El que la familia Díaz se convirtiesen en mis ángeles de la guarda y que he estado planeando este encuentro durante trece años.

No me guardo nada, una vez que comienzo, hablo con la pena y la rabia desgarrándome el corazón mientras él me escucha atento.

—Siento tanto por lo que tuviste que pasar… —se lamenta en

un susurro, retirándome con sus pulgares las lágrimas que al final no he podido retener—. No lo recuerdo del todo bien porque yo tendría dieciocho o diecinueve años y acababa de montar mi primer restaurante, pero sí que me acuerdo que mi tío se quedó hecho polvo tras aquello.

—Todo mentira. —Aprieto lo dientes, furiosa.

—Sí, ahora lo veo. Es cierto que a partir de ese momento nuestro negocio prosperó. Hasta ese entonces mi tío apenas transportaba droga a Estados Unidos, pero gracias a la alianza con los Vargas tuvo el control de la frontera —murmura, perdido en sus recuerdos—. Maldita sea, debí darme cuenta de que aquella desgracia no fue fortuita, tiene la firma de Rafael por todos lados —concluye mientras comienza a pasearse por la habitación—. No puede enterarse de esto, Katrina, Catalina… Joder, no sé ni cómo llamarte. —Me lanza una mirada de encontrarse desubicado.

—Kat está bien. —Me acerco hasta él para pararlo y le acaricio el brazo.

—No puede saber que sigues viva, Kat. —Envuelve mi cara entre sus manos—. Ahora mismo tú representas más peligro para él que el jodido del Santo. Temería que pudieses arrebatarle todo cuanto tiene.

—Eso es justo lo que quiero, Atlas.

—¡¿Estás loca?! Te matará en cuanto te descubra.

Me deshago de su agarre y voy en busca del libro, que lo ha dejado sobre la cama.

—Aquí están todos los contratos que en su día firmaron las partes implicadas y que demuestra que a tu tío solo le cedían parte de las rutas, pero el control total seguiría en manos de los Vargas.

—¿Eso es lo que quieres? —Me mira decepcionado—. ¿Quieres convertirte en la Reina de la Coca?

—Maldita sea, Atlas, ¡claro que no! A mí nada de esto me interesa. ¿Sabes la cantidad de dinero que me dejó mi padre? No tendría vidas suficientes para gastarlo. ¡Si hasta le regalé una flota de barcos mercantes a Alfonso para que montase su empresa y así llamar la atención de Mendoza!

—¿Me estás queriendo decir que el trato con los rusos es una mentira?

—No. Todo eso es real. Como bien has dicho antes, la vida te lleva por una serie de circunstancias que de ti depende si te interesa aprovecharlas.

—Cuando te dije eso es que yo estaba dispuesto a aprovecharme de las circunstancias para intentar crearme un futuro, sin embargo, en tu caso todo ha girado a qué, ¿al rencor, al odio, venganza quizá? —Me aferro al libro al escuchar sus palabras—. La

vida te otorgó una segunda oportunidad tras perder a tu familia, pero parece que no has querido aprovecharla.

—Mató a mi familia —me tiembla la voz.

—Y te matará a ti si sigues obsesionada con él.

Niego sucesivamente con la cabeza y me resbala una lágrima que limpio de inmediato.

—Esto ha sido un error. —Le doy la espalda—. Pensé que tú más que nadie me entenderías.

—Lo que entiendo es que apenas has vivido durante estos trece años.

Que me toque y me hable con esa delicadeza me duele más. Es como si dijese: «pobre Katrina, pobre niña tonta que no superó la pérdida de su familia…».

Pero ¿cómo se puede superar cuando sabes que el culpable cada vez se hace más poderoso?

No debí dejarme llevar por los sentimientos que Atlas despierta en mí. Rodrigo llevaba razón, quizá me he enamorado como una estúpida a la primera caricia.

—Será mejor que te marches —le digo acongojada.

—Kat…

—Por favor.

En estos momentos, lo que menos necesito es ver reflejado en sus ojos la lástima.

—No quiero dejarte sola.

—Eso es precisamente lo que necesito en este instante. —Me giro sin querer esconderme.

Se acabó ser una cobarde.

—Si es lo que deseas…

Asiento e intento que mi corazón se recubra de escarcha.

Sin embargo, es tan fácil pensarlo y tan difícil llevarlo a la práctica que, cuando sale de la habitación y me quedo sola, solo me quedan fuerzas para apagar la luz, aún vestida y con el libro entre los brazos, tumbarme en la cama y llorar sabiendo que Atlas está en lo cierto.

Puede que lo que más me duela es que en el fondo sé que tiene razón, llevo más de una década retroalimentándome en un círculo vicioso, el cual yo misma he creado. Y lo que es peor, arrastré a los que me apoyaron de manera incondicional conmigo. Pero ¿cómo salir cuando toda mi vida ha girado en torno a él?

De repente, un ruido me despierta, me he quedado dormida por puro agotamiento.

Siento la piel erizada a causa del frío, me giro y descubro la ventana abierta de par en par. No recuerdo que la hubiese dejado abierta, y me reafirmo en que no lo hice cuando, de repente, veo una

sombra que se cierne sobre mí.

Lo último que escucho antes de que mi asaltante me tape la boca con un pañuelo y note como poco a poco pierdo la consciencia es un «lo siento» en una voz que me resulta familiar.

Capítulo 29

«La belleza y la fealdad son un espejismo porque los demás terminan viendo nuestro interior»
Frida Kahlo

Katrina

—Parece que despierta.

—Aléjate y no la atosigues.

Escucho voces a mi alrededor cuando siento que vuelvo en mí.

Lo primero que noto es como se me va formando un incipiente dolor de cabeza y lo segundo que estoy recostada sobre una superficie mullida, ¿una cama, un sofá quizá?

Empiezo a tener el control de mi cuerpo e intento mover mis brazos y mis piernas a pesar de que percibo mis movimientos lentos.

Intento hacer memoria de lo que ha ocurrido, pero me cuesta hacerlo a causa de la neblina que empaña mi mente. Lo último que recuerdo es que me encuentro con Atlas, la pena que sentí al no recibir la reacción que esperaba por su parte. No debí sincerarme, pensé que justo él me entendería, sin embargo… Oh, Dios, ¡la sombra en mi habitación!

Me incorporo de golpe al acordarme de todo y me sobreviene un mareo. Todo a mi alrededor da vueltas, por eso cierro los ojos y me sostengo con una mano la cabeza, esperando que el mundo deje de girar. Pierdo la batalla, me inclino a un lado y acabo vomitando.

—Qué elegancia.

—Shhh…

Tengo medio cuerpo apoyado, ahora lo sé, en el brazo de un sofá, la garganta me arde por el esfuerzo de mis arcadas; con todo y con eso, abro los ojos y giro la cabeza a un lado.

—Me drogaste. Me drogaste y después me secuestraste —lanzo la acusación y miro con odio, a través del pelo que tengo pegado a la cara, a la persona que tengo frente a mí.

—No tuve elección, dudo que me hubieses acompañado por iniciativa propia.

—Visto lo visto, lógico que no lo hiciese. ¿Qué hago aquí? —pregunto con un gruñido, intentando volver a una posición más vertical.

Cuando lo consigo e intento que mi estómago no vuelva a

rebelarse, taladro con la mirada a mi secuestrador, o debería decir mi secuestradora, que no es otra que la madre de Atlas.

—Nadie va a hacerte daño —dice Gabriela con cierto tiento, como si estuviese lidiando con un animal salvaje.

Puede que esté en lo cierto, en estos momentos estoy tan cabreada y tan alerta que saltaría a la mínima sin importarme las consecuencias.

Qué tonta he sido, cuando la vi por primera vez, sentí lástima de la mujer por lo vulnerable que parecía parada al lado de Mendoza. No sé de qué me extraña, si son perros de la misma camada.

—¿Esperas que me fíe dadas las circunstancias? —Señalo al hombre a su lado, que juega con una pistola entre sus manos.

—Guarda eso, Santiago —le ordena.

—¿Esta es entonces la *chamaca* que se *coge* mi hermano? Tiene buen gusto el muy *pendejo*…

¡¿Cómo dice?!

—¡Santiago! —lo amonesta Gabriela.

Sin embargo, estoy tan sorprendida por lo que acaba de decir él que no le presto atención a ella.

—¿Eres Cruz?

Me fijo con detenimiento en sus rasgos y no me cabe la menor duda de que estoy en lo cierto. Es tan parecido a su tío que es como si estuviese viendo una versión de Mendoza mucho más joven.

Los engranajes de mi mente se activan, ¿sabrá Atlas que está vivo? ¿Habrá sido todo una artimaña desde el principio? De repente, abro los ojos y la boca cuando encajo las piezas del puzle.

—¡Eres el Santo!

Y esta vez lo afirmo en vez de preguntarlo. La sonrisa de medio lado siniestra que me dedica me hiela la sangre.

—Él no es el Santo, sino yo.

«¡¿Me están jodiendo?! ¿Qué clase de broma macabra es esta?», pienso, posando mi vista, totalmente alucinada, en Gabriela.

—¿Me tomas el pelo?

Santiago, Cruz… o como coño quiera que se llame, sigue sonriendo al lado de su madre. Porque supongo que lo será, ¿no? Aunque después de esto, ya me espero cualquier cosa, y jugando con la pistolita, que todo hay que decirlo, me tiene acojonada por si se le resbala.

—No sé por qué te asombra tanto que el Santo sea una mujer, sobre todo tú.

—Lo de que sea mujer me importa tres cojones…

—Menuda boquita, guapa —silba Cruz, y lo ignoro, centrada en Gabriela.

—Perdona que me sorprenda, pero teniendo en cuenta toda la

escabechina que está haciendo «el Santo» —entrecomillo con mis dedos— y que es tu hermano…, pues muy normal no es.

—Rafael es el diablo independientemente de que seamos familia. —Cruza las piernas con elegancia.

Eso no puedo discutírselo.

Me paso las manos por el pelo enredado y me masajeo el cuero cabelludo. No sé con qué mierda me durmieron que me encuentro mareadísima.

Todo es tan surrealista que me va a explotar la cabeza.

—¿A qué te refieres con lo de «sobre todo yo»? ¿Y por qué estoy aquí? ¿Qué vais a hacer conmigo?

«Si me quisieran muerta, ya lo estaría, ¿no?».

Eso es lo único que me consuela. Ha sido tan fácil sacarme de la casa que lo sería igual pegarme un tiro, y por ahora sigo ilesa.

—Quiero que me ayudes —declara Gabriela.

—¿Yo? ¿Qué crees que puedo aportar?

—Nunca olvido una cara, y nada más verte es como si hubiese retrocedido en el tiempo. —Estoy ya lo bastante nerviosa con toda esta situación, no obstante, escucharla hace que roce la histeria—. Eres la viva imagen de tu abuela.

Escondo las manos debajo de los muslos, ya que no quiero que se den cuenta de lo que me tiemblan.

—No tengo ni idea de qué hablas…

Me felicito a mí misma por que mi voz salga sin titubear.

—No te hagas la *mensa*, Catalina Vargas de Luna —me increpa Cruz, dando un paso amenazante en mi dirección.

Me quedo paralizada cuando menciona mi nombre completo, apellido materno incluido.

—Y-yo no…

—Ya te lo he dicho, Katrina, nadie aquí quiere hacerte daño. —Le lanza un vistazo a su hijo y hace un gesto para que se aparte de mí—. No es casualidad que estés aquí, al igual que no lo es que mi hijo fingiese su muerte.

—¿Atlas está al tanto?

—Él no pinta nada en este asunto —interviene Cruz, molesto.

—Pero… ¡Es tu hermano! —Y mirando a Gabriela añado—: Tu hijo está en esta situación por salvarte a ti y a él mismo de ir a la cárcel.

—No estaba previsto que Atlas acudiese al almacén aquella noche. Si lo hubiese sabido, habríamos aplazado todo, pudo haber muerto. —Niega mientras se le empañan los ojos de lágrimas—. Por suerte, salió con vida y no me quedó más remedio que llegar a un trato con la DEA para mantenerlo a salvo.

Desvío mis ojos hacia Cruz, y algo en su semblante no me

gusta, juraría que a él poco le hubiese importado el destino de su hermano.

—No lo sé con certeza, sin embargo, siempre he intuido que Rafael tuvo que ver en la muerte de la familia Vargas. Y al presentarte aquí bajo otro nombre, supe que no iba mal encaminada. Lo que me sorprende es que él no te haya reconocido.

»Conocí a tu familia en la boda de tus padres, yo tenía unos catorce años y Rafael ya controlaba el cártel de los Guajes de Sinaloa. En cierto tipo de celebraciones se tiene por costumbre invitar a los líderes del resto de cárteles, y existe una ley no escrita que durante el festejo permanece una especie de tregua. El narco que no es convidado lo siente como una ofensa, y eso puede derivar en futuras guerras criminales. Tu padre conocía las reglas dentro del narcotráfico y fue un hombre justo. Invitó a la gente más importante del estado de México, y todos lo felicitaron tanto por el enlace como por lo bien que manejaba el cártel de los Vargas.

Siento una presión en la garganta que me cuesta incluso tragar al escuchar hablar a Gabriela con tanta admiración de mi padre. Sé que no debería estar orgullosa sabiendo a lo que se dedicaba, pero no puedo evitar sentirme así.

»Esa fue la primera vez que vi que mi hermano fue devorado por la envidia. Codiciaba el respeto que suscitaba Alejandro en los demás, en todos los contactos que consiguió por su buen trabajo en el norte. No tengo que decirte cómo era tu padre, tú mejor que nadie lo sabrás, pero era una persona muy influyente. Eso le hizo convertirse en el rey de los narcos. Cada clan quería asociarse con él. Buscaban cerrar cualquier trato que estuviese dispuesto a ofrecer porque se sabía que sería fructífero. Todo lo que pasaba por las manos de los Vargas se convertía en oro.

—Y ahora vosotros queréis apropiaros de lo que tiene de la misma forma en que se le arrebató a mi familia —digo con toda la rabia que acumulo—. ¡No eres distinta a él! —le grito, sin controlar mis lágrimas.

—Te equivocas. Yo no quiero nada, por mí puede pudrirse su negocio. Yo lo que quiero es matarlo.

Esta mujer es un témpano de hielo, ni siquiera pestañea al soltarlo.

—¿Por qué? —le pregunto, restregándome la cara con el dorso de la mano.

—Tengo mis razones. —Me retira la mirada.

—No es justo. Parece que tú lo sabes todo sobre mí, me pides ayuda y no me das nada a cambio.

—Tampoco te sientas tan importante, podríamos terminar con él sin tu ayuda —manifiesta Cruz.

—Si eso es así, ¿por qué me habéis traído aquí?

Al decir esto último, miro el entorno que me rodea. Por sus columnas y su techo de uralita, estamos en una especie de nave industrial. Hay una zona acondicionada con varios sillones, que es donde nos encontramos. Supongo que este lugar es el centro de operaciones. No sé a cuánta distancia nos encontraremos de la hacienda, no debemos estar muy lejos ya que aún no ha salido el sol.

—No queremos que lo que sea que estés tramando contra Rafael se interponga en nuestros planes.

—¿Qué te hace pensar que tramo algo?

—¡¿Crees que somos estúpidos?! ¿Por qué, si no, estarías aquí?

No tengo oportunidad ni de gritar cuando Cruz se abalanza contra mí, me sostiene del cuello con una de sus manos y aprieta, privándome de oxígeno.

—¡Suéltala, Santiago! —Se levanta Gabriela. Tarda unos segundos en obedecer la orden de su madre, y una vez que lo hace, de mala gana, toso.

—¡No la necesitamos! Deberíamos acabar con ella aquí y ahora, no es más que un estorbo.

Me cago. Tiene la mirada tan enloquecida que estoy segura de que lo llevaría a cabo.

—Ya que no eres capaz de controlarte te largas, no más, ¿me oíste? —Le señala la salida y él la observa furioso—. ¡*Ándale*! —le grita, despachándolo.

Cuando Cruz se va, visiblemente molesto, Gabriela toma asiento a mi lado en el sofá y yo me apretujo contra el respaldo para separarme tanto como puedo de ella.

Está visto que todos en esta familia están desquiciados, el único que por ahora se salva es Atlas, o puede que piense eso debido a los sentimientos que despierta en mí.

—Disculpa, Santiago desde chiquito ha tenido problemas para controlar su ira, pero desde un tiempo hacia acá necesita que esté más encima de él. —Se muestra apenada. Sin embargo, yo no siento ningún tipo de empatía hacia una persona que es incapaz de dominar sus impulsos.

Me toco el cuello dolorido; por un instante he pensado que me aplastaría la tráquea.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué permites que uno de tus hijos se convierta en un sicario y al otro lo pones en riesgo colaborando con la DEA?

—Si los he puesto en esta situación, precisamente es porque los amo. Daría mi vida por mis hijos, por los dos por igual a pesar de lo diferentes que son. Son lo único real que tengo.

Apoya los codos en sus piernas y entierra la cara en sus manos.

Cuando la vi en la mañana por primera vez, me sorprendió que una mujer tan joven tuviese un hijo de la edad de Atlas, ¿qué puede tener, unos treinta o treinta y dos años? Cuando ella no aparenta más de cuarenta. Sin embargo, verla en esta postura, abatida, es como si le hubiesen caído varios años de golpe.

—Mi vida, como la de muchas otras personas, no ha sido fácil. De cara a la galería pueden pensar que soy una desagradecida; he vivido rodeada de lujo, no me ha faltado ni un peso para adquirir lo que desease, pero todo tiene un precio, y yo lo pagué caro.

—Esa herida —le señalo el labio—, fue él, ¿verdad? Te la hizo tu hermano.

Asiente.

—Esto es solo un golpe superficial, Katrina, las verdaderas heridas, las que no son capaces de sanar, son las que llevamos por dentro.

»Llevo toda la vida luchando contra el miedo a la humillación, a soportar la injusticia. Durante años he acumulado motivos suficientes para matar a mi propio hermano, y no lo he hecho porque, si no lo conseguía, ponía en peligro a mis hijos. No hay nada que me hubiese dolido más que me arrebatasen lo que más quiero. Rafael lo sabía, y desde que los tuve en mi vientre se ha aprovechado del amor incondicional que siente una madre para seguir controlándome.

—¿Qué ha cambiado ahora? —le pregunto muy interesada.

—El hombre con el que estaba casada, porque a esa persona me negaba a llamarla mi marido, en uno de sus cuelgues bajo los efectos de la droga le desveló a Santiago algo que, durante años, he procurado ocultar. Le confesó que su verdadero padre no era otro que Rafael.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevo una mano a la boca, desbordada ante esa realidad—. Pero él es tu…

—¿Hermano? —Sonríe con tristeza.

—No lo entiendo.

—Tampoco hay mucho que entender, desde que tengo uso de razón, Rafael siempre ha sido demasiado sobreprotector conmigo. Yo, en mi mentalidad infantil, pensaba que eso era lo normal. Era el mayor de mis hermanos, actuaba más como el cabeza de familia que mis propios padres. Al cabo de unos años, mi familia falleció y solo quedamos él y yo. Me crie bajo su yugo, era igual de duro y autoritario como es ahora. Y a mí no me quedaba más remedio que acatar sus órdenes, era cuanto me quedaba en la vida.

»Justo poco tiempo después de la boda de tus padres, Rafael se volvió más despiadado de cómo era, que ya es decir. Quería conseguir en Sinaloa lo que el cártel de los Vargas tenía en el resto del país. Sin embargo, no hay peor respeto que el que se basa en el miedo porque, con el tiempo, ese sentimiento se transforma en resentimiento.

»Durante aquella época apenas lo veía, siempre andaba de viajes con asuntos del cártel. Yo tenía quince años y estaba en la edad en la que empecé a interesarme por los chicos. Había uno algunos años mayor que yo que trabajaba en la hacienda en la que vivía que me llamaba la atención; cada vez que me cruzaba con él sentía su mirada en mí, y eso me gustaba. Fui siempre una niña introvertida debido a lo autoritario que era mi hermano conmigo, nunca me desenvolví bien en las relaciones sociales. No tenía amigas, de todas formas, Rafael nunca lo hubiese permitido.

»Por una vez en la vida quise ser valiente y tomar la iniciativa. Me acerqué a aquel chico y entablé una conversación con él. No fue nada del otro mundo, pero en ese rato que pasé con él las mariposas no pararon de revolotear en mi estómago. ¿Crees en el amor a primera vista? —me pregunta de repente.

Estoy a punto de negar, sin embargo, pienso en lo que siento por Atlas desde nuestro primer encuentro y dudo.

—No estoy segura de si existe —confieso, siendo sincera.

—Yo lo viví, Katrina. Apenas conocía a aquel muchacho, pero en mi fuero interno sentía que lo amaba. Era atento, respetuoso y, lo más importante, fue el primero en verme y tratarme como una persona normal.

—¿Qué pasó con él? —le cuestiono, cada vez más interesada.

—Pasó lo que sabría que ocurriría: lo condené a muerte.

—Oh, no…

—No sé cómo, Rafael se enteró de nuestras charlas, puede que se lo contase alguno de sus hombres, el caso es que yo no sabía que había regresado hasta que sentí que me despertaba con muy malas formas, me sacaba de la cama en plena madrugada y, en camisón como estaba, me llevó hasta las cuadras.

»Allí se encontraba Cristóbal, que es como se llamaba el muchacho, colgado por sus muñecas a una viga y totalmente desnudo. Mi hermano no abrió la boca ni me dirigió la palabra, solo se acercó a él y, con una azada, le amputó el miembro. Mis gritos se entremezclaron con los de aquel chico, pero nadie acudió a salvarlo y terminó muriendo desangrado.

—Es un demonio, Gabriela, tu hermano es el mal reencarnado —le digo compungida.

—Eso no fue lo peor que hizo aquella noche.

«Madre mía, ¿todavía hay más? No sé si estoy preparada para saberlo, ya que intuyo por dónde van los tiros».

En lugar de poner voz a mis pensamientos, permanezco en silencio dispuesta a soportar la verdad. No debe ser fácil para Gabriela relatarlo y, a pesar de la forma en la que me ha sacado de la habitación, siento una fuerte compasión hacia ella.

—Él se volvió loco al escuchar mis gritos, me golpeó con tanta fuerza que pensé que aquella noche me mataba. Ojalá hubiese sido ese mi destino, ya que lo que vino después fue aún peor. Me dijo que si lo que quería era ser una puta, él se encargaría de demostrarme cómo se trataba a una.

»Estaba tendida sobre el suelo lleno de resina a causa de la paliza que me había propinado, se lanzó contra mí, rasgándome el camisón, y me violó. En mi mente no paraba de resistirme, pero mi cuerpo dolorido no cooperaba. Era un castigo por querer comportarme como una chica de mi edad. Me estaba maltratando por mi comportamiento, y mientras me violaba, agarró el miembro de Cristóbal y me lo introdujo en la boca gritando: «¿esto es lo que querías, zorra?». Me aseguró que justo ocurriría lo mismo si volvía siquiera a mirar a otro hombre. Él decidía por mí, y así lo hizo. Pocos meses después de aquello, me mandó a Estados Unidos y me casó a la fuerza con Henry. Rafael era mi tutor, ya que yo solo tenía dieciséis años. Me planteé más de una vez suicidarme, y si no lo hice fue porque estaba embarazada. Esa criatura no era la culpable de pecados ajenos.

A esta altura del relato, estoy llorando con tal pena que me duele el pecho.

—Lo siento tanto, Gabriela, tanto… —le digo de corazón.

—No te he contado esto para que me tengas lástima, si lo he hecho es porque necesito que entiendas por qué estoy haciendo lo que hago. Cuando Henry le contó la verdad a Santiago, mi hijo vino en mi busca medio loco. Por desgracia, él ha heredado la parte despiadada de Rafael.

»Intenté desmentirlo, decirle que Henry era un jodido drogadicto que no sabía lo que decía, pero mi hijo es listo y no se lo creyó. Me juró que lo mataría, que le haría pagar por lo que nos hizo, y conociendo a Santiago, lo impulsivo y rencoroso que es, sé que lo haría. Por eso no me quedó más remedio que intervenir. Si se pensaba llevar a cabo, por lo menos que se hiciese bien.

»Me entenderás si te digo que llevaba años planeando mi venganza. Nunca creí que la pudiese ejecutar, pero pensar en ello era lo único que me mantenía cuerda.

«Por supuesto, claro que la comprendo. Llevo trece años pensando en lo mismo».

—¿Atlas también es hijo de tu hermano?

—No. Rafael no volvió a tocarme de esa manera, pero me entregó a otro monstruo que me embarazó de la misma forma. Creo que odiaba el hecho de que la mujer que le habían entregado esperaba un hijo que no era suyo. Aunque nunca lo verbalizó, Henry temía tanto a Rafael Mendoza, que cuando mi hermano se enteró de que

estaba embarazada de Atlas, se encargó de que a Henry se le quitasen las ganas de volverme a tocar. Por desgracia, él corrió mejor suerte que Cristóbal.

—No me quiero imaginar cómo ha sido tu vida. —Es madre de dos hijos, pero ambos se engendraron desde el abuso, en vez de que fuesen creados desde el amor.

—Yo creo que sí lo entiendes, por culpa de Rafael tu vida se ha visto también condicionada. Somos dos caras de la misma moneda, Katrina.

—No, Gabriela. Yo escogí ese nombre porque me creía que era un huracán, pero tú… —Tomo aire—. Tú eres la auténtica Catrina. Eres la diosa de la muerte, y pienso ayudarte en todo lo que necesites —declaro, uniendo nuestras manos.

Capítulo 30

«Escoge a una persona que te mire como si quizás fueras magia»
Frida Kahlo

Atlas

Me despierto con los rayos del sol calentando mi cara. Tras salir del dormitorio de Katrina, o Catalina, me dirigí a otra de las habitaciones libres en el ala opuesta de la casa, en caso de que a Emma le diese por regresar a la nuestra. Aún no me creo todo lo que descubrí anoche, me parece increíble que Kat sea hija del famoso Alejandro Vargas.

Entiendo que debe ser duro estar en el lugar que te pertenece por derecho, que quien acabó con toda tu familia se lo haya apropiado y quiera hacer algo al respecto. Pero ¿qué pretende presentándose aquí? ¿Cree que ella, con la ayuda de Rodrigo, podrán plantarle cara a mi tío? Si fuese tan fácil, hace años que eso hubiese sucedido; muchos lo han intentado y ninguno lo ha conseguido.

Sé que se sintió decepcionada al no recibir por mi parte la reacción que esperaba. Sin embargo, lo hice por su bien. No puedo alentarla a que siga adelante con su venganza sabiendo que la llevará directa a una muerte segura.

Tengo que hablar con Emma, necesito que hable con sus superiores y que agilicen la detención de Rafael. Sé que no tenemos mucho que ofrecerles, pero no podemos demorarlo más. De lo contrario, si no actuamos cuanto antes, se derramará mucha sangre. No pienso permitir que mi tío descubra quién es e intente acabar con ella, antes soy capaz de matarlo con mis propias manos.

No soporto más estar tumbado, me restriego la cara con las manos y salgo de la cama. Ni siquiera la deshice, ni me desvestí, solo me dejé caer sobre el colchón y esperé con ansia que el sueño me alcanzase. Necesitaba desconectar mi mente durante unas cuantas horas.

Una vez en el pasillo, pongo rumbo a mi dormitorio. Preciso una ducha con urgencia. En el momento que estoy cruzando de un lado de la casa al otro, veo subir a Katrina y a mi madre por las escaleras. Ellas, nada más verme, se quedan paradas en los peldaños. Kat y yo nos observamos en silencio con intensidad, es mi madre quien lo rompe cuando habla.

—Qué madrugador, cariño.

—Podría decir lo mismo de vosotras.

—Esta noche se celebra el Día de los Muertos, hay mucho que organizar y anoche Katrina se ofreció a ayudarme a preparar todo.

Alzo una ceja, escéptico. Apenas son las seis de la mañana.

—¿Tienes un momento? —le pregunto a la morena que tiene mi mente aturullada—. Me gustaría comentarte un asunto.

Ella mueve la mirada entre mi madre y yo un tanto nerviosa.

—Lo siento. Esto… yo… mejor en otro momento —me da largas.

Sube los escalones que le quedan y desaparece por el pasillo que lleva a su cuarto.

—Deberías ser un poco más disimulado, hijo. Tus ojos te delatan. Si tu tío llega a percatarse de cómo la miras, estaréis en serios problemas.

—Estoy cansado de tener que contenerme durante toda la vida por miedo a las represarías. Así no se puede vivir —le digo, cabreándome por momentos

Y el día no ha hecho nada más que empezar.

—Aguanta un poco más, Atlas, pronto todo esto habrá acabado y tu tío al fin desaparecerá de nuestras vidas.

—¿Qué te hace pensar que lo conseguiremos? En dos meses no hemos logrado ni un puto avance. Tenemos lo que ya sabíamos: que Rafael controla los envíos de droga a Estados Unidos. ¿Aparte de eso? Ni una puta prueba que lo incrimine. —Paso mis manos por el pelo, molesto—. Al final pagaremos nosotros y él, para no variar, se irá de rositas.

—No seas derrotista.

—Soy realista, que es distinto. ¡No sé cómo permitiste que llegásemos a esta situación! —Conforme el reproche sale de mis labios, me arrepiento—. Disculpa, apenas he pegado ojo y estoy pagando mi frustración contigo.

—Llevas razón, hijo. Al teneros os arrastré a tu hermano y a ti a esta vida.

—Tú no fuiste la culpable de la muerte de Cruz, mamá. —Bajo los escalones y la estrecho entre mis brazos—. Al final, nosotros al crecer tomamos la decisión de quedarnos en este mundo. No he debido decir lo que he dicho, pero… Esto me supera, madre. Ver que pasan los años y que Rafael sigue saliéndose con la suya, es como si fuese intocable. Haga lo que haga, parece que es inmune.

Mi madre me aprieta por la cintura y retira su cabeza de mi pecho unos centímetros para poder observarme. Tiene la mirada vidriosa y puedo leer en ella la desesperación, ya que es la misma que siento yo con todo este tema.

—No sé a quién habrás salido, pero tú eres una buena persona, Atlas. Desde pequeño supe que nunca has pertenecido a este mundo. —Sale del todo de entre mis brazos y me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos—. No he sido la mejor madre, debí protegeros.

—No digas eso. Lo hiciste lo mejor que pudiste dadas las cartas que te tocaron.

—Eso no me justifica. Estás en lo cierto, no debí permitir que llegásemos a esta situación, y ahora ve a darte una ducha y a cambiarte de ropa, apestas al perfume de Katrina.

Mientras me entretengo en estirar la camisa y llevármela a la nariz e inhalar, mi madre se marcha. Lleva razón, mi ropa está impregnada con su olor. Ojalá fuese solo eso, ya que me temo que la esencia de Katrina ha conseguido dejar huella en otros lugares de los que es difícil eliminarla.

Entro a la habitación que comparto con Emma y compruebo que sigue durmiendo. Intento hacer el menor ruido posible cuando me dirijo a la ducha con un traje a medida limpio.

Me tiro un buen rato debajo del agua, intentando dejar la mente en blanco, pero me es imposible con todo lo que tenemos encima. No tenía bastante con el trato al que llegué con la DEA, que voy y me fijo en una mujer que, hasta donde pensaba, debería estar muerta, y como siga con lo que tenga previsto hacer, es justo como acabará si Rafael descubre quién es.

Noto un pinchazo en el pecho ante ese destino. Por muy poco tiempo que hace que conozca a Kat, ha conseguido traspasar mis barreras. He conocido a infinidad de mujeres a lo largo de mi vida, sin embargo, ninguna ha despertado mi curiosidad y mis instintos tanto como lo ha hecho ella. Agita algo en mi interior que no puedo explicar.

Cuando me doy cuenta de que estar bajo el agua no me va a ayudar a encontrar respuestas, cierro el grifo, me anudo una toalla a las caderas y utilizo otra para frotarme el pelo. En esas estoy cuando me percato de la presencia de Emma, en camisón y despeinada.

No es esa visión la que me deja paralizado, sino percatarme de que me apunta con una pistola.

—¿Qué haces?

—¿Sabías que tu hermano está vivo? —Hace su pregunta con un tono de voz sereno que no casa en absoluto con su postura intimidatoria.

—¿De qué mierda hablas? ¿Estás sonámbula o qué? —Me relajo y doy un paso para salir de la ducha.

—¡No te muevas! —exclama, afianzando la empuñadura del arma.

—¿Qué coño te pasa, Em?

—Contesta, ¡maldita sea! ¿Sabías que Cruz sigue vivo? ¿Lo planeasteis todo para jugársela a la DEA?

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Crees que yo urdiría algo así? Te recuerdo que casi muero yo también aquella noche. En cuanto a lo de Cruz… Si esto es una de tus bromas, no tiene ni puta gracia.

Le doy un golpe a la mano donde lleva la pistola de malas maneras, para que deje de apuntarme, y paso por su lado con un cabreo monumental, dirigiéndome al dormitorio.

En este tiempo a su lado he comprobado que Emma tiene un humor muy particular, pero esta broma se lleva la palma.

—Hablo en serio, Atlas. ¿Viste su cuerpo? —Siento el cañón presionar mi espalda. No sé qué pretende con semejante actuación.

Me giro despacio sobre mi propio eje y ahora el tubo metálico del arma, oprime mi pecho.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —murmuro. Tengo los dientes apretados y la sangre hirviendo—. Mi hermano quedó hecho pedazos tras la explosión. Os pasaron el informe con las pruebas de ADN.

—Eso podría manipularse perfectamente. ¡Dime la verdad, joder! Sé que Cruz es el Santo.

Su declaración me cabrea tanto que con un solo movimiento me apodero de la pistola, le doy la vuelta, la inmovilizo y pego su espalda contra mi pecho.

—No sé qué puta broma macabra es esta, pero no me toques los cojones, Emma. Hasta ahora has conocido solo una parte de mí, no quieras ver mi lado malo —le susurro al oído.

Con los dedos ágiles de una mano, abro el cargador de la 9mm, la descargo y tiro las balas, que caen contra la alfombra a nuestros pies sin hacer ningún sonido.

Ella se remueve, intentando zafarse, sin embargo, la tengo bien apresada con mi antebrazo contra su cuello.

—Si lo que pretendéis es arrebatarle el cártel a tu tío, no pienso permitirlo.

—Cálmate de una maldita vez. —Pego un tirón a su cuerpo. «¿Qué mierda le pasa?»—. Pensé que ya se te habría pasado el enfado, ¿a qué viene esta gilipollez?

—Sé la verdad, no me trates de estúpida. Te lo has pasado bien riéndote de mí, ¿verdad? ¿Creías que, al ser joven, podríais engañarme? Escuché a Armando hablar por teléfono, lo hacía con el mismísimo Santo, que no es otro que tu hermano.

Escucharla hace que afloje mi agarre y ella aprovecha para contraatacar. Me asesta un codazo en el estómago, y del dolor, me encojo sobre mí mismo y la suelto. Ella se agacha para recoger a toda velocidad la munición, y antes de darle tiempo a que se haga con la pistola, le doy un puntapié y termina bajo la cama.

Suelta un gruñido de frustración y arremete contra mí, placándome con su hombro. Caemos en la cama, forcejeando.

Está colérica. No quiero hacerle daño cuando rodamos por el colchón y la vuelvo a inmovilizar, esta vez bajo mi cuerpo. A estas alturas ya he perdido la toalla, y quedo apoyado sobre ella totalmente desnudo.

No es algo que me preocupe en estos momentos.

—¡Confié en ti! —me escupe en mi cara con lágrimas en los ojos—. Pensé que eras distinto, pero eres igual de desgraciado que todos ellos.

—¿Qué quieres decir con que escuchaste a Armando?

De repente, siento que me aprisionan el cuello y tiran de mí con brusquedad.

—¡Apártate de ella, hijo de puta!

Mi espalda choca contra el suelo y me encuentro a Rodrigo encima de mí, dispuesto a lanzarme un puñetazo. Gracias a mis reflejos, giro la cabeza en el último segundo en que su puño intenta impactar con mi cara.

No me da tregua y el siguiente lo siento en las costillas. Intento defenderme, pero me encuentro en una postura vulnerable y él tiene total ventaja.

Cansado de ser su saco de boxeo particular, le placo otro golpe metiendo el brazo.

—¡¿Qué coño haces, joder?!

No entiendo nada. Es como si hubiese acabado participando en un drama shakespeariano.

—Deja de luchar, Atlas, os hemos pillado —dice Emma de pie, con la respiración agitada y apuntándome de nuevo con la pistola.

Ha debido cogerla de debajo de la cama mientras Rodrigo cargaba contra mí.

Por suerte, que ella hable hace que deje de golpearme, dándome un respiro, aunque me siga inmovilizando. Alza la cabeza y, con un gran mosqueo, le dice a Emma.

—Me prometiste que afrontaríamos esto juntos.

—No me pude resistir, vi la oportunidad y actué —responde ella de manera seria sin mirarlo, pues sus ojos no se apartan de mí.

—Maldita sea, ¿qué os pasa a vosotros dos? Os estáis equivocando. —Me revuelvo y Rodrigo aprovecha para lanzarme otro puñetazo.

«Hijo de perra», protesto, notando la quemazón en el costado.

—¿Qué es todo este jaleo? ¡Oh, Dios mío!

Giro la cabeza y veo a Kat en la puerta, observándonos con cara de susto.

—No sé qué creísteis escuchar, pero es imposible que Cruz esté

vivo —insisto, aprovechándome de la interrupción.

—¡¿Cómo lo habéis descubierto?!

«¿Qué…?».

Mis ojos, junto con otros dos pares, se posan en Katrina, alucinados. Vemos como cierra la puerta del dormitorio con prisa y, al girarse, dice:

—Él no tiene ni idea de que su hermano está vivo.

—¿Es que te ha cegado? ¿Cómo puedes estar tan segura? —le increpa Rodrigo.

—Porque yo misma me he visto con Cruz y sé que Atlas no miente.

Sus palabras caen sobre mí como un jodido bloque de plomo.

«¿Quién demonios es esta mujer?».

Capítulo 31

«Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarse a que te devore desde el interior»
Frida Kahlo

Rodrigo

—¿Qué quieres decir, Kat?

La observo, pero ella tiene sus ojos fijos en Atlas, aún debajo de mí. Ya no forcejea, es como si su cuerpo se hubiese quedado laxo ante las palabras de ella.

—En eso consistía tu venganza, ¿no? Al no conseguir mi apoyo, te las ingenias para buscarlo en otro Mendoza, hipotéticamente que se trate del verdadero Cruz.

¡Venga ya! En serio, Kat ha sido tan estúpida de desvelarle la verdad a Atlas.

Por la mirada dolida de ella y la resentida de él, me confirman que sí, que ha sido tal cual.

Me incorporo, recojo la toalla que está a mi lado y se la lanzo a Atlas. A él parece que le suda los cojones estar en bolas. Se levanta con lentitud, y con la misma parsimonia se cubre, dejando que veamos sus atributos.

—¡Yo no busqué a nadie, fue algo fortuito! —exclama Kat—. Cuando te marchaste…

—Parece que la noche te ha cundido —la corta él con tono desdeñoso.

—No nos importan vuestros líos de alcoba —interviene Emma. Su brazo no para de moverse y se debate en apuntar con la pistola de uno a la otra—. Explícate, Katrina. ¿Qué es eso de que has conocido al Santo?

Algo le cruza la mirada a mi hermana que no soy capaz de descifrar.

—Cuando se marchó de mi habitación —continúa, y señala a Atlas, que la escucha con las manos en la cintura con atención—, no podía dormir, pero supongo que me venció el sueño, y cuando desperté lo hice en… no sé… creo que era una nave industrial; allí estaba Cruz.

—¡Esto es el colmo! —salta Atlas—. Sois todos unos putos locos. —Nos señala—. ¿Primero me intentáis hacer creer que mi

hermano está vivo y ahora que él mismo te secuestró y nadie escuchó nada? ¡Idos a tomar por culo! —nos suelta cabreado, dejándonos allí plantados y alejándose al baño.

—¿Tú te has dado un golpe en la cabeza o qué te pasa? —le digo a Kat.

Ella se toquetea la frente nerviosa, sin dejar de mirar hacia donde ha desaparecido Atlas. Conozco lo suficiente a Kat para saber que está ocultando información.

Al cabo de unos segundos, suspira y se centra en nosotros.

—Cruz orquestó su muerte para así poder eliminar a Mendoza sin que sospechase de él.

—¿Eso te lo dijo Cruz?, ¿por qué? ¿Por qué confiaría en ti y te dejaría libre? —le pregunta Emma.

—Porque sabe quién soy en realidad y ambos queremos lo mismo.

—¡Me cago en la puta, Kat! —estallo.

—¿Qué quieres decir con que sabe quién eres? —Emma entrecierra los ojos.

—Eso, cuéntale. —Aparece Atlas por la puerta del baño, con los pantalones ya puestos y abotonándose la camisa—. Cuéntale quién eres según tú. Aunque quizá es otra de tus mentiras, al igual que eso de que mi hermano está vivo.

—Joder, Atlas, ¡despierta! Créeme cuando te digo que Cruz fingió su muerte —le grita Emma.

—Y yo te digo que eso es imposible. Esa noche murieron muchos hombres, entre ellos mi padre, y a punto estuve yo de hacerlo. ¿Crees que mi hermano estaría dispuesto a que eso sucediese solo por acabar con mi tío?

—Se suponía que tú no debías estar esa noche ahí —murmura Kat.

—Más razón para pensar que todo esto que contáis es mentira. Cruz mismo me pidió que asistiese.

—No… Se suponía que tú no debías estar —vuelve a repetir Kat, aturdida.

Emma y yo nos miramos entre nosotros.

—¿Cruz y tú teníais buena relación? —pregunto con tiento.

—¿Qué insinúas? —Avanza Atlas un paso en mi dirección.

—¿Y si tu hermano pretendía precisamente eso, acabar contigo y con vuestro padre para, una vez que elimine a tu tío, no tener que compartir nada? —comenta Emma.

Estoy con la rubia, si es cierto lo que dice Atlas y Cruz le pidió asistir, la única conclusión a la que llego es que lo sentía un estorbo.

—Entre él y yo no existía la mejor relación, era tan parecido a mi tío que daba miedo, pero eso no significa que quisiese matarme.

—En eso te equivocas —me adelanto—. Escuchamos a Armando confesarle a tu hermano que, Rafael coordinó el tiroteo que sufrimos al regresar de Veracruz.

—¿Por qué querría Rafael deshacerse de mí?

—Por la misma razón quizá que lo intentó tu hermano. Tú mismo has dicho siempre que quieres escapar de esta vida, y, para ellos, del mundo del narcotráfico solo hay una vía posible de salir —le dice Emma, y a pesar de que no suelta la pistola, por un instante veo la lástima reflejada en sus ojos.

Atlas niega, sin creerse nuestras palabras.

—Si es verdad que te has encontrado con él, dime algún rasgo que recuerdes de Cruz, algo que te llamase la atención —le pide a Kat.

—No sé si te refieres a la cicatriz que tiene en forma de media luna en el pómulo izquierdo.

Observo a Atlas, que pierde el color de la cara y da un paso hacia atrás, como si la sola mención de ese dato le hiciese darse cuenta de que no mentimos y su hermano está vivo.

No puedo culparlo por permanecer en tal estado de negación; que Cruz esté vivo no solo debe ser un *shock* para él, sino llegar a la conclusión de que quiso que él muriese en el proceso es difícil de digerir. Sin añadir que su tío ha intentado hacer lo mismo.

—¿Por qué dices que Cruz sabe quién eres? —pregunta Emma, retomando el tema de Kat.

A estas alturas, la rubia ha perdido fuelle y ha bajado el arma; continúa sosteniéndola, pero ahora a su costado, lo que agradezco. Bastante crispado está el ambiente, y más que se va a poner cuando le desvele nuestro secreto.

—Mendoza mató a la verdadera familia de Katrina, ella es la única heredera del cártel de los Vargas.

***

Emma

«No puede ser».

Todo aquel que trabaje para la DEA ha escuchado hablar del cártel de los Vargas; dominaban el tráfico de drogas en la frontera con Estados Unidos. Lo último que se supo de ellos es que fallecieron en un trágico incendio en la celebración del decimoquinto cumpleaños de la hija de uno de los líderes. En la administración del control de drogas siempre se creyó que esas muertes fueron ejecutadas por un cártel enemigo, más en concreto el de Rafael Mendoza. De hecho, a partir de ese momento, el departamento puso el foco en él, ya que

comenzó a tener mayor notoriedad en el tema del tráfico ilegal, pero al no haber pruebas contra él, esas suposiciones siempre fueron bombas de humo.

—¿Sabéis lo que habéis conseguido ocultándote? —Miro a Katrina—. Habéis sido partícipes de que Rafael Mendoza campe a sus anchas. Si hubieseis acudido a las autoridades…

—¡Las autoridades fueron las primeras que lo taparon todo! —me enfrenta ella.

—Puede que las de este país sí, pero no la de Estados Unidos.

—¿Tiene valor que digas tú eso? ¿La que degradaron porque acusó a parte de su departamento de corrupto? —se entromete Atlas.

—Parece que te has repuesto muy rápido tras descubrir que tu propio hermano ha querido matarte. —Lo fulmino con la mirada.

Él me la mantiene; creo que todo lo que está sucediendo nos está pasando factura y ha roto la confianza que pensé que habíamos creado.

—A ver, relajémonos, un poco —intercede Rodrigo.

—¿Y tú? ¿Qué sorpresas tienes tú guardadas? Porque parece que nadie resulta ser quién dice ser. —Levanto el arma y lo apunto a él directamente.

—¡Joder, Emma, baja la pistola! ¿No os dais cuenta de lo que ocurre? Nos estamos acusando los unos a los otros cuando lo que deberíamos hacer es permanecer más unidos que nunca. —«¡Vaya por Dios! Al final el musculitos va a resultar ser el más coherente de aquí»—. Que no se nos olvide que ahí fuera está nuestro verdadero enemigo, el de todos. —Nos mira de uno a otro—. Tú, avisa a tus superiores y que organicen un operativo cagando leches; tú —señala a Atlas—, ya lidiarás con tu hermano cuando todo se solucione, eso sí salimos con vida porque no lo tengo yo muy claro. Y tú… —Mira a Katrina y bufa—. Ya hablaremos tú y yo porque me tienes contento.

Me resulta tan sexi su actitud, que si no estuviese tan cabreada me lanzaría y le devoraría la boca, pero como lo estoy, y no me gusta que me ordenen, suelto en su lugar:

—¿Quién te ha puesto a ti al mando?

—¡Mis huevos! ¿Te vale? —Se toca el paquete con un gesto obsceno—. Esos son los que me han puesto al mando, ya que parece que soy el único que piensa con claridad— suspira y modula su tono —. Sé que es mucho pedir, pero ¿puedes avisar a tu gente, Emma?

—No puedo hacer eso, lo siento. Me estás pidiendo que me salte la ley. —Sin dejar de apuntarlos, me acerco hasta mi maleta y saco el móvil de repuesto que utilizo para ponerme en contacto con la DEA.

—No lo hagas, Emma —me suplica Katrina.

—¡¿Estás chiflada?! —exclama Rodrigo mirándola—. Eso es

precisamente lo que tiene que hacer si queremos tener una mínima oportunidad.

No sé por qué, pero mis ojos se desvían hacia Atlas. Por mucho que perciba la tormenta que se fragua en su interior, asiente en mi dirección, dando a entender que también está de acuerdo.

—Lo siento, Katrina. Somos tres contra uno —le digo, pulsando el único número que guardo en los contactos de este dispositivo.

—Dígame, Wilson —responde mi jefe de unidad al primer tono.

—Señor —saludo—, necesito que prepare y mande un operativo de asalto a Ciudad Juárez.

—¿Ha encontrado algo, agente?

—Sí, señor. Tenemos las localizaciones de la plantación de cocaína.

Miro a Atlas, que arquea su ceja de forma interrogante al escucharme.

—¿Está segura de que se trata realmente de eso?

—Yo misma la he visto con mis propios ojos, señor —le aclaro al sentir que pone en duda mis palabras—. Hay más, Santiago Cruz Campbell, uno de los sobrinos de Rafael Mendoza, sigue con vida. Creo que planea algún tipo de ataque contra su tío.

La línea permanece durante unos segundos en silencio, incluso me despego el móvil de la oreja pensando que se ha podido cortar la señal. No es un teléfono que utilice y, con todo el jaleo de estos días, puede que no tenga suficiente batería.

Al comprobar que los segundos siguen corriendo, me doy cuenta de que no, que mi jefe aún sigue al otro lado.

—Señor, ¿ha escuchado lo que le he dicho? Esta noche se celebra el Día de Muertos y, si no actuamos cuanto antes, esto se convertirá en un baño de sangre entre cárteles.

—La he oído, agente. Parece que los muy cabrones se multiplican como una plaga de ratas.

—Tenemos que intervenir. Me mandó con un propósito y lo he conseguido.

Sé que no debería apretarle tanto las tuercas al director de la DEA, pero nos quedamos sin tiempo. Por ahora no le comento nada del tema de Katrina, no cambiaría demasiado las cosas si lo hiciese; ya estamos de mierda hasta el cuello.

—Lo que me pide es demasiado apresurado, agente Wilson, pero haré lo posible para preparar un equipo de asalto. Usted no intervenga hasta que lleguen los refuerzos, de supuestos héroes están llenos los cementerios, ¿me ha oído?

—Sí, señor.

Esas son las últimas palabras que suelto antes de que se corte la llamada. Solo me queda confiar que mis compañeros lleguen a tiempo.

Capítulo 32

«Si usted me quiere en su vida usted me pondrá en ella. Yo no debería estar peleando por un puesto»
Frida Kahlo

Katrina

Salgo del dormitorio antes que ninguno y me apresuro, queriendo encontrar a Gabriela para ponerla al tanto de la situación. Aunque le he pedido a Emma que no involucre a la DEA, no me ha hecho ni caso, y eso trastocará los planes que tienen contra Mendoza.

Cuando he salido de la ducha, y mientras me cambiaba, he escuchado jaleo en la habitación de al lado. Lo que menos me esperaba al acercarme para comprobar qué sucedía, era encontrar a Rodrigo encima de Atlas moliéndolo a palos.

Al principio no entendía la razón, pero al escuchar a Atlas mencionar que él no tenía ni idea de que Cruz está vivo, no he podido controlarme y echarle una mano, corroborando que decía la verdad.

Sé que no debería haberlo desvelado, pero ver a Rodrigo y Emma increpándolo no me ha gustado. Por suerte, me he asegurado de no mencionar a Gabriela. Su historia es tan desgarradora que no me pertenece a mí contarla.

Tampoco sé cómo Rodri y Emma se han podido enterar, han mencionado algo sobre Armando y sobre la plantación de cocaína, pero ahora mismo eso es lo que menos me preocupa, ya me ocuparé más tarde.

—Tengo que comentarte algo —murmuro, acercándome a ella al encontrarla en la cocina.

Ella me observa con mirada interrogante y le hago un gesto con la cabeza en dirección hacia el patio.

Al salir me quedo quieta sin poder dar un paso. Hay varios trabajadores decorando el lugar. Están colocando frondosos ramos de flores de cempasúchil. En México es un símbolo en el Día de Muertos, ya que son las que representan la vida y la muerte y se usan como ofrenda para nuestros difuntos. Al fondo hay dispuesto un altar de tres niveles. En la cultura mexicana se dice que son la división del cielo, la tierra y el inframundo, aunque a otras personas les gusta referir que representa los elementos de la Santísima Trinidad.

Atraída como las abejas a la miel, bajo los escalones y llego

hasta el altar.

—¿Me disculpa, señora?

Me aparto a un lado cuando una mujer deja varios platos encima del altar.

Veo que algunos contienen pan de muerto, pero los que más me llaman la atención son los que tienen calaveritas de azúcar.

—Una vecina decía que hacen alusión a la muerte y que, en cierta forma, se burla de ella, se tiene por costumbre escribir en la frente el nombre del difunto. Comentaba que entre eso y el aroma de la flor cempasúchil, guían sus almas para que acompañe a quien lo hace en este día tan especial —comenta Gabriela, llegando a mi lado.

—No creo que haga falta que tenga que escribir ningún nombre, seguro que mi familia continúa en este mismo patio vagando, sin haber encontrado descanso.

—Hoy se hará justicia, Katrina, me encargaré de ello. —Me acaricia el brazo—. ¿Qué querías comentarme?

Me sacudo la pena, metafóricamente hablando, y me concentro en el aquí y el ahora.

—Atlas se ha enterado de que Cruz sigue vivo.

—¿Se lo has contado? —Me agarra del brazo, alarmada.

—No tuve más remedio que hacerlo. Emma y Rodrigo lo descubrieron y los encontré enfrentando a tu hijo. Creían que él estaba al tanto —me excuso—. De hecho, Emma ha pedido un operativo para que detengan a Rafael —susurro para que solo me oiga ella.

—Maldita sea, Cruz llevaba razón, no debí involucrarte —suelta molesta.

—Os hubiese dado igual, Emma ya lo sabía. De hecho, creen que el Santo es tu hijo.

—¿Cómo lo saben ellos siquiera?

—Por lo que entendí, escucharon una conversación entre Armando y tu hijo.

—¿Armando?

—Sí —asiento—. ¿Qué pinta él en todo esto, Gabriela? Se supone que es la mano derecha de Mendoza

—No debería de pintar nada —comenta pensativa con semblante preocupado.

—¿Crees que Cruz quiere apropiarse del cártel y te está ocultando información?

—No —me corta tajante—. Mi hijo no haría eso.

—Tu hijo estuvo a punto de matar a su propio hermano —mascullo al percibir la fe ciega que tiene en Cruz.

—Lo de Atlas fue un error que, por suerte, no tuvimos que lamentar. Él se presentó allí…

—No, Gabriela. Según Atlas, Cruz le pidió que lo acompañase.

No me suelo equivocar con la gente, y al mirar los ojos de Cruz percibí la misma maldad y avaricia que hay en Mendoza.

—Eso es imposible. Mi hijo…

—Tu hijo quiso deshacerse de su hermano de la misma forma que se deshizo de tu marido.

—¡Henry se merecía lo que le pasó! —Se altera por unos segundos. Al darse cuenta de dónde estamos, toma una respiración e intenta serenarse—. Sé que mi alma ya está condenada, Katrina, aun así, no siento ningún tipo de remordimiento por eso. —Me mira con la barbilla en alto—. Toda mi vida he estado subyugada. Cuando Cruz vino colérico y me preguntó la verdad, sentí vergüenza por lo que mi hermano me hizo. Durante toda mi vida he pensado que, de alguna forma, me lo merecía.

—No digas eso. Tú eres la víctima en toda esta situación. Él se aprovechó de ti y luego, cuando tuviste a tus hijos, te manipuló a través de ellos.

—Lo sé, siempre lo he sabido, pero el miedo es la emoción más difícil de controlar. Es una barrera invisible que separa quién eres de quien podrías ser. Nunca he tenido el valor de enfrentarme a él, hasta ahora. Y si he dado un paso adelante ha sido porque si no lo daría mi propio hijo. No puedo permitir que ninguno de ellos libre mis batallas.

—No soy quién para juzgarte, Gabriela. Después de lo que has pasado, no seré yo la que te intente hacer cambiar de opinión. Siempre he pensado que hay veces en la vida que el ojo por ojo está justificado. Yo solo te he dicho lo que sé, tú mejor que nadie conoces a tus hijos, pero no creo que Atlas mienta al respecto. Asegúrate de que Cruz y tú tenéis el mismo objetivo porque a mí, que lo veo desde fuera, me parece que aspira a mucho más.

La dejo frente al altar y me dirijo al interior de la casa.

Me extraña que aún no haya vuelto a ver a Mendoza desde ayer, cuando salimos de su despacho, sin embargo, lo agradezco. Ha pasado tantas cosas estas últimas horas que siento mis emociones a flor de piel. Lo que menos necesito en estos momentos es encontrarle, al que sí veo venir de frente es a Atlas.

—¿Has visto a mi madre? —me pregunta con una actitud seca.

—Está en el patio. —Al ver que va en esa dirección, añado—: ¿Vas a contárselo? —omito decir nada más, por si hubiese oídos indiscretos.

—No es de tu incumbencia

«Vaya, con que esas tenemos…». Quizá sea lo mejor, las cosas entre nosotros se estaban volviendo demasiado intensas en muy poco tiempo.

—Si no llega a ser por Rodrigo y Emma, tú nunca me lo hubieses contado, ¿verdad? —escucho que me dice cuando ya me

estoy alejando.

Me giro y lo miro.

No sé qué contestarle en realidad, creo que ya he rebasado mi cupo de mentiras por un día, por lo que guardo silencio.

—Ya veo que estaba en lo cierto —añade al no recibir respuesta.

—Es por tu bien —le digo, intentando que me crea.

—Más bien dirás que es por el tuyo.

—No estoy disfrutando con todo esto, si es lo que piensas.

Me mira de arriba abajo y tuerce sus labios, como si mi presencia le desagradase.

—Enhorabuena, al fin has encontrado a alguien que lleve a cabo tu venganza. —Se da la vuelta y sale por las puertas que conducen al patio.

Me quedo allí parada, sintiendo cómo sus palabras se me clavan en el pecho porque en el fondo sé que tiene razón.

Subo de nuevo a la habitación, ni siquiera me sorprendo cuando al abrir la puerta encuentro a Rodri sentado a los pies de la cama. Nada más verme, se pone en pie.

—¿Qué crees que estás haciendo? Cata, ¿con el Santo? —me enfrenta malhumorado.

Me llevo el dedo a los labios para que no hable. Me acerco hasta el balcón y lo cierro.

—Cruz no es el Santo, Rodri.

—¡Y una mierda que no! Yo mismo escuché a Armando.

—No voy a negar lo que oíste, pero no es él, sino Gabriela.

—¿Gabriela? ¿Cómo va a ser ella? ¿Qué motivos puede tener para ponerse contra su hermano?

—Te aseguro que más que ninguno de nosotros.

Le cuento a Rodrigo todo cuanto sé. A él no puedo ocultárselo.

—Sabía que Mendoza era un desgraciado sin escrúpulos, pero esto… ¡Que hijo de puta!

—No te negaré que en estos días he tenido mis dudas, pensaba que acabar con Mendoza me convertiría en él, pero no puede quedar impune, Rodri. La cárcel no sería suficiente castigo para alguien que ha hecho tanto mal.

Me atrae hacia él y me abraza.

—Lo sé, pequeña. —Besa mi coronilla—. Por mucho que nos cueste entenderlo, las personas como Rafael Mendoza nunca cambiarán, sino que, con el paso del tiempo, se volverán más despiadadas.

***

El resto de la mañana es un ir y venir de personas preparando la fiesta. Desde la ventana de mi habitación, mis ojos siguen a Gabriela en más de una ocasión y me fijo en lo relajada que parece organizando que todo quede perfecto. Viéndola así, nadie podría sospechar que tiene planeado acabar con su hermano.

Al que tampoco dejo de observar es a Atlas, él no ha parado de darles instrucciones a los camareros, se le ve cómodo y no puedo dejar de imaginar cómo será en sus restaurantes. Se nota que está en su elemento, y me encuentro a mí misma rezando por que lo que sea que hayan planeado Gabriela y Cruz salga bien. Todos merecemos pasar página, deshacernos de esta atadura que nos retiene y encontrar al fin la liberación.

Escucho unos golpes en la puerta y me aparto de la ventana para ver de quién se trata. Al otro lado está Emma, arreglada de punta en blanco como es habitual en ella. Aún me sorprendo al pensar que es una agente encubierta.

—Venía a preguntarte si te apetece bajar y comer conmigo, si continúo más tiempo encerrada, sola en la habitación, me volveré loca.

—Claro, me calzo y nos vamos. Pasa.

Abro del todo la puerta para que entre. Lo hace y la cierra a su espalda.

—No he tenido la oportunidad de decírtelo, pero siento lo que le pasó a tu familia. Cuando te has ido esta mañana, Rodrigo me lo contó con más detalles. Debe ser duro regresar al sitio donde todo ocurrió.

Elijo unos zapatos de tacón con una tira que rodea el tobillo y me siento en la cama para poder abrochármelos.

—Reconozco que no es fácil, por mucho que se haya reformado sigue siendo la casa en la que me crie. Sin embargo, he tenido trece años para mentalizarme.

Hace una mueca con sus labios, entendiendo lo que digo.

—Por eso sufriste un ataque de pánico en el tiroteo, ¿verdad? —Avanza hasta quedar frente a mí.

—Supongo. —Me encojo de hombros—. Fue empezar a escuchar los disparos y mi mente se bloqueó. Lo cierto es que no recuerdo demasiado. Es curioso cómo nuestra mente puede borrar según qué momentos vividos.

—Es muy común. Se llama amnesia disociativa, es causada por acontecimientos traumáticos o estresantes. Puedes tener lagunas en la memoria de varios minutos, aunque hay gente que ha llegado a borrar décadas enteras.

—Uy, qué horror. —La miro con cara de espanto. No me puedo imaginar la desesperación que sentiría si dejase de recordar gran parte

de mi vida—. ¿Ese tipo de cosas enseñan en la academia de Policía?

—Entre otras. —Me guiña un ojo, pícara.

Termino de calzarme y me pongo en pie.

—¿Has vuelto a tener noticias de tu gente?

Niega.

—No es fácil preparar un operativo de estas características con tan poca antelación, sobre todo, teniendo en cuenta que estamos en otro país —me informa—. Kat, comprendo que no estás a favor de que intervengamos, pero necesito que entiendas que no puedo permitir que os toméis la justicia por vuestra mano.

—No se puede dar justicia a todos por igual, Emma, algunos necesitan recibir lo que merecen. Mendoza es un hombre cruel.

—Y pagará por lo que ha hecho.

—Ningún castigo será suficiente para todo el mal que ha realizado.

—Sé que es imposible que lleguemos a un entendimiento porque esto te toca en lo personal. —Suspira—. Solo te pido que, si llegan los refuerzos a tiempo, no intercedas.

Decido guardar silencio como contestación. No puedo prometerle nada porque, en estos momentos, la venganza contra Mendoza no solo me pertenece a mí.

—Venga, vayamos a llamar a mi hermano, seguro que, al igual que nosotras, deseará salir de entre estas cuatro paredes.

—Dudo que, si derrumbasen la casa, a él le cayese encima —murmura molesta—. Lleva parte de la mañana socializando con el personal femenino.

—¿Estás celosa, agente Wilson? —Le doy un empujón juguetón con el hombro cuando nos acercamos a la puerta.

—¿Yo? ¡Ni por asomo, vamos! Lo nuestro ha sido un simple desahogo biológico.

—Claro.

—¡Lo digo en serio!

—Por supuesto…

Gruñe y sale al pasillo, taconeando molesta. Se me forma una sonrisa en los labios.

Mientras la sigo y bajamos las escaleras, pienso que no me disgusta la idea de tener a Emma como cuñada, creo que Rodri necesita una mujer como ella, que sea de armas tomar.

—Da gusto que uno regrese a su hogar y lo primero que lo reciba sean dos preciosas mujeres.

La sonrisa que traigo se me corta de cuajo al encontrarnos a Mendoza de frente.

—¡Rafael! —lo saluda Emma de forma efusiva—. Estás desaparecido. No estás siendo un buen anfitrión. —Le pone morritos

mientras baja los escalones que nos separan.

Se agarra de su brazo y, por mucho que no me apetezca, no me queda más remedio que unirme.

—Es lo que tiene ser un hombre ocupado. Todo esto —señala con su mano—, no se mantiene solo.

—Buenas tardes —saludo con una actitud más comedida.

—Katrina —dice de vuelta—. Si nos disculpas, Emma, me gustaría hablar con la señorita Díaz a solas.

Emma me dedica una mirada preocupada por debajo de sus pestañas. Se retira a regañadientes.

—Trabajo, trabajo, trabajo… Se supone que hoy es un día de fiesta —se queja con visible molestia.

Por un momento temo que se esté pasando con su sobreactuación, Mendoza no es de los que permiten que lo cuestiones. Por suerte, parece que Emma le cae en gracia y le deja pasar por alto su desfachatez.

—Solo será un momento, después prometo que seré todo tuyo. —Le sonríe de una manera demasiado lasciva.

Emma hace como que no se percata y se da la vuelta con un movimiento coqueto. Él la sigue con la mirada, sin cortarse en que yo esté presente, y me resulta de lo más vomitivo.

Abro el camino y no puedo negar que estoy nerviosa. Es la primera vez que estaré con él completamente a solas, y tampoco sé en realidad qué es lo que quiere que hablemos.

Tomo asiento y espero paciente a que hable, lo que no tarda en hacer al cerrar la puerta y acomodarse tras el escritorio.

—Hablé anoche con Vladimir y me comentó que está habiendo problemas con el envío de la mercancía. ¿Algo que deba preocuparme?

Suspiro en mi interior, aliviada, por que se trate de este asunto.

—En absoluto. Solo es una ligera demora debido a un asunto en la maquinaria.

—Creo que Pavlov comentó que era cuestión de permisos —me contradice él.

«Mierda».

Eso me pasa por evitar las llamadas de Alfonso y no acordar la misma excusa.

—Lo uno complementa a lo otro. Siempre que un buque tiene previsto zarpar, pasa un control de peritaje, si los mecánicos creen conveniente que necesita algún tipo de revisión, se deniega la salida —salgo por la tangente.

Rodea el escritorio con pasos lentos y queda delante de mí. Saca un puro de un estuche de madera y comienza a juguetear con él entre sus dedos. Por unos segundos me quedo con la vista tan fija en

los movimientos que no me espero cuando, de repente, se apodera de mi brazo y me levanta con un gesto brusco, dejándome pegada a su cuerpo.

—Deberías saber que no soy un hombre al que le gusten los imprevistos. Cuidado, Katrina, no quieras descubrir lo que le hago a la gente que intenta jugármela.

A pesar de que siento el corazón tronando con fuerza contra el pecho, no me amilano. Para estar a la altura del diablo hay que mirarle directamente a la cara.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo. —Aprieto los dientes al detectar cómo con el puro recorre mi mejilla y baja por mi cuello hasta el escote—. ¿Crees que no he notado cómo miras a mi sobrino? No te haces una idea de las cosas que estaría dispuesto a hacerle a una descarada como tú.

—Intenta tocarme una sola vez y será lo último que hagas. —Le aparto la mano donde tiene el puro e intento zafarme de su agarre, sin embargo, no me suelta.

Noto que se queda observándome, me mantengo desafiante sin demostrarle un solo resquicio de miedo. Cuando entrecierra sus ojos, temo que pueda reconocerme como hizo Gabriela.

En ese mismo instante, se abre la puerta de golpe y suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo al ver a Atlas bajo el umbral.

—¡¿No te han enseñado a llamar antes de entrar?! —le ladra Mendoza.

—Me dijeron que habías vuelto, no sabía que estabas reunido. —Puedo leer la mentira en sus ojos, seguro que Emma le ha avisado.

—Pues ya ves que sí.

—¿Todo bien? —me pregunta Atlas, ignorando a su tío.

—Sí, aquí ya está todo aclarado.

Esta vez consigo soltarme de entre sus brazos y me encamino a la puerta.

—No te olvides, resérvame un baile esta noche, Katrina —dice Mendoza cuando llego al lado de Atlas.

Miro a este y veo cómo le tiembla un músculo de la mandíbula de tanto como la aprieta.

—Cuenta con ello.

«Ya que será tu último baile», añado esto último en mi mente cuando salgo del despacho.

Capítulo 33

«Muchas veces en el dolor se encuentran los placeres más profundos, las verdades más complejas, la felicidad más certera»
Frida Kahlo

Atlas

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no pases si no te doy permiso? —me increpa Rafael una vez solos.

—No creí que estuviese en un correccional.

—Juega bien tus cartas si pretendes desafiarme, *mijo*, yo no soy el *menso* de tu padre. —Recoge un puro que hay en el suelo y, sacando el mechero, lo enciende—. ¿A qué has venido?

A interrumpir el encuentro con Katrina, para ser más preciso. Cuando Emma me ha avisado de que estaba a solas con mi tío, casi me da un puto infarto. Creo que no he cruzado la casa nunca en tan poco tiempo; como no puedo decirle justo eso, improviso.

—¿Has corrido la voz para que el Santo se presente?

Ojalá Cruz hubiese confiado en mí en este asunto, podríamos haber unido fuerzas para acabar con este miserable cabrón.

—¿Desde cuándo tengo yo que darte explicaciones a ti?

—Desde que se volvió personal cuando casi me vuelan la tapa de los sesos.

—Retomando ese tema…

—No es un asunto que me apetezca mucho recordar.

Sé que no estoy haciendo más que cabrearlo, lo noto por la vena que se le hincha en el cuello, pero me da igual. Me he cansado de asentir a cada una de sus palabras como si fuesen ley. Si todo marcha como espero, mañana Rafael Mendoza estará encarcelado y espero que se pudra lo que le resta de vida.

—Quiero saber exactamente cómo fuiste capaz tú solo de abatir a aquellos hombres.

«Dirá a los hombres que él mismo ordenó matarme», pienso con la sangre hirviendo.

—Aunque pienses lo contrario, tengo buena puntería. Que prefiera centrarme en mi negocio no significa que no sepa cómo se usa un arma. De todas formas, ya te dije que el mérito no solo fue mío, Rodrigo resultó ser útil.

—Si según tú es bueno, lo mismo le propongo unirse al cártel.

—«Espero que, a partir de mañana, el cártel haya quedado desarticulado»—. Quizá, de paso, me divierta por un tiempo con su hermana…

Con su deleznable comentario y por la forma en la que me observa con atención, sé que me está poniendo a prueba. Me cuesta controlarme y no estampar esa cara de *pendejo* que tiene contra el escritorio.

—¿No crees que es un poco joven para ti?

—Esas son las mejores para un buen revolcón. —Me contengo en no apretar los puños—. O quizá la haga mi mujer. Ya va siendo hora que haya una señora en esta casa, aparte de tu madre.

—Supongo que ella tendrá que decir algo al respecto.

—Deberías recordar que las mujeres no son las que toman las decisiones en nuestro mundo. Es un consejo que te doy, sobre todo, para la desvergonzada que tienes al lado.

—Emma, además de mi prometida, es una mujer libre, tío.

—Solo me preocupo por tu hombría, Atlas, las damas necesitan a un buen galán a su lado que sepa marcarles límites.

«Además de asesino, misógino», me asqueo del simple hecho de compartir parentesco con este individuo.

—Al final no has respondido a mi pregunta, ¿crees que el Santo aparecerá? —retomo el tema antes de que termine partiéndole la cara.

—Esta noche asistirán los cárteles más importantes de México, me encargaré de que todos sepan en qué bando les conviene estar. Ese malnacido tiene los días contados.

El resto de la tarde la paso al lado de Rafael, no por decisión propia, que conste, pero parece que el muy cabrón disfruta sabiendo que preferiría estar en cualquier otro lugar menos con él, por lo que no ha parado de cargarme de trabajo con tal de entretenerme.

Incluso ha pedido que nos sirvan la comida en su despacho y que no nos molesten.

Hasta ahora hemos organizado varios envíos de cocaína con destino a Albuquerque; también he transferido dinero a varias cuentas de mis restaurantes, lo que me ha llevado varias horas cuadrar las cajas diarias. A estas alturas estoy totalmente exhausto.

—Vamos a dejarlo por hoy. Le prometí a tu futura esposa que solo trabajaría un momento y míranos, no solo he faltado a mi palabra, sino que te he arrastrado a ti conmigo —comenta mi tío, dándose al fin por satisfecho.

—Había mucho que hacer, perdimos demasiado tiempo con el viaje a España —digo, levantándome.

Me estiro, intentando paliar el dolor en las lumbares.

—Para lo que ha servido…

—¿Qué quieres decir?

Durante el tiempo que hemos estado juntos se ha ventilado él solo casi una botella de tequila, lo que hace que tenga la lengua un poco más suelta.

—Vladimir me comentó anoche que se va a demorar la entrega. —Se sirve otro trago. Me fijo y tiene las orejas rojas a causa del alcohol—. Tengo la impresión de que los españoles quieren hacerme el lío.

—¿Por eso estabas reunido con Katrina?

—Tenía que advertirle que se lo piensen bien antes de jugármela. Hay algo en ella que hace que esté alerta… —dice pensativo mientras remueve el contenido del aguardiente—. Aún no sé qué es, pero tarde o temprano lo descubriré.

«Joder…».

Me relamo los labios al sentir la boca seca. No quiero ni pensar en qué haría si consigue atar cabos y descubre quién es en realidad.

—Bueno… Será mejor que nos pongamos en marcha. Los invitados estarán al caer.

Intento desviar sus pensamientos.

—¡*Órale,* váyase ya! Yo también tengo que ponerme presentable para homenajear a los difuntos. —Sonríe de forma siniestra y no dudo en largarme antes de que vuelva a empezar con sus elucubraciones.

Miro la hora y no mentía al decir que los invitados no tardarán en llegar. Apenas me queda tiempo para cambiarme.

—¡Has estado desaparecido todo el día!

Son las primeras palabras por parte de Emma una vez entro al cuarto.

Ya está preparada.

—¿Cuándo has tenido tiempo de ir de compras? Estás muy guapa —alabo su aspecto.

Lleva una blusa de hombros caídos, ribeteada en el borde, en color blanco; la falda en tonos oscuros, larga hasta los pies, y tiene unas flores estampadas que van a juego con el pequeño sombrero que lleva colocado en la cabeza.

Nada importa, ni su pelo rubio ni sus ojos azules, pues su atuendo la hace verse como la típica mujer mexicana.

—Vine preparada por si se daba el caso… —comenta sin darle importancia—. ¿Qué has estado haciendo todo el día? Has estado con tu tío, ¿no?

—Sí, no ha parado de cargarme de trabajo.

—Dios… Estoy que me subo por las paredes de los nervios —se queja, y sacude las manos, haciendo que las pulseras que lleva en las muñecas tintineen.

Se gira y su falda ondea cuando comienza a pasearse de un lado a otro.

—¿Sabes algo de tu jefe? —le pregunto mientras voy hasta el armario y me dispongo a sacar todos los elementos de mi traje de charro.

Descuelgo de la percha la camisa en color blanco, la chaqueta corta estilo bolero en gris pizarra y bordados dorados, a juego con los pantalones ceñidos con los adornos en los laterales y el chaleco, y lo dejo todo encima de la cama.

—No, y eso es por lo que estoy así. Lo llamé y me dijo que estaba en ello, pero… ¿qué significa eso para el caso? ¿Van a llegar o nos van a dejar a nuestra suerte?

Me acerco a ella y paro su diatriba al sostenerla por los hombros.

—Necesitas mantener la calma.

—¡No puedo! Si no llegan a tiempo, esto se va a convertir en un baño de sangre. La matanza de Texas, a su lado, va a quedar a la altura del betún.

—Verás como vienen.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No lo estoy, Emma, pero no me queda otra que confiar. Si pierdo la esperanza, no me queda nada.

—Sabes que eres penoso intentando tranquilizarme, ¿verdad? —Curva sus labios.

—Por lo menos te he hecho sonreír.

—No estoy sonriendo. —Hace un mohín.

—Oh, yo creo que sí.

Comienzo a hacerle cosquillas en los costados.

—¡Eso es trampa! —Ríe mientras se revuelve para apartarme—. ¡Para! Me voy a mear encima.

—Da igual. Ni siquiera te mancharás, llevas falda.

—¡Pero me mojo las bragas!

Esta vez la carcajada le sale en una especie de gruñido de cerdo, se tapa la boca avergonzada y consigue que me una a su risa.

Cuando veo que, si continúo, llevará razón y acabará por mearse, ceso.

La preocupación sigue latente, sin embargo, he conseguido rebajar su nerviosismo.

—Eres más tonto…

Le muestro una sonrisa de medio lado y abro la cómoda para sacar la corbata de moño, la faja y el cinto, uniéndolo al resto de prendas. Por último, coloco en el suelo los botines y espuelas.

—Madre mía, menuda preparación —se asombra, sin quitarle la vista de encima al traje de charro.

—Verás lo guapo que voy a quedar. —Le lanzo un guiño antes de entrar al baño para darme una ducha rápida.

Tras salir, me visto y Emma se ofrece a pintarme la cara con el típico maquillaje de calavera, lo cual, por supuesto, me niego.

—No puedes ir vestido así y no maquillarte siendo el día que es.

—¿Y por qué tú no te pintas de Catrina?

—Porque aquí hay solo una Catrina y sabemos que no soy yo.

—Eres consciente de que su nombre es con K y que ni siquiera se llama así, ¿verdad? —digo de vuelta mientras empieza a untar mi cara con una base blanca.

Justo cuando está a punto de responderme, suena un teléfono. Por unos segundos se queda paralizada, mirándome directamente a los ojos, aunque enseguida deja las pinturas sobre el colchón y corre a la mesita de noche, donde está el móvil.

—Dígame, señor. —Me levanto al comprender que se trata de su jefe—. Aja… Entendido, sí… Le mantendré informado. —Cuelga y se queda mirando el aparato entre sus manos.

—¿Qué te ha dicho? —cuestiono ansioso.

—Solo ha podido reunir a unos pocos hombres, ahora mismo se disponen a cruzar la frontera. Me acaba de mandar las coordenadas para que me reúna con ellos.

—¡Vamos! No perdamos más el tiempo —le digo, restregándome la cara con una camisa que encuentro por ahí tirada para quitarme la pintura.

—¡No puedes venir!

—¿Cómo qué no?

—No sabré de cuántos hombres disponemos hasta que no llegue allí y lo compruebe. Aquí estarán reunidos los líderes de diferentes cárteles, no podemos exponernos sin saber si es seguro intervenir.

—No puedes ir sola. ¿Sabes la de hombres de mi tío que estarán rodeando la hacienda esta noche?

—Joder, Atlas… ¡Estoy entrenada para esto! Además, ¿no crees que tu tío sospechará si no apareces?

—¿Y qué me dices de ti?

—Dile que estoy indispuesta.

Se levanta la falda y coge su pistola, que lleva enfundada en unas correas que se sujetan a uno de sus muslos. Comprueba que esté cargada y vuelve a colocarla en su sitio.

—Que te acompañe Rodrigo —suelto de repente.

—¿Estás loco? No.

—Es él o yo, elige, pero no dejaré que vayas sola. —Me cuadro, cruzando mis brazos al pecho.

Nos retamos con la mirada, ya que ninguno parece estar dispuesto a ceder.

Al final, es ella la que lo hace, soltando un bufido.

—Está bien, le pediré que me acompañe.

—Voy contigo. No vaya ser que decidas escaparte tú sola.

—Por esto justamente soy feliz siendo hija única, te estás comportando como un hermano sobreprotector cuando sabes que podría reducirte con una simple mano.

—Lo que tú digas…

Cruzamos el pasillo y toco la puerta de la habitación donde se queda Rodrigo.

No tarda en abrir, y cuando lo hace me fijo en que ya está arreglado. Lleva un traje parecido al mío, pero mucho más informal.

—Ey… —no saluda con su característica sonrisa. Al ver nuestro semblante serio, frunce el ceño—. ¿Qué ocurre?

—Necesito que la acompañes y la protejas con tu vida, ¿podrás hacerlo?

—¡Atlas! —protesta Emma entre susurros.

Sé que lo he pillado por sorpresa, pero no tenemos tiempo para andarnos con rodeos. Ya lo pondrá al tanto Emma de todo.

—¿Puedo confiar en ti? —vuelvo a preguntarle.

Él dirige su mirada hacia Em.

—Cuenta con ello.

—Bien.

Los dejo a ambos allí y vuelvo a mi habitación. Busco mi pistola y me la escondo bajo el chaleco, justo en el momento que empiezan a sonar los acordes de la *Canción del Mariachi* en el patio interior.

«Que empiece la fiesta», me digo a mí mismo mientras miro en dirección a la ventana.

Capítulo 34

«Me pinto a mí misma porque soy a quien mejor conozco»
Frida Kahlo

Katrina

Las lágrimas que más duelen no son las que se derraman por el rostro, sino las que inundan el corazón y consiguen que se desborde el alma.

Salías de un templo un
día, llorona.
Cuando al pasar yo te vi.
Salías de un templo un
día, llorona.
Cuando al pasar yo te vi.

Hermoso huipil llevabas,
Llorona.
Que la virgen te creí.
Hermoso huipil llevabas,
Llorona.
Que la virgen te creí.

La letra de la canción *La Llorona*, me acompaña cuando salgo al patio. Es como si el universo, un día como hoy, se burlase de mi estado emocional.

No imaginé que me costaría tanto este momento, sin embargo, una vez que comenzaron a sonar los acordes de la *Canción del Mariachi*, mi cuerpo se bloqueó.

He recordado la última vez que la escuché, estaba justo en este mismo lugar, viviendo el que pensé que sería uno de los mejores momentos de mi vida, el que rememoraría con el paso del tiempo con una sonrisa cada vez que mi mente volviese a él. Y qué verdad más grande es esa de que no podría olvidarlo. Basta con cerrar los ojos, escuchando una canción en especial, para transportarte a un recuerdo bonito y sientas que estás allí.

He podido volver a percibir cómo olía mi padre aquella noche mientras bailaba pegada a su pecho; ver como mi madre nos sonreía desde la distancia con lágrimas en los ojos, embargada por la emoción;

por mis venas ha fluido la misma felicidad al sentirme tan amada. Sin embargo, también he sido capaz de escuchar los gritos, de olfatear la pólvora al dispararse los cartuchos. Cómo cada uno de ellos volaba a través del aire e impactaba en todo aquel que se encontrase a su paso. Pero lo que más he vuelto a experimentar ha sido el miedo, marcado de una lacerante realidad.

Se me eriza el vello del cuerpo al sentir como unos dedos se entrelazan con los míos. Sin necesidad de mirar sé a la perfección de quién se trata. Mi cuerpo lo reconoce, es como si, sin poder encontrarle explicación, una parte de mí le perteneciese.

—¿Te encuentras bien?

Giro la cabeza y miro a Atlas, me quedo anclada a esos ojos azul grisáceos que me observan con la preocupación reflejada en ellos. No encuentro sentido a mentir, a intentar transmitir una fuerza que no siento en estos momentos, por eso le digo una única palabra, que es la más pura verdad.

—No.

Él parece que entiende a la perfección la ebullición de mis emociones, y sin añadir nada más, tira de mí, mezclándonos entre los invitados, mientras me sostiene entre sus brazos y bailamos.

Ay, de mí…
Llorona, llorona, llorona
De un campo lirio.
Ay, de mí…
Llorona, llorona, llorona
De un campo lirio.

El que no sabe de amores,
Llorona.
No sabe lo que es
martirio.

Tanto nuestros pasos como nuestros corazones se sincronizan, moviéndose al unísono.

Jamás había sentido tal conexión con alguien como con Atlas. Apoyo mi cabeza en su pecho e imagino, por unos instantes, que solo estamos los dos, que no hay venganzas de por medio, ni traiciones que duelan, solos él y yo.

Una vez leí que solo puedes entender a otra persona si la sientes en ti mismo. Y eso es justo lo que siento por Atlas. Es como si el destino hubiese barajado nuestras cartas para que nos hayamos encontrado en la parte más difícil de nuestras vidas.

—Solo por haberte conocido ha merecido la pena llegar a este momento —declara.

Siento cada una de sus palabras retumbar en su pecho. Alzo la cabeza y lo observo.

Nietzsche dijo: «Tanto en la venganza como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre», y no se equivocaba. Acabo de descubrir que los sentimientos que albergo por Atlas son incluso más fuertes que mis ansias de resarcirme contra Mendoza.

Veo que tiene una pequeña mancha de pintura blanca en la mejilla. Suelto una de mis manos de su cuello y con mi pulgar acaricio la zona para borrarla.

—Y yo desearía volver a comenzar mi vida para intentar encontrarte mucho antes.

Estamos tan pegados que veo como las pupilas se le contraen y se le vuelven a dilatar.

—Todo va a salir bien, tiene que ser así. Me niego a aceptar que no podamos darnos una oportunidad.

Hay tanta seguridad en su declaración que me creo sus palabras.

Apoya su frente contra la mía y cerramos los ojos. Ojalá viva lo suficiente para en el futuro volver a este recuerdo, para sentir cómo mi corazón se abre de par en par, dándole la bienvenida a alguien que se ha apoderado de él.

Poco nos importa estar rodeados de gente, que cada uno de los presentes pueda sentir nuestro derroche de sentimientos.

Como todo en la vida, este instante acaba con las últimas estrofas de la canción.

—¿Te encuentras mejor?

Por inexplicable que parezca, lo hago.

—Sí.

Sin demasiadas ganas, nos apartamos. Miro a mi alrededor y, por suerte, parece que nadie repara en nosotros.

—Estás preciosa —murmura, observándome con intensidad.

Me alegro de llevar la cara maquillada, emulando a las Catrinas, y que no sea capaz de apreciar mi sonrojo.

Llevo una blusa de encaje en color blanco roto y una falda plisada hasta los pies en tono morado, con una cenefa en el bajo. El pelo, con la raya en el medio, lo he dejado suelto y rizado, echado a un lado y adornado con una diadema de flores, las cuales predominan en color amarillo y morado.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal, nadie diría que eres americano. ¡Oh, vaya! Te he manchado. —Le froto la mancha que le he dejado en el chaleco.

—No pasa nada. —Sonríe mientras me afano en restregar la tela—. ¡Kat! —llama mi atención y atrapa mis manos entre las suyas para que deje de manosearlo—. Al final conseguirás sacarle brillo. —

Arquea una ceja, divertido por mi apuro.

—Vale, paro. —Suspiro y cierro los ojos.

¿Por qué, de repente, me encuentro tan nerviosa frente a él? Ah, claro… Puede ser porque hace unos segundos le he declarado mi amor.

—¿Has visto a Rodri? —le pregunto, entrando en tema seguro.

—Le pedí que acompañase a Emma. La llamó su jefe y ha tenido que ir a encontrarse con su equipo.

Mis ojos se abren.

—¿Van a venir al final? —cuestiono, bajando mi voz y acercándome un poco más a él.

Aún continúa sosteniendo mis manos entre las suyas a la altura de su pecho. Y a pesar de lo inapropiado que es nuestra cercanía, ya que se supone que él es un hombre prometido, para mí me resulta de lo más natural.

—Pronto acabará todo esto.

Si el plan de Gabriela sale bien, espero que todo haya terminado antes de que a la DEA le dé tiempo a llegar, de lo contrario, el infierno se desatará bajo nuestros pies.

Sé que le prometí a Gabriela que guardaría su secreto, pero… Me muerdo el labio, debatiéndome en qué hacer, y al final decido que es justo que Atlas esté al tanto.

—Tengo que contarte algo que deberías…

—Sabía que no me equivocaba cuando pensé que hacíais una pareja perfecta —nos interrumpe una voz.

Atlas y yo nos separamos de golpe.

—¡¿Lupe?! ¿Qué haces aquí? —pregunta él, asombrado.

—¿Crees que me perdería la fiesta del año? Gracias por la invitación. Ah, no, qué tonta… —Se palmea la frente—. Si mi mejor amigo ni siquiera me ha invitado.

Atlas se queda tan asombrado observándola como lo estoy yo. Cuando sale de su estupor la abraza, para saludarla, no sin antes decirle.

—No deberías estar aquí. ¿Han venido Moncho y los niños?

«Por favor, que no hayan traído a los niños», rezo para mis adentros.

Lo que menos me perdonaría es que esas criaturitas estuviesen en peligro.

—¿Crees que soy tan estúpida como para traer a mis hijos a un encuentro entre narcos? —Le suelta un manotazo y yo dejo ir el aire que no sabía que estaba reteniendo—. Hemos venido Moncho y yo acompañando a mi suegro.

—Joder… Me olvidé de que podría asistir Ramón —blasfema Atlas.

—Hola, Katrina con K —dice Lupe pizpireta, desoyendo las maldiciones de su amigo.

—Hola, Lupe.

Atlas y yo compartimos una mirada por encima del hombro de Lupe cuando me da un abrazo. Toda la seguridad que transmitían hace un rato sus ojos ha sido sustituida por una profunda preocupación.

Y no me extraña. Por la cara de Atlas, dudo que les haya contado que Cruz sigue vivo.

—¿Os importa quedaros un rato juntas? Voy a buscar a tu marido.

Asiento y Lupe mira a Atlas extrañada cuando se aleja.

—Pensé que se llevaría una sorpresa al vernos, y así ha sido, pero parece que no es grata nuestra presencia.

—No digas eso, mujer. Seguro que se alegra. Solo que Atlas… —titubeo—. Lupe, creo que deberías saber algo.

Extiendo mi mano para que nos alejemos de la improvisada pista.

Ahora que ha llegado la noche, la decoración resalta más todavía.

Unas cuerdas con banderas de diferentes colores cruzan sobre nuestras cabezas, mezcladas con otras llenas de bombillitas; el efecto queda precioso.

Nos acercamos hasta la mesa de aperitivos y cogemos unas bebidas que nos ofrece uno de los camareros.

—¿Qué pasa, Katrina? ¿A qué viene la reacción de Atlas?

Bebo un sorbo de mi refresco y, apartándola a un lado para tener privacidad, le suelto:

—Cruz está vivo.

Veo como, a pesar de su maquillaje, se le demuda el rostro.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que está vivo? Dijeron que… —Mueve la cabeza en todas direcciones, alterada—. ¿Está aquí?

—No lo sé, pero no me extrañaría. —Observo todos los rostros pintados simbolizando la muerte.

—¿Cómo es posible? Atlas dijo que hubo una explosión y…

—Cruz fue quién provocó aquella emboscada para fingir su propia muerte.

—¡Maldito loco de la *chingada*! —exclama, toqueteándose una medalla que lleva al cuello.

—Lupe —la llamo para que me preste atención—. Cuando Atlas ha dicho que no deberíais estar aquí, ha sido porque esta noche se van a complicar las cosas…

—Define complicar.

—De una forma u otra, esperamos que el resultado sea el mismo: vamos a acabar con Rafael Mendoza —le susurro, pendiente

de que no haya oídos indiscretos.

—¿Vamos? —Frunce el ceño.

Tomo una respiración y decido contarle mi secreto.

—Realmente me llamo Catalina Vargas, y Rafael mató a mi familia.

Se lleva las manos a la boca y se la tapa, impresionada.

Le relato muy por encima lo que ocurrió hace trece años, ella me escucha con atención.

—… y parece que no soy la única que tengo cuentas pendientes con él ya que Cruz tiene la suya propia con su tío.

—Dirás con su padre —interviene ella.

—¡¿Cómo dices?!

—Cruz no es el sobrino de Mendoza, sino que es su verdadero padre.

—Eso lo sé, me refiero a cómo lo sabes tú. Ni siquiera Atlas está al tanto.

—Y, por su propio bien, espero que así siga siendo —se lamenta —. ¿Recuerdas cuando te dije que entre Cruz y yo las cosas no acabaron demasiado bien? —Asiento—. Fue en aquella época cuando se enteró de su procedencia. Atlas empezaba a destacar en los estudios mientras que a Cruz le costaba bastante superar los cursos. Cuando Henry estaba colocado, se jactaba de él diciéndole que eso es lo que ocurría al no provenir de una semilla de fuerza como la suya.

»Cruz no entendía a qué se refería hasta que, con quince años y superando en altura y fuerza a Henry, tuvieron un enfrentamiento para que le contase a qué demonios se refería. Se volvió loco, Katrina, literalmente loco al comprender la situación, tanto que lo pagó conmigo y me propinó tal paliza que me tuvieron que extirpar el bazo, ya que se me quedó deshecho.

—¡Dios mío, Lupe!

—Ahí fue cuando mis padres decidieron que nos mudábamos. Les daba pavor que Cruz consiguiese manipularme para que lo perdonase, y lo hubiese hecho. Estaba tan enganchada a él emocionalmente que le hubiese dado una oportunidad a pesar de que sé que ese tipo de personas no cambia.

»Para todos nuestros allegados, incluido Atlas, yo me marché tras sufrir un aparatoso accidente de tráfico. Y me llevé conmigo el secreto de Cruz.

Me quedo helada con su historia.

—Si Cruz sabía desde hace años quién era su padre, no entiendo por qué actúa ahora —pregunto al aire.

Lupe se muerde los labios tan confusa como me encuentro yo.

—No tengo ni idea, siempre ha sido un hombre complicado. Quizá se haya cansado de permanecer a la sombra de los demás y

busque notoriedad.

—Podría ser…

—A todo esto, ¿cómo sabes tú esa historia? —me pregunta suspicaz.

Por suerte, no me da tiempo a responder al comprobar que Mendoza se dirige en nuestra dirección.

Capítulo 35

«Quise ahogar mis penas en licor, pero las condenadas aprendieron a nadar»
Frida Kahlo

Mendoza

—¿Cree que vendrá, patrón? —pregunta Armando a mi lado, como el fiel perro guardián que es.

—No me cabe duda de que ya estará escondido entre todas esas máscaras como la sucia rata cobarde que es.

Miro a cada uno de los asistentes, a la mayoría ya los he saludado, pero algunos vienen acompañados de sus hombres y seguro que el Santo se encuentra entre esas personas. Le hago un gesto a Armando para que bloqueen las salidas. Si estoy en lo cierto y se ha presentado hoy, no saldrá con vida de aquí.

Saco un pañuelo del bolsillo y me limpio el sudor que me chorrea por la frente. No debería haberme bebido la botella de tequila, tengo el estómago revuelto y siento cierta presión en el pecho.

Finjo una sonrisa y recobro la compostura cuando se me acerca el líder del cártel de los Rivera. Controlan parte de Ciudad de México y nunca hemos tenido demasiada buena relación. Además, su *chamaco* es íntimo amigo de mi sobrino Atlas.

—El gran Rafael Mendoza. —Me ofrece su mano, la cual estrecho—. ¿Es cierto lo que se dice? ¿Vas a pedir un alto el fuego? Debe estar ganándote terreno ese tal Santo para que siquiera te lo plantees —se jacta el muy *pendejo*.

—Ramón Rivera, un placer tenerte en mi casa —le digo para que recuerde dónde se encuentra exactamente—. Tú, tan bien como yo, entiendes cómo funciona esto. No nos beneficia que haya guerras internas. Se te olvida que tengo a las autoridades de mi parte. Quien esté a mi lado sabe que no le faltará protección. Tarde o temprano, ese Santo tendrá que tomar su elección. O se une a nuestro sistema o lo desarticularán en lo que se tarda en chasquear los dedos.

—Dudo que en esta ocasión te resulte tan fácil. —Se atreve a decir—. Parece que este nuevo cártel revolucionario no está muy por la labor de trabajar bajo tus órdenes.

—Los demás nunca habéis tenido quejas.

—Aquí no todos aspiramos a controlar el país, Rafael. Recuerda

que los primeros en caer siempre son los que están arriba.

—No me *chingues,* Ramón… —le advierto —. Oswaldo osó desafiarme y te habrán llegado rumores de lo que le ocurrió.

—Ni se me ocurriría. —Levanta las manos en una actitud conciliadora, aunque sin borrar esa sonrisa de comemierda en su rostro—. No he venido a crear enemigos. Hoy estamos para festejar.

—Espero que lo recuerdes.

Tras esto último, se aleja con paso tranquilo y me deja cargado de mala leche. Busco con la mirada a Gabriela y, cuando la localizo charlando con varios invitados, me dirijo hasta donde se encuentra.

Como estoy en mi casa y puedo hacer lo que me plazca, ni siquiera me disculpo cuando la *jalo* del codo y la alejo en mitad de la conversación.

—¿Quién demonios ha invitado a Ramón Rivera? —mascullo en su oído, apretando mi agarre.

—Es el padre de Moncho —dice, como si eso significase algo para mí.

—¡Cómo si es el padre del jodido Papa bendito! —exclamo cabreado.

Me tapo la boca con el pañuelo cuando me sobreviene un golpe de tos, al retirarlo compruebo varias gotas de sangre salpicadas en él.

—¿Estás bien? —me pregunta Gabriela al fijarse en la tela blanca manchada.

Lo guardo con rapidez en el bolsillo y espeto:

—Por la cuenta que te trae, espero que ni él ni su hijo causen problemas, de ser así, tú serás la única responsable.

Se me queda mirando sin responder, lo que me cabrea el doble.

—¡¿Lo has entendido?! —La zarandeo.

—Por supuesto.

Tras su total sumisión, la suelto asqueado y vuelvo a perderme entre los invitados.

La noche avanza entre brindis, bailes y conversaciones sobre envíos de cocaína. Con algunos de ellos llego al acuerdo de venderles una pequeña parte de las armas que compré a los rusos.

El tráfico de armas ilegal es otro negocio que está en pleno auge y, si puedo, pienso aprovecharme de ello.

Cada vez me encuentro peor, pero intento mantener el tipo frente a mis competidores. Lo que menos me conviene en estos momentos es que vean cualquier signo de debilidad por mi parte. Si los he reunido hoy aquí es para que sigan viendo que no me acobardo ante nadie.

Tras charlar un tiempo prudencial con cada uno de ellos, me permito alejarme de la multitud unos instantes. Sé que debería parar de beber, pero cuanto más tiempo pasa sin que el Santo dé señales de

vida, más impaciente me vuelvo y soy incapaz de no coger cada dos por tres una copa de champán cuando uno de los camareros que portan bandejas me la ofrecen.

—Si llego a saber la ofrenda que prepararías en mi honor, me hubiese dado por muerto mucho antes.

Se me hiela la sangre cuando escucho esa voz a mi espalda.

—Debería haber imaginado que se trataba de ti —gruño.

Al intentar girarme para quedar frente a Cruz, noto el frío metal de la pistola en la zona de mis lumbares.

—Ni se te ocurra moverte, a no ser que desees que te reviente las tripas —amenaza mientras lo único que alcanzo a ver por el rabillo del ojo es que lleva un traje negro y va pintado representando la muerte.

Mantengo mis ojos al frente, justo en los invitados que están disfrutando de la fiesta ajenos a lo que ocurre. Miro en todas direcciones, intentando distinguir a alguno de mis hombres, pero recuerdo que los mandé a taponar las salidas.

—Sabes que no vas a salir vivo de aquí, ¿verdad? Tengo a todos mis hombres vigilando la hacienda.

—¿Crees que eso me asusta? Tu propia mano derecha está de acuerdo con que haya un cambio en la línea de sucesión. —Se me hinchan las aletas de la nariz cuando tomo conciencia de que Armando, mi hombre de confianza, ha sido quien me ha traicionado —. Te estás haciendo viejo, Rafael, hace tiempo que deberías haberte hecho a un lado y dejado a los jóvenes hacerse cargo del negocio.

—¿Qué quieres, arrebatarme el cártel?

—Yo no soy como tú. Yo únicamente tomo lo que me pertenece por derecho, ¿verdad, papá?

Parpadeo cuando una gota de sudor se me cuela en el ojo.

—No sé de qué demonios hablas.

—Parece mentira que no recuerdes lo hablador que se volvía Henry cuando estaba drogado, así que… ¡No me mientas, *carajo*!

—¿Qué buscas entonces, reconocimiento? ¿Eso es lo que quieres?

—Toda la vida me has tratado como un puto títere cuando me merecía estar a tu lado.

Noto como ejerce más presión con su arma. Cruz siempre fue un crío temperamental y envidioso, y parece que ni el paso de los años le ha hecho cambiar.

—Tu madre nunca lo hubiese permitido.

—¡No la nombres, maldito cabrón! A ella ni la menciones.

—Solo digo la verdad. Atlas llegó pocos meses después de que nacieras tú. Tu madre no consintió que hiciera diferencia entre sus dos hijos.

—Nunca accederé a compartir lo que eso mío con ese bastardo. Has estado tan malditamente ciego… —me susurra, pegándose a mí. Mis sudores van en aumento, no tengo claro si se debe a mi propio malestar o al encontrarme en una posición vulnerable con él apuntándome a la espalda—. Has tenido al enemigo frente a tus narices y no te has dado ni cuenta.

—Si lo que te preocupa es Atlas, te aseguro que por mi parte no tendrás que compartir nada con él. De tu hermano yo mismo seré quien se encargue.

Ahora sé que, si quiero que un trabajo quede bien hecho, es uno mismo quien tiene que realizarlo.

—¿Crees que hablo de él? —Suelta una carcajada mordaz—. Atlas es ahora el que menos debería preocuparte cuando ha aparecido la legítima heredera del cártel Vargas para arrebatártelo todo.

Por unos segundos me quedo paralizado. Su declaración me sorprende más incluso que él sepa la verdad de su procedencia.

—¡¿Qué estupideces dices?!

Al reaccionar, me remuevo sin importarme que sea capaz de dispararme. Cuando al fin consigo darme la vuelta, Cruz ya ha desaparecido.

Por un momento llego a pensar que, a causa de la febrícula que siento, me he imaginado el encuentro. Sin embargo, sé que ha sido real cuando, al mirar al punto donde debería estar Cruz, en su lugar hay un libro en el suelo.

Miro entre los invitados, desesperado, pero no consigo dar con él.

Me agacho y frunzo el ceño al comprobar que se trata de un ejemplar de *La Ilíada*.

«No puede ser posible», pienso cuando lo primero que encuentro al abrirlo es una fotografía de Alejandro Vargas junto a su mujer y una jovencita.

Desde la primera vez que la vi en la fiesta de Pavlov no pude apartar mis ojos de Katrina. Siempre pensé que me había eclipsado su belleza, me recordó tanto a Gabriela hace unos veinte años que no vi la realidad. Sin embargo, no era esa familiaridad la que encontraba en sus rasgos. La observo en la foto con detenimiento y, a pesar del paso del tiempo, es indudable que Catalina Vargas no es otra que Katrina Díaz.

«¿Cómo he podido ser tan necio? Quizá Cruz esté en lo cierto; me he confiado tanto en mi papel del rey narco que me he vuelto descuidado».

Sigo intentando buscar a Cruz alrededor del patio. Por mucho que me haya apuntado con su arma, no ha disparado. Además, es el único que me ha advertido del peligro que supone que esta maldita

cría siga con vida, y eso significa que hay una milésima parte en él que lo único que busca de mí es puro reconocimiento. Puede que, después de todo, Gabriela, él y yo nos convirtamos en la familia perfecta.

Cruz siempre ha sido manejable, si lo pongo de mi lado no me costará volver a manipularlo, solo se siente resentido por no ofrecerle su lugar.

Para mí, realmente, el problema nunca ha sido él, sino Atlas. Es demasiado listo para mi propio bien.

Escondo el libro en la cinturilla del pantalón a mi espalda y lo oculto tirando de la chaquetilla.

Mi estado físico no me acompaña, cada vez me siento más mareado, pero eso no es suficiente para que no me acerque hasta donde se encuentra la muy zorra, medio alejada de la multitud junto a otra joven.

Mido mis pasos a seguir, no me conviene formar un escándalo. Si los demás cárteles se enteran de que me alcé con el poder matando a los Vargas, muchos de ellos se volverán contra mí, ya que idolatraban a Alejandro.

Me acerco hasta los mariachis y les pido la siguiente pieza que deben tocar a mi señal.

—Por lo que parece, al final el Santo no ha aceptado tu invitación —se recochinea Rivera, cortándome el paso.

Me cuesta controlarme y no apartarlo de malas maneras. Sin embargo, si algo me ha llevado a lo alto, es que no debo dejarme vencer por las emociones.

—Parece ser que no —miento, sin desvelar que sí que ha aparecido y se trata de mi propio hijo—. Lo importante es que nos hayamos reunido, espero que hayáis pasado una noche agradable.

—¿Ya nos estás echando?

—En absoluto. Disfruta todo lo que quieras.

Le palmeo la espalda y paso por su lado sin querer perder un segundo más con este miserable. En mi mente, ahora solo existe un claro objetivo.

—Vengo a cobrarme el baile que se me prometió —las interrumpo.

No se me pasa por alto como la maldita mentirosa se tensa.

—Rafael… —me saluda.

No puede ocultar lo incómoda que está cuando no ha parado de jugar conmigo.

A pesar de mi malestar, veo todo más claro que nunca. Sería tan fácil sacar ahora mismo mi pistola y meterle un balazo en la cabeza… El problema es que no sé con qué apoyos cuento en estos momentos, y eso no me beneficia. Tengo que calcular

meticulosamente cada uno de mis movimientos.

—Querida Katrina… —Extiendo mi mano.

Tengo que reconocer que tiene agallas la muy puta cuando, mirándome a los ojos, acepta el baile.

—Espero que esta canción sea de tu agrado, la he elegido explícitamente para ti, Catalina —declaro cuando chasqueo los dedos y suenan los acordes de la canción *La Catrina.*

Capítulo 36

«Muchas veces en el dolor se encuentran los placeres más profundos, las verdades más complejas, la felicidad más certera»
Frida Kahlo.

Emma

Salir de la hacienda ha sido más fácil de lo que esperaba en un principio. Rafael ha rodeado el perímetro para que, en caso de que aparezca el Santo, no tenga escapatoria. Sin embargo, Rodrigo se conoce la zona como la palma de su mano y hemos podido escabullirnos en el coche de Atlas atravesando caminos de tierra.

—Gira a la izquierda —me guía él, sentado en el lado de copiloto—. ¡Esa es tu derecha!

Doy un volantazo, cambiando la dirección, y el coche hace una especie de trompo.

—Perdón —me disculpo cuando recupero el control del vehículo.

—Continúa recto. Debe haber como mucho un par de kilómetros hasta llegar al punto de encuentro.

—¿Estás seguro de que este camino lleva a Río Bravo?

Mi jefe me pidió que me reuniese con el equipo de asalto en un punto concreto de la frontera con El Paso, ciudad estadounidense que pertenece a Texas. Allí estarían esperando para que juntos llevásemos a cabo el operativo.

—Confía en mí. ¡Vamos, acelera!

Piso el pedal a fondo. La suspensión se resiente debido a la irregularidad de la tierra. Botamos en nuestros asientos debido a que el camino está lleno de piedras y baches.

De repente, vuelvo a perder el control del coche cuando pillamos un profundo socavón. Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a mis propias acciones. Aun así, agarro con fuerza el volante, intentando estabilizarnos, pero vamos a tanta velocidad que el vehículo comienza a dar vueltas de campana.

—¡Rodrigo!

Mi garganta se desgarra la causa del grito.

—¡Agárrate fuerte!

Lo intento, juro que lo intento, pero con cada vuelta mi cuerpo es sacudido de un lado a otro.

Todo sucede tan rápido que apenas soy capaz de procesarlo hasta que siento un fuerte dolor en la cara a causa de que saltan los *airbags* y todo se vuelve negro a mi alrededor.

—¡Emma! ¡Vamos, rubia, contesta! —escucho la voz de Rodrigo, como si estuviese muy lejos.

Me encuentro mareada. Mi cabeza sigue apoyada en el *airbag*.

—¿Rodrigo? —mi voz suena pastosa.

—¡Eso es, nena! Me has dado un susto de muerte, no respondías. ¿Estás bien?

Muevo los brazos y las piernas. Tras comprobar que puedo hacerlo, intento desabrocharme el cinturón de seguridad.

—¡El cinturón está atascado!

Le doy unos fuertes tirones presa del pánico.

—Déjame a mí.

—Arggg… —grito asustada al escuchar un fuerte estallido.

Acto seguido, el coche se llena de una gran cantidad de polvo blanco.

—Tranquila, solo he pinchado los *airbags* para poder llegar a ti. —Sus manos me palpan, con la polvareda no soy capaz de verlo. Lo siento maniobrar hasta que consigue liberarme—. ¿Puedes abrir tu puerta? La mía está obstaculizada por el camino.

Es ahí cuando me doy cuenta de que hemos volcado y el coche ha quedado en una posición vertical.

—Creo que sí.

Tiro de la manija y Rodrigo me ayuda a sostenerla abierta para que pueda salir. Salto al camino de tierra y él hace lo mismo al segundo.

Ambos estamos llenos de polvo. Aun así, distingo cómo le chorrea la sangre.

—¡Estás herido!

Le giro el cuello para descubrir de dónde proviene.

—No es nada, solo un raspón del cinturón —descarta, se aparta de mi contacto y rodea el vehículo—Joder, la rueda ha reventado.

—¿Solo la rueda? —Señalo el coche siniestrado. «Espero que Atlas no le tuviese mucho aprecio a este coche»—. ¿Y de dónde has sacado tú esa navaja? —le pregunto, señalándole la mano. Debe haber hecho estallar los *airbags* con ella al igual que ha debido cortar el cinturón de seguridad.

—Soy un hombre previsor. No tengo pistola, así que ha tocado improvisar.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso si te apuntan con un arma? ¿Esquivar las balas? —Se encoge de hombros y me da la espalda. Juro que me reiría si no estuviésemos en una situación tan jodida—. Será mejor que llame a mi jefe y que dirija a los agentes

directos a la hacienda.

—No hay cobertura —me informa Rodrigo, trasteando su propio teléfono—. Con las prisas, ni avisé a Kat… —murmura.

Parece realmente preocupado. Esto ha supuesto un contratiempo, ya deberíamos haber llegado junto a mis compañeros. Según dijo Rodrigo, aún quedan un par de kilómetros de donde se supone que me esperan.

—Rodrigo, tienes que regresar a la hacienda —le digo convencida.

—No —niega con vehemencia, y chasqueo la lengua.

—¡Deja de comportarte como un cabezota! Tú mismo lo has dicho, estamos incomunicados. No sabemos qué estará ocurriendo en la fiesta, ni los planes que tiene Cruz, ni Mendoza para el caso. Lo único que sabemos es que Atlas estará esperando noticias nuestras. O eres capaz de comunicarte mentalmente, o uno de los dos tiene que regresar para informarle de que los refuerzos tardarán un poco más en llegar.

—Ni siquiera conoces la zona, así que no. No pienso dejarte sola.

—¡Maldita sea, Rodrigo! Que sea rubia no significa que sea tonta. ¡Sé valerme por mí misma, soy policía, joder! No me hagas sacar el arma y obligarte.

—¡¿Qué mierda dices, Emma?!

—Por favor… —le suplico—. Vuelve con Kat, con Atlas… No podemos demorarnos más.

—No digas eso, rubia. No me pidas que te deje sola.

—Estaré bien… —Me tiembla la voz.

Cierra los ojos y se agarra la nuca, debatiendo qué hacer. Entiendo que quiera acompañarme, pero también le preocupa que Katrina, Catalina o como demonios se llame quede desprotegida.

—Joder…, está bien —claudica—. Pero más te vale aparecer pronto —me advierte.

Asiento.

Presto atención cuando me da unas cuantas indicaciones para llegar hasta Río Bravo desde donde nos encontramos. No negaré que tengo un poco de miedo. ¡Qué digo miedo! Estoy acojonada perdida, pero no pienso decírselo ahora que ha cedido a que regrese con los demás.

—¿Te has quedado con la copla?

—¿Eso no es un estilo musical español?

—¡Me cago en la hostia, Emma! No estoy para cachondeos —exclama, perdiendo los nervios.

—¿Y crees que yo sí? Te recuerdo que soy americana y, por muy bien que hable tu idioma, hay expresiones que no pillo.

Se pinza el puente de la nariz con sus dedos, agobiado.

—Cierto, lo siento. Me refiero a que si lo has entendido.

—Sí, sí. Camino recto durante unos quince minutos y saldré al río que está ante la frontera.

—Enciende la linterna del móvil, si no, va a ser imposible que veas nada una vez que te alejes de los faros del coche —me recomienda—. ¿Cuánta batería tiene?

Miro el móvil.

—Un cuarenta y tres por ciento.

—Espero que te aguante hasta que encuentres a tus compañeros. Quiero que me llames en cuanto tengas cobertura.

—Sííí, papá… —Me dedica una mirada severa y pongo los ojos en blanco—. Venga, no perdamos más tiempo.

—Debería acompañarte.

—No empieces, Rodrigo. Seguro que Kat te necesita más que yo.

No está del todo convencido, yo tampoco, pero me preocupa lo que pueda estar sucediendo en nuestra ausencia.

—Llámame, ¿vale? Y si no da señal, inténtalo hasta que te lo coja, yo haré lo mismo.

Se me forma un nudo en la garganta cuando ambos encendemos nuestras linternas para tomar caminos opuestos. Sin demorar más el momento, me giro y echo andar.

Solo he dado unos cuantos pasos cuando lo escucho maldecir.

—¡Al diablo!

Justo al girarme para ver qué le ocurre ahora, Rodrigo ya ha llegado hasta mí, atrapa mi cara entre sus manos y estampa su boca contra la mía.

Me besa con pasión, con nervios y con miedo.

Me aferro a las solapas de su chaqueta y, poniéndome de puntillas, me acerco tanto como puedo a él para profundizar el beso. Las piernas me tiemblan, ya no sé si debido a lo que me hace sentir, al accidente o a lo que está por venir.

Cuando nos separamos, veo su rostro entre sombras, ya que nuestros móviles han caído al suelo.

—Ten cuidado, ¿sí? —me dice, dándome un último beso en la punta de la nariz; me parece la cosa más tierna.

—Lo mismo te digo.

Esta vez, cuando emprendemos el camino por separado, no hay interrupciones.

Primero ando a paso ligero, pero teniendo cuidado por donde piso. Hay demasiadas piedras y no quiero acabar tropezando, sin embargo, cuando veo que pasa el tiempo y que el camino no termina, me agarro la falda, para que no me entorpezca y empiezo a correr.

Poco a poco veo que el cielo empieza a clarear, señal de que la frontera está cerca. El pecho me arde a causa del esfuerzo, pero no voy a parar ahora que estoy tan cerca. Tanto que por poco lloro cuando salgo de la vegetación y unos metros más adelante distingo el Río Grande, como lo llamamos en Estados Unidos.

Escucho un silbido y muevo la cabeza para ver de dónde proviene. A mi derecha, unos metros más allá, están escondidos mis compañeros entre la maleza.

Un *sprint* final es lo que necesito para llegar hasta ellos. Apoyo las manos en mis rodillas, totalmente agotada.

—Agente Wilson —se dirige uno de ellos a mí—. Soy el teniente Sutherland. Ha tardado mucho.

Le hago un gesto con la mano, aún agachada, para que me dé unos segundos para recobrar el aliento.

Cuando creo que no vomitaré el corazón por la boca, me incorporo. Cuento a siete agentes, y de antemano sé que no somos suficientes en comparación a todos los hombres de los que disponen Rafael Mendoza y el resto de cárteles.

—¿Solo estáis vosotros?

—Con tan poca antelación, es lo único que ha permitido la Policía Federal de México.

«Siempre tan colaboradores», pienso con ironía.

—Tendrá que bastar —comento resignada—. ¿Disponen de vehículos?

—Sí, tenemos tres todoterrenos.

—Andando, entonces.

Sigo al teniente y a sus hombres cuando abren el camino, sin embargo, no llego muy lejos al sentir un arma presionando mi sien.

—¡De aquí no se mueve ni Dios!

—¿Qué hace, agente Johansson? ¡Baje el arma! ¡Es una orden! —pide el teniente Sutherland cuando se giran él y sus hombres en nuestra dirección.

Intento mantener la calma, pero estoy al borde del colapso cuando entiendo que, el agente Johansson, quien me apunta con su pistola, es uno de los agentes que acusé de corrupción policial.

***

Rodrigo

Algo me decía que tenía que darme la vuelta, no me sentía bien conmigo mismo al dejar a Emma ir sola y, como intuía, no me he

equivocado.

Me hierve la sangre de pura rabia al ver cómo es encañonada por uno de sus propios compañeros.

Agudizo el oído, intentando escuchar lo que dicen, mientras pienso en las pocas opciones que hay de salir airosos de esta situación.

Literalmente lo tengo bastante jodido.

«¿A quién se le ocurre acudir a estas situaciones con una navaja multiusos?». Está claro que soy un partidazo.

Por mucho que Kat y yo nos creyésemos invencibles, todo este asunto nos ha venido grande. Alimentar el rencor durante trece años no sirve de nada si no estás bien preparado. No sé qué pensamos que ocurriría una vez que nos presentásemos aquí. Somos unos auténticos ignorantes que idealizamos el futuro.

Una cosa es que supiésemos el peligro al que nos enfrentábamos y otra muy distinta es tenerlo realmente en cuenta. Nos pudieron tanto las ganas de hacerle pagar a Mendoza por sus crímenes que nos olvidamos por el camino de que este tipo de personas disparan y después preguntan.

El destino es sabio. Tanto que nos tuvo que cruzar en el camino a Atlas y a Emma porque, de lo contrario, si ellos no estuviesen a nuestro lado, una de dos: hubiésemos abortado misión o estaríamos bajo tierra.

No descarto que esto último pase más pronto con el panorama que tenemos encima, sin embargo, no voy a caer sin antes haber luchado.

Las personas valientes no son las que no sienten miedo, sino las que, a pesar de todo, terminan conquistándolo.

—¡Baje el arma! ¡Es una orden! —escucho que dice uno de los agentes, apuntando al que retiene a Emma con su ¿fusil, metralleta? ¡Qué más da! No tengo ni puta idea de armas, lo único que sé es que no quiero que alguna de ellas se dispare.

—¡Aléjense o le vuelo la cabeza!

—Tienen que haberte prometido bastante para que te estés jugando tu futuro de esta forma —le suelta Emma.

«¿Está loca o qué? ¿Es que no ve que la puede matar?», me desespero.

—¡Cállate la puta boca, zorra! Fuiste una maldita entrometida.

—Nadie me creyó cuando os acusé de corruptos. Eres tú quien se está delatando solito.

—¿Crees que no sé que tengo a los de Asuntos Internos encima de mí? ¡La gente habla, maldita sea!

—Baje el arma, agente Johansson, no haga las cosas más complicadas.

—¡Atrás! No den ni un paso. ¿Cree que soy estúpido? Yo ya

estoy jodido, mi única vía de escape es tomar lo que diferentes cárteles me prometieron y desaparecer.

Si no estuviese pendiente, apenas percibiría cómo el resto de agentes se van moviendo poco a poco, unos centímetros para intentar rodearlo.

—Entréguese, agente, y puede que de esa forma le rebajen la condena. Usted y yo sabemos que escapar no es la mejor opción. Se activará contra usted una alerta de busca y captura. Y cuando lo atrapen, que lo harán, no habrá acuerdo que rebaje su pena.

—He permanecido demasiados años en la DEA para saber que no arriesgarían la vida de uno de los suyos. Por eso, la chivata es mi seguro.

El cabrón da un par de pasos hacia atrás, sus pantorrillas a la altura de mis ojos. Lanzo una piedra al otro extremo del río y, al ver que se distrae con el ruido y mueve su mano sin apuntar directamente la cabeza de Emma, actúo.

«Es ahora o nunca».

Salgo de entre la maleza, agarrándome a sus piernas para desestabilizarlo, pero justo en ese instante suena el ruido más aterrador y espeluznante que he escuchado jamás, el de un arma al dispararse.

Capítulo 37

«Dolor, placer y muerte no son más que el proceso de la existencia. La lucha revolucionaria en este proceso es una puerta abierta a la inteligencia»
Frida Kahlo.

Atlas

Estoy poniendo al día a Moncho para que entienda lo peligroso que es que estén aquí cuando capto el revuelo que forman los invitados a nuestro alrededor.

Me late el corazón acelerado al ver como los presentes hablan entre gritos y nervios. Dirijo mi mano a la espalda y rozo el frío metal de la pistola, preparado en caso de que tenga que utilizarla.

—¿Qué demonios ocurre? —le pregunta Moncho a su padre, que viene en nuestra dirección con pasos apresurados.

—El *hijueputa* de Mendoza nos la ha jugado —declara—. Nos ha llegado un chivatazo por parte de la Policía Federal de que la DEA acaba de cruzar la frontera con El Paso y se dirigen hacia aquí.

«Mierda», pienso, alterándome por que hayan descubierto a los compañeros de Emma.

—¿Dónde está Rafael? —le pregunto.

—Se ha esfumado. Por eso el muy cabrón nos reunió a todos aquí. Siento que sea tu familia, pero esto no va a quedar así. En nuestro mundo mueren los soplones. Todos los demás líderes han podido ver su verdadera cara y están decididos a ir a por él —suelta furioso—. No sabemos a cuánta distancia estará la DEA, pero hay que marcharse, *mijo*.

—Váyase, padre, contra mí no tienen nada. Lupe y yo nos quedaremos con Atlas.

—No, Moncho, marchaos. —Apenas he terminado de decir la frase cuando comienza el tiroteo.

«Katrina», es lo primero que se me viene a la mente.

Cruzo el patio corriendo, siento como Moncho y su padre me pisan los talones. La última vez que reparé en ella estaba en el otro extremo con Lupe.

Hay demasiadas personas escapando que me obstaculizan el paso.

Intento esquivar a un hombre, pero su cuerpo choca contra mí al recibir un balazo en la cabeza. Su sangre me salpica por completo,

hasta el punto de que tengo que restregarme los ojos.

—¡Resguardaos! —les grito al ver como varios hombres más en su huida son alcanzados.

Nos escondemos tras una mesa larga. Las balas hacen que la comida que hay sobre ella salga disparada por los aires.

—¡No se trata de los americanos! ¡Son francotiradores! —nos informa Ramón Rivera tras echar una ojeada por un lateral.

Tiene su propia arma en la mano, al igual que Moncho y yo.

—¡Váyanse! —vocifero.

—¿Serán los hombres de Rafael o de Cruz? —me pregunta mi amigo, ignorándome por completo.

—¿Qué diferencia hay? Mismo perro con distinto collar.

Me agacho aún más cuando una de las balas impacta contra el tablero de la mesa, consiguiendo astillar la madera.

—Tenemos que encontrar a las chicas.

Moncho asiente, con la preocupación reflejada en su rostro al saber que su mujer también está en medio del fuego cruzado.

—Padre, cúbranos y márchese. Vamos a por Lupe y a por la mujer de Atlas.

Se me forma un nudo en el estómago cuando mi amigo se refiere a Kat como mi mujer. Puede que apenas nos conozcamos, que la situación en la que lo hemos hecho no sea la más adecuada para que iniciemos nada, sin embargo, lo que experimento cada vez que la veo, jamás lo he sentido por nadie.

El jefe del cártel Rivera comienza a disparar para que podamos escabullirnos.

Nos arrastramos con rapidez por el suelo. Hay varios cuerpos abatidos que nos complican el avance. Una lluvia de disparos cae cerca de nosotros.

—Joder… —me quejo cuando uno de ellos me alcanza en el muslo.

El dolor es agónico, pero ni con esas dejo de moverme.

—¡Lupe! —grita Moncho.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Al descubrir la ubicación de donde proviene su voz, nos levantamos y, medio agachados, corremos hasta otra mesa. Esta está volcada, resguardado a quien se oculta detrás de ella.

La pierna me arde con cada paso que doy. Además, el ruido de los disparos de distintos bandos es ensordecedor y hace que sienta un fuerte pitido en los oídos.

Nos resguardamos tras la mesa y Moncho abraza a su mujer en cuanto la ve. Miro de un lado a otro y no veo a Kat.

—¡¿Dónde está Katrina?! —le pregunto a Lupe con urgencia.

Lleva el maquillaje totalmente corrido debido a las lágrimas

que no cesan de caer por sus mejillas.

—Rafael la sacó a bailar.

—¡¿Qué?!

«No, no puede ser, joder».

—Te juro que estuve todo el tiempo pendiente de ella, pero comenzaron los disparos y… —Llora con mayor intensidad—. Yo…, la perdí de vista.

¡Maldita sea!

Saber que está con él y que puede haberla alcanzado alguna de las balas hace que me olvide de todo, de los francotiradores e incluso del dolor que siento en la pierna y me muevo para ir en su busca.

—¿Dónde crees que vas? —me retiene Moncho.

—Tengo que encontrarla.

—Pero…

—Si fuese Lupe la que estuviese desaparecida, ¿qué harías? —le corto para que entienda que no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¡Maldita sea, Atlas! Has elegido el peor momento para enamorarte. ¡*Ándale*! ¡Acabemos con esos *pinches* cabrones! Mi amor —se dirige a su mujer—, ve con mi padre, él te sacará de aquí.

Lupe asiente y se funde en un rápido y apretado beso.

Calculamos nuestras opciones. La mayoría de los hombres de ambos bandos ya han caído. Que nosotros veamos solo quedan tres tipos apostados tras las columnas del porche abriendo fuego. Compruebo el cargador de mi pistola, me quedan pocas balas.

—Tenemos que conseguir más munición —le digo a Moncho, señalando los cuerpos tendidos en el suelo.

Si queremos tener una oportunidad de acabar con ellos, debemos hacernos con las armas de los que han caído.

Mi amigo hace un gesto afirmativo y a la de tres salimos descargando nuestros cargadores, echando a correr para recoger las pistolas de los muertos.

Una lluvia de balas resigue nuestros pasos, por fortuna, vamos tan rápido que no nos alcanza ninguna. Volvemos a resguardarnos tras otra de las mesas.

—Está crudo llegar al interior de la casa —comenta Moncho con la respiración acelerada.

—Si los sorprendemos por los costados no se lo verán venir.

—Pues va a ser complicado hacerlo sin que nos vean.

Miro de un lado a otro y mis ojos se quedan fijos en los setos a mi derecha.

—Hay que traspasarlos —se los señalo a Moncho —, eso hará que bordeemos el patio sin ser vistos y lleguemos al porche. Si tu padre sigue cubriéndonos, podría funcionar.

Localizamos la mesa en la que dejamos a Ramón cuando

comenzó todo el caos.

—¡Padre! —exclama asustado al verlo tendido en el suelo.

—¡Moncho, no!

No tiene en cuenta mi advertencia y comete el error de levantarse. Su cuerpo retrocede cuando recibe un balazo en el hombro.

—Mierda… Joder… —se queja, retorciéndose.

Sé lo que se siente, a pesar de que sé que no es una herida del todo profunda, la pierna me arde de dolor, pero la adrenalina del momento hace que no le preste atención y sea menos intenso.

—¿Te has vuelto loco? No puedes exponerte de esa forma.

—Está muerto, Atlas. —Me observa con lágrimas en los ojos—¡Está muerto, joder!

—No lo sabemos, ¿me oyes?

Aunque, siendo sincero, las probabilidades de salir de aquí con vida son demasiado escasas, sin embargo, no pienso decirle eso a mi amigo.

—Quédate aquí y presiónate la herida.

Su tono de piel olivácea se encuentra pálida, está perdiendo demasiada sangre, por lo que, sin tiempo que perder, traspaso el seto.

Siento como las ramas me arañan el rosto y las manos, pero no me detengo a pesar del escozor que me producen. Cuando consigo atravesarlo, me muevo en cuclillas bordeándolo y así poder llegar al inicio del patio.

Aprieto mis labios, conteniendo los gritos de dolor que siento en el muslo. Una vez que los setos acaban, asomo la cabeza unos milímetros para poder controlar a los francotiradores.

Siguen estando los tres de antes, cada uno resguardado en una columna.

Tengo a uno de ellos a tiro, pero en el momento que dispare, les demostraré a los otros dos mi ubicación y me coserán a balazos.

No pienso demasiado en las consecuencias, de lo contrario, no seré capaz de llevarlo a cabo y corro el riesgo de perder la ventaja que he ganado y me descubran.

Tengo que buscar como sea a Kat. Apenas hay movimiento, y a no ser que algún invitado que no haya conseguido huir esté escondido, me encuentro solo.

Me muevo con sigilo a sus espaldas, cuando estoy a pocos metros de uno de ellos aprieto el gatillo y su cabeza rebota cuando le incrusto una bala en la nuca. Le pego un puntapié a su cadáver y me escondo tras la columna justo cuando sus compañeros abren fuego contra mí.

Me agacho y recojo su fusil AK-47. Disparo sin reparo y consigo abatir a otro de los hombres.

El que sigue con vida es Armando, el lugarteniente de Rafael.

—¡Tira el arma, Armando, y te dejaré vivir! —grito, dándole una vía de escape.

De repente, escucho un disparo. Me escondo mejor pensando que la detonación viene hacia mí, y al sentir que no es el caso, me asomo y me sorprende verlo con un agujero en el pecho.

—Siempre has sido un blando, *brother*.

Me giro al sonido de la voz y la sangre se me hiela al descubrir a Cruz en mitad del patio.

No sé por dónde narices ha aparecido, pero salgo de mi escondite y lo apunto con el fusil al ver que lleva a Moncho agarrado por el cuello y lo utiliza de escudo.

—Suéltalo, Cruz, él no pinta nada en todo esto —le exijo.

—¿Crees que soy tan estúpido de deshacerme de lo único que hace que no me dispares?

—Yo no soy como tú —mascullo —. Aunque, en realidad, ganas no me faltan cuando tú lo has intentado conmigo en reiteradas ocasiones. ¡Déjalo ir! —repito.

Percibo como Moncho intenta removerse del agarre y doy un paso al frente al ver que Cruz le da un golpe en la sien con la culata de su arma y mi amigo cae al suelo, inconsciente.

Quedamos solo los dos, ambos encañonándonos directamente.

—¿Por qué, Cruz? ¿Por qué inventarse al Santo? —le pregunto, deseoso de comprobar que mi amigo siga respirando. Está perdiendo mucha sangre—. ¿Tantas ganas tienes de arrebatarle todo a nuestro tío?

—¡Calla la puta boca! ¡No tienes idea de lo que dices!

—Todo se resume a eso, ¿verdad? Fingiste tu propia muerte ¿con qué fin?, ¿hacerte con el cártel a la fuerza?

—Llegó la hora de la sucesión. Llevaré el cártel de los Guajes a lo más alto. —Casi no lo reconozco, tiene la mirada enajenada —. He tenido que tragar demasiada mierda, y ahora que he dado el paso no dejaré que tú y tu putita me arrebatéis lo que me pertenece por derecho.

Aprieto los dientes por escuchar la forma en la que se refiere a Emma.

—Si eso es lo que te interesa, es todo tuyo. Sabes que a mí nunca me ha interesado, y a mi prometida menos aún.

Ríe como un auténtico demente. Aprovecho para avanzar unos centímetros si dejar de apuntarle. Si tan solo pudiese llegar a él y conseguir desarmarlo…

—¿Crees que me refiero a la poli? —Me observa con fijeza—. No des un paso más o tu amigo es hombre muerto. —Dirige su pistola a Moncho—. Tengo que reconocer que esa ha sido una buena jugada,

¿quién imaginaría que la heredera del clan Vargas seguiría viva? Pero ni con esas conseguiréis lo que es mío. Rafael acabará lo que no hizo en su día.

Veo todo rojo. La simple mención de Katrina hace que toda la prudencia que he intentado mostrar se esfume por completo y que arremeta contra él.

—¡Maldito cabrón! —Lo embisto con tanta fuerza que ambos perdemos nuestras armas en el proceso al caer al suelo—. ¿Dónde está Katrina?

Le asesto un puñetazo en la mandíbula que él me devuelve en el estómago.

—A estas alturas ya se habrá reunido con su verdadera familia —se jacta a pesar de que se encuentra en una posición desfavorable, debajo de mí.

—¡¿Dime dónde están?! —Le agarro del cuello y golpeo su cabeza contra el suelo.

Pierdo la ventaja y grito de dolor cuando Cruz incrusta sus dedos con saña en la herida de bala de mi muslo. Ahora es él quien se encuentra sobre mí, se estira a través de mi cuerpo y le asesto varios puñetazos en las costillas para deshacerme de él, pero estoy demasiado mareado a causa del dolor.

—¡¿Sabes siquiera lo que ha sido mi vida?! —me vocifera en la cara mientras me apunta directamente a ella con el arma. Eso hace que me quede paralizado, esta vez no tengo escapatoria y lo único que me queda es mirar a la muerte de frente—. ¿Sabes lo que es descubrir que el hombre que te engendró te haya tratado peor que a un perro?

—Eso no es justificación para que te hayas convertido en esto. Ambos sabíamos que Henry fue un bastardo al que le quedó grande el papel de padre.

—¡Ese *julandrón* no era mi jodido padre, maldita sea, sino Rafael!

—¡¿Qué diablos dices?! ¡¿Es que te has vuelto loco?! —le grito sin importarme que me vuele la tapa de los sesos.

En su demente estado está proyectando acusaciones inverosímiles.

—Oh, el hombre perfecto, el que siempre ha repudiado nuestro mundo no es capaz de aceptar la verdad de que nuestra madre fue violada por su propio hermano…

—No tiene sentido, no… —niego reiteradas veces, en *shock* sin querer creerlo, pero por más que lo hago, algo en mi mente, observando a Cruz sobre mí, me dice que no miente.

—¡Mírame, Atlas! —Se golpea el pecho a sí mismo con la mano en la que porta su pistola mientras con la otra me presiona el cuello contra el suelo—. Mírame porque es lo último que verás. ¡Yo soy un

auténtico Mendoza! Por mi cuerpo corre sangre pura, sin embargo, el muy cabrón nunca me reconoció, me consideró indigno. Así que no me quedó más remedio que tomar a la fuerza lo que me pertenece.

Joder, ¿cómo no lo he visto antes? Siempre pensé que Cruz era demasiado parecido a Rafael, lo achacaba que a través de nuestra madre compartíamos genes.

«Mi madre…», pienso con un fuerte dolor en el pecho. Ahora entiendo la razón por la que siempre ha estado subyugada a Rafael.

Hijo de puta, hijo de…

—¡Deberías habérmelo dicho, maldito! —bramo—. De tal palo tal astilla. Te puede más el ansia de querer apropiarte del cártel que el de vengar a nuestra madre —me desgañito la garganta.

—¡Ella es mía! —me escupe en la cara—. Veía el amor que reflejaba en su mirada cada vez que te miraba mientras que cuando lo hacía a mí la embargaba la pena. No lo entendía hasta que descubrí la verdad… Jamás volveré a compartirla contigo.

—Estás enfermo… Eres un puto enfermo como el malnacido que te engendró —le suelto asqueado.

Ni me inmuto cuando Cruz afianza el agarre en su arma, decidido a acabar conmigo. No cierro los ojos, quiero que la mirada de odio que le lanzo lo persiga el resto de sus días.

—Rafael no le dio el lugar que le correspondía, debería haber sido una reina a su lado, pero yo pienso darle…

No termina la frase cuando sus ojos se abren como platos y, al gorgotear, comienza a escupir sangre por la boca.

—¡Ojalá te pudras en el infierno, maldito cabrón! —irrumpe una voz a su espalda.

Estoy tan concentrado esperando que apriete el gatillo que no soy consciente de que le han rebanado el cuello de lado a lado hasta que mis ojos se posan en ese punto.

Sin tiempo que perder, me lo quito de encima y me levanto con rapidez en el proceso.

Cruz cae al suelo, quedando bocarriba. Está tan asombrado porque se hayan girado las tornas que solo se queda ahí quieto, ahogándose con su propia sangre.

No salgo de mi asombro al descubrir que la persona que me ha salvado la vida, y que porta un cuchillo de grandes dimensiones en su mano, no es otra que Lupe.

Ambos nos miramos a los ojos. Doy un paso en su dirección cuando comienza a temblar con insistencia, pero un ruido proveniente de Cruz corta mi avance.

—Zoorraaa…

Veo que con movimientos lentos intenta levantar el brazo donde aún sujeta su arma. Lanzo una patada para que la suelte, me

agacho para recogerla y lo apunto, decidido a acabar con él.

—¡No! —me para Lupe, a la que le castañean los dientes—. No le dispares, déjalo que sufra mientras la vida se le escapa —añade sin quitarle los ojos de encima a Cruz.

Algo me dice que este momento es importante para ella. En otras circunstancias, no le haría caso y hubiese preferido darle una muerte rápida a Cruz, sin embargo, él ha intentado matarme en más de una ocasión y no se merece que le guarde respeto.

A pesar de estar agonizando, él entiende la situación y con las pocas fuerzas que deben quedarle vuelve a estirar el brazo, nos saca el dedo corazón y añade como últimas palabras:

—Q-que os j-jodan…

Después de eso, sus ojos permanecen abiertos, pero sin vida.

—Ahora el mundo es un poco mejor sin alguien como Cruz en él —escucho decir a Lupe, y, por extraño que parezca, estoy de acuerdo con ella.

Sin dedicarle un pensamiento de más, ya que no se lo merece, me agacho hasta Moncho. Algo se resquebraja dentro de mí al tocar su cuello y no encontrar su latido.

—¿Atlas…? —se interesa ella con voz trémula, sin ser capaz de acercarse.

—Lupe, yo… —Cierro los ojos y trago sin ser capaz de verbalizar la realidad.

—No… No, no, no —niega reiteradas veces. Suelta el cuchillo, cae de rodillas frente a mí y se abalanza encima de su marido—. Mi amor, por favor. Abre los ojos. Ábrelos para mí… tenemos que regresar a casa, nuestros *chamacos* nos esperan… Mi vida…

Se me parte el alma al ver la estampa. No existen palabras de consuelo que pueda decir en este momento, por eso lo único que hago es abrazar a mi amiga por la espalda y sostener parte de su pena.

No sé el tiempo que pasamos así, asimilando que Moncho ya no está entre nosotros y, de alguna manera, algo dentro de mí me hace sentirme responsable de su muerte.

Si no hubieran venido, si se hubiesen marchado en vez de quedarse a mi lado… Todo es tan injusto, Lupe ha salvado mi vida, pero a cambio ha perdido la de su compañero, la del padre de sus hijos.

—Lo siento tanto, Lupe. Es mi culpa, todo esto es por mi culpa.

—El único culpable es ese miserable que está ahí —se incorpora, señalando donde continúa Cruz—, y tu tío. Busca a Katrina, Atlas. ¡Sálvala a ella y mata a Rafael! —exclama con vehemencia, sosteniéndome por la chaqueta—. Él es el culpable de toda esta masacre.

Ni siquiera sé dónde estará Katrina y si aún seguirá viva, sin

embargo, asiento.

Le doy un último beso en la coronilla a Lupe antes de ponerme en pie. La pierna apenas me sostiene, pero no dejaré que eso me impida recorrer toda la hacienda hasta dar con ellos.

Capítulo 38

«El arte más poderoso de la vida es hacer del dolor un talismán que cura, una mariposa que renace florecida en fiesta de colores»
Frida Kahlo.

Katrina

Siento el sabor metálico de la sangre en mi boca; a pesar de estar en una posición de rodillas y vulnerable, no siento miedo.

Santo Tomás de Aquino dijo: «la templanza es simplemente una disposición de la mente que sujeta las pasiones».

Tras como he actuado las veces que me ha tocado enfrentarme a una situación de peligro en estos días, pensé que, llegado el momento en que Mendoza descubriese quién soy en realidad, me desmoronaría.

Hay personas que se manejan divinamente en el conflicto, sin embargo, yo no soy una de ellas. Una cosa es que deseemos algo con todas nuestras fuerzas, como por ejemplo ver morir a Rafael y otra muy distinta que yo sea capaz de ejecutar esos deseos.

En el instante que han caído las caretas, he podido dejar de fingir y demostrar todo el odio que siento por él.

—¿Pensabas que podrías engañarme eternamente? —Ha sido lo primero que me ha dicho cuando me ha sacado a bailar.

—Para alguien que se cree tan listo, te ha costado reconocerme —le he respondido, envalentonada.

Nadie diría que estábamos manteniendo una conversación crucial mientras bailábamos *La Catrina* de Vanessa Forero.

La letra de la canción hace alusión al enamoramiento que en primera persona revela alguien hacia la Catrina y su cultura. Menciona su belleza, con sus flores en la cabeza, ser una calavera y la realidad de la muerte en una forma formidable. «La muerte trae la vida». Trata de no tenerle miedo, sino más bien que la aceptemos al ser una parte más de nuestra existencia.

Quizá he llegado a ese punto, a estar en paz con la vida y no temer a lo que me depare esta noche. Hoy será la noche que acabemos con Mendoza, no volveré a ser una cobarde jamás.

—Controla esa lengua viperina, niña. —Ha apretado las yemas de sus dedos en mi cintura—. Esta vez me aseguraré de que mueras. Es paradójico que nos encontremos aquí, de esta forma tu alma no

necesitará viajar para reencontrarse con tu familia. —Me ha mostrado una perversa sonrisa.

—Te equivocas —le he rebatido—. Hoy será la tuya la que tenga que rendir cuentas con todas aquellas que arrebataste.

Le he pegado un empujón, deshaciéndome de su agarre y me he girado, apresurándome para salir del patio. Mi intención no ha sido la de huir, más bien he querido que me persiga, ya que tenía claro dónde debo ir.

Me he internado en el frondoso bosque que está en la zona trasera de la casa principal, mi idea era llevarlo hasta la plantación. Sin embargo, me he parado de golpe al escuchar disparos, preocupada por Atlas.

Craso error por mi parte, ya que Mendoza ha reducido la distancia que nos separaba y ha conseguido atraparme, propinándome un puñetazo en la cara que ha conseguido que caiga sobre mis rodillas.

Y así es como me encuentro en estos instantes.

—¡¿Creías que podías escapar de mí?! Tu padre también lo pensó y acabé con él.

—Ni naciendo cien veces conseguirías estar a su altura.

—¿Esto es todo lo que tienes contra mí? ¿Una maldita foto? —Se ríe en mi cara, lanzándome el libro de *La Ilíada*.

Por unos segundos pierdo la concentración al ver que lo tiene en su poder, pero recuerdo que me quedé dormida con él antes de que Gabriela me sacase de la habitación en la noche.

Descarto de inmediato la idea de que ella me haya traicionado, y la única alternativa es…

—Cruz —digo su nombre en voz alta.

Me estiro para recogerlo y Rafael levanta la pierna para asestarme una patada; se la sostengo y, con toda mi fuerza, me abalanzo contra su otra rodilla para hacer que pierda el equilibrio. Aunque me dobla en peso, consigo desestabilizarlo y cae de espaldas. No soy una experta luchadora cuerpo a cuerpo, pero sí puedo levantarme y patearle los huevos.

Mientras él se retuerce, me da la ventaja que necesito para volver a salir corriendo. «Solo unos metros más», me digo. Esquivo varias ramas que me obstaculizan el paso hasta llegar a la plantación.

Me sorprende que el muy cabrón se haya repuesto tan rápido, al sentir cómo me agarra de los pelos para impedir mi huida.

Grito a causa del dolor en el cuero cabelludo. Le propino varios codazos que apenas le rozan mientras él me zarandea hasta que me tira de nuevo al suelo. Esta vez, cuando me giro para enfrentarlo, me encuentro con que me está apuntando con su pistola.

Abrazo con fuerza el libro, a modo de escudo para que me dé el

valor y la confianza que necesito en estos momentos.

—Saluda a tu padre de mi parte —escupe cuando aprieta el gatillo una, dos, tres y así sucesivamente.

Cierro los ojos con cada chasquido. A pesar de que sé que, por mucho que siga disparando, no saldrá ninguna bala, las lágrimas hacen acto de presencia al igual que empiezo a reír producto de los nervios.

—¡Maldita zorra! ¡Manipulaste mi arma!

—Si tienes que culpar a alguien de eso, cúlpame a mí.

Puede que el llanto no me deje hablar, pero no evita que lo mire llena de regocijo al ver llegar a Gabriela.

Casi no hay visibilidad de tan oscuro como está, pero soy capaz de distinguirla. Parece la misma diosa de la muerte reencarnada, además de ir maquillada y vestida como una Catrina, lleva un manto negro por encima de su cabeza. Se le ve igual de preciosa como de poderosa.

—¡¿Qué dices, Gabriela?! ¿Y qué mierda haces aquí?

—He venido a ser testigo de tu final.

Permanezco sentada sobre mi trasero, observando la interacción de los hermanos.

Ahora es el turno de reír de Mendoza.

—¿Pensáis que vosotras dos únicamente seréis capaces de acabar conmigo? ¿Con qué, con un libro?

Se jacta mientras me señala.

—Nosotras no necesitamos de la fuerza bruta para matarte, las mujeres tenemos otras maneras mucho más eficaces e inteligentes, a la par que silenciosas, de hacerlo.

Gabriela me dedica una sonrisa de medio lado.

Mendoza también ha visto el gesto que me hace su hermana.

Da un par de pasos en su dirección con actitud amenazante, pero de repente se dobla por la mitad, agarrándose el estómago, y comienza a vomitar.

—¡¿Qué demonios me has hecho *mal parida*?!

—Solo purgarte de tus pecados, pero al estar tan podrido por dentro serás devorado por ellos.

Miro a Gabriela y la veo como una auténtica heroína. Cuando me puso al tanto de su plan, no pude quedar más sorprendida. Como bien ha dicho ella, solo a una mujer se le puede ocurrir una forma tan ingeniosa para acabar con su enemigo que envenenándolo con ricina.

La ricina es un veneno que se fabrica a partir de los residuos que quedan al transformar las semillas de ricino en el mismo aceite que lleva su nombre. El veneno puede entrar en las células del cuerpo y matarlas al impedirles producir las proteínas que necesitan.

El veneno puede inhalarse, ingerirse o incluso inyectarlo

directamente a través de vía intravenosa.

Desde que llegó, Gabriela contaminó los puros de su hermano con ricina. Cuando el veneno se inhala causa fiebre, opresión en el pecho, tos y problemas respiratorios. El ricino puede causar edema pulmonar, que es una acumulación de líquido en los pulmones.

—Desagradecida. Después de todo lo que he hecho por ti…

—¡¿Qué has hecho, maldito?! ¿Subyugarme, maltratarme, violarme…? —Lo jala del pelo y le alza la cabeza para que la mire a la cara—. ¿De eso es de lo que te tengo que estar agradecida? Eres el demonio personificado.

—¡Te permití vivir! —exclama él, agonizando—. Debí matarte junto al resto de nuestra familia.

—Viniendo de alguien como tú, eso hubiese sido un regalo —declara, comienza a toser y se tambalea.

He permanecido al margen, pero ver su estado hace que me alarme.

—¿Estás bien?

—Sí…

Asiente y me aparta.

Se me comprime el pecho con la mirada de resignación que me dedica.

—¿Q-qué has hecho Gabriela? —me tiembla la voz.

—Estoy b-bien…

—No, no lo estás.

Entre la poca visibilidad que hay a la intemperie y su cara maquillada, no puedo verle demasiado bien el rostro, pero por cómo le cuesta respirar…

—Cuando te expones al ricino es casi imposible no acabar envenenada. Alguien tenía que acabar con él. —Me dedica una sonrisa triste—. Y-yo ya estaba condenada…

—No… ¡Tenemos que llevarte a un hospital! —exclamo cuando la pillo al vuelo al derrumbarse entre mis brazos.

—No hay ningún antídoto ni forma de contrarrestar el envenenamiento por ricino, Katrina. ¿Por qué crees que decidí usar justo ese veneno?

Los ojos se me llenan de lágrimas y niego. No es justo. Esto no debería acabar así. La única vida que hoy debería de dejar de existir es la de Mendoza, Gabriela no debería haberse sacrificado en el proceso.

—Ella no es a la única que me llevaré a la muerte —escucho decir a Mendoza.

Estoy tan concentrada en sostener a Gabriela que me había olvidado absolutamente de él.

Le clavo las uñas en el antebrazo cuando me aprisiona el cuello con él. Ejerce tanta fuerza que siento como corta mi suministro de aire

en cuestión de segundos.

Para una persona que está al borde de la muerte, me sorprende la fuerza que emplea.

Forcejeo, pataleo, pero él no afloja la presión en ningún momento. Siento que comienzo a asfixiarme, si no consigo liberarme en cuestión de segundos acabaré desmayándome.

Cuando siento que este es mi fin, cuando creo que no sucederá ningún milagro, escucho un sonido ensordecedor y siento como mi cuerpo se sacude.

De repente, los brazos de Mendoza me liberan. Tomo una profunda respiración, esperando que mis pulmones se llenen del tan preciado oxígeno.

—C-creí que no nos haría f-falta, pero hice b-bien en traerla —manifiesta Gabriela con dificultad, tumbada en el suelo y mostrándome un arma.

Giro mi cabeza hacia atrás y me encuentro que Mendoza tiene un agujero de bala en mitad de la frente.

Me derrumbo y comienzo a llorar, mi pecho se mueve de forma espasmódica a causa de los sollozos.

—Ya ha acabado. —Siento unas manos que sostienen las mías.

Se trata de Gabriela, que se ha arrastrado hasta mí. Me aferro a ella tanto como puedo sin llegar a dañarla.

—Tenemos que salir se aquí y conseguirte ayuda —me incorporo, intentando ponerla de pie.

—Así es cómo debía de ser, Catalina. —Me acaricia la cara y lloro con más intensidad al escucharla llamarme por mi verdadero nombre —. Esa muerte me pertenecía.

Ambas nos miramos, reconociendo que, si a alguien realmente dañó Mendoza, fue a Gabriela. Puede que a mí me arrebatase a mi familia, pero a ella, además de despojarle de su dignidad, le robó su propia vida.

Paso una de sus manos por mis hombros y la ayudo a caminar. Le cuesta avanzar, de hecho, más de una vez caemos de rodillas, pero al igual que lo hacemos vuelvo a levantarnos. Estoy decidida a no darme por vencida.

—Un poco más, Gabriela, aguanta solo un poco más —le ruego cuando siento como las fuerzas cada vez la abandonan más y deja caer todo su peso sobre mí.

Continúo atravesando el bosque, me desespero cuando todo me parece igual y temo que nos hayamos desviado del camino que lleva directo a la hacienda.

A unos cuantos metros escucho ruidos. La visibilidad es casi nula. No sé de quién se puede tratar. Quizá me dirija a mi propia muerte, pero ni siquiera pienso en ello cuando comienzo a gritar.

Gabriela necesita ayuda.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Me siento demasiado mareada para continuar, tropiezo y esta vez, cuando caemos al suelo, me vencen las fuerzas y no soy capaz de volver a levantarnos.

Abrazo a Gabriela para mantenerla en calor, ya que su cuerpo permanece helado.

—¡¡Ayuda!! —continúo diciendo para que sigan el sonido de mi voz, pero cada vez es menos audible—. Por favor… ¡A-ayuda, ay…!

No sé si termino la palabra cuando todo a mi alrededor se vuelve negro, y no precisamente a causa de la espesura de la noche. Pero antes de sumirme en la oscuridad veo unos ojos azul grisáceos que me miran aterrados.

Capítulo 39

«¿Qué haría yo sin lo absurdo y lo fugaz?»
Frida Kahlo.

Rodrigo

—Hermanos, no queremos que ignoren lo que pasa con los difuntos, para que no vivan tristes, como los que no tienen esperanza. Pues, si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual manera debemos creer que, a los que mueren, Dios los llevará con él. Lo que les decimos, como palabra del Señor, es esto: que nosotros, los que quedemos vivos para cuando venga el Señor, no tendremos ninguna ventaja sobre los que ya murieron. Palabra de Dios.

—Te alabamos, Señor.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos para darle el último adiós a una gran persona…

Mi mente desconecta de las palabras del cura y mi mirada se dirige a la primera fila, en concreto a Atlas, que permanece estoico mirando al frente.

—¿Te encuentras bien? —pregunto al mirar a mi izquierda, encontrándome con los ojos oscuros de Kat.

—Sí, solo que… —Hace un gesto con la cabeza al inicio de la iglesia.

—Ya. —Suspiro—. No me gustaría estar en su pellejo.

—Shhh… —nos silencia Emma, sentada a mi derecha.

Levanto nuestras manos unidas, que así es como han permanecido estos últimos días, y le beso el dorso.

Ella intenta soltarse, pero la retengo para que no lo consiga. Por mucho que finja molestia, sé que a mi rubia le gusta. Me lo dice el sonrojo en sus mejillas.

No sé si fue una suerte, o quizá una temeridad, que me poseyera el espíritu de Jason Bourne y me lanzase, sin pensar, contra el agente corrupto.

A día de hoy sigo sin avergonzarme al reconocer que me meé encima, de manera literal, cuando escuché el ruido de un disparo.

En un principio pensé que el policía al que intentaba reducir había conseguido dar en el blanco y acabar con Emma. Sin embargo, fue justo mi rubia la que pegó un disparo al aire y con un tono de voz que cada vez que lo recuerdo me pongo cachondo, dijo:

—La siguiente irá directa a ti.

Él, al verse en esa tesitura frente a varios agentes apuntándole, no le quedó más remedio que rendirse. Fue arrestado y devuelto a Estados Unidos por uno de los agentes.

Toda aquella situación nos hizo perder un tiempo valioso, y aunque fuésemos en coche hasta la hacienda, al llegar todo era muerte a nuestro alrededor.

Los únicos signos de vida que había en aquel patio provenían de una mujer que lloraba sin cesar aferrada a uno de los cuerpos.

A Emma y los suyos les costó bastante que pudiese colaborar e informar de lo que había sucedido. Ahí nos enteramos de que era la amiga de Atlas y que este había salido en busca de Katrina, que permanecía desaparecida con Mendoza.

Creo que no esperé a nadie cuando escuché sus palabras; eché a correr y me interné en el bosque. No sabía siquiera si estaría en esa dirección, pero era la única alternativa que quedaba, ya que habíamos venido por la otra dirección y no vimos ningún rastro de ellos.

Ni los gritos de Emma y su equipo consiguieron que desacelerase, en mi mente solo estaba dar con Kat; si por no haber vuelto a por ella aparecía muerta, no me lo perdonaría en la vida. Lo único que consiguió que cortará mi carrera fue tropezar contra algo que hizo terminase cayendo al suelo.

El obstáculo no fue otro que los cuerpos inconscientes de Kat, Atlas y Gabriela.

Cuando Emma y el resto de agentes llegaron, no tardaron en hacerse cargo de la situación y solicitar a través de sus *walkies* un helicóptero medicalizado. Era la forma más rápida y segura de llegar al hospital.

Salgo de mis recuerdos cuando siento un codazo.

—Muévete. Debemos acercarnos a dar el pésame —murmura Emma.

Parpadeo y miro a mi alrededor al entender que me he perdido la mayor parte del funeral.

Me levanto y ella vuelve a clavarme el codo en las costillas. Le paso un brazo por los hombros y la pego a mí mientras le susurro al oído:

—¿Así es cómo tratas a tu héroe, rubia?

—Deja de decir tonterías… Quien al final nos salvó fui yo —rebate.

—Si te funciona decirte eso, allá tú, pero ambos sabemos que, si no llego hacer mi aparición estelar, no hubieseis sido capaces de arrestar a la manzana podrida de la DEA.

La escucho bufar y sonrío.

—No queda bonito hacer ese ruido en la casa del Señor.

—Tampoco queda bonito estar empalmado y yo no te digo nada.

«*Touché*», pienso, ocultando la risa en su coronilla y besando su cabeza.

Toda la vitalidad y buen rollo que mostramos se corta al llegar al primer banco, sustituido por la seriedad que requiere el momento.

Emma es la primera en abrazar a Atlas. Sus ojos se ven más claros que nunca debido a lo enrojecida que tiene la esclera. De todos nosotros es el que peor parado salió aquella noche, ya que sufrió una gran pérdida.

—Te acompaño en el sentimiento —le digo una vez que Emma se aparta y le ofrezco mi mano.

Él me devuelve el apretón, incapaz de que le salgan las palabras. El único gesto que hace es el de su nuez moverse de arriba abajo cuando traga.

El llanto desgarrador que escuchamos a su lado hace que miremos en esa dirección.

Me encuentro a Kat abrazando a la mujer de melena negra oscura. Se me parte el alma al ver que a sus costados se aferran un niño y una niña pequeños.

Emma y yo nos alejamos con discreción de la escena y nos agachamos frente a la única persona que permanece sentada.

—Lo siento mucho, Gabriela —le dice Emma.

La madre de Atlas se lleva una mano a la boca y se retira la máscara de oxígeno que le ayuda a respirar.

En el hospital nos enteramos de que había inhalado pequeñas dosis de ricina, veneno que suministró a Mendoza. Si no hubiésemos llegado cuando lo hicimos, a día de hoy estaría muerta. Gracias a la actuación de los médicos, se pudo salvar su vida, aunque deberá permanecer conectada a una máquina de oxígeno durante unas semanas, pues el veneno, aunque fuese poco, le generó una pleuritis aguda y dañó la capa que recubre los pulmones.

—D-debería haber sido yo… —se lamenta—. Moncho tenía toda la vida por delante, y Cruz… —Niega y sus lágrimas caen sin control—. Nunca i-imaginé que pudiese hacer algo semejante.

—Los padres no son responsables de las acciones de sus hijos —comenta Emma mientras la ayuda a colocarse de nuevo la mascarilla y la abraza para despedirse.

Por mucho que Lupe no les reproche lo que pasó, tanto Atlas como Gabriela no dejarán de cargar con la muerte de Moncho a sus espaldas.

Yo opino igual que la viuda, los únicos culpables ya han pagado por ello. Solo el tiempo hará que madre e hijo dejen de culpabilizarse

por lo sucedido.

No es muy común que Emma exprese sus sentimientos. A pesar de su aspecto adorable, la rubia es un hueso duro de roer. Por eso no hago ninguno de mis típicos comentarios cuando, al salir de la iglesia, me abraza por iniciativa propia.

Aprovecho que se encuentra con las defensas bajas y la estrecho entre mis brazos.

Sí, aquí donde me veis he caído como un tonto por ella, y al igual que no me da vergüenza reconocer que me meé encima, tampoco lo hace decir que tengo fuertes sentimientos por la rubia. No sé si será amor, nunca he estado enamorado para compararlo, solo sé que en estos momentos no me planteo alejarme de ella, y aunque a mi dura agente le cueste reconocerlo, sé que ella opina lo mismo. Son gestos como el de ahora lo que me lo demuestra.

—No quiero regresar a Estados Unidos.

Sonrío y, apartándome unos centímetros de ella para verle la cara, arqueo una de mis cejas.

—Ni te imaginas lo que me alegra oírte decir eso, pero, muy a nuestro pesar, en algún momento tendrás que incorporarte al trabajo.

—Aguafiestas…

Hace un mohín y le beso la nariz cuando la arruga.

La primera que recobró el conocimiento en el helicóptero fue Kat. Ella solo se había desmayado de puro agotamiento. En cuanto lo hizo, le entregó el ejemplar de *La Ilíada* a Emma y, gracias a los documentos que escondía su cubierta, pudieron descubrir distintas ubicaciones donde aún seguían operativas plantaciones de cocaína y sus respectivas fábricas.

Los días que vinieron tras aquella noche fueron moviditos en cuanto a arrestos. La operación por parte de la Agencia del control de drogas fue considerada como un duro golpe contra el narcotráfico. Incluso Kat testificó e identificó a los cómplices que en su día ayudaron a Mendoza a acabar con el cártel de los Vargas.

El crimen organizado no es algo que vaya a dejar de existir, pero por lo menos ahora se le ha hecho el suficiente daño para que durante una buena temporada se mantengan en un perfil bajo hasta que vuelvan a reorganizarse.

El departamento de la DEA decidió que, en el caso de Atlas y Gabriela, puesto que estaban colaborando en conjunto, no se presentarían cargos contra ellos.

—¿Estáis listos? —Nos separamos al escuchar la voz de Kat a nuestra espalda—. No podemos demorarnos más si no queremos perder el vuelo.

Se coloca las gafas de sol para ocultar sus ojos cargados de lágrimas.

Ha pasado casi una semana desde que todo ocurrió, pero hemos retrasado nuestro regreso a España para poder asistir al funeral de Moncho.

Durante estos días las noticias se han hecho eco de lo sucedido, tanto a Cruz como a Mendoza se les ofició un discreto velatorio en el cementerio una vez que la Policía forense devolvió sus cadáveres.

Ni Atlas ni Gabriela asistieron. No les culpo, si nosotros lo hicimos fue para asegurarnos de que en realidad ambos permanecerán bajo tierra.

—¿Has conseguido hablar con él?

Le pego un ligero pellizco en el trasero a Emma. Está demostrado que la rubia tiene la delicadeza en el culo.

Kat gira su cabeza y niega.

Las cosas entre Atlas y ella no es que estén frías, es que en estos momentos están totalmente congeladas.

A pesar de que considere a Kat mi hermana, esta vez me cuesta decidirme por quién posicionarme de los dos.

Atlas fue quien las encontró, pero al hallarse malherido con el tiro en la pierna, terminó perdiendo el conocimiento. Al descubrir toda la verdad de que el verdadero Santo era su madre y que Katrina estaba al tanto de ello, optó por castigar a mi hermana de la peor forma que existe: ofreciéndole nada más que su silencio.

No han vuelto a hablar, creo que incluso él evita mirarla, y sé que eso a Kat le duele.

Hemos regresado a Ciudad de México para asistir al entierro, pero una vez presentadas nuestras condolencias, ya poco más nos retiene aquí.

—Ahora tiene mucho que digerir. Dale tiempo, ¿sí? —le digo a Kat, alejándonos de la iglesia. Ella solo me devuelve una mirada resignada.

Nos dirigimos al aeropuerto en un coche de alquiler.

Han sucedido tantas cosas desde que aterrizamos hace un par de semanas por primera vez en este mismo lugar que me parece irreal.

Tras facturar las maletas y embarcar por los pelos, nos acomodamos en nuestros asientos en el avión.

Observo a Kat, que cierra los ojos y se gira para darnos la espalda.

Me encantaría poder ayudarla de alguna forma, pero me temo que el dolor que siente se llama «corazón roto», y dudo que cualquier palabra que le diga sirva de algo en estos momentos.

—A pesar de todo lo que ha sucedido, echaré de menos este sitio. Es un país hermoso —comenta Emma sentada a mi lado, admirando la ciudad a través de la ventana del avión.

—Regresaremos siempre que lo desees —le prometo.

La rodeo con mi brazo y agacho mi cabeza para atrapar sus labios entre los míos.

Cuando vine hace unas cuantas semanas, lo hice con un claro objetivo: apoyar a Kat en todo cuanto necesitase por mi parte.

Siempre he pensado que la lealtad no se jura, sino que se demuestra. Y eso es lo que yo he intentado estando a su lado, sin embargo, además de vivo, que tras como han sucedido las cosas es todo un logro, regreso acompañado de una rubia que ha conseguido girar mi mundo.

Capítulo 40

«No dejes que le dé sed al árbol del que eres sol»
Frida Kahlo.

Atlas

—Niños, haced el favor de dejar tranquilo a vuestro tío. Como sigáis siendo tan pesados dejará de visitarnos.

—*Porfi, porfi*… No dejes de venir —me suplican a coro unas voces infantiles.

Sonrío y les revuelvo el pelo.

—Yo nunca dejaré de hacerlo. —Y esa es una promesa que estoy dispuesto a cumplir.

—*Órale*, salid un rato al patio a jugar —les pide Lupe, abriendo la puerta que dirige al jardín.

Han pasado tres semanas desde el funeral de Moncho, aún no me hago a la idea de que no volvamos a verlo.

No me sorprendió que Lupe me pidiese ayuda para mudarse de nuevo a Albuquerque. Tras la muerte de Moncho, nada la retenía en Ciudad de México, puesto que sus padres hacía años que habían regresado a Estados Unidos, aunque yo creo que lo hizo más bien para alejarse un poco de los recuerdos.

Por mucho que mi amiga no lo haga, no hay día que yo no me culpabilice por lo que ocurrió. Debí haber insistido en que se marchasen; de esa forma, tanto Moncho como su padre quizá hubiesen tenido una oportunidad y seguirían con vida.

—No puedes malcriarlos, Atlas —me regaña, señalando la pila de juguetes que les he traído hoy.

Suelto una pieza de Lego y me levanto del suelo mientras me sacudo los pantalones.

—Son niños, Lupe. Disfruto trayéndoles regalos.

—¿Y también tuviste que regalarme a mí una casa? —Se cruza de brazos molesta.

—No veo dónde está el problema, eres mi amiga.

—Atlas, a los amigos se les regala un jarrón cuando se mudan, no la vivienda completa.

—No os merecéis menos. —Me encojo de hombros.

Pone los ojos en blanco y se da la vuelta, dirigiéndose a la cocina. Coge la jarra del agua y llena un vaso. Una vez que se bebe su

contenido, lo deja en la encimera con un golpe seco.

—Tú no fuiste el responsable de lo que ocurrió, Atlas. Ahora más que nunca necesito a mi amigo, y con tu forma de comportarte me haces sentir más bien como una obra de caridad.

—No es lo que sois. —Frunzo el ceño, molesto porque crea que lo hago con esa intención.

—Es como lo siento —declara—. Atlas, te agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros. No sé qué haría si no te tuviese en estos duros momentos. Aun así, necesito que me trates con normalidad —me pide—. Me encantaría poder encerrarme en la habitación y olvidarme del mundo, no creo que llegue a superar la ausencia de Moncho alguna vez —se le llenan los ojos de lágrimas—, pero tengo que ser fuerte por esos dos niños que están ahí. —Cabecea en dirección al patio—. No puedo permitir que me vean desmoronarme, y que tú me trates con tanta deferencia me hace sentirme vulnerable.

No lo había visto de esa forma. Desde que volvimos a Estados Unidos me he volcado por completo en ellos, intentando que no les falte de nada. Puede que me esté excediendo en mi comportamiento, pero egoístamente hablando lo hago también por mí. Estar ayudándolos me mantiene distraído y hace que no le dé demasiadas vueltas a la cabeza.

—Lo siento, intentaré controlar mis visitas.

—No quiero que dejes de venir, Atlas, lo que te pido es que te comportes con naturalidad.

Suspiro.

—Me va a costar, pero lo intentaré.

—A todos nos costará, sin embargo, conociendo como conocía a Moncho, sé que es lo que querría —comenta —. En la vida hay momentos buenos y malos; alegrías y desgracias; sonrisas y lágrimas, Atlas. Se nos presentarán dificultades que se deberán superar poco a poco. Pero ¿sabes lo que es seguro? Que tiene un fin. Por eso hay que aprovechar cada día, porque nunca sabremos cuál será el último.

—Anda, ven aquí. —La atraigo y la envuelvo entre mis brazos, emocionado—. No solo eres una gran madre, Lupe, también una gran mujer.

—No soy perfecta, Atlas, solo hago las cosas lo mejor que sé. —Se aparta de mis brazos y se restriega los ojos—. ¿Sabes algo de ella?

—He ido a visitarla en alguna ocasión, aun así, me cuesta.

Las cosas con mi madre están un tanto raras. Sigue siendo de las personas más importantes de mi vida, eso no se puede negar, sin embargo, sigo cabreado con ella por todos los secretos que me ocultó.

—No me refería a Gabriela, Atlas, sino a Katrina.

Con solo la mención de su nombre me da un vuelco el estómago.

—No hay nada de lo que hablar, ella tiene su vida en España y yo tengo la mía aquí.

—¿Qué vida, Atlas? Pasas prácticamente todo el día conmigo y con los niños, y cuando te ausentas es para encargarte de tus restaurantes, ¿a eso te refieres con vida?

—Déjalo, Lupe. —Me aparto, sin querer tocar ese tema.

Si con alguien estoy realmente cabreado es conmigo mismo, que me permití sentir por ella más de lo que debería.

—¡No voy a dejarlo, Atlas! —Me sigue—. Eres consciente de que ese día estuviste a punto de morir también, ¿verdad?

—Es evidente que no lo hice. —Abro los brazos, exasperado.

Tras la muerte de Cruz, y con el dolor de saber que Moncho también había fallecido, fui en busca de Kat. Cada vez perdía más sangre a causa de la herida de bala. Creo que mi cuerpo colapsó una vez que la encontré y terminé desmayándome. Me desperté al día siguiente en la UCI, en un hospital de El Paso.

Los médicos dijeron que me tuvieron que hacer varias transfusiones de sangre antes de poder operarme para extraerme la bala. Que, si hubiese llegado un poco después, a día de hoy no lo hubiese contado.

Fue Emma, en calidad de agente de la DEA, la que me contó todo lo sucedido cuando vino a interrogarme por la muerte de Cruz. Prefirió ser ella quien me pusiese al tanto, por la amistad que nos une, antes de que se encargase cualquiera de sus compañeros.

Aunque no sé si ella fue la más adecuada, porque cuando se refiere a tacto, Emma carece totalmente de él. Pero no me quejaré, ya que, si a día de hoy no estamos entre rejas mi madre y yo por lo que sucedió fue gracias a ella, que intercedió por nosotros y a alegó que, al ser colaboradores, nos habían dejado a nuestra suerte y no tuvimos más remedio que defendernos para salvar nuestra vida. Para el resto del mundo, fui yo quien acabó con Cruz, pues no quise involucrar a Lupe.

Para mí fue un duro golpe enterarme de todo lo que había planeado mi madre. Tras descubrir lo que le hizo Rafael, entendí que quisiese vengarse, lo que sigo sin comprender es que no confiase en mí cuando sí lo hizo con una auténtica desconocida e incluyó a Kat en su plan.

El rencor que sentí hacia las dos por exponerse solas ante ese peligro aún perdura.

Con mi madre he ido acercando posturas, no demasiadas, ya que me va a costar, pero estoy en proceso. Mientras que con Kat…, la última vez que la vi fue en el entierro de Moncho, todo estaba demasiado reciente y no me sentía preparado para mantener una conversación con ella. Esa misma noche me enteré de que había

regresado a España y con ello había desaparecido la oportunidad de solucionar las cosas.

Sé que existen los teléfonos, que podría haber dado el paso y descolgarlo para establecer el contacto, pero, joder…, ella tampoco lo ha hecho en estas últimas tres semanas.

—No soy quién para decirte lo que tienes que hacer, Atlas. Creo que ya eres mayorcito. Os vi juntos. Solo fue en dos ocasiones, las suficientes para percibir que ahí había algo increíble. No dejes que tu propio orgullo te devore. A la vista está que la vida son dos días, uno nos lo pasamos durmiendo, no te permitas desperdiciar el otro día que queda de vida. Hazme caso, habla con ella, puede que no solucionéis nada y sigáis cada uno por su lado, pero por lo menos lo habrás intentado.

Paso el resto el día con Lupe y los niños, incluso me quedo a cenar y la ayudo a acostarlos.

—Mañana regresaré —le digo a mi amiga cuando me acompaña a la puerta para despedirme.

—No hace falta que vengas todos los días, Atlas, estamos bien.

—Mañana vuelvo —repito.

Lupe bufa.

—Eres un cabezón.

—Y tú una gruñona. —Sonrío cuando me suelta un manotazo en el brazo.

Estoy agotado, pero hablar con Lupe de mi madre ha hecho que recuerde que hace bastantes días que no la veo.

Me dirijo a su casa en las afueras de la ciudad y, cuando aparco frente al porche, la veo sentada en él en una mecedora. Bajo del coche, subo el par de peldaños que hay hasta llegar donde se encuentra y tomo asiento en la mecedora que queda a su lado.

Desde aquí, el cielo nocturno de Albuquerque se ve más estrellado debido a lo alejada que está la casa de la contaminación lumínica de la ciudad.

—¿Por qué confiaste en Katrina para contarle tu plan contra Rafael si apenas la conocías?

En estas últimas semanas hemos hablado de muchas cosas. Me ha contado cómo fue su vida en realidad y he deseado que tanto mi tío como mi padre no estuviesen muertos para poder matarlos yo mismo, pero nunca le he preguntado la razón de por qué acudió a Katrina.

Hasta ahora ha sido un tema vetado entre nosotros.

—Nada más verla aparecer la reconocí, y supe de inmediato, al presentarse bajo otro nombre, cuál era su verdadera intención al estar allí —comienza a contarme.

»En un principio pensé solo en acercarme a ella para que no

interrumpiese los planes de tu hermano y míos. —Aprieto los dientes en el momento que menciona Cruz—. Pero os vi juntos y supe de inmediato lo que ambos sentíais por el otro y no quise que se expusiese a un mayor peligro. Por mucha sed de venganza que corra por sus venas, por muy dura que intente ser, Katrina, más que un huracán, es una agradable brisa. Hay personas malas por naturaleza, como les ocurría a Rafael y a Cruz; otras que tienen una dualidad moral según las circunstancias, como le ocurre a la mayoría de las personas, yo incluida; y luego hay un pequeño porcentaje de personas excepcionales que, en su interior, por más que intenten corromperlo, siempre ganará la bondad.

»Solo con cruzar un par de frases con Katrina supe que no sería capaz de poder llevar a cabo su venganza, que una vez tuviese la oportunidad tu tío conseguiría acabar con ella antes de que fuese al revés. Y no podía permitirlo, Atlas. Era mi momento, la ocasión perfecta de acabar con todo el sufrimiento que Rafael causaba. No me arrepiento de lo que hice, de lo único que lo hago es de que Moncho se viese envuelto en la refriega.

Lo que menos me apetece en estos instantes es hablar con mi madre de Moncho, eso desembocará en tener que hablar de Cruz, y para mí ese cabrón dejó de existir en el momento en que murió. Por lo que me centro en el tema de Kat, que es lo que trato de aclarar al venir aquí.

—No debió ocultármelo, me miró a la cara y ni se inmutó en guardarse la verdad. Una verdad que, de haberlo sabido, podría haberos protegido a las dos.

—Eres un buen hombre, Atlas. Hasta ahora he sentido que he fallado como madre, pero algo, por mínimo que sea, tuve que hacer bien para que tú salieses así —me dice emocionada—. Sin embargo, tienes que entender que las mujeres no necesitamos de un hombre para que nos proteja. Entiendo tu preocupación porque es la misma que tanto Katrina como yo sentimos, y por eso no quisimos involucrar a las personas que realmente queremos.

»Aunque en este momento estés ofuscado, a esa chica le importas de verdad, hijo, y, por muy dolido que te sientas, sé que ella también te importa a ti.

«Pues claro que me importa, joder».

Por eso, cada vez que pienso que no volveré a verla noto una presión en el pecho.

«Eso es lo que debe sentir Lupe cada vez que piensa en su marido, así que no te quejes», me recuerda mi propia culpabilidad.

«Pero Kat sigue viva», me dice otra voz interior.

Me froto la cara, agobiado.

Puede que Lupe lleve razón, la culpa por lo que le ocurrió a

Moncho dudo que vaya a desaparecer, pero no debo castigarme sacrificando mi propia felicidad, puede que…

—Me tengo que ir —digo, levantándome de repente.

—¿Adónde vas?

—No lo sé…

Y es la más pura verdad, nunca he estado tan confuso como en estos momentos, sin embargo, va siendo hora de que escuche de una vez a mi voz interior.

Las personas nos empeñamos en buscar la felicidad a lo largo de nuestra vida y no nos damos cuenta de que es ella la que acaba encontrándonos cuando menos lo esperamos.

Capítulo 41

«Ningún lugar es más triste que una cama vacía»
Frida Kahlo.

Katrina

—¿Estás segura de lo que vas hacer? —me pregunta Alfonso en la sala de reuniones.

—Yo sí, ¿acaso tú tienes dudas? —cuestiono de vuelta.

Si me dice que sí, pararé las negociaciones.

—No, no, en absoluto. Solo quería saber si estabas convencida.

La puerta se abre y aparece Rodri.

—Ya viene para acá, ¿estáis listos? —Palmea sus manos.

—Parece que alguien está contento. —Le sonrío.

—¿Estás de broma? ¿Quién no lo estaría cuando se va a embolsar varios millones de euros?

—El dinero se acaba gastando si no se sabe administrar, y tú siempre has sido un poco cabra loca —le dice Alfonso a su hijo.

—¿Qué dices, papá? Ni viviendo tres vidas conseguiré gastar tanto dinero. —Se deja caer en la silla que está a mi lado—. De todas formas, me voy a comprar un rancho en Texas y voy a criar vacas.

Se me escapa una carcajada y lo miro alucinada.

—Rodri, las únicas vacas que tú has visto en la vida son las que salen en el cartón de leche. ¿Qué sabes tú de ganadería?

—Yo nada. —Me muestra una sonrisa en la que se le ven todos los dientes—. Por suerte, tengo al lado a la rubia, que es una auténtica chica sureña. —Me guiña un ojo.

Cabeceo.

Tocan a la puerta y aparece la secretaria, los tres nos giramos y vemos que tiene la nariz enrojecida.

—Los asistentes de la reunión de las diez ya han llegado —nos informa, moqueando.

—¡Me cago en la mar, María! —Se levanta Rodri y se acerca a la mujer—. No me llores tú, ¿eh? Cualquiera en tu lugar estaría feliz de prejubilarse.

—Ese es el problema, mi niño. Que no sé qué voy hacer ahora con tanto tiempo libre —solloza.

—¡Por eso no te preocupes, mujer! —exclama él, abrazándola —. Si quieres, puedo darte trabajo en mi rancho.

La secretaria se aparta y lo observa con una mirada confusa.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en un rancho?

—Va a criar vacas —comento divertida.

María mira de uno a otro como si nos hubiésemos vuelto locos, y quizá tiene algo de razón.

—Por favor, María, hazlos pasar antes de que mi hijo te convenza y termines con él ordeñando vacas… —comenta Alfonso, conociendo la labia que tiene su hijo.

Hemos quedado con los compradores de Costania. La semana después de que muriese Mendoza, pude recuperar mi verdadera identidad tras aportar toda la documentación que mi padre guardaba. A efectos legales vuelvo a ser Catalina Vargas, aunque para el resto del mundo seguiré siendo Katrina, que es como me reconozco en la vida adulta.

También he podido recuperar todas las propiedades que tenían mis padres, al igual que rescatar las cuentas bancarias que quedaron congeladas al no haber ningún heredero que las reclamase. Pero nada de eso me interesó, por eso he donado tanto las propiedades como parte del dinero a distintas asociaciones de mujeres maltratadas para que las utilicen como casas de acogida y lo conviertan en refugios seguros.

Al regresar a España decidí que necesitaba empezar de cero. Por primera vez en muchos años mi vida no se rige por el odio y las ansias de venganza, por esa razón, hablé con Alfonso y con Rodrigo y les informé de que quería cederles mi parte de la empresa de transportes portuarios.

Ellos no la aceptaron, por supuesto, en cambio, Alfonso comentó que él tenía ganas de jubilarse y llevar una vida tranquila junto a Rosario, de ahí que Rodrigo propusiese poner a la venta la empresa. Sabíamos que, siendo un negocio tan rentable y con tan buena reputación, no tardaría en aparecer algún comprador.

La verdad es que no me sorprendió en absoluto quién fue el primero que nos hizo una oferta.

Nos levantamos cuando lo vemos entrar.

—Vladimir, un placer —saluda Alfonso a Pavlov.

Cuando llega nuestro turno, el ruso nos mira con el ceño fruncido.

—Que os quiera comprar la empresa no significa que os haya perdonado que no recurrieseis a mí —nos dice, tendiendo su mano—. Ningún cártel mexicano está a la altura de la *Bratva.*

Al regresar tuvimos que informar a Pavlov de lo que había pasado con Mendoza, ya que, tras la muerte de este, el envío de sus armas ya no se efectuaría.

No sabíamos cómo se lo tomaría Vladimir, comprendíamos que

se mostrase molesto, por eso decidimos pagarle la mercancía para que no tuviese pérdidas. Es mejor no tener a la mafia rusa de enemigos.

Pavlov se molestó, pero no por lo que nosotros esperábamos, sino que lo hizo porque no le pidiésemos ayuda a la hora de acabar con Rafael Mendoza.

—La próxima vez que os enfrentéis a alguien, recuerda que La *Bratva* de los Pavlov siempre acude a la llamada de los amigos.

—Gracias —respondo solemne—. Aunque espero que no haya una próxima jamás.

Tomamos asiento en la mesa y repasamos el contrato de compra-venta que anteriormente le mandamos redactado. La reunión no nos lleva más de un par de horas tras modificar algún que otro punto. La hemos vendido por un precio inferior a su valor, aun así, como dice Rodri, cada uno nos endosaremos una cuantiosa cantidad de millones. Después de todo, Vladimir, ha resultado ser alguien de confianza.

—Pues ya está, se acabó Costania. —Suspira Rodri una vez que Pavlov se ha marchado.

Hasta primeros de año no cambiará la empresa de manos, pues no queríamos trastocar a los trabajadores en pleno mes de diciembre con la nueva gerencia, ya que gran parte de la plantilla escoge estas fechas para las vacaciones.

—Sí… —Suspira Alfonso.

—¿Estás bien? —le pregunto. Al fin y al cabo, él es quien ha estado al mando de la empresa.

—Por muy loco que parezca Vladimir, sé que Costania ha ido a caer en buenas manos.

Pedimos comida a domicilio y almorzamos los tres en la sala, recordando entre risas los inicios de la empresa; en más de una ocasión se me empañan los ojos. Aunque no lo verbalice, voy a echar de menos este sitio. Soy una persona de rutinas, y saber que no tendré que asistir cada día al trabajo me agobia un poco.

Tras comer, cada uno vuelve a sus asuntos laborales. No los vuelvo a ver el resto de la tarde; a eso de las ocho, apago el ordenador y me marcho.

Cuando abro la puerta de mi piso, me sorprende encontrar una nota doblada en el suelo, me agacho a recogerla y sonrío y niego al leerla. Está escrita a ordenador y pone:

A medianoche nos vemos en el Town.
¡No me falles!

Ya me extrañaba a mí que Rodrigo no tuviese ganas de festejar la venta de la empresa. Miro la hora y aún tengo más de tres horas hasta la medianoche.

La verdad es que no me apetece demasiado salir esta noche, pero no pienso hacerle el feo y no presentarme cuando se ha molestado en venir hasta mi casa y dejarme la notita. Quizá lo ha hecho porque me conoce lo bastante bien y sabe que, si me hubiese mandado un mensaje, habría puesto cualquier excusa para no asistir.

Me preparo de cena lo primero que pillo, que viene a ser un par de tostadas de queso *cottage* y aguacate, sazonadas, y me las como en el salón mientras veo un capítulo de Netflix de hacer tartas.

La verdad que estas últimas semanas me he aficionado a estos tipos de programas, ya que no tengo la cabeza muy fina para concentrarme en seguir ninguna serie o película.

Tras tragarme dos capítulos seguidos, donde incluso creo que he salivado viendo los dulces, me doy una ducha y me arreglo.

Me recojo el pelo en un moño bajo, ya que el vestido negro por el que me he decantado va cogido al cuello y lleva la espalda al aire, lo complemento con una cazadora de cuero en el mismo color y los zapatos de salón clásicos.

Al mirarme al espejo, me percato de que mi vestimenta se asemeja a mi penoso estado anímico este último tiempo. Suspiro y agarro un pequeño bolso con asa en forma de cadena, el cual me lo pongo estilo bandolera.

Son las once y media de la noche cuando entro al *Town*, doy una vuelta por el local, pero al haber llegado antes de tiempo aún no hay rastro de Rodri y Emma. Me acerco a la barra y pido una cerveza al camarero y me la bebo mientras observo a la gente bailar en la pista. Cuando termino mi bebida, decido unirme.

Bailo canción tras canción, en el momento que suena *Die For You* de The Weeknd, cierro los ojos y muevo mi cuerpo cuando la letra me envuelve.

Sin embargo, me tenso al sentir que alguien me agarra de la cintura y acompasa sus movimientos a los míos.

—Baila conmigo —me susurran.

Me recorre un escalofrío por el cuerpo y se me forma un nudo en la garganta al escuchar de nuevo el sonido de su voz.

Estoy buscando las maneras de expresar
lo que estoy sintiendo.
No puedo simplemente
decir que no te amo,
porque lo hago.

Pero esta noche voy a contártelo
Déjame decirte la verdad
Amor, expresar lo que siento.

Es como si viviese un *déjà vu* en el instante que sus manos comienzan a acariciar mi cuerpo, como una de ellas termina en mi estómago y me atrae más contra él para que quedemos totalmente pegados. Se me escapa un sollozo que él debe notar, ya que sus labios no tardan en besar uno de mis hombros desnudos.

Dejo caer todo mi peso contra su pecho, sabiendo que me sostendrá. De espaldas como estoy, muevo un brazo por encima de mi cabeza hasta encontrar su cara y acaricio sus facciones con las yemas de mis dedos. Su recortada barba me cosquillea la piel y contoneo mi trasero contra su miembro.

—*Be careful, beauty. You don't want to finish before you're started.*

Se me escapa una risa al recordar que son las mismas palabras que me dijo en nuestro primer encuentro en este mismo lugar.

Ahora lo entiendo todo, la nota para quedar no era de parte de Rodri, sino que ha debido ser Atlas quien la enviase.

—Me muero por llevarte a mi habitación y ver cómo te derrites entre mis manos.

Me tapo la boca, aguantándome la risa. ¡Me encanta este juego!

Me giro y me embargan tantos sentimientos a la vez en este instante que lloro y río a la vez.

—Tengo una idea mejor… —Se opone a que tire de él para llevarlo hasta el baño.

—No —se niega—. Esta vez no pienso arriesgarme y que nos vuelvan a interrumpir, con todo lo que deseo hacerte te prefiero en la cama.

Las piernas me tiemblan al ver que sus ojos azul grisáceos están cargados de deseo.

Colocando una mano en mi cintura, me lleva hacia él y conquista mi boca.

Sentir de nuevo su sabor es como experimentar la plenitud más absoluta. Todos mis deseos estallan y se liberan.

Mis labios reconocen a los suyos y se amoldan a ellos; con cada movimiento de nuestras bocas, el beso se vuelve más exigente, más demandante, consiguiendo que mi cuerpo se sienta más blando entre sus brazos.

Nos separamos jadeando cuando necesitamos respirar. No cruzamos palabra, solo nos miramos y ambos sabemos que el tiempo aquí se ha acabado. Esta vez, cuando tiro de él en dirección al ropero, me sigue. Recojo la cazadora, y mientras me la coloco vuelve atraerme para besarme.

La suavidad de sus labios desaparece cuando me besa más duro y me clava su erección en el estómago.

—¡Perdonen, deben despejar la zona! ¡No pueden quedarse aquí! —nos grita la chica del ropero.

Atlas le lanza una mirada asesina por la interrupción y arquea una ceja en mi dirección.

—¿Ves por qué no quería quedarme aquí? —gruñe —. Hotel, ahora.

Sonrío.

Estoy feliz de que esté aquí, de que me haya sorprendido de esta manera.

Sé que nos debemos una larga conversación, que tendré que explicarle con calma las razones por las que no le confesé la verdad, pero ahora no. En este momento solo necesito sentirlo, ya que comunicarnos a través de nuestras caricias es el mejor lenguaje del mundo.

Lo primero que hago cuando abre la puerta de su habitación es atrapar su cara entre mis manos y apoyar mi frente contra la suya, necesitando unos segundos para sentir que esto es real, que no es un sueño y me quedaré deshecha una vez que despierte y haya desaparecido.

Al alejarnos, me veo reflejada en sus pupilas dilatadas.

—Me llamo Atlas Campbell Mendoza, tengo treinta años. Soy mitad estadounidense, mitad mexicano. Provengo de una familia más que complicada, a día de hoy solo tengo a mi madre, con la cual en estos momentos no atravesamos la mejor relación, ya que mi padre era un jodido drogadicto, al cual no lloré su pérdida.

»Mi hermano intentó matarme en varias ocasiones por putos celos, y consiguió arrebatarle la vida al marido de mi mejor amiga, quien se encargó de matarlo a él. Pero si hay alguien de mi familia que en realidad sea el peor de todos, ese es mi tío, quien abusó de su propia hermana. Mató a multitud de personas y a punto estuvo de quitarme al que puede que sea el amor de mi vida. —Se me nubla la mirada al entender que quiere que empecemos de cero—. Si te cuento todo esto es para que, antes de que ocurra nada entre nosotros, sepas con la clase de persona que te involucrarás.

Humedezco los labios y hablo a través de sollozos.

—Me llamo Catalina Vargas de Luna, tengo veintiocho años. Soy mexicana de nacimiento y española de adopción. Prefiero que me llamen Kat o Katrina, ya que Catalina murió hace trece años junto al resto de su familia, o eso pensaron. —Trago—. He pasado la mitad de mi vida obsesionada con vengarme del hombre que me lo arrebató todo. Al final, ese malnacido consiguió su merecido, pero no por mis manos, ya que había alguien a quien le pertenecía esa muerte más que a mí. La apoyé, a pesar de que guardando su secreto me arriesgaba a perder a su hijo, un hombre que desde que lo conocí hizo que creyese en el amor a primera vista.

»Justo el día de hoy he vendido una empresa que me reportaba

anualmente bastantes beneficios, pero necesitaba empezar desde cero. Si te cuento todo esto es para que entiendas que en estos momentos no sé quién soy en realidad, pero si tú quieres me encantaría descubrir a esta nueva yo a tu lado.

Parece que a ninguno de los dos nos asusta la vida que arrastra el otro, pues sellamos nuestro destino uniendo nuestros labios, decididos a que hoy sea el principio del resto de nuestras vidas.

Una vida sin mentiras, sin secretos, armas ni venganzas de por medio. Lo que viene a ser una vida normal, porque dentro de la normalidad se encuentra lo verdaderamente excepcional.

Epílogo 1

«Siento que te quise siempre, desde que naciste, y antes, cuando te concibieron. Y a veces siento que naciste para mi»
Frida Kahlo.

Emma

Tres meses después, New Braunfels (Texas)

—Arre, arre…

—No es consciente de que así nunca las encerrará, ¿verdad? —comenta mi padre, ofreciéndome un vaso de limonada.

—Déjalo. —Me encojo de hombros y continúo mirando al frente.

Oculto mi sonrisa tras el vaso al ver como Rodri abandona desesperado la función de guardar el ganado en el granero.

—Me rindo —jadea cansado, acercándose hasta nosotros mientras se quita los guantes—. Son intratables.

—La vida del rancho no es tan fácil como esperabas, muchacho —le dice mi padre, saltando la valla de madera en la que estamos apoyados.

Después hace un ruido con su garganta y, al escucharlo, las reses de vacuno se levantan para dirigirse hacia el granero.

—Putas vacas…

Suelto una carcajada al ver la cara de indignación con la que mira a los animales.

—¿Todavía sigues con la idea de querer comprarte un rancho?

—¡Y unos cojones…! No quiero volver a tratar con una vaca en mi vida.

Llevamos un par de meses en New Braunfels, y cada día, nada más amanecer, venimos hasta el rancho de mis padres a las afueras.

Cuando Rodrigo llegó con la disparatada idea de que quería hacerse con un rancho tras la venta de Costania no comenté nada. Al fin y al cabo, es su dinero y puede hacer con él lo que le plazca. Solo le pedí que, antes de tomar una decisión, experimentase por sí mismo a lo que se enfrentaría en caso de comprárselo.

No sé qué se esperaba, pero está claro que no está hecho para la dura vida del campo. Puede que yo haya sido un poco mala y contribuido en desinflar sus ganas al pedirle a mi padre que le mande

de primeras realizar los trabajos más forzados. Sin embargo, no me arrepiento de ello. Por mucha ilusión que tuviese, Rodrigo no está hecho para esta vida. No conozco a nadie más sociable y urbanita que él. Y en el rancho solo encontrará naturaleza y tranquilidad a su alrededor.

Me río por su comentario y le ofrezco mi vaso para que beba. Por cómo le brilla el torso a causa del sudor, debe estar deshidratado.

—¿Ves algo que te guste, rubia? —me pregunta con una mirada pícara al pillarme comiéndomelo con la mirada.

—Te sienta bien el cambio de aires —susurro.

Estiro mis brazos a través de la valla y acaricio sus abdominales.

Su piel está mucho más morena.

—¿Sabes lo que realmente me sentaría bien? —Niego mientras me muerdo el labio inferior—. Tú, desnuda encima de mi cuerpo.

Aprieto los muslos ante la imagen que acaba de poner en mi cabeza.

Pensé que a estas alturas ya me habría cansado de él, sobre todo, porque desde que salimos de aquella hacienda no nos hemos separado.

Al cabo de un mes, tras la operación en México, me tocaba incorporarme al trabajo, sin embargo, aún no me sentía preparada. Las semanas que pasé en España al lado de los hermanos Díaz me hicieron replantearme mi futuro, y decidí solicitar una excedencia para pensar con tranquilidad lo que quería hacer.

Tengo claro que ser policía es a lo que me quiero dedicar, pero de lo que no estoy tan segura es que quiera seguir perteneciendo al departamento de la DEA al ser testigo de la corrupción que hay en él.

—Quizá mi padre ya no tenga ninguna tarea más para ti y podamos marcharnos ya —comento, resiguiendo los surcos de sus músculos con las yemas de mis dedos.

—Eso depende de ti.

Apoya sus antebrazos en la valla a cada lado de mi cuerpo y deja que lo explore con mis manos.

—¿De mí? —frunzo el ceño.

—Sí, de ti, pequeña bruja. —Me agarra de las caderas y mi pecho toca la madera—. ¿Crees que no sé qué fuiste tú la que le pidió a tu padre que me matase a trabajar?

—Mentira —suelto, pero mi tono es tan calmado y lánguido que sé que no me cree.

—Se te olvida con quién estás tratando. Toda mi vida he sido comercial y relaciones públicas. Si me lo propusiese, sería capaz de vender arena en el desierto, rubia. —Y no me cabe duda que lo conseguiría, menudo piquito de oro tiene el señor—. Tus padres me

adoran y el hombre me lo confesó.

—Pero qué traidor es mi padre… —finjo ofenderme, aunque se me curvan los labios en el proceso.

Rodrigo está en lo cierto, nada más conocer a mis padres, se los ganó de inmediato y lo tienen en palmitas.

—¿Por qué querías disuadirme para que no me comprase un rancho? —pregunta, colando sus dedos por la cinturilla de mis pantaloncitos cortos. Mi piel se eriza en cuanto siente la suya.

—No intenté disuadirte. Todos los trabajos que has hecho realmente se realizan, de hecho, eso no es nada comparado a lo que te esperaría si el rancho fuese tuyo en realidad —le declaro—. De todas formas, no creo que quieras poseer uno realmente. Estás lleno de vida, Rodrigo. —Lo miro directo a los ojos—. ¿Sabes por qué lo sé? —Niega con la cabeza—. Porque tú y yo somos iguales, necesitamos estar en movimiento, sentir la adrenalina que produce el bullicio de la ciudad, y eso, aquí, te aseguro que ninguno de los dos lo encontraríamos.

—A veces me asusta que seamos tan iguales —me confiesa.

—¿Por qué?

—Porque nunca pensé que tendría lo que tengo contigo, y ahora que lo he conseguido, temo que en algún momento acabe.

Eso es todo lo que necesitaba oír para perder el control.

Me pongo de puntillas y estampo mi boca contra la suya. Coloco mis manos en la parte posterior de su cuello mientras nuestro beso se profundiza.

—Estoy tan duro que no veo el momento de estar dentro de ti.

¡A tomar por culo!

Mi casa en la ciudad nos pilla demasiado lejos para las ganas que nos tenemos, pero el rancho es lo bastante grande y conozco varios escondites para que mis padres no sean capaces de encontrarnos.

Tiro de él para que traspase la valla. Una vez que lo hace, lo agarro con fuerza de la mano y echo a correr.

Mi respiración se resiente al atravesar las hectáreas de pasto que nos rodean. A lo lejos, a unos veinte metros más o menos, reconozco el pequeño granero.

Fue el primero que se construyó, pero desde hace años no se utiliza.

—Échame una mano —le pido a Rodrigo cuando soy incapaz de abrir el portón al estar los rieles oxidados.

Nos cuesta lo nuestro correr la puerta metálica, solo conseguimos moverla unos centímetros, los suficientes para poder colarnos por ella.

Vuelvo a sostenerle la mano y nos guío hasta las escaleras de madera que llevan a la planta superior.

—¿Crees que soportará nuestro peso?

Zapatea con su pie Rodrigo cuando subimos. La superficie está llena de paja y comienzo a desnudarme mientras le digo:

—No me digas que te da miedo una caída de apenas dos metros, después de haber sobrevivido a un cártel mexicano.

—Mira el miedo que le tengo.

Entrecierra sus ojos en mi dirección y, entre manotazos, se deshace de sus botas y su pantalón vaquero, llevándose consigo los calzoncillos.

Me relamo los labios una vez que queda totalmente desnudo ante mí.

Rodrigo tiene un cuerpo digno de admirar, por lo que no me resisto y de un salto me lanzo contra él y envuelvo mis piernas a su alrededor. Perdemos el equilibrio y caemos contra la mullida paja. Volutas de polvo vuelan sobre nuestras cabezas.

—¿Sigues pensando, tras el batacazo que nos acabamos de dar, que no aguantará nuestro peso?

—Pongámoslo a prueba, ¿lista?

—Yo siempre estoy lista para ti.

—Me encanta que seas tan descarada, rubia.

Me pierdo cuando el muy canalla ladea sus labios en una sonrisa. Se introduce en mi interior de un fuerte empujón y grito de la impresión.

—Jodeeeer, sí…

—¿Así quieres que te folle, Emma?

—Sí… —Alargo la palabra con un profundo gemido.

—Dilo.

—¡Fóllame, Rodrigo!

—Maldita sea, rubia… Me vuelves loco —jadea en mi boca.

Y ahora sí, comienza a moverse duro y rápido, como sabe que me gusta.

Sus estocadas son profundas, tanto que siento como la piel de mi espalda se raspa con cada una de sus embestidas. Sin embargo, no pienso quejarme.

Quiero que me folle en un montón de maneras distintas. Tras unas cuantas estocadas más, me da la vuelta para tomarme por detrás.

—Joder, Emma, tienes la espalda al rojo vivo —dice con la voz alarmada parando sus acometidas.

—Ni se te ocurra arruinar este momento. —Giro la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro. Por como salen mis palabras debo tener cara de asesina, así que me relajo y añado—: Estoy bien.

Él parece no creerme, pero por suerte no sale de mi interior y comienza a moverse más lento mientras agacha su cabeza y deposita dulces besos sobre mi espalda.

Esta vez sus embestidas son más suaves, aun así, rodea con sus manos mis pechos y tira de mis pezones, endureciéndolos por completo.

—Me pasaría el resto de mi vida haciendo esto contigo —susurra ronco en mi oído.

Escuchar el sonido de su voz provoca que me abandone y salto directa hacia el precipicio del éxtasis.

Me corro como jamás lo he hecho, y propicio que Rodrigo acelere sus movimientos y suelte un fuerte gruñido cuando él llega al orgasmo.

—¡Ha sido la hostia! —exclamo asombrada a la vez que agotada, dejándome caer sobre la paja.

—Qué cosas más románticas dices, rubia. —Ríe él, pegado a mi espalda.

Me contagia la risa y suelto un gemido lastimero cuando sale de mi interior y se tumba a mi lado.

Repto por su cuerpo y apoyo mi cabeza sobre su pecho.

—Reconoce que era justo lo que tú estabas pensando.

—Pues llevas razón… —Me aparta con cuidado el pelo de la cara y me mira con intensidad—. A esto me refería antes, Emma. Nos complementamos tan bien que me asusta dejar de tenerlo.

Levanto mi mano y le acaricio la cara.

—No podemos predecir el futuro, Rodrigo, pero podemos inventarlo. No veo mejor momento para ello, así que… ¿Qué me dices? ¿Empezamos ahora?

—Cuando tú digas, rubia. Cuando tú digas.

Epílogo 2

Katrina

18 de Julio, Albuquerque

—¡¿Te queda mucho?! —grita Atlas desde la planta de abajo.

—Ya voy, ya voy… —me apresuro a decir, bajando las escaleras —. ¿Voy bien? —pregunto casi sin aliento.

—Joder, nena… Estás preciosa.

Me sostiene de la cintura y, después de darme un buen repaso, deposita un casto beso en mis labios que me deja con ganas de más.

Llevo un vestido largo de gasa en tonos verdes y tierra. La falda, además de un poco de vuelo, lleva una raja a un lado, por eso cada paso que doy se me ve una de mis piernas, estilizada al llevar sandalias altas de cuña. El escote es en forma de barco y deja mis hombros al aire. El pelo me lo he dejado suelto y ondulado.

—¿Dónde vamos? —le cuestiono, creo que por centésima vez.

—Por mucho que sigas preguntando, no vas a obtener respuesta. ¡Joder, qué bien hueles! —Aspira mi perfume.

—No me gustan las sorpresas.

—A todo el mundo le gusta que le sorprendan —rebate él, entretenido besando mi cuello.

—A mí no. Y menos hoy.

Se aparta y me ofrece la mano.

—Bueno, eso dilo después de esta noche. ¿Vamos?

Estoy por negarme. Juro que tengo el no preparado en la punta de la lengua, sin embargo, en vez de hacerlo, suspiro y asiento, aceptando su mano.

Es el día de mi cumpleaños y desde hace catorce años no lo he vuelto a celebrar, hasta hoy, claro.

Desde que hace una semana Atlas me dijera que quería que hiciésemos algo especial esta noche, no he parado de estar nerviosa.

Entiendo que a todo el mundo le haga ilusión festejar su día, el caso es que yo no tengo un buen recuerdo de mi última fiesta de cumpleaños.

Sé que dije que no volvería a permitir que mi vida se rigiese por el miedo a lo que pasó aquel día, y lo estoy intentando, prometo que lo hago, pero días como hoy es imposible que los recuerdos no vuelvan a mí.

Intento tomar unas cuantas respiraciones profundas para calmar mi acelerado corazón mientras cruzamos la ciudad en el coche.

Miro a Atlas conduciendo. A día de hoy me cuesta creer lo bien que estamos juntos.

¿Cuánto han pasado? ¿Nueve? ¿Diez meses desde que nos conocemos? En ocasiones siento que ha sido toda una vida.

Tras aquel reencuentro en el Town, Atlas tuvo que regresar a su país. Durante los pocos días que estuvo en Marbella mantuvimos largas conversaciones. No puedo decir que fueron bonitas ni fáciles porque mentiría.

Lo que en un principio pensé que sería un final feliz, poco después de calmar nuestra pasión comenzó a torcerse.

Hubo bastantes reproches de por medio. Sabía que se sentía dolido por mi omisión, pero no al punto de que le afectase tanto, y eso hizo que me tocase la moral y sacase mi carácter.

Por un momento pensé que no llegaríamos a ningún entendimiento, por como se dice: «hablando se entiende la gente» y vaya si lo hicimos, tanto que no dejamos de hacerlo hasta que ambos terminamos comprendiendo al otro.

Como digo, a los pocos días regresó a Estados Unidos, se acercaban las vacaciones y no se sentía cómodo con estar lejos de Lupe y los niños en unas fechas tan señaladas.

La muerte de Moncho estaba muy reciente y serían las primeras navidades que esa familia pasarían sin él.

Por supuesto que entendí su marcha, pero yo tenía que permanecer en Costania hasta primeros de año, que se efectuase legalmente el traspaso.

Dicen que con la magia de la Navidad todo es posible, y puede que deba empezar a creer en ese tipo de cosas, ya que unos días antes de que terminase el año, Pavlov nos pidió el favor de si podíamos agilizar el papeleo pues había cerrado un envío urgente con destino Panamá.

No preguntamos qué clase de envío era, si legal o ilegal. Eso era algo que a nosotros ya no nos incumbía, y, tras lo bien que se había portado Vladimir, aceptamos sin dudarlo.

Ya no me retenía nada en España, aparte de los Díaz, pero comprendieron mi decisión cuando les informé de que me iba a Albuquerque.

Con la ayuda de Gabriela, conseguí sorprender a Atlas y, como si se tratase de Papá Noel, el día veinticinco de diciembre irrumpí en su vida hasta el día de hoy.

—Me estás mirando —dice sin desviar sus ojos del parabrisas.

—Me gusta mirarte —admito sin reparos.

Al escucharme, me mira de reojo y me regala una sonrisa.

Cada vez son más comunes en él. Le ha costado y hay días en los que su estado de ánimo es tan gris como un día de tormenta.

El sentimiento de culpa no desaparece de repente, sino que lo hace de forma paulatina cuando la persona que lo siente está preparada.

Es un juicio moral propio en el que uno mismo dictamina su sentencia y cree que merece autoimponerse un castigo.

Poco a poco, Atlas se está despojando de ese sentimiento, pero es un arduo camino el que aún le queda por recorrer. De nada sirve que las personas que estamos a su alrededor le digamos que él no tuvo la culpa, hasta que él mismo no lo crea, no se liberará por completo.

—¿Preparada para tu sorpresa? —pregunta, estacionando el coche frente a un local.

La fachada no está iluminada, por lo que no sé en realidad dónde estamos.

—Si te digo que no, ¿volveremos a casa?

—Buen intento, pero no.

Chasqueo la lengua y bajo del coche tras él.

—¿Es uno de tus restaurantes?

En estos meses, Atlas me ha enseñado el que siempre ha sido su sueño. Ser un magnate en cuanto a restaurantes de comida mexicana se refiere en Albuquerque.

—Ahora sí.

—¿No me digas que me vas a regalar un restaurante?

Me paro de repente abrumada.

—Joder, Kat… ¡Eres única jodiendo sorpresas! —exclama molesto.

«Oh. Dios. Mío».

—Ya te dije que no me gustaban —me defiendo.

«Madre mía, ¿en serio está tan loco cómo para haber hecho eso?»

—Ya, ya me doy cuenta. —Tira de una cuerda que ni siquiera había visto y cae la tela del letrero.

Me llevo las manos a la boca, abrumada.

«Pues sí, sí que lo ha hecho», pienso cuando leo Katrina's Grill en letra cursiva.

—Y-yo… No sé qué decir. Esto es… —Giro mi cara y a través de mi mirada empañada veo que tiene el ceño fruncido. Me acerco a él y sostengo su rostro entre mis manos—. Gracias. Eres mucho más de lo que jamás hubiese esperado.

Lo beso con todo el amor que siento por él. Puede parecer una tontería, pero que le haya puesto mi nombre a uno de sus locales es el gesto más romántico que existe, sobre todo, cuando al haber abierto sus restaurantes, que son sus mayores logros en la vida.

—¿Quieres verlo por dentro?

—¿Ya está reformado?

—Kat, hoy será el día de su inauguración —me confiesa.

—Pero ¡¿qué dices?!

—Vivir consiste en crear nuevos recuerdos, y yo quería que, cada vez que pensases en el día de tu cumpleaños, también evocases un momento feliz.

Se me escapa una lágrima, que él recoge con su pulgar.

—Gracias por aparecer en mi vida en el momento en que lo hiciste, Atlas, porque me la salvaste en más de un sentido.

Nos fundimos en un apasionado beso que solo es cortado cuando escuchamos un «sorpresa» a coro en mitad de la acera.

—¡Maldita sea! Deberíais estar esperando dentro —se queja Atlas—. ¿Es que no me va a salir nada bien?

—¡Oh, Dios! —suelto emocionada al ver a la multitud que hay congregada frente al escaparate del restaurante.

Veo a Rodri y Emma, a Gabriela al lado de Lupe y los pequeños; incluso han venido Alfonso y Rosario. Pego un grito, incrédula, al ver a África

«¿Qué hace ella aquí?». No se me pasa desapercibido el hombre que está a su lado y la abraza con un gesto íntimo por la cintura.

«¿Será el famoso Kellan?».

Mis ojos se cruzan con los de mi amiga y ambas sonreímos. Parece ser que por fin hemos conseguido nuestro final feliz.

Vuelvo a mirar a Atlas y, sin importarme que tengamos público, me estrello contra su boca en un beso de lo más tórrido.

Solo él podría conseguir que un día como hoy, que siempre he sentido el peso de la pena en mi corazón, se volviese en extraordinario.

Fin

Agradecimientos

Llega el momento tan temido, el de los agradecimientos. Parece mentira que sea la parte que más me cuesta escribir, aunque supongo que es normal. Siempre temes dejar alguien en el camino porque hay mucha gente a la que tengo que agradecer que esto sea posible.

En primer lugar, a mis lectoras cero: Irene Bueno y Marisa Gallén, sin ellas creo que nada de esto sería posible. Son las que, conforme la historia se va montando, van dando su opinión, sugerencias y las que maquinan hipótesis…

Por esa razón las tengo que adorar y pedir que me duren toda una vida, porque sin vosotras nada sería igual.

Agradecer también a Anny Peterson, mi *Animala*, por animarme a escribir esta historia que solo era una idea difusa en mi mente, pero sobre todo por hacer visible la cara de esta novela. Te lo he dicho muchas veces, eres única para crear magia en muchos sentidos.

A mi *Gemelier*, Silvia Paredes, por sacarme de los bloqueos que a una le entran. A veces es asombroso lo que conectas con alguien hasta tal punto que sientes que ha estado ahí toda la vida. Sumemos muchos más momentos.

A Rose Gate, otra de mis villanas favoritas junto a las dos anteriores, por todas las charlas, risas e idas de olla que se nos pasan por la cabeza. El destino nos tenía preparado encontrarnos y ni te imaginas lo agradecida que estoy por ello.

A mi familia, tanto la carnal como la política, por estar siempre presente y poder sentir la confianza que depositáis en mí. Falta hace cuando muchas veces una misma deja de hacerlo.

A mi correctora, Nía Rincón, por su paciencia y su profesionalidad. Eres un ángel caído del cielo.

Y siempre se dice que para lo último se queda lo mejor, y eso eres tú, lector, gracias por darme una vez más otra oportunidad. Sin ti esto solo sería un espejismo.

No os podéis imaginar lo feliz que me hace cuando me escribís por redes sociales o me hacéis llegar vuestras impresiones de cualquier otra forma. Sois el mayor de los regalos, y como tal hay que valoraros.

¡GRACIAS!

Nota de Autor



Soy Noelia Frutos, nací en Puertollano (Ciudad Real) en 1983. Una apasionada de la lectura, libro que cae en mis manos, libro que devoro. Entre mis géneros preferidos está la romántica, en todas sus vertientes.

En el 2019, tras llevar muchas lecturas a mi espalda, decidí aventurarme a escribir mi primera novela romántica, creando así el universo de la banda de rock DarkChord (Acorde Oscuro).

Extrovertida y optimista por naturaleza, siempre intento meter altas dosis de humor en mis novelas a pesar que nunca puede faltar un toque de drama de por medio y amor…, sobre todo amor.

Si te apetece saber más de mí puedes encontrar mis libros en el siguiente código QR:





¡¡Nos vemos en las redes!!

Instagram: @noeliafrutos_autora
Facebook: Noelia Frutos
Tiktok: noeliafrutos_autora
Twitter: noelia_frutos